ALIETTE DE BODARD
AUTORA GANADORA DE LOS PREMIOS NÉBULA, LOCUS Y BRITISH SCIENCE FANTASY
HISTORIAS DE XUYA
LA MAESTRA DEL TÉ Y LA DETECTIVE
SIETE DE INFINITOS

Hace siglos, China llegó al continente americano antes de que lo hiciera Occidente, y con ello consiguió la hegemonía mundial. Ahora, imperios galácticos confucianos se expanden por un universo en el que los planetas son administrados por eruditos, y las naves espaciales inteligentes no solo conviven con los humanos sino que forman parte de sus propias familias. Historias de Xuya nos sumerge en este fascinante universo futurista de inspiración vietnamita a través de dos historias que mezclan la ciencia ficción y el género de misterio e investigación. En La maestra del té y la detective, una nave de carga con un pasado traumático sobrevive como maestra artesana de infusiones para hacer los viajes espaciales más llevaderos. Cuando la excéntrica detective Long Chau entra en su despacho solicitando sus servicios, no podrá sospechar que pronto se verá envuelta en una peligrosa investigación de asesinato. En Siete de infinitos, Vân es una erudita de origen pobre que se gana la vida como tutora de una joven rica, gracias el mnemoinplante artificial ilegal que oculta. Bosque sombrío es una nave mental, pero también una notoria ladrona y maestra del disfraz. Tras encontrar un cadáver misterioso en los aposentos de la pupila de Vân, ambas se ven arrastradas a seguir un rastro de codicia y asesinato que las llevará a enfrentarse a los secretos que ocultan y a sus fantasmas del pasado.

«Ingeniosa… como una mezcla clásica de ciencia ficción en un futuro lejano y un misterio de asesinatos tradicional, *La maestra del té y la detective* satisfará a los lectores no familiarizados con el Universo de Xuya, pero al mismo tiempo es una introducción intrigante a este universo, que parece que simplemente espera fuera de las fronteras de este entretenido relato».

Gary K. Wolfe, *Locus*

«Con esta exuberante e inmersiva historia de ciencia ficción, De Bodard se adentra en un mundo tan espinoso como etéreo… Los lectores quedarán cautivados por la vívida prosa, la intriga y el

romance de este intrincado relato. *Siete de infinitos* es una historia fascinante e inusual que es seguro que te cautivará».

Publishers Weekly

«*Siete de infinitos* es una novela sobre el perdón, merecido o no, sobre jaulas, hechas por uno mismo o no. Habla del crecimiento, la gracia, la crueldad y sus costos y consecuencias. Es una joya de historia bien escrita, intensa y llena de sentimiento, y la recomiendo encarecidamente».

Liz Bourke, *Locus*

Aliette de Bodard

Historias de Xuya

ePub r1.0
Titivillus 09-06-2023

Título original: *The Tea Master and the Detective & Seven of Infinities*
Aliette de Bodard, 2022
Traducción: María Pilar San Román
Prólogo: María Leticia Lara Palomino
Ilustración de portada: Raquel Jordana (@rjv_ilustracion)
Diseño y maquetación: Claudia Andrade

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

HISTORIAS DE XUYA

LA MAESTRA DEL TÉ Y LA DETECTIVE
SIETE DE INFINITOS

ALIETTE DE BODARD: MARIDAJE DE CULTURAS

por Leticia Lara

Grosso modo, la obra de la escritora franco-vietnamita Aliette de Bodard podría enmarcarse en dos géneros: la fantasía y la ciencia ficción. Sin embargo, encasillarla en parámetros estrictos sería injusto porque, si bien su ciencia ficción no deja de lado la rigurosidad científica, expone un universo casi fantástico ante nuestros ojos occidentales. Por ello, además de la mezcla cultural inequívoca, en su obra podemos hablar de mestizaje de géneros.

Gracias a su ascendencia mixta, De Bodard se sitúa en una posición intermedia desde la que es capaz de conocer y tomar lo mejor de dos tradiciones fantásticas ancestrales: la europea y la oriental. Esto le ha permitido acercar al lector occidental las leyendas chinas y de otros orígenes asiáticos, recubriéndolas de una pátina «europeizante» que consigue, sin perder su origen y señas de identidad, adaptarlas a nuestros referentes y lugares comunes.

Las dos obras del volumen que tienes en tus manos se encuadran dentro del universo de Xuya, que según la definición de la propia autora es «un universo recurrente en mis ucronías, que parte de la premisa de que China descubrió las Américas antes de que lo hiciera Occidente, y la exploración de este nuevo continente evitó el declive del país».

La diversidad de influencias que definen su estilo dan lugar a una prosa pausada, que se recrea en las descripciones de los sentimientos y las relaciones interpersonales. Por solo poner un ejemplo, la propia autora menciona el claro homenaje de sus *Mindships* (traducidas como «naves mentales» en esta obra) a las Mentes de la Cultura de Iain M. Banks pero también a poetas como Du Fu, uno de los más grandes escritores de la historia de China.

Me gustaría detenerme un momento en estas naves mentales,

uno de los puntos fuertes del universo de Xuya que protagonizan o están presentes prácticamente en todos sus relatos. Las naves mentales son seres extremadamente longevos, son la personalidad que rige las naves espaciales, pero también son miembros de las familias que habitan estas naves. Pueden encarnarse en avatares y, lo que es aún más importante, son nacidas de vientre de mujer. Esto es especialmente relevante en el relato «The Shipmaker», uno de los primeros en conformar Xuya tal como lo conocemos.

Y es que la importancia de la familia en la obra de De Bodard es un tema omnipresente en su ficción en cualquier longitud. El concepto asiático de familia extendida (frente al europeo de familia nuclear) proporciona a la autora un terreno abonado para el conflicto. El respeto a los mayores, que tan bien nos muestra Liu Cixin en su «Taking care of Gods», se amplifica cuando las propias naves mentales de De Bodard son miembros de la familia. Su larguísima vida les permite relacionarse con varias generaciones de descendientes que les profesan una profunda deferencia. Xuya es una sociedad eminentemente matriarcal donde cada persona cumple con su función, sin elevarse por encima de sus competencias y sus capacidades.

No hay que pasar por alto otra característica propia del universo de Xuya: el uso extendido de implantes de memoria con los recuerdos y conocimientos de los antepasados de la familia, que aconsejan de manera certera al afortunado poseedor de estos artilugios. Implican también una ventaja destacable a la hora de enfrentarse a los exámenes que sirven para subir en el escalafón social, bastante rígido en estas ucronías.

Es imposible que en las fronteras entre civilizaciones diversas, cada una con sus tradiciones propias, no haya conflicto. Este choque de creencias también está muy presente en el universo de Xuya. En ocasiones, existe una cultura dominante que subyuga a las demás y los habitantes de estas últimas han de adaptarse. Claro ejemplo de esta sumisión (obligada o no) es su relato «Immersion», ganador de los premios Nébula y Locus.

Como dijimos más arriba, otra característica de su obra es el ritmo pausado. Las frases se enlazan una con otra en un baile tranquilo, en un complejo tapiz que solo desde la distancia revela su belleza. En ocasiones, esta serenidad choca con nuestra concepción

de un subgénero como es la *space opera*, en la que nos esperamos rayos láser y batallas, no discusiones sobre cómo preparar un banquete.

La lectura de *On a red station, drifting* puede servir como piedra de toque, ya que muchas de las características de las que estamos hablando están presentes allí. La acción transcurre en una estación espacial a la que llega una prima lejana (ya habíamos mencionado la importancia de la familia en la obra de la franco-vietnamita). Hay una guerra en la que están destinados los miembros más capaces de la familia, mientras que en el hogar queda el resto. Los conflictos que surgen se tratan con un estoicismo imperturbable, casi incomprensible para un lector occidental. Esta aparente calma de los personajes se refleja de forma patente en la narración, donde se dedican muchos recursos a hablar sobre la salsa de pescado que ha hecho famosa a la estación y la comida que se está preparando para una recepción y menos a hablar de la guerra que se ha llevado a lo más granado de cada casa.

Resulta también muy curiosa la relación de la autora con el idioma. El inglés no es su lengua nativa, así que debe realizar un cierto esfuerzo a la hora de expresarse por escrito, aunque es algo que ya tiene bastante automatizado. En su vida diaria se desenvuelve en francés y también maneja bien el español. Esta diversidad lingüística le permite escribir ficción hasta cierto punto «independiente del idioma», si tal cosa es posible. Aunque utiliza todos los recursos que le brinda el lenguaje, lo que prevalece es la idea subyacente y la caracterización de los personajes, no necesariamente lo llamativo de su prosa (aunque su belleza es innegable). Otra forma de verlo, quizá más acertada, es que la mezcla de culturas que la propia autora reconoce como influencias «universalice» su obra, haciéndola asequible a lectores de muy diversos orígenes.

También hay que resaltar la importancia de los personajes femeninos en la obra de De Bodard. Lejos de los manidos estereotipos de la ciencia ficción más rancia, sus protagonistas son mujeres reales, de carne y hueso… y tal vez algo de metal en el caso de las naves mentales. Pueden parecer extremadamente frías, pero es solo la fachada.

Las dos novelas cortas contenidas en este volumen, *La maestra*

del té y la detective y *Siete de infinitos*, poseen también otra característica llamativa. En ambos casos nos encontramos ante un *retelling* de novelas de misterio clásicas, protagonizadas por Sherlock Holmes y Arsene Lupin respectivamente, pero con evidentes cambios para enmarcarlas en el universo de Xuya. A esto hay que sumar un contraste muy acertado: aunque en ambas haya un asesinato que resolver, la primera está escrita desde la perspectiva del investigador, mientras que la segunda toma el punto de vista del timador. A primera vista, la suma de estos elementos podría sorprender, pero lo cierto es que no es la primera vez que la autora se atreve con el *noir*. De hecho, las primeras novelas que publicó pueden enmarcarse en dicho género, aunque se desarrollen en un entorno fantástico. Me refiero a la saga *Obsidian and Blood*, hasta hace poco descatalogada, pero que vuelve a estar disponible en formato electrónico.

Otra tendencia actual a la que De Bodard se suma en estas obras es el cambio de género de los protagonistas. Su intención es feminizar unas novelas que, en su concepción, eran eminentemente masculinas (me viene a la mente sin mucho esfuerzo *Unconquerable Sun*, de Kate Elliott) aportando un punto de vista diferente y fresco a una narración que quizá ya conozcamos. Algo que sin duda les sienta bien a ambas historias. No se trata solo de que Watson siga siendo veterano de guerra, se trata de que el trauma que arrastra forme parte de la historia, por ejemplo, cambiando Afganistán por otro destino bélico.

Por desgracia, la publicación de su obra en nuestro país ha sido bastante azarosa hasta ahora. El primer volumen de su saga *Obsidian and Blood*, no llegó a estar disponible porque la colección donde iba a ver la luz se canceló antes de llegar a su obra. Tuvimos la suerte de tener el primer recopilatorio a nivel mundial de los relatos de Xuya de la mano de Fata Libelli, pero la desaparición de esta añorada editorial puso fuera de circulación también esta obra. Es de justicia que ahora llegue una editorial joven para dar a Aliette de Bodard la oportunidad que se merece en nuestro país.

La fusión cultural de sus influencias, la convivencia armoniosa de tradición e innovación en su obra y su desprejuiciada mezcla de géneros hacen de Aliette de Bodard una autora imprescindible en el panorama de la ciencia ficción actual. Una escritora con una carrera

consolidada que sin duda nos ofrecerá obras maravillosas en el futuro. Pero no quiero entretenerte más, te dejo para que disfrutes de las dos inolvidables historias que tienes entre manos.

LA MAESTRA DEL TÉ Y LA DETECTIVE

La nueva clienta estaba sentada en la silla reservada para las visitas, mirando impasible a *La hija de la sombra*, con las manos separadas y las piernas cruzadas bajo el tejido verde jade de la túnica. La prenda había sido de primera calidad en el pasado, y en ella se combinaban elegantes motivos a juego, pero estaba remendada y los diseños eran de cinco años atrás como poco, objeto de risa incluso en un lugar tan apartado y provinciano como el Cinturón Salpicado de Perlas. Tenía la tez oscura; la nariz, aquilina. Cuando habló, su acento se correspondió a la perfección con el de los hábitats interiores.

—Me llamo Long Chau. Usted tiene fama de ser una buena maestra artesana de la serenidad. Deseo contratar sus servicios.

La hija de la sombra reprimió una risa amarga. Su fama, buena o mala, no se había traducido en clientes peleándose para verla.

—Prosiga —dijo.

De nuevo esa mirada de Long Chau. *La hija de la sombra* estaba acostumbrada al respeto y al temor; a ojos vueltos hacia el suelo; a una cierta incomodidad, incluso, en quienes no estaban acostumbrados a tratar con naves mentales, y menos aún con una no dedicada al transporte de pasajeros.

El cuerpo de *La hija de la sombra* —el casco metálico que recubría la sala del corazón y el núcleo— se hallaba lejos del compartimento-despacho en el que ambas se encontraban. El avatar que la nave proyectaba en el hábitat no era muy diferente de su cuerpo: una impresionante y enorme masa de metal y dispositivos ópticos que ocupaba la mayor parte del habitáculo, y que iba alternando entre distintos ángulos del casco y las portillas para que los visitantes pudieran hacerse una pequeña idea de su verdadero aspecto —lo bastante espaciosa para transportar tripulaciones comerciales y mercancías, toda ella flotando en el gélido vacío del espacio más allá de los orbitales del Cinturón Salpicado de Perlas,

con el casco abarrotado de bots, y los sensores sometidos a un continuo bombardeo de partículas—. Podía haber adoptado un avatar pequeño y tranquilizador. Podía haber flotado sobre los hombros de la gente como una mascota o un juguete infantil, algo que estaba de moda entre las naves mentales de más edad. Pero ella había vivido una guerra, un levantamiento y una hambruna, y no estaba dispuesta a seguir haciéndose de menos para evitar lastimar sentimientos ajenos.

—Voy a adentrarme en el espacio profundo para recuperar algo —explicó Long Chau—. Necesito que me prepare una mezcla de hierbas que me mantenga en plenas facultades.

Vaya, eso sí que era sorprendente.

—La mayoría de mis clientes prefieren la inconsciencia para viajar entre las estrellas —señaló *La hija de la sombra*.

Un resoplido de Long Chau.

—No soy una estúpida drogadicta —dijo.

Ni tampoco tenía nada de estúpida. El nombre con el que se había presentado, Long Chau, era una inverosímil yuxtaposición de sílabas, un nombre de cortesía, aunque como nombre de cortesía la sutileza brillaba por su ausencia: «Perla dragontina».

—Pero está colocada, ¿verdad? —preguntó *La hija de la sombra*, manteniendo el tono amable, en ese difícil punto de equilibrio en el que los clientes sentían confianza pero no miedo.

—Por supuesto que lo estoy —respondió Long Chau con un exagerado encogimiento de hombros.

La mujer no ofreció ninguna otra explicación, pero *La hija de la sombra* observó sus ademanes. Se la veía relajada y tranquila, con todo bajo control, aparentemente; sin embargo, esa inmovilidad particular era la de un resorte sometido a tanta tensión que acabaría por romperse.

—¿Me permite? —preguntó *La hija de la sombra*, acercándosele y llamando a los bots.

Ella no estaba en el despacho físicamente, pero la presencia física era algo demasiado sobrevalorado, y los bots se movieron con la misma facilidad con la que se movían los que se encontraban a bordo de su auténtico cuerpo.

Long Chau ni se inmutó cuando le subieron por el rostro. Dos se colocaron en las comisuras de los ojos; otros dos, al borde de los

labios, y un grupo se aferró a su cabellera espesa. La mayoría de la gente, por muy familiarizada que estuviese con los bots, habría dado un respingo.

Un segundo, dos: la información fluyó hacia *La hija de la sombra*, abundante y veloz. Ella la organizó sin problemas, trazó gráficos y descartó las mediciones fuera de rango en menos tiempo del que los bots tardaron en dejarse caer de la cabeza de Long Chau.

La hija de la sombra observó, durante un momento, la maraña intrincada de impulsos eléctricos del cerebro de Long Chau, una danza frenética y compleja de actividad neuronal. Incluso con toda su capacidad de cálculo, no podía aspirar a que su cerebro asimilara todo eso, ni siquiera a analizarlo, pero había visto los suficientes patrones neuronales para ser capaz de reconocer los parámetros básicos.

Long Chau estaba drogada hasta las orejas, y decir eso era quedarse corta; sus sistemas de activación neuronal estaban por completo desequilibrados: reaccionaban demasiado despacio ante estímulos ligeros y se volvían locos cuando se franqueaba un determinado umbral. *La hija de la sombra* accedió de nuevo a la información pública sobre Long Chau y, finalmente, planteó una pregunta que solía evitar:

—Las drogas, ¿se las ha prescrito un médico?

—Claro que no —respondió Long Chau, con una sonrisa—. Hoy por hoy no se necesita un médico.

—Para ciertas cosas tal vez debería recurrir a uno —replicó *La hija de la sombra*, más severamente de lo que había sido su intención.

—Usted no lo es.

—No. Y tal vez no sea la persona que puede ayudarle.

—¿Quién ha dicho que desee ayuda? —Long Chau cambió de posición en la silla y sonrió de oreja a oreja, distante y serenamente divertida—. Estoy satisfecha con lo que he logrado.

—Sin embargo, ha venido a verme.

—Ah, sí. —Negó con la cabeza con esa misma extraña languidez —. Sufro… un efecto secundario molesto. Se me da bien concentrarme en lo que importa y mi mente es más rápida de lo normal, pero solo bajo determinadas circunstancias. Que no se dan en absoluto en el espacio profundo.

La hija de la sombra nunca había tenido cintura para bailar alrededor de la verdad.

—¿A qué se refiere?, ¿ansiedad?, ¿reacciones traumáticas?

—Confusión. Me resulta totalmente imposible pensar cuando estoy en el espacio profundo.

No era inusual. El tiempo y el espacio se volvían extraños, sobre todo en las zonas más profundas. Costaba conservar las facultades. Algunos eran capaces, otros no. *La hija de la sombra* había tenido un teniente que pasaba los viajes por el espacio profundo hecho un ovillo en el catre, gimoteando; aquello había sido un siglo atrás, antes de que se desarrollaran las infusiones de la serenidad, antes de que los maestros artesanos del té empezaran a hacer el agosto en orbitales y estaciones espaciales vendiendo mezclas de hierbas que ayudaban a los humanos a tolerar el espacio incognoscible que las naves mentales solían atravesar a velocidades ultralumínicas.

—Podría dejar de consumir drogas. Seguramente le sería de ayuda —sugirió *La hija de la sombra*.

—Podría. —El tono de Long Chau dejó claro que no tenía la más mínima intención de considerar esa posibilidad.

La hija de la sombra se quedó pensativa unos instantes, mientras analizaba la situación. Long Chau estaba en lo cierto. Ella no era médico, tan solo era una maestra artesana de la serenidad, de baja categoría y con problemas para llegar a fin de mes. Y en absoluto se podía permitir dar de lado a un cliente.

—Le podría preparar una mezcla que le vendría bien —propuso.

—Bien —respondió Long Chau, con una sonrisa—. Adelante.

El espacio profundo… Al que ella no había regresado desde el Levantamiento de las Diez Mil Banderas —desde que toda su tripulación había muerto y ella había quedado abandonada a su suerte—. *La hija de la sombra* dudó de nuevo, solo un instante, antes de decir:

—No quiero ser responsable de ningún accidente. Con todo lo que tiene en el cuerpo, me gustaría monitorizarla bien de cerca después de que beba la preparación.

—Llevaré conmigo sus bots.

—Con el retardo, los bots no serán capaces de reaccionar lo bastante deprisa. Quiero estar a su lado en el espacio profundo. Y eso no será barato.

Long Chau permaneció un rato en silencio, observándola. Al cabo, se estiró como un gato ahíto.

—Entiendo. —Sonrió—. No creía que deseara regresar al espacio profundo, ni siquiera por un buen precio. No, después de lo que le sucedió allí.

Fue como un puñetazo en el estómago. Durante un breve y sobrecogedor instante, *La hija de la sombra* estuvo flotando, no en un vacío reconfortante, sino en otro lugar, donde las estrellas no dejaban de mudar y contorsionarse. Los cadáveres de su tripulación yacían tirados por los corredores y la temperatura no era ni de lejos la correcta; presiones y roces continuos contra su casco; un sonido como un lamento lastimero; metal forzado más allá del límite de resistencia y sensores que se apagaban uno tras otro; un grito en sus oídos, su propio grito, que siempre había sido su propio grito…

—¿Cómo…? —*La hija de la sombra* se transformó, se mostró en todo su tamaño, en un intento desesperado por hacer recular a Long Chau. Pero esta permaneció inmóvil en la silla, con una sonrisa distante y burlona—. Esa información no es pública, ni siquiera fácilmente accesible. Es imposible que usted haya descubierto…

Long Chau movió la cabeza negativamente. Sus labios, cuando se separaron, eran finos como cuchillos.

—Mi trabajo es averiguar cosas que a otros se les escapan. Tal como he dicho: se me da bien concentrarme en lo que importa. Ha dudado antes de aceptar.

—Porque usted es una clienta difícil.

—Puede haber sido por eso, pero ha seguido dudando después. Si simplemente hubiera decidido complacer a una clienta difícil, tan solo hubiera vacilado durante el momento de la decisión. Le preocupaba algo más.

—Ha sido una fracción de latido de corazón. Los humanos no lo perciben.

—Cierto. —De nuevo no dijo nada más; ningún indicio de que el silencio le resultara violento o incómodo.

La hija de la sombra dudó —durante un fugaz instante otra vez, porque lo que los clientes hicieran con sus mezclas no era asunto suyo—. Pero acababa de comprometerse a volver a adentrarse en el espacio profundo, y con eso ya había superado por ese día todos los límites de su escasa tolerancia a sorpresas desagradables.

—No me ha dicho qué tiene que encontrar en el espacio profundo.

De nuevo esa misma sonrisa perezosa y perturbadora.

—Un cadáver.

Bueno, tal vez estaba equivocada en lo referente a las sorpresas desagradables.

~

La hija de la sombra estaba dando los toques finales a una tanda de prueba de la mixtura para Long Chau. El aroma dulce y embriagador de la sueñimelosa impregnaba la habitación. Dos bots se aferraban al interior de la tetera, tomando muestras y comparándolas con los resultados de las simulaciones; ya casi había terminado…

Alguien llamó a la puerta.

—Largo… —empezó a decir *La hija de la sombra*, pero entonces vio que se trataba de Bao, la mujer que se encargaba de cobrar el alquiler del compartimento que utilizaba como despacho y laboratorio. Sintió encogérsele el corazón—. Lo siento. No quería ser grosera.

El alquiler. Tenía que ser el alquiler. *La hija de la sombra* se había esforzado por reunir todo el dinero posible durante los últimos días del año y había pagado a tiempo por los pelos, pero las familias de los hábitats interiores se saltaban la mayoría de las normas.

—¿Puedo pasar? —preguntó Bao.

La hija de la sombra dudó, pero, si decía que no, seguro que Bao se limitaría a regresar en otro momento. La mujer era educada y agradable, pero implacable: el motivo por el que la familia Pabellón Occidental Le —la propietaria del compartimento de *La hija de la sombra*— la había contratado.

—Adelante.

Ella y Bao mantenían una relación incómoda, que no llegaba a ser amistad, pero casi. Bao había sido una de las pocas personas dispuestas a arriesgarse a alquilar un compartimento a una nave mental, a alguien que necesitaba un lugar dentro del propio hábitat para recibir visitantes, pero que en realidad no vivía allí, no

físicamente, y a quien no era fácil intimidar ni asustar con un par de matones si no pagaba el alquiler.

La hija de la sombra puso a los bots a preparar té, pero Bao negó con la mano.

—Solo va a ser un momento.

Bao cogió la misma silla que había ocupado Long Chau, se sentó y miró a *La hija de la sombra*, tranquila y serena. A diferencia de Long Chau, llevaba una túnica a la última. Los versos caligrafiados, con trazos firmes y vigorosos, eran de Ngu Hoa Giang, el poeta de moda en la Corte Imperial. El rostro de Bao lucía impecable, con esa peculiar tersura de los tratamientos rejuvenecedores sucesivos; sus bots, en lugar de ir colgados de las mangas, caían desde sus hombros como cascadas de joyas, efecto que era incluso más llamativo porque Bao llevaba el pelo corto, desafiando todas las convenciones sociales.

—Esta es una visita de negocios, por si tuvieras alguna duda.

—El alquiler. Puedo pagar…

Bao negó con la cabeza. Los bots se movieron, lentamente.

—Ya pagaste —dijo con tono grave y seguro.

Bao cogió el té que le acercaron los bots e inspiró el aroma, pero no bebió. Nunca bebía cuando se trataba de visitas de negocios. Siempre decía que si compartía la comida o bebida se sentía implicada personalmente, aunque sí que disfrutaba del olor.

—Entonces no sé por qué estás aquí. —Su intención no había sido ser tan descortés, pero se le escapó sin pensar.

—El compartimento pertenece a la familia Pabellón Occidental Le, a la que no se le escapa casi nada. Tus ingresos…

—Me alcanzan —aseguró *La hija de la sombra*, obligándose a sonar despreocupada.

—¿De veras? —La mirada de Bao era penetrante—. He dicho negocios, pero a lo mejor sería más ajustado decir que estoy aquí como amiga. O como pariente preocupada. Tal vez no necesites tanto espacio, y entonces no necesitarías tanto dinero para pagarlo…

Si hubiera… Debería haber tenido dinero para sus reparaciones, pero había invertido todo en garantizar que no se iba a quedar sin hogar. Se suponía que las naves mentales como ella acababan siendo el centro de una familia: tras ser desarrolladas en

laboratorios por alquimistas, nacían de madres humanas, y luego eran implantadas en cuerpos-nave diseñados para ellas; al ser mucho más longevas que los humanos, eran repositorios de recuerdos y conocimiento, las abuelas y tías de más edad en quienes todos confiaban. En absoluto debían acabar pobres y sin blanca, y *La hija de la sombra* hubiera preferido verse muerta a tener que pedir dinero a sus familiares más jóvenes, que, de todas maneras, pasaban incluso más estrecheces que ella. Sus sueldos como eruditos de segunda en ministerios eran de miseria, y a duras penas les alcanzaba para pagarse su propio sustento.

Ella habría podido seguir como estaba, en órbita alrededor de los hábitats. Pero sin un despacho, ¿cómo iba a ejercer su oficio? Nadie tomaría una lanzadera para llegar hasta una remota nave mental, no cuando había maestros de la serenidad mejores y más a mano.

—Te entiendo —dijo—. Y te lo agradezco, pero… —No necesitaba más presión. No necesitaba que sus peores temores recurrentes se hiciesen realidad.

Bao apartó la silla y se levantó.

—Pero no soy portadora de noticias gratas… Rara vez lo soy. —Se encogió de hombros—. Sé que no estás dispuesta a plantearte el transporte de pasajeros…

—No —respondió *La hija de la sombra*. Fue una reacción automática, como si hubiera gritado al estrujarle alguien una herida en carne viva.

—Se gana mucho más. Y especialmente en tu caso, que eres un transporte de tropas. Podrías aceptar un montón de pasajeros y mercancías en cada trayecto —dijo Bao, con tono amable.

—Lo sé.

Bao era lo bastante inteligente como para cambiar de tema. Observó las estanterías, que no contenían libros físicos —porque *La hija de la sombra* habría tenido que utilizar sus bots para leerlos—, sino una selección de los que constituían su biblioteca electrónica, agrupados por ediciones en una profusión de colores.

—Veo que tienes lo último de Lao Quy. Está bastante bien, si necesitas distraerte un rato. Sin duda va a convertirse en una maestra del género.

Bao y *La hija de la sombra* compartían una cierta afición por las

novelas románticas épicas y los libros protagonizados por expertos en artes marciales, el tipo de obras que los eruditos menospreciaban por considerar bazofia, pero que vendían miles de ejemplares a lo largo y ancho del Cinturón.

—Todavía no lo he empezado —dijo *La hija de la sombra*—, pero el anterior me gustó. Había una poderosa química entre los personajes. Y la ambientación en una pequeña explotación minera era un cambio de escenario inteligente. Me encantó cómo la nave mental y su amante, la mente del hábitat, trataban de encontrarse décadas después.

—Normal. Lao Quy es buena —respondió Bao, con tono afable —. Este es distinto. Yo diría que mejor. Podemos comentarlo más adelante, si quieres, porque no me gustaría chafarte la experiencia. —Miró la infusión que había al fuego y movió la cabeza negativamente—. No te voy a entretener más, tu cliente te está esperando.

Cliente que a *La hija de la sombra* no le gustaba nada de nada, pero que le pagaría con generosidad y —como Bao le había recordado sin andarse por las ramas— ella no podía permitirse ser selectiva.

~

La hija de la sombra tuvo que permitir a Long Chau subir a bordo, naturalmente. Cuando los pasos de la mujer resonaron por los corredores de su cuerpo, la sensación le resultó extraña y perturbadora. Había aceptado algunos pasajeros del ejército tras la muerte de Vinh, Hanh y su tripulación, pero todo el mundo la había tratado con muchísimo cuidado, como si estuviera hecha de cristal. Y, tras ser licenciada, se había negado a aceptar más pasajeros.

La hija de la sombra no necesitaba sensores ni bots para seguir el avance de Long Chau por ella. Las pisadas, lentas y firmes —cada una, una sacudida en la inmensidad de su cuerpo— fueron atravesando estancia tras estancia, dirigiéndose de manera infalible hacia el camarote que ella había preparado para Long Chau. De tanto en tanto, una pausa más prolongada: unos pies que se apoyaban con suavidad sobre el suelo de algún habitáculo, un tenue calor que se difundía desde el centro por sus baldosas: una vez,

cerca del séptimo muelle, cuando se quedó mirando el visualizador de cuentos de hadas, traído por Madre del Primer Planeta; otra vez, donde empezaban las dependencias para pasajeros, mientras leía la cita de Thu Huong que decía que la casa era el corazón de una familia —pintura y caligrafía nuevas, que habían remplazado las anteriores tras la emboscada—. En el pasado, la decoración de *La hija de la sombra* había estado conectada a la red y constituida por una profusión de intrincadas capas entrelazadas, visibles solo con los permisos adecuados. Pero ella lo había perdido todo y, tras ser licenciada, no le había parecido necesario dedicarle al asunto más allá de un mínimo esfuerzo.

Cuando Long Chau llegó al camarote, encontró una mesa, una silla y una taza humeante de té. Alzó la mirada como si pudiera ver a *La hija de la sombra* flotando sobre ella. Era un gesto inútil: todo lo que la rodeaba era la nave. En realidad, lo único que *La hija de la sombra* tenía que hacer era concentrar sus capas más superficiales de atención en ese cuarto, mientras, por detrás, los bots y demás rutinas continuaban funcionando de manera independiente, y los vientos solares zarandeaban su casco mientras su órbita la llevaba alrededor de los hábitats… sensaciones familiares todas ellas que apenas le afectaban.

Long Chau agarró la silla y se sentó sin traslucir nerviosismo alguno. Sus movimientos eran lentos y deliberados. *La hija de la sombra* lo sintió todo: el roce de la silla y las cuatro patas hundiéndose en el suelo; el peso de Long Chau desplazándose y pasando a presionar ligeramente la parte superior de la silla.

—Eres una nave bastante bonita —declaró Long Chau.

Hubiese sido un cumplido venido de cualquier otra persona. Sin embargo, dicho por ella, con esa expresión de total hieratismo… *La hija de la sombra* no estaba segura. Tampoco es que le importase, salvo por el hecho de que afectaba a su relación con una clienta.

—Tiene la infusión en la mesa —dijo.

Una ceja enarcada.

—Ya la he visto.

Long Chau se quedó contemplando la taza un rato. Los bots de *La hija de la sombra* treparon de nuevo hasta su rostro y cabeza. Ella se lo permitió, sin ningún tipo de reacción, con lo que *La hija*

de la sombra tuvo acceso a su actividad cerebral, densa e imperiosa. La nave ya había contado con el tiempo necesario para elaborar un modelo de lo que Long Chau consideraba normalidad, y allí no había nada que la sorprendiera.

—No está envenenada.

El aroma a sueñimelosa impregnaba la habitación y, durante un pasajero instante, le trajo a la mente los recuerdos de su primer y desastroso intento por cocinarla: cuando los bots no habían quitado las cáscaras, que habían reventado por el calor, y los fragmentos habían salido despedidos por todo el compartimento.

—Por supuesto que no —dijo Long Chau con un dejo de irritación. La levantó hacia la luz, con los labios un poco separados, y la observó unos instantes más—. Resulta fascinante, ¿verdad?, que un puñado de hierbas y sustancias químicas puedan producir este efecto…

Horas de estudiar minuciosamente el metabolismo y los patrones neuronales de Long Chau, rastreando las drogas presentes en su cuerpo; de tratar de descubrir qué componentes la mantendrían en plenas facultades; de adivinar qué consideraba ella que era «pensar demasiado despacio»; de preguntarse si la infusión provocaría un cortocircuito fulgurante en sus neuronas, le haría albergar impulsos suicidas o, lo más probable, si la convertiría en alguien aún más temeraria y segura de sí misma, con el riesgo de que pudiera poner su vida en peligro sin motivo…

—¿Se está burlando de mi trabajo?

—Al contrario —respondió Long Chau. La expresión de su rostro era peculiar, y *La hija de la sombra* fue incapaz de interpretarla—. Tan solo hacía notar el valor de los pequeños milagros. —Pareció… estar hablando totalmente en serio, hasta el punto de que desarmó la airada respuesta que se disponía a espetarle *La hija de la sombra*.

El silencio se prolongó, incómodo, largo. *La hija de la sombra* fue consciente de nuevo de su núcleo en la sala del corazón, de los latidos regulares que la mantenían con vida —músculos palpitantes, elementos ópticos y materia cerebral, que estrechaban los conectores en un abrazo férreo—. Uno, dos; uno, dos…

En el camarote, Long Chau parecía por completo impertérrita. Se limitó a llevarse la taza de fino borde a los labios al cabo de un

buen rato, y bebió un único trago largo y pausado —sin que siquiera pareciese respirar mientras lo hacía—, antes de volverla a dejar sobre la mesa.

—¿Nos vamos ya? —preguntó.

La hija de la sombra no necesitaba moverse para adentrarse en el espacio profundo. Ya había solicitado permiso a Armonización Vial y, en el espacio profundo, no importaba si ocupaban la misma ubicación que otra nave. Vigiló a Long Chau, porque ese era su trabajo.

Un centidía después de que hubiese tomado la infusión medicinal —quince minutos foráneos— y ningún efecto visible aún. La tisana que *La hija de la sombra* le había dado a Long Chau era una mezcla de Plumas de Dragón, blanco y sedoso, y Media Luna de Prosperidad, más fuerte y con más cuerpo, con raíz de videstelar frita y sueñimelosa pulverizada espolvoreadas sobre las hojas aterciopeladas. Controló las constantes vitales de Long Chau, percibió los cambios ínfimos en respiración y ritmo cardiaco. Las manos se movieron un pelín más deprisa cuando Long Chau se levantó y miró las paredes, mejor dicho, a través de las paredes.

—No estoy ahí —dijo *La hija de la sombra*.

—Está en la sala del corazón. Lo sé. —Long Chau sonó ligeramente molesta—. Estoy familiarizada con las naves mentales, aunque rara vez he tenido ocasión de viajar por el espacio profundo.

Mientras hablaba, *La hija de la sombra* se adentró en el espacio profundo, no demasiado, tan solo lo necesario para poder observar las reacciones de Long Chau.

—Háblame del cadáver —pidió.

A su alrededor, los pasillos se desplazaban y alteraban. Una tenue pátina brillante y trémula, como aceite de motor derramado, se extendía por las paredes, siempre presente en el rabillo del ojo. En el exterior, ese mismo brillo iba cubriendo lentamente los hábitats, el sol y las estrellas distantes —un arcoíris distorsionado de colores que iba borrando todo poco a poco—. Un frío ligero bañaba su casco, y las briosas corrientes de viento estelar en torno a ella habían sido reemplazadas por una presión leve y continua. Debería haberse sentido como si estuviera regresando al hogar —como un pez que se zambulle en el río tras un intervalo largo y

asfixiante en la orilla—, pero lo único que percibió en su interior fue una cierta tensión y los latidos acelerados procedentes de su sala del corazón, en la que todo palpitaba y se contraía fuera de control.

Todo iría bien. No estaba donde había ocurrido. No se había adentrado en lo más profundo —solo estaba en la frontera, tan solo había penetrado lo necesario para que Long Chau estuviera satisfecha—. Todo iría bien.

—Dijo que le valía cualquier cadáver —dijo *La hija de la sombra*.

—Claro. —No parecía que el espacio profundo hubiera afectado lo más mínimo a Long Chau. A *La hija de la sombra* le hubiera gustado que fuese mera fachada, pero el ritmo cardiaco de la mujer, regular y lento, indicaba lo contrario—. Estoy escribiendo un tratado sobre la descomposición. Los cambios que sufre el cuerpo humano en el espacio profundo es un campo de estudio menospreciado de manera vergonzosa.

—Creo que usted arrasaría en los clubes de poesía de la zona —comentó con sarcasmo *La hija de la sombra*.

Long Chau no pareció inmutarse ante la puya.

—Seguro que sí, si me relacionara con ellos. —Miró a su alrededor. Las paredes se habían curvado y habían retrocedido hacia lo que parecía una distancia lejana y profunda; la mesa se estaba doblando sobre sí misma, dejando a la vista el metal con el que había sido fabricada, los bots que le habían dado forma a martillazos, los fragmentos en los que se convertiría, cuando finalmente se rompiese: todos los instantes de la existencia amontonados bien juntos unos sobre otros—. ¿Cuánto nos hemos adentrado en el espacio profundo?

Dos centidías desde que había tomado la poción. Parecía encontrarse bien. Una injusticia. Ritmo cardiaco normal; venas ligeramente dilatadas, pero no más allá del límite esperable; la contracción de las pupilas disminuyendo poco a poco; el mapa de actividad neuronal casi idéntico al de su visita al despacho. *La hija de la sombra* trató de tranquilizarse. Estiró su núcleo en la sala del corazón, lenta y pausadamente, lejos de los ojos indiscretos de Long Chau. Menos mal que no le había reforzado la arrogancia, que era una manera sencilla de mantener rindiendo a la perfección las

facultades de la gente en el espacio profundo, siempre que de partida ya contaran con una considerable dosis de autoestima; pero a *La hija de la sombra* le parecía que, en este caso, ella no hubiera sido capaz de soportar el resultado durante demasiado tiempo.

—No mucho. Prefiero mantenerla en zonas seguras. —No era cierto.

—Y mantenerse usted misma lejos de recuerdos desagradables —dijo Long Chau—. Tiene sentido. —Y luego, con un extraño tono en la voz—: No se ha recuperado. Solo de estar aquí ya siente náuseas.

—Las naves mentales no sienten náuseas —aseguró *La hija de la sombra*. Era mentira, sobre todo en las circunstancias actuales, cuando sin distancia entre su cuerpo y ella misma se sentía sacudida por olas alternativas de calor y frío, y notaba como si, en la sala del corazón, su núcleo se estuviera deshaciendo en diez mil pedazos. Se obligó a mantener la calma—. Y no tiene ni idea de lo que habla. Está elucubrando.

—Yo no elucubro. —El tono de Long Chau era seco—. Usted sufrió un accidente durante el levantamiento. Durante una misión que se malogró por culpa de falta de información. Ese hecho la paralizó por completo y la dejó varada en el espacio profundo durante un tiempo.

Ella… ella había flotado por lugares en los que ya nada tenía sentido, sin nadie vivo a bordo. La tripulación había muerto, y la capitana Vinh yacía hecha un ovillo justo a la puerta de la sala del corazón, con sus manos abriéndose lentamente a medida que la muerte se iba apoderando de ella. Nada salvo el sonido de sus propios latidos aterrorizados, resonando con más y más fuerza por camarotes y pasillos desiertos, hasta que ese pareció ser todo su mundo; ella era pequeña e insignificante, y seguiría allí para siempre, rota, incapaz de moverse y olvidada a perpetuidad, con sus sistemas manteniendo a la muerte a raya para siempre…

Long Chau aún continuaba hablando, con ese mismo tono desapasionado. Como si no pasase nada, como si no sintiera los escalofríos que recorrían los pasillos, la presión que iba a hacer añicos sangrientos a *La hija de la sombra*.

—No hay información sobre sus andanzas durante el levantamiento, y se encuentra en sorprendente buena forma, dada

su edad y el hecho de que apenas gana lo suficiente para vivir. Lo que significa que o bien procede de una familia acomodada (pero su acento no es el de los pudientes) o bien el ejército se encargó de su mantenimiento hasta hace pocos años.

Cada palabra dolía; las corrientes del espacio profundo presionaban contra su casco, una y otra vez, succionándole la voluntad de vivir, pero ella no podía suicidarse porque todo estaba desconectado o roto.

—Pero no ha estado con el ejército durante los últimos cinco años, más o menos —prosiguió Long Chau—. Ese tajo tan feo en el casco, justo debajo de la pintura de los jardines del Dragón Azur, tiene aproximadamente esa antigüedad y nadie lo ha reparado. Lo que significa que la licenciaron poco después del levantamiento. Está completamente traumatizada, pero no muestra otras señales de daños. Así que lo que sucedió tuvo que ocurrir cuando se hallaba bajo la protección del ejército, que se encargó de recomponerla. Por tanto tuvo que tratarse de una misión que se torció.

—Yo. No. Estoy. Traumatizada. —Fue como si tragase esquirlas de cristal.

Aún seguiría allí —con el cuerpo incapaz de funcionar, las líneas de comunicación cortadas—, si otra nave mental no hubiese pasado por casualidad y se hubiera fijado en una luz que parpadeaba en su casco, cerca de esa pintura que Long Chau había mencionado tan a la ligera.

Solo había sido alrededor de una bihora, en tiempo exterior —ocho centidías, nada más—, ni siquiera la duración de un banquete, un lapso irrisorio para alguien como ella. Pero, al hallarse en el espacio profundo, se le había antojado muchísimo más largo.

—Camina de puntillas alrededor del espacio profundo como un ratón alrededor de la zarpa de un tigre. —Long Chau resopló suavemente—. Así que, ya ve, no estoy elucubrando.

—Usted… —*La hija de la sombra* se esforzó por respirar, por decir algo, cualquier cosa que no fuera un grito. En el exterior, las corrientes del espacio profundo la bañaban, se aferraban con suavidad a su casco, como manos a la espera del momento adecuado para convertirse en garras—. Usted no tiene derecho.

—¿Por qué no? —preguntó Long Chau, que durante un instante pareció desconcertada—. Me ha pedido que se lo demostrase.

—No se lo he pedido.

Un silencio largo y violento.

—¡Oh! Discúlpeme. Creía que querría saber cómo había llegado a esas deducciones.

—No —respondió *La hija de la sombra*, aún temblando—. No quiero.

—Entiendo. —Long Chau la miró larga y detenidamente—. Lo siento. No era mi intención molestarla, pero eso no cambia lo sucedido. —Un nuevo silencio. Luego—: Háble me de los restos de la nave.

Una clienta. Long Chau no era más que una clienta. Y *La hija de la sombra* necesitaba clientes, por excéntricos que pudieran ser. No podía olvidarlo, pero lo único que deseaba era dejar a Long Chau en el hábitat y olvidar que todo esto había sucedido.

—Por aquí abundan los restos de naves. *Los tres en el melocotonar* no está muy lejos, y transportaba pasajeros cuando murió.

—¿Hace cuánto de eso?

—No fue durante el levantamiento, sino hace cinco años.

La hija de la sombra había elegido una nave a la que no conocía, ni siquiera ligeramente. Creía que sería distinto, ver unos restos que las corrientes del espacio profundo llevaban tiempo arrastrando de aquí para allá en lugar de un cadáver reciente, pero no estaba segura de cuál iba a ser su reacción.

Ella había contemplado cadáveres de naves, entonces, tras la emboscada —el metal inerte y retorcido, los instrumentos ópticos apagados, el casco roto, los restos destrozados a su alrededor, las afortunadas que habían muerto—, sabiendo que sus propios daños no eran lo bastante graves y que ella simplemente permanecería atrapada, durante instantes que se prolongarían hasta una eternidad.

Long Chau apoyó una mano en la pared. El contacto sobresaltó a *La hija de la sombra*, que lo sintió como un puntito de calidez en la inmensidad de su cuerpo.

—Entiendo. Reciente es mejor, desde mi punto de vista. Los cadáveres viejos se vuelven sencillamente irreconocibles. —Negó con la cabeza—. No tienen gran cosa con la que trabajar. —Y luego la miró de nuevo y añadió—: No le repugna, ¿verdad?

—¿Lo que pretende? —*La hija de la sombra* se obligó a sonar tranquila—. He visto cadáveres durante el levantamiento. No me asustan.

La nave avanzaba, lenta y precavidamente, por las capas más exteriores del espacio profundo, con impulsos del motor breves y controlados, manteniendo los diferenciales de tiempo y espacio tan pequeños como podía —incluso menores que los que había respetado para sus pasajeros, cuando antaño los transportaba—. No estaba segura de cómo iba a reaccionar Long Chau, aunque por el momento todo parecía marchar según lo previsto.

El mundo onduló y cambió. La gelidez del exterior de su casco fue reemplazada por un toque de esa calidez extraña y familiar, algo que se clavó hasta lo más hondo de su cuerpo, hasta su sala del corazón, el recuerdo de ser llevada en brazos, sintiéndose querida y segura, cuando, un centidía después de su nacimiento, fue trasladada a la sala del corazón y dejada allí, donde nada podía lastimarla. El recuerdo de ella misma extendiendo lentamente zarcillos por entre los conectores, convirtiendo la nave en su cuerpo, entonces y para siempre. Las manos de Madre temblaban por la debilidad, pero no flaquearon, e incluso en la distancia, incluso aturdida por la sorpresa de tener que respirar aire seco y abrasador, por la sorpresa de ese roce de unos brazos tras tanto tiempo en el vientre, *La hija de la sombra* sintió la determinación total de Madre, su amor y fuerza inquebrantables.

Y entonces se acordó de que este era el lugar que, de no haber sido por un capricho del destino, la habría atrapado para siempre, exhausta y demasiado destrozada para poder recuperarse.

No corría peligro. Se hallaba en el extremo menos hondo del espacio profundo, que no podía dañarla.

—Ahí —anunció *La hija de la sombra* con voz firme.

Luego activó los sensores para Long Chau. En la habitación apareció una pantalla ante la mujer, que no iba a recibir la transmisión directamente, puesto que *La hija de la sombra* no le había autorizado acceso alguno a implantes.

Los tres en el melocotonar había sido una nave de mayor tamaño que *La hija de la sombra*. Él había sobrevivido a guerras y al levantamiento, pero no al fallo técnico que había hecho saltar por los aires los motores y media sala del corazón, y lo había dejado

incomunicado. Para cuando alguien se dio cuenta de lo que pasaba, la nave ya había muerto, y los pasajeros luchaban por alcanzar alguna lanzadera sin la protección frente al espacio profundo que les había brindado la nave mental. Algunos lo habían logrado, pero no todos.

Los restos de la nave estaban bañados por ráfagas de luces, como si un niño la estuviera pintando, una y otra vez; los colores mutaban lentamente cada pocos segundos, y no de una manera uniforme, al ir apareciendo al azar zonas de resplandor más profundo, que luego se iban extendiendo por los restos del casco. Aquí y allá, la luz se atascaba en algún objeto: en un trozo de metal suelto, en un fragmento de cristal… o en la forma más pálida de un cadáver.

¡Qué pérdida tan tremenda! Todas esas vidas, que se habían apagado tan deprisa… Sus sensores detectaron fragmentos de jade, implantes, teteras y tazas —muchas con el mismo delicado diseño verde pálido semimate: debían de pertenecer a la vajilla personal de *Los tres en el melocotonar*—, y los bots de la nave, quemados, cada pérdida una herida; aunque él no habría sufrido, ¿verdad? Al menos debió de ser rápido.

Al menos…

«Vela por ellos, A Di Da, para que alcancen la Tierra Pura y puedan liberarse del ciclo de renacimiento y dolor…».

Long Chau observó la pantalla. Su semblante permaneció inalterado: lo mismo podía haber estado admirando una pintura o un poema especialmente bueno.

—Venid —dijo, e hizo un gesto con las manos. Los bots subieron a toda prisa y se aferraron a sus muñecas. Ella fue desplazando la imagen con movimientos de los dedos hasta centrarla en una forma concreta—. Ese.

Una mujer de mediana edad, con la piel, flácida y con manchas, colgándole laxa de la caja torácica y la pelvis, su forma ya comprimida en ángulos improbables por las presiones de la irrealidad en derredor; había contado con una sombrapiel para sobrevivir en el vacío del espacio normal, que, lógicamente, no había resistido la zambullida en el espacio profundo: los jirones largos y oscuros de la misma flotaban alrededor del cadáver como cabellos, o como hilos que la unieran a un titiritero

extremadamente lejano.

—¿Por qué ese? —Una pregunta estúpida. Ella había dicho que cualquier cadáver le serviría.

Long Chau observó el cuerpo como un halcón.

—Porque tiene algo raro.

—¿Raro?

—Ya verá.

Long Chau se calló, y *La hija de la sombra* no iba darle el gusto de hacer más preguntas. Cuanto antes recuperara el cadáver, antes se irían de allí y antes cobraría —aunque una parte de ella aún anhelaba el bienestar del espacio profundo, del regreso al hogar—. Envió al exterior sus bots y una de sus anticuadas cápsulas de escape, justo lo bastante grande para que los bots pudieran introducir el cadáver en su interior.

Long Chau observó los bots con atención.

—¡No la doble! —dijo con brusquedad cuando tres de ellos empezaron a arrastrar un brazo hacia la escotilla abierta de la cápsula—. ¡No!, ¡así no!

—Si quiere, puede manejarlos usted misma —le espetó *La hija de la sombra*.

Durante un instante creyó que Long Chau iba a aceptar. Habría sido un quebradero de cabeza y una pérdida de tiempo, dado que la destreza con los bots de Long Chau era mucho menor que la de *La hija de la sombra*, pero entonces la mujer se sumió en un silencio huraño.

—Trate de no dañarla —se limitó a decir.

La hija de la sombra abrió uno de los muelles vacíos. El frío se coló por el hueco de la cámara estanca, un viento, que pareció congelar todos sus sentimientos, seguido un momento después por una ráfaga de calidez agostadora y un débil sonido en el límite de la audición, como el chirrido de un millar de grillos. Los colores cambiaban y jugueteaban por las paredes del muelle —sin cesar, con la presión alterándose levemente a medida que se movían—. La cápsula atracó con un chasquido. Ella selló la compuerta. Los diferenciales de presión se fueron igualando poco a poco, y el silencio se adueñó del recinto. Se dio cuenta de que el corazón le latía fuerte y rápido, y de que los conectores que tenía en las manos temblaban.

Tenía que respirar. No permitiría que esto la superase.

Los bots arrastraron el cadáver fuera de la cápsula, con sus pies golpeteando, uno tras otro, el suelo. El cuerpo era una carga más pesada y áspera, carente de la flexibilidad propia de los tejidos orgánicos, más parecido a piedra pulida raspando en silencio el suelo del muelle. *La hija de la sombra* bajó la temperatura, a fin de evitar que se descompusiera más. Quedó allí tendido, con la mirada clavada en el techo; sus ojos habían comenzado a endurecerse y convertirse en alhajas, la córnea más semejante a marfil que a tejido orgánico. Las uñas habían empezado a abombarse —tenues cuñas azules perlaban los bordes, con los colores irisados y sucios de los derrames de lubricante—, y toda la piel había adquirido la fragilidad traslúcida del jade.

Mientras Long Chau se dirigía hacia allí —aún por completo impertérrita ante las extrañas tracerías de luz que el espacio profundo hacía juguetear por paredes y suelo—, *La hija de la sombra* comprobó los datos de los bots.

Para cuando Long Chau llegó al muelle, ella estaba entregada a profundas cavilaciones.

—Tal vez tengamos un problema —anunció, porque no quería reconocer abiertamente que Long Chau había estado en lo cierto.

Su voz resonó por el muelle vacío, y las palabras se multiplicaron durante un instante efímero y se convirtieron en una dulce nana. Filtraciones de sonido. Estaban derivando hacia zonas demasiado profundas.

Eso no ocurriría mientras ella estuviera al mando.

Despertó lentamente los motores y comenzó a remontar de nuevo hacia los bajíos. La presión disminuyó. La temperatura se estabilizó otra vez, y tan solo quedó esa luz extraña, que rielaba por todas las paredes y suelos, de los camarotes a la sala del corazón. Sus bots parecían aletargados; su propio cuerpo, demasiado grande para contener sus pensamientos. El agotamiento se iba apoderando de ella. Algo que no debería haber ocurrido, pero ella sabía bien por qué estaba exhausta. La lucha contra sus propios y traicioneros recuerdos era la culpable.

—¿Un problema? No me sorprende.

Long Chau se arrodilló junto al cadáver. Sus propios bots salieron arrastrándose de sus mangas, y las patas repiquetearon por

el suelo antes de alcanzar la carne congelada. Se embutió unos guantes finos y se los ajustó sobre los dedos largos y elegantes con un fluido gesto. Su rostro recobró la impasibilidad. Sus movimientos volvieron a ser lánguidos y pausados cuando levantó una mano, después la otra, y luego se inclinó sobre la piel flácida y con manchas de la cara. Con esa misma calmosa resolución tocó los filamentos de la sombrapiel; los agrupó en un haz oscuro y los examinó con la atención de un erudito reconstruyendo un libro perdido.

Cuando Long Chau levantó de nuevo la mirada, su semblante carecía de toda expresión.

—Justo lo que pensaba. Este cadáver no viajaba a bordo de la nave. —No se trataba de una pregunta.

—No estoy segura, pero…

Long Chau se estiró, lenta y perezosamente.

—Pues puede estarlo. A la vista de su estado de descomposición, la sombrapiel aguantó al menos unos días, durante los que proporcionó aire al cadáver. Más de unos pocos, diría yo. Cinco años atrás, las sombrapieles estaban en pañales, lo que significa que esta en concreto era más eficiente de lo habitual, y más cara.

Esa no era la única explicación posible.

—A lo mejor ella se había comprado su propia sombrapiel.

—¿Una mujer con las uñas así de cortas y estropeadas? No, a menos que se hubiera enriquecido recientemente y hubiese invertido en una. Y que se pudiera permitir viajar en una nave mental… Posible, pero muy improbable —dijo Long Chau. No volvió a mirar el cadáver; era evidente que recitaba todo de memoria, con un tono que adoptaba las ásperas cadencias de un profesor—. No se había sometido a tratamientos de rejuvenecimiento. Se nota en la piel. La piel rejuvenecida se pega a los huesos, incluso después de abotagarse. La mujer era una obrera. En sus muñecas se ve que han estado sometidas sin cesar al esfuerzo de controlar bots manualmente, lo que significa que no se podía permitir implantes, o que se dedicaba a un trabajo en el que resultaba más cómodo utilizar las manos. Minería, o tal vez mantenimiento de orbitales (donde los campos suelen interferir con la tecnología de los implantes). En esos sectores, nadie hace fortuna, ni aguanta demasiado.

Todos ellos argumentos convincentes, pero seguro que tenían algún fallo.

—A lo mejor se dedicaba a eso por vocación.

—¿Una vida más corta a cambio de un trabajo manual, mal pagado y carente de todo prestigio? —replicó Long Chau con tono burlón—. Es posible, pero improbable.

—Entonces, ¿qué?

—Que ella no viajaba a bordo de la nave. Yo diría que murió hará algo así como un año. Como mucho. No tengo suficientes muestras de cadáveres del espacio profundo para comparar. Ese se suponía que era el objetivo de esta expedición. —Volvía a sonar enfadada, como si el cadáver la hubiera ofendido personalmente.

—¿De qué murió? —La conversación ahora fluía más fácilmente, y *La hija de la sombra* sentía más curiosidad de la que le hubiera gustado reconocer.

—No lo sé. Fue muy lejos de aquí, las corrientes de la irrealidad la han arrastrado un buen trecho: se nota por lo destrozada que está la sombrapiel. Podría especular, pero ese es un pasatiempo malsano. Necesitamos certeza, no cortinas de humo.

—¿Cómo…? —empezó a decir *La hija de la sombra*, pero se interrumpió—. ¿Cómo lo supo? El cadáver estaba muy lejos. Es imposible que alcanzase a verlo.

—Destacaba. Saltaba a la vista, y usted también se habría dado cuenta… si no hubiera permitido que la emoción obstaculizara una sencilla observación.

—¿La emoción? —*La hija de la sombra* respiró hondo, sintiendo la opresión de la sala del corazón a su alrededor. Si se enfadaba, no conseguiría nada.

—Sintió lástima por la nave mental.

—No se lo tome a la ligera.

—No me lo tomo a la ligera, pero hay un momento y un lugar adecuado para cada cosa, y aquí y ahora no era ni lo uno ni lo otro —le espetó Long Chau. Una pausa, y luego, ya con otro tono—: Yo tenía razón.

—¿En general? —*La hija de la sombra* no se molestó en no sonar sarcástica.

—Usted es francamente buena en lo suyo —dijo Long Chau con un cabeceo negativo. Se apartó del cadáver, y fue como si cerrara

una puerta en un habitáculo mental en algún lugar—. Pienso casi igual de bien que en el hábitat.

Casi mejor, de hecho, hubiese dicho *La hija de la sombra*. Su mapa de actividad neuronal, totalmente iluminado, así lo indicaba sin lugar a dudas.

—Gracias. —Se esforzó cuanto pudo en sonar sincera, aunque no quería ser educada, y mucho menos amable, con Long Chau, no después de lo que esta había hecho—. ¿Y ahora qué? Deberíamos avisar al magistrado…

—Claro. Jamás se me ocurriría obstaculizar la justicia imperial. —Algo en su manera de moverse, en su postura, llamó la atención de *La hija de la sombra*. Su perfil era fino y afilado, como el de un tigre al acecho que de pronto divisa una presa—. Pero me gustaría realizar algunas averiguaciones por mi cuenta en paralelo.

—¿Averiguaciones?

—En ningún momento me ha preguntado a qué me dedico.

—¡Porque apenas hace al caso!

Se esperaba que Long Chau le dirigiese una mirada breve y divertida, pero la mujer apenas parpadeó.

—Soy detective asesora.

—¿Que es qué?

—Soy consultora. Soluciono problemas a la gente, sobre todo cuando esos problemas tienen que ver con pleitos y magistrados.

Detective asesora. En la mente de *La hija de la sombra* se agolparon tantos pensamientos que se vio en apuros para escoger uno.

—¿De veras cree que puede investigar la muerte de la mujer mejor que el magistrado?

—Sé bien que sí. —Habría sonado increíblemente presuntuoso, de no ser por la total inexpresividad de la voz de Long Chau: ella estaba enunciando un hecho, y ni siquiera uno del que se enorgulleciera especialmente—. Incluso si no fuese más inteligente que el magistrado, el tribunal está desbordado de trabajo y falto de personal, conque es poco probable que gasten demasiada energía en tratar de resolver la muerte de una mujer anónima.

—No entiendo por qué se iba a molestar usted. Nadie va a pagarle por ello.

Ahora Long Chau sí sonrió, y toda su cara pareció iluminarse.

—¿Por qué? Porque puedo.

~

Llevaron el cadáver al tribunal del magistrado, un lugar destartalado y atestado de funcionarios tan agobiados que apenas les formularon unas rápidas preguntas antes de prometer mantenerlas informadas, a todas luces una mentira. Lo que —para exasperación de *La hija de la sombra*— volvió a dar la razón a Long Chau. La mujer no se jactó. Por suerte, o habría cruzado de nuevo la frontera entre cargante e insoportable.

Cuando *La hija de la sombra* regresó a su pequeño despacho, se encontró con que Long Chau ya le había abonado la mixtura. No esperaba que se diese tanta prisa, pero no pensaba quejarse. Guardó el dinero en su cuenta, reservándolo para pagar el alquiler y, tras un instante de duda, autorizó a Bao a ver la transacción. No alcanzaba para cubrir la totalidad de la renta, pero era una cantidad importante, que serviría para que Bao y la familia Pabellón Occidental Le comprobaran que el negocio de *La hija de la sombra* iba viento en popa y se quedasen más tranquilos.

Luego se dispuso a empezar a investigar. No el cadáver ni su historia —como, sin duda, estaba haciendo Long Chau—. Estaba convencida de que Long Chau iba a regresar; y no estaba segura de qué quería hacer, si eso ocurría.

Una cosa sí sabía. No tenía intención de estar indefensa. Si husmear en su pasado era un juego de niños para Long Chau, entonces *La hija de la sombra* también podía husmear en el de ella.

Algo que resultó mucho más difícil.

Long Chau era un nombre de cortesía, de eso no había duda —aunque solo parecía haber sido empleado, hasta donde *La hija de la sombra* pudo comprobar, en tratados sobre materias sumamente crípticas, que iban de la evolución de los moratones en el vacío a los efectos de determinadas sustancias sobre la creatividad—. El propio rostro, contrastado con horas de grabaciones de los hábitats, no pareció deparar ningún resultado inusual, salvo que, como era esperable, Long Chau no tenía demasiada vida social: en ningún momento aparecía en clubes de poesía o casas de té. Su compartimento se hallaba en el mismo hábitat que el de *La hija de*

la sombra, pero en una zona peor, donde la red funcionaba a paso de tortuga. Sus bots estaban anticuados: eran lentos y su manejo requería mucha atención.

En su pasado no había nada. Long Chau se había lanzado al ruedo seis años atrás, poco después del levantamiento. Pero antes de eso, nada. Su acento y maneras correspondían a los de los eruditos; no solo eso, también a los de alguien a quien el poder no le era ajeno. ¿Qué era lo más probable? Un vástago perdido de una familia de los hábitats interiores jugando a ser pobre mientras continuaba manteniéndose gracias al dinero de su familia.

Todas las averiguaciones en ese sentido resultaron fallidas. Había un puñado de retoños rebeldes de los hábitats interiores, pero todos mucho más jóvenes que Long Chau. ¿Una descendiente de segunda categoría de algún planeta numerado y más cercano al centro del Imperio? Long Chau no era ni de lejos lo bastante prepotente para que ese fuera el caso.

Detective asesora.

La hija de la sombra hubiera seguido hurgando más profundamente, sin importarle que más le habría valido emplear ese tiempo en tratar de conseguir clientes en lugar de obsesionarse en vano con uno en concreto. Su única obligación la tenía varios días después: una cena con dos familiares, Dieu y An Giang (descendientes lejanos de Madre, que siempre contaban anécdotas divertidísimas sobre su época en los ministerios del Cinturón Salpicado de Perlas). Pero entonces intervino *Afilando agujas de acero*.

En la reducida comunidad de las naves mentales, *Afilando agujas de acero* era una leyenda viva. Se trataba de una de las naves de más edad del Cinturón Salpicado de Perlas, que se acordaba de la época en la que el Imperio era tan pequeño que no hacía falta numerar ni clasificar los planetas. Sabía exactamente lo que quería, y no permitía que las objeciones de nadie se interpusieran en su camino demasiado tiempo.

—No puedes continuar encerrada en este despacho —dijo *Afilando agujas de acero*—. Venga, vamos a tomar un té.

La hija de la sombra plantó cara con valentía, pero estaba condenada al fracaso.

—En realidad no estoy aquí, sino en el espacio.

—Esa es una parte insignificante de ti. El grueso de tu capacidad de procesamiento está en el hábitat.

Para sorpresa de *La hija de la sombra, Afilando agujas de acero* la llevó, no a una casa de té, sino a su propio compartimento: un derroche de colores y vitrinas atestadas de delicada porcelana. La nave coleccionaba piezas singulares a modo de pasatiempo, y varios de los cuencos eran réplicas exactas de los utilizados en las ceremonias de la Corte Imperial y habían sido fabricados exactamente en los mismos talleres. Entre las vitrinas se intercalaban holos del espacio, el revestimiento que *Afilando agujas de acero* reservaba para otras naves mentales, aunque *La hija de la sombra* sospechaba que había eliminado todos los vids y pinturas del espacio profundo. Le avergonzaba que se tuvieran que preocupar por ella, pero solo de pensar en ese lugar sentía una opresión en el núcleo.

En la mesita baja había un revestimiento con varios guisos, de cerdo caramelizado a sopa de *noodles*, además de té verde color cardenillo. Ninguno era real, y ninguna de las dos comió propiamente, porque, en su caso, los platos funcionaban como recuerdos, de festines, lugares y personas, acumulados y destilados a lo largo de los siglos de su vida.

La hija de la sombra picoteó el cerdo caramelizado. Durante un fugaz instante, volvió a ser una niña que observaba el espectáculo de fuegos artificiales en el hábitat, hasta quedar dormida acurrucada en el regazo de Madre. Y luego el recuerdo se desvaneció, y de nuevo fue una adulta, cuyos padres humanos eran cenizas desde largo tiempo atrás.

—Has estado realizando indagaciones —dijo *Afilando agujas de acero*.

—Eso no tiene nada de malo.

Una pausa, luego:

—Estás enfadada.

—No.

—No seas tan poco razonable, hija. —La voz de *Afilando agujas de acero* sonaba divertida—. Esa mujer saca de quicio a cualquiera.

—¿Long Chau?, ¿la conoces?

—Yo no, no, pero alguna de las naves mentales más jóvenes sí.

Ninguna de las cuales… se dedica a lo mismo que tú.

Desaprobación en su voz, aunque ni que decir tiene que *Afilando agujas de acero* jamás se lo habría dicho directamente: consideraba que las naves mentales debían estar al servicio del Imperio en lugar de tratar de ganar dinero.

Como si se ganara tanto preparando infusiones medicinales para los humanos…

La hija de la sombra reflexionó unos instantes, mientras trataba de mantener sus sentimientos bajo control.

—Esas otras naves… —empezó a decir.

—¿Sí?

—¿Saben quién es?

Afilando agujas de acero se acercó a ella. Su avatar, pequeño y modelado a la perfección, flotaba sobre la mesa, con el diseño de líneas fluidas y filosas típico en el Imperio siglos atrás.

—Se la recomendó una agencia. Ya se ha ganado toda una reputación.

—Pero no tiene vida…

—¿Antes del levantamiento? Así es. ¿Qué es lo que quieres saber? Ya debes de haber terminado tus negocios con ella.

—Encontramos… encontramos un cadáver. Una mujer que había muerto en el espacio profundo.

—Y sientes lástima. Es comprensible.

—Pero ¡ella no! —Y entonces se dio cuenta de lo que había dicho y guardó silencio, horrorizada. Porque no era verdad. Long Chau jamás había manifestado emoción alguna, cierto, pero nunca se había referido al cadáver como a una mera cosa, sino en todo momento como a una mujer. Y, sí, Long Chau consideraba la muerte como un problema abstracto que había que resolver, pero, incluso así, estaba investigando. Y… antes de empezar a diseccionar el pasado de *La hija de la sombra*, había tratado, aunque de manera muy torpe, de ser considerada, de asegurarse de que *La hija de la sombra* se encontraba cómoda en el espacio profundo—. No sé qué pensar de ella.

—¿La encuentras fascinante?

La hija de la sombra quería responder que no, pero habría sido mentira. Long Chau era una estrella en expansión, que ardía brillante y con fuerza, cautivadora en su implacabilidad, y que

terminaría por devorarlo todo.

Afilando agujas de acero se mantuvo totalmente inmóvil, atenta. Sus bots estaban apoyados en los cuencos de porcelana de las vitrinas, con todos sus sensores apuntando hacia *La hija de la sombra. Afilando agujas de acero* iba a aprovechar la oportunidad para ponerla de vuelta y media, con palabras que ya habían dejado a otras naves deshechas en lágrimas. Sin embargo, cuando habló, su voz sonó pausada, pensativa:

—Tiene que ser nativa del Cinturón. Siempre que se ha relacionado con otras naves, ha demostrado poseer un conocimiento de familias y costumbres que la mayoría de los forasteros jamás llega a alcanzar.

—Aprende deprisa —señaló *La hija de la sombra*.

—No tan deprisa. No cometas el error de conferirle poderes mágicos. —Una pausa, luego—: *Granadas enterradas en arena* cree (y yo me inclino a estar de acuerdo con ella) que está demasiado familiarizada con el tribunal.

—Normal, siendo como es detective…

—No ese tipo de familiaridad. Fue arrestada, en algún momento. He visto vids suyos de otras naves. Los escaneos muestran cicatrices en ambos brazos, cuya forma coincide con las típicas de los bots de la milicia.

Así que no solo había sido arrestada, sino también interrogada bajo el efecto de drogas que sondeaban la mente.

—¿Por eso…?

—¿Continúa drogándose? Tendrás que preguntárselo a ella.

Casi habría sentido lástima, de no haberse acordado de la prepotencia y arrogancia despreocupadas de las que Long Chau había dado muestra en todo momento.

—¿Qué harás si descubres quién es? —preguntó *Afilando agujas de acero*.

En ningún momento había llegado a detenerse a considerarlo. ¿De veras iba a echarle en cara su pasado con su misma falta despreocupada de consideración?

—Yo… —empezó a decir, pero se interrumpió—. Ella volverá.

—Claro. Ataca los problemas con la misma táctica con la que los cocodrilos atacan sus presas: con desenfreno implacable. Renunciar le resultaría físicamente doloroso. —El tono de *Afilando agujas de*

acero volvía a sonar divertido.

La hija de la sombra alargó la mano hacia el arroz. Inspiró la fragancia y se acordó de una cocina rebosante de risas infantiles.

—No sé qué haré. Pero…

—¿Necesitas saber? —Un silencio, y luego—: Control, un activo del que siempre has andado escasa.

—No sigas. —Los vería de nuevo, si *Afilando agujas de acero* insistía: a todos sus vivos y sus muertos, a la capitana Vinh, a la teniente Hanh y a todos lo que habían creído ser más listos que ella, que habían pensado que una nave no necesitaba estar al corriente de la situación general, lo que la había llevado, de manera ineludible, a la emboscada, y a partir de ahí a quedar varada, herida y averiada en el espacio profundo, donde el tiempo se estiraba y quebraba continuamente, cual garras arañando su casco una y otra vez—. No sigas, por favor.

Esta vez, la lástima estaba presente en la voz de *Afilando agujas de acero*:

—De acuerdo.

~

La hija de la sombra estaba en mitad de una complicada valoración de un controlador de bots de los hábitats exteriores cuando Long Chau entró en su despacho.

—Tenemos que hablar —dijo—. Cuando le venga bien.

La hija de la sombra mantuvo una significativa inmovilidad.

—Ahora no me viene bien.

—Aun así, tenemos que hablar.

Long Chau se recostó contra la pared relajadamente, como si el compartimento le perteneciera. Tenía bots aferrados al dorso de las manos —dorados y ornamentados cual alhajas, con la aguja del extremo del cuerpo casi invisible—. Los bots se retiraron mientras *La hija de la sombra* miraba, y la piel oscura de Long Chau quedó perlada de gotas de sangre.

—Tía mayor. —El controlador de bots parecía nervioso, y sus mapas de actividad estaban empezando a derivar hacia el estrés. Trabajo en balde.

—¿Puede regresar luego, por favor? —preguntó *La hija de la sombra*—. Lo siento, pero tengo que atender este asunto.

Una vez se hubo marchado el cliente, la estancia recuperó su configuración neutra de costumbre: en lugar del despacho, con una decoración de buen gusto a base de pinturas modernas de paisajes estelares, y estatuas de naves y bots, un espacio gris y blanco con el brillo del metal bruñido y la referencia del hábitat y el número del compartimento grabados en todas las paredes. La única decoración eran las estanterías físicas, atestadas de obras que sin duda Long Chau desaprobaría.

Long Chau había espantado al controlador de bots. Una pérdida de tiempo, un proceso de análisis que *La hija de la sombra* tendría que empezar desde cero de nuevo; una pérdida de dinero, porque tendría que esterilizar las agujas de los bots otra vez. Ella no andaba sobrada de dinero. Ni de tiempo.

—Si desea verme, solicite cita.

—No me ha parecido eficiente. Ni apropiado. No estoy aquí para encargar una mixtura. Aunque por descontado que le pagaré por su tiempo. No quisiera privarle de su medio de vida. —Una pausa, luego una mirada que ya no era desenfadada, sino aguda como la punta de una lanza—. A menos que considere ofensiva la oferta.

—No es el caso —dijo *La hija de la sombra*, con menos acritud de la que le hubiera gustado. Long Chau le había remunerado con generosidad, pero Bao tenía razón: si seguía así, el dinero no le alcanzaría la próxima vez que tuviera que pagar el alquiler. Long Chau parecía alternar entre rachas de peculiar consideración y de absoluta indiferencia hacia los sentimientos ajenos—. No soy de las que anteponen un falso orgullo.

Una nueva pausa, como si Long Chau hubiera tenido intención de decir algo y se lo hubiese callado.

—De acuerdo. Bueno, creí que le interesaría enterarse cuanto antes de las novedades. Uno no encuentra un cadáver todos los días.

En su caso, por supuesto que no. Una especie de codazo en los implantes de *La hija de la sombra*: una autorización de acceso limitado para compartir datos. Dudó —no le gustaba conceder accesos porque con frecuencia se olvidaba de revocarlos—, pero aceptó. El retrato de una mujer, anticuado, estilo acuarela, sin duda pintado por bots —las pinceladas de color eran demasiado limpias,

demasiado regulares—, apareció titilante en modo imagen. La semejanza era patente.

—¿Su cadáver?

—Nuestro cadáver. Pham Thi Hai Anh —respondió Long Chau —. Se ganaba la vida trabajando en el mantenimiento de los anillos interiores del hábitat Hồ Flor de Albaricoque.

—Entiendo —dijo *La hija de la sombra*, aunque no lo entendía. La curiosidad se impuso, por los pelos—. ¿Sabe de qué murió?

—No. Estoy en buenos términos con la persona al frente del departamento de fallecimientos: no han sido capaces de descubrir la causa de la muerte. Lo que significa que, tras descartar todos los demás motivos posibles, la mujer estaba vivita y coleando cuando cayó al espacio profundo. —Alzó una mano, como anticipándose a una objeción de *La hija de la sombra*—. Las presiones de la irrealidad la tuvieron que dejar inconsciente en menos de diez divisiones, y la matarían no mucho después, un centidía, como máximo. Una sombrapiel no protege contra el espacio profundo.

¿Estaba tratando de no herir los sentimientos de *La hija de la sombra* o, más probablemente, de asegurarse de no ser interrumpida?

—De acuerdo. Entonces fue un accidente.

—No sé qué sucedió —respondió Long Chau con una sonrisa—. Pero pienso averiguarlo.

—No entiendo la urgencia.

—El caso va a pasar a la milicia.

—¿Y? Seguro que eso es bueno.

—Solo para quien considere que el tribunal y la milicia son competentes. —Se veía a la legua que no era su caso. Pero, claro, si se las había tenido que ver con ellos como sospechosa…—. Detienen a todo quisqui y lo drogan con la esperanza de encontrar un culpable fácil. Para cuando terminen, no quedarán ni pruebas ni nadie dispuesto a colaborar en las investigaciones.

¿Experiencia personal? Sonaba tan vehemente que tenía que serlo. Pero también debía de sacarle de quicio no conocer las respuestas.

—No estoy segura…

—Contamos con un día, tal vez dos. Como mucho. Las circunstancias son inusuales, y yo he estado indagando, lo que

atraerá su atención incluso antes de lo normal.

—Mire —dijo *La hija de la sombra*—, desconozco cuál es su relación con el tribunal —aunque estaba totalmente decidida a descubrirla—, pero no pienso ponerme a mal con ellos.

Long Chau la miró con perplejidad.

—Por supuesto que no. Habremos resuelto esto mucho antes de que ellos intervengan, si actuamos con la suficiente rapidez. De eso se trata. —Long Chau se estiró, en toda su altura—. Me voy al hábitat Hồ Flor de Albaricoque. ¿Quiere acompañarme?

—¿Porque necesita una nave que la lleve?

Long Chau se encogió de hombros. Estaba claro que ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

—Puedo tomar una lanzadera, si prefiere no venir.

A fin de cuentas, ella iba a cobrar. Y necesitaba el dinero. Y… y se moría por saber qué había sucedido, cómo había muerto Hai Anh, y si se le iba a hacer justicia… incluso aunque fuese la justicia arrogante y prepotente de Long Chau.

Podía cambiar las dos citas que tenía por la tarde sin que pasara nada grave. Podía acompañar a Long Chau, aunque no fuese más que un rato.

—No hace falta —dijo—. Iré con usted.

~

Long Chau tomó una lanzadera finalmente, porque el tráfico era demasiado denso y el orbital Flor de Albaricoque no disponía de muelles libres durante la siguiente bihora. *La hija de la sombra* proyectó su avatar directamente en el orbital y pasó un rato echando un vistazo a los nuevos tipos de bots que se vendían en las tiendas. Aunque, en su actual situación, en realidad no podía permitirse más que mirar y soñar.

A la postre, había concedido a Long Chau acceso prioritario, lo que significaba que sus llamadas tendrían preferencia, y que también ella podría localizar a la mujer fácilmente. La dirección a la que Long Chau se dirigía no era un compartimento privado, sino un lugar grande y espacioso, con un cartel que decía: «Casa de la Prosperidad sin Sal».

—¿Un monasterio? —preguntó *La hija de la sombra* cuando

llegó.

Long Chau negó con un cabeceo.

—Una sororidad —respondió escuetamente, utilizando un término extraño y poco empleado—. Tenga. Me temo que no podrá materializarse directamente dentro. —Era una mapa de un laberinto de compartimentos y corredores conectados, con un punto que marcaba el destino.

—Dígame una cosa —pidió *La hija de la sombra*. Long Chau alzó una ceja—. La milicia la detuvo para interrogarla. ¿Por qué?

Long Chau no se movió.

—¿Ha estado indagando? —inquirió.

—Igual que hizo usted conmigo.

—Yo saqué conclusiones a partir de información pública —replicó Long Chau, negando con la cabeza—. No es lo mismo.

—Dígame por qué —insistió con terquedad *La hija de la sombra*.

—Trate de deducirlo —respondió Long Chau, y se dirigió al interior. Por su tono era evidente que no esperaba que fuera capaz.

Se equivocaba. Ella se lo demostraría.

La hija de la sombra siguió a Long Chau al interior. Tenía el mapa en sus sensores y se deslizaba más deprisa de lo que Long Chau podía caminar y, sin embargo, a duras penas conseguía no quedar rezagada. Los pasillos eran lisos y carecían de ornamentación, aunque alguna pintura o vid rompía puntualmente la monotonía. A través de puertas medio abiertas, vislumbró semblantes —mujeres, desde muy jóvenes a muy ancianas, ninguna con esa tersura típica de los tratamientos de rejuvenecimiento, con el rostro enjuto y delgado, sin llegar a ese umbral tras el que habrían caído en la escualidez—. «Sororidad», había dicho Long Chau. Sin duda era un lugar peculiar.

Cuando *La hija de la sombra* llegó, Long Chau estaba sentada con las piernas cruzadas ante una mesa baja, enfrascada ya en una conversación con una anciana. La nave empleó esos instantes para buscar en la red información sobre el lugar. Para cuando la mujer se levantó, ya había reunido algún dato, pero tampoco gran cosa.

—Esta es la abuela Khue —dijo Long Chau—. Ella es *La hija de la sombra*. Está ayudándome.

La abuela Khue parecía haber tragado algo amargo, aunque era

manifiesto que todo su mal humor se dirigía contra Long Chau. La mujer sonrió a *La hija de la sombra*.

—He oído hablar de usted —dijo.

—He tenido tratos con su casa.

La hija de la sombra había comprobado por encima sus propios archivos: había proporcionado mezclas a mujeres que vivían en ese lugar; no de las que se empleaban para atravesar el espacio profundo a bordo de una nave mental, sino otras más baratas y menos finas, para no sentir miedo mientras te tambaleabas al filo del vacío. De camino hacia allí, había asignado a sus hilos de procesamiento más rápidos la tarea de revisar sus entrevistas con ellas; lo único que había sacado en claro había sido un recuerdo vago de una mujer cansada y encorvada, para la que había sido cuestión de orgullo pagar a tiempo.

Sin embargo, a la abuela Khue no se la veía en absoluto encorvada ni cansada.

El compartimento era pequeño, y el revestimiento público estaba atestado de cosas. A diferencia del de *Afilando agujas de acero*, resultaba difícil distinguir entre los objetos que tenían entidad física y los que no. Parecía haber fragmentos de restos de varias naves: metal retorcido con un brillo untoso, transformado y comprimido por el espacio profundo. El tipo de rarezas que los eruditos coleccionaban, pero que no eran demasiado caras.

Una gran caja de madera de un juego de mạt chược ocupaba un lugar prominente sobre una cómoda, abierta para que se vieran los diseños de las piezas de marfil pulido. Se trataba de una elección extraña y de lo más anticuada, pero también era una manera disimulada de dejar claro que allí no todo era barato. A su lado había una cajita de madera que tenía tallado el sello de un maestro artesano de la serenidad: Nguyen Van An Tam, le informaron a *La hija de la sombra* sus sensores, un maestro de segunda del hábitat, que ni tenía demasiada fama ni cobraba demasiado por sus servicios.

La decoración del compartimento no llegaba a ser… un intento por aparentar, pero andaba cerca.

La abuela Khue la pilló mirando.

—Recupero restos del espacio profundo —explicó—. Siempre hay mercado para objetos bonitos que puedan ser exhibidos por los

eruditos en banquetes y reuniones de clubes de poesía, para impresionar a sus amigos.

—No es un trabajo demasiado estable —señaló Long Chau, con frialdad.

—Mejor que trabajar casi como una esclava para las familias.

—Tal vez —respondió Long Chau, con rostro impasible.

—Ustedes dos forman una pareja curiosa —dijo la abuela Khue —. No estoy segura de cómo podemos ayudarles. Ni de que debamos.

—Ella era parte de esta comunidad.

—Está muerta. —La abuela Khue sonó… no como *La hija de la sombra* se esperaba. Ni apenada ni sorprendida. Tan solo enfadada. Long Chau no pareció haberse dado cuenta, o a lo mejor la anciana siguió hablando pese a todo—: No queremos problemas.

—¿Ni tampoco justicia? —El rostro de Long Chau continuaba impasible—. Podría informar de ello al magistrado. Estoy segura de que les resultaría de lo más interesante.

—Si es que llegaban a molestarse en venir. —La abuela Khue se recostó en el asiento—. Usted sabe exactamente lo que les importamos a los orbitales.

En la mesa había dos tazas de té. La mujer hizo un gesto y apareció una tercera, etérea y titilante, para *La hija de la sombra*.

—Se encargan de mantener a flote el cinturón —dijo *La hija de la sombra*, pausadamente. Se acercó la taza de té; bebió un sorbo y sintió el delicado gusto herbal: un recuerdo de su primer encuentro con *Afilando agujas de acero* y las chispas que habían saltado en aquella ocasión; de conversaciones interminables con su familia, que se prolongaban y prolongaban entrada la noche, en las que hablaban de todo, desde los resultados de los exámenes de los descendientes más jóvenes hasta embarazos, nacimientos y muertes —. Usted y el resto de las mujeres de este lugar. —La Casa de la Prosperidad sin Sal: una imprecisa sororidad de obreras, de mujeres que, como la fallecida Hai Anh, trabajaban en el mantenimiento y limpieza de los orbitales, y que habían jurado ser una familia para el resto de las compañeras.

—Somos baratas. Y fácilmente reemplazables. —La abuela Khue sonrió—. Algo menos si hacemos causa común.

—De modo que tienen enemigos… —dijo Long Chau.

—¿Los Ho y demás familias de los hábitats interiores? —La abuela Khue resopló—. Se equivoca.

—¿De veras?

La abuela Khue dejó la taza en la mesa.

—Ya le he preguntado por qué se interesaba por este asunto.

—Me gusta resolver problemas.

—¿Problemas? Hai Anh era una persona, no un problema —le espetó la abuela Khue.

—Lo sé. —El rostro de Long Chau no había perdido la impasibilidad—. Así que sí le importa, pero no desea que investigue. Interesante. —Por la manera en la que lo dijo, Hai Anh podía haber sido un párrafo complicado en una proclama—. ¿Cómo es que tenía una sombrapiel? Es una inversión importante, dado el salario medio de los obreros manuales.

—Limpiaba el exterior de los orbitales. Y sí, son caras, pero las sombrapieles son un seguro de vida. Sale más barato contratar trabajadores nuevos que adquirir trajes adecuados y rodilleras para escalada, así que las familias no siempre se preocupan de que el equipo esté en buenas condiciones. Si algo de lo que te entregan falla y caes al vacío, te alegrarás de contar con una.

—Entiendo. —Long Chau movió la cabeza negativamente—. Pero no la protegió contra el espacio profundo.

—No hay nada que te proteja. —La abuela Khue se levantó—. Pueden ver su compartimento. Dudo que vayan a encontrar nada de provecho, pero… —Una muchacha apareció en la entrada de la estancia—. Tuyet las acompañará.

~

La habitación de Hai Anh era pequeña y carecía casi por completo de vida, lo que no era de extrañar, habida cuenta de que todos los holos y pinturas habrían estado vinculados a ella y los habrían borrado o apagado tras su muerte. Long Chau estuvo arrodillada un rato, observando el catre diminuto. Un leve aroma a sándalo e incienso flotaba en el aire, ante una estatua de Quan Am.

—Me he perdido el principio de la conversación —dijo *La hija de la sombra*.

—Nada demasiado útil —respondió Long Chau—. Aunque siento

curiosidad por conocer la impresión que le ha causado.

La respuesta la exasperó, aunque bueno, con Long Chau eso casi se podía dar por descontado.

—Competente. Una líder inveterada. ¿Qué le ha parecido a usted?

—Una líder inveterada. —Long Chau sopesó las palabras, como si las tuviera en la punta de la lengua. La abuela Khue no le agradaba, eso saltaba a la cara—. Sí, le gusta estar al mando, ¿verdad?

—La experta en calar a la gente es usted.

—¿Ah, sí? —Long Chau negó con la cabeza.

—Parecía resultarle bastante sencillo, en mi caso.

—Usted es una Mente.

—¿Y eso cambia algo?

—Claro.

—¿Es más fácil?

Ella no acostumbraba a comportarse así, pero Long Chau tenía algo que invitaba a desafiarla. Tal vez el simple hecho de saber que obtendría una respuesta sincera, aunque una que tal vez le disgustara.

—Es distinto. Más fácil para mí, pero ambas sabemos que no es así en el caso de la mayoría de la gente. —Y acto seguido, tras una pausa que anunciaba un cambio de tema—: Usted se relaciona con otras naves mentales.

—Y con gente —replicó con aspereza *La hija de la sombra*.

—Sabe a lo que me refiero. Yo no soy demasiado sociable.

Desde luego. *La hija de la sombra* se calló la respuesta obvia.

—Desea averiguar por qué Hai Anh estaba en el espacio profundo.

—Sí. Mire. —Long Chau se arrodilló; los bots salieron corriendo de sus mangas y, uno tras otro, fueron ocupando posiciones en la cama y en las esquinas de la mesa baja. La respiración de Long Chau se ralentizó durante una fracción de segundo. El rojo de los farolillos de la víspera de Año Nuevo bañó toda la habitación, desde las paredes hasta el suelo; un parpadeo, y volvió a haber cuadros en los muros, un cuenco con mandarinas en la mesa y libros junto a la cama—. Así es como ella la habría mostrado a un visitante de fuera. —Long Chau parpadeó de nuevo, y los libros se movieron

ligeramente. Al cuenco de mandarinas se le unieron hojas de papel con trazos de tinta amplios y gruesos, que recordaban a extremidades y garras, a grandes alas que se abrían en el vacío del espacio—. Y así a la sororidad.

—¿Acaba de *hackear* los sistemas de la habitación?

—No. Los hackeé cuando entré. Tan solo le estoy mostrando lo que he visto todo este tiempo.

—De acuerdo. Puedo preguntar, pero ya sabe que no conozco a todas las naves mentales del Cinturón. —*La hija de la sombra* envió una solicitud de información sobre Hai Anh a *Afilando agujas de acero*.

—Necesito algo por donde empezar, no una presentación personal. Todas sus cosas parecen estar todavía aquí: libros, vids, mandarinas… Nada apunta a que estuviese a punto de partir en un viaje prolongado. —Long Chau se arrodilló y cogió el libro que había en la estantería superior—. *Amor en tiempos de mares de zarzamoras*. Una de esas novelas mitológicas románticas que son el último grito en el Cinturón. —Su tono era despectivo.

—La he leído —dijo *La hija de la sombra* con acritud. Y también muchos de los otros títulos: estaba claro que Hai Anh y ella tenían criterios similares a la hora de elegir los libros.

Long Chau tuvo el detalle de mostrarse contemporizadora.

—Está bien escrito. En este iba marcando por dónde iba. —Un bot le subió por una mano y se instaló en la yema de un dedo—. Y durante los últimos días había ido avanzando de manera regular.

Los sensores de *La hija de la sombra* llevaban un rato tratando de llamar su atención sobre algo, que por fin subió hasta lo alto de la cola de prioridades. En la puerta, a su espalda. Se giró y vio a la muchacha que las había acompañado a la habitación —¿Tuyet?— plantada en la puerta estrecha, observando boquiabierta a Long Chau.

—Usted es médium —dijo.

El rostro de Long Chau permaneció impasible.

—No hablo con espíritus. Ni con muertos. Salvo que consideremos una gama muy limitada de definiciones de la palabra «hablar».

«No demasiado sociable». *La hija de la sombra* se tragó una palabrota y preguntó:

—¿Era amiga tuya?, ¿Hai Anh?

Tuyet se mordió el labio, mientras se balanceaba adelante y atrás. Era una joven delgada, que apenas aparentaba edad suficiente para que se le hubiera permitido unirse a la sororidad.

—Era muy reservada.

—Libros y juegos —dijo Long Chau, mientras asentía con la cabeza—. Era tímida, ¿verdad? Y no muy segura de sí misma.

—La abuela Khue dijo… —Tuyet se interrumpió, y resultó evidente que cambió lo que había estado a punto de decir—. Es algo que nos pasa a muchas de nosotras. Nos parece que estamos solas y que no importamos. —Sonaba a discurso que previamente le habían soltado a ella—. De ahí la sororidad.

La hija de la sombra tan solo tenía una idea muy general de las obligaciones que conllevaba la pertenencia a la sororidad, o cómo creía Long Chau que ella podía resultar de ayuda. *Afilando agujas de acero* estaba, según su costumbre, contactando con las naves más jóvenes, preguntándoles por Hai Anh, y enviándolas a comprobar manifiestos. No había nada que pareciera llamativo: la propia Hai Anh no parecía haber sido nunca pasajera de ninguna nave. Sin embargo, se había lanzado viva al espacio profundo. Tenía que existir una conexión.

—No congeniaba con la abuela Khue, ¿verdad? —preguntó Long Chau. Tuyet pareció sorprendida, pero no dijo nada—. Hai Anh no permitía que la sororidad tuviera acceso a sus comunicaciones, y algunas zonas de esta habitación están fuertemente encriptadas. —Long Chau hizo un gesto, y un tablero de ajedrez apareció en la mesa, con las piezas todavía desperdigadas en mitad de una partida —. Podría haberse tratado de una disensión general, pero en esas comunicaciones no hay nada que lo indique. Es más probable que no desease que la abuela Khue la siguiera monitorizando.

—¡Ella no nos espía! —exclamó Tuyet con el rostro encendido —. Ustedes no entienden cómo es esto. A las familias de los hábitats interiores les encantaría destrozarnos. Si para evitarlo tenemos que renunciar a unos cuantos secretos… —Movió la cabeza negativamente.

La hija de la sombra se mordió la lengua para no soltar un taco. Si así era como Long Chau conseguía la colaboración de los testigos…

—La sororidad se ocupaba de sacaros de apuros —dijo la nave.

Tuyet guardó silencio. Estaba contemplando el tablero de ajedrez con expresión inescrutable. En la muñeca tenía un bot, que temblaba, como si ansiase ser soltado por la estancia.

—Ya he conocido antes a otras como ella —señaló Long Chau—. Gobierna con mano férrea. Se ve obligada a ello, porque la desunión implica debilidad, y la sororidad no puede permitirse ser débil.

—Lo hace sonar… sucio —dijo Tuyet, que estaba temblando.

—Yo no emito juicios morales. —Long Chau cogió una de las piezas de ajedrez y la examinó—. Una buena partida, pero su oponente era mucho más débil que ella. ¿Venías aquí con frecuencia?

Se podría considerar que la palabra «desastre» se quedaba muy corta para describir cómo estaba resultando la entrevista. *La hija de la sombra* renunció a toda delicadeza y pasó al ataque.

—Ha dicho que ya ha conocido antes a otras personas como la abuela Khue, ¿durante el levantamiento?

Long Chau sonrió, ligeramente sorprendida.

—No estuve en el ejército, si es eso lo que está preguntando.

La hija de la sombra sí había estado, pero, claro, a las naves mentales no se les permitía elegir entre alistarse o no.

—¿Puede responder la pregunta?

—En una ocasión trabajé para alguien muy parecida a ella —respondió Long Chau, enarcando una ceja. Volvió a mirar a Tuyet, y su voz se suavizó—. ¿Escapar de una jaula para acabar en otra?

—No entiende nada —le espetó Tuyet—. Ella se preocupa por mí. Mi familia, no. —Su acento era tosco, de los hábitats exteriores, y no de las clases sociales que acostumbraban a presentarse a exámenes y a prosperar en la vida.

Un silencio prolongado y violento. Long Chau hizo por fin de tripas corazón:

—Discúlpame, pero no me gustaría que sufrieras.

—No veo qué le hace pensar que voy a sufrir.

La hija de la sombra estaba ocupada con un par de hilos: uno de prioridad baja, que estaba enviando una búsqueda de personas de la edad de Long Chau que hubieran trabajado para familias de los hábitats interiores; y otro de mayor prioridad, que leía el informe enviado por *Afilando agujas de acero*.

Durante el segundo que le llevó a Long Chau girarse hacia la mesa, *La hija de la sombra* leyó y asimiló el informe de la veterana nave mental. Se le pasó por la cabeza hacer algún comentario en voz alta, pero eso habría sido rebajarse al nivel de Long Chau. En lugar de eso, le envió el informe, para permitirle formarse su propio juicio. Al menos serviría para acallarla un rato.

Tenía que mantener ocupada a Tuyet durante ese tiempo. Una jovencita —casi un bebé, si se pensaba en términos de la duración de la vida de las naves mentales— que evitaba su mirada, que estaba molesta porque unas desconocidas habían invadido su morada; cuya irritabilidad ocultaba una incomodidad profunda. ¿Culpabilidad? Tampoco era eso exactamente; *La hija de la sombra* había visto culpabilidad de sobra durante los años del levantamiento, un sinfín de soldados que habían matado o sido la causa de alguna muerte.

Era el momento de dar un palo de ciego.

—Sabes cómo murió, ¿verdad? O crees saberlo.

No hubo respuesta.

—*El pesar de cuatro caballeros* —prosiguió *La hija de la sombra*—. No sabía que una nave mental fuera miembro de la sororidad.

—Tiene un pasado —señaló Long Chau, saliendo de su ensimismamiento—. La nave mental.

—¿Lo ha leído? —preguntó *La hija de la sombra*. El informe constaba de páginas y páginas de información, en formatos nada cómodos de leer para los humanos—. Era…

—Largo y complicado de asimilar, lo sé. Leo deprisa. —Sonrió con los labios apretados; sus movimientos ahora eran rápidos, sin rastro de esa languidez que parecía prolongarse sin fin, más semejantes a los de un tigre siguiendo un rastro—. ¿Tiene alguna otra pregunta que desee hacerle?

—Yo…

—Nos vamos —anunció Long Chau, y se incorporó.

—No lo entiendo… —dijo *La hija de la sombra*.

Su otra búsqueda, la relacionada con familias de los hábitats interiores, estaba devolviendo demasiados resultados para ser de utilidad. Incluso de haber conocido la fecha de nacimiento de Long Chau, también habría resultado inútil. ¡Maldición!

—Ya se lo he dicho antes: yo no elucubro. Pero cuando algo se repite, soy capaz de sacar conclusiones, y lo que veo aquí no me gusta.

—¡Fue usted quién me pidió que buscara información sobre naves mentales!

—Sí. —Long Chau parecía ligeramente enfadada de nuevo, como si hubiera tenido que hacer una pausa para explicar la situación a un crío de cinco años—. ¿Puede fiarse de mí durante un momento? Sé lo que me traigo entre manos, pero no dispongo de tiempo para explicaciones. —Volvió a mirar a Tuyet. Y luego, para sorpresa de *La hija de la sombra*, se detuvo junto a la muchacha y apoyó con suavidad una mano en su hombro—. Ten cuidado, ¿vale? Con la nave mental.

Tuyet miró a Long Chau como si creyera que estaba loca.

—Él no es un asesino —aseguró la muchacha.

Tuyet no se relajó y, a su espalda, se vislumbró algo: escamas, una melena y un hocico, con líneas finas que mostraban los gradientes de temperatura y presión que garantizaban su seguridad y comodidad: su propia sombrapiel, su seguro de vida.

—No he dicho eso —dijo Long Chau, negando con un cabeceo. Y se alejó, como si el resto de la conversación careciera de importancia.

La hija de la sombra observó de nuevo la pequeña habitación, los restos de la vida de Hai Anh. La sombrapiel de Tuyet se había desvanecido de nuevo entre sus ropas, pero un rastro de su presencia seguía presente y le oscurecía los planos de la cara. ¿Qué tramaba Long Chau?

—Ya voy —dijo por fin, aunque sin la seguridad de estar haciendo lo correcto.

~

La hija de la sombra alcanzó a Long Chau en el exterior de La Casa de la Prosperidad sin Sal.

—¿Piensa molestarse en explicármelo en algún momento? —le espetó.

Long Chau hizo un gesto con la mano, irritada.

—Busquemos una casa de té. Supongo que no prepara mixturas

fuera del espacio profundo…

—Bastante drogada está ya —respondió *La hija de la sombra*. ¿Cómo se las apañaba Long Chau para enfadarla tan rápidamente?

—No lo suficiente. Eso es parte del problema.

A esa hora de la tarde, el establecimiento estaba vacío: la gente había dejado de lado el té y la comida para el alma en favor de cenas en restaurantes. Long Chau se reclinó relajadamente en la silla, con sus bots aferrados al dorso de las manos —incluso sin molestarse en mirar, *La hija de la sombra* vio las agujas introduciéndose en la piel—. Para cuando la comida llegó a la mesa, la languidez se había apoderado de nuevo de Long Chau. Los bots no se marcharon. Permanecieron en sus manos, con sus superficies brillando bajo la cambiante luz de la casa de té.

Ocupaban un reservado. Los revestimientos habían sido modificados por la mente del hábitat para crear paredes que amortiguarían la mayor parte de los sonidos. Aunque le habían ofrecido diversas opciones musicales, *La hija de la sombra* las había rechazado: nada de posibles distracciones.

—*El pesar de cuatro caballeros* —dijo Long Chau—, ¿ha oído hablar alguna vez de la Iglesia de la Expiación Gozosa?

—No —respondió *La hija de la sombra*. El nombre le sonó a jerga foránea—. ¿Es de fuera?

—La inspiración, sí. Dudo de que quienquiera que la fundase realmente creyera en su religión. —Long Chau titubeó—. Enviaban a sus miembros al espacio profundo como parte de sus servicios. Eso los mantenía sumisos.

Solos y sometidos a la presión de la irrealidad; sabedores de que no existían reglas, y de que nada de lo que hiciesen o pensaran importaría, allí fuera; de que el tiempo era una ilusión, la muerte y la locura, una certeza… Terrible para ella, e incluso bastante peor para los humanos. *La hija de la sombra* se estremeció y bebió un sorbo de té y, aunque tan solo era una memoria sensorial recalentada y servida por la red del establecimiento, su sabor le refrescó el paladar.

—La nave mental —dijo.

—Sí. Y trajes de irrealidad. Las naves mentales, por ilusoria que pueda ser su protección, resisten contra el espacio profundo. Suprime ese consuelo y tendrás a la gente muerta de miedo y

postrada ante ti.

Ella podía haberlo buscado, podía haber pedido a la red que le contara lo sucedido. Pero habría tenido que mirar fotografías, vids, noticias…

—Ha hablado en pasado. Supongo que algo salió mal —dijo, pausadamente. Ojalá sus infusiones funcionaran con ella misma, y fuera del espacio profundo.

Long Chau la observó unos momentos. Cuando empezó a hablar de nuevo, sus palabras fueron lentas y comedidas. Consideradas.

—Dejaron a una niña de diez años un rato en el espacio profundo. Como castigo.

—Que ellos… —No tenía palabras. Ella al menos era una nave mental. Ella al menos podía soportar todo eso… aunque no era cierto, aunque la mera idea de sumergirse en las profundidades la hacía sentir frío y opresión—. La niña…

—Sobrevivió. Aunque tal vez ese no fuera un gesto amable del destino. Usted lo sabe mejor que yo, el espacio profundo altera la química cerebral. —Long Chau parecía… enfadada, pero con un enfado distinto al de las otras veces, salvo al de cuando había visto el cadáver; su comportamiento era más cercano al que había mostrado con Tuyet. ¿Sería por la edad?—. Fue hace mucho tiempo. Poco después del levantamiento. —Movió la cabeza negativamente —. Por entonces, yo no trabajaba como detective, pero el asunto copó muchos titulares.

—Yo… no seguía las noticias —dijo *La hija de la sombra*. En un muelle, donde la reparaban y curaban, examinada por un batallón de médicos y boticarios, que le prescribían un fármaco inútil tras otro. Cualquier noticia de esa índole habría encabezado la lista de cosas de las que no le permitían enterarse—. La nave mental…

—¿*El pesar de cuatro caballeros*? Sí. El nombre ha cambiado, desde luego. No iba a ser tan tonto. Se gana la vida transportando pasajeros entre hábitats.

—¿Y cree que está asesinando gente? Eso no es lo que le ha dicho a Tuyet.

—No lo creo. Lo de la niña fue un accidente, y se investigó a todos los implicados, que fueron encarcelados, desterrados o ejecutados. A una nave mental trastornada no le hubieran permitido continuar con el transporte de pasajeros. Ni con nada de nada.

Con aire pensativo, Long Chau sujetó entre los palillos un *dumpling* de gambas traslúcido. Los bots que tenía en las manos se movieron, pero las agujas no fueron retiradas. Ya tenía que haber alcanzado su dosis. Aunque eso no la convertía en una persona más agradable.

La hija de la sombra fue incapaz de fingir que comía ni un bocado.

—Él no fue a la cárcel —dijo.

—No. Y, sin embargo, helo aquí de nuevo, una década después, trabajando con una organización similar.

—No tienen nada en común…

—Ya sabe a lo que me refiero. Una comunidad de personas oprimidas que buscan desesperadamente sabiduría y protección.

—No les hace justicia —dijo *La hija de la sombra*, con suavidad.

Ella ya había escuchado justo esa misma retórica a familias de los hábitats interiores. De hecho… retomó su investigación sobre las familias y la relanzó, utilizando las palabras textuales de Long Chau.

Ahí estaba.

El cabeza de la familia Carpa Dorada Tran tenía un tic verbal que consistía en repetir justo esa misma frase, y su acento era similar. *La hija de la sombra* acotó de nuevo la búsqueda, preguntando por empleados de alrededor de la edad de Long Chau contratados por ese linaje y familia concretos, y estableció una correlación con arrestos de la milicia.

—Hummm. —Long Chau terminó su *dumpling* y se sirvió más sopa de arroz—. Están haciendo lo mismo. *El pesar de cuatro caballeros* presenta regularmente peticiones para adentrarse en el espacio profundo. He echado un vistazo a algunos de los registros: siempre se trata de la abuela Khue, un par de personas de la casa y alguien que parece tener miedo.

—Eso sí que es elucubrar —señaló *La hija de la sombra*, con menos mordacidad de la que pretendía. Estaba distraída por la búsqueda, que progresaba en un hilo de prioridad alta. Por el momento, no había obtenido resultados. Pero estaba lejos de haber concluido: la lista de personas que habían trabajado para la familia en un momento u otro era larguísima.

—No. Análisis de pruebas y convergencia de hipótesis. Llámelo elucubrar si quiere. La probabilidad de que yo tenga razón es lo bastante alta como para que se lo esté exponiendo con convicción total.

—Pero eso sigue sin explicar por qué Hai Anh se lanzó al espacio profundo sin un traje de irrealidad.

No obstante, el resto encajaba. Explicaría por qué tanto la abuela Khue como Tuyet se sentían tan culpables.

—¿Cree que se trató de un asunto disciplinario que se torció?

—Eso sí que sería elucubrar. No lo sé. No hay grabaciones de la tarde en la que Hai Anh abordó la nave. Alguien las borró, pero no fueron lo bastante cuidadosos como para ir retrocediendo y borrando todas las salidas de la nave mental al espacio profundo.

Long Chau sacudió los brazos. Los bots se soltaron de sus manos y se deslizaron de vuelta en el interior de las mangas.

—También pudo ser una simple avería —sugirió *La hija de la sombra*—. He echado un vistazo a los registros. *El pesar de cuatro caballeros* no está en buen estado. La sororidad no cuenta con dinero suficiente para su mantenimiento. Es increíble que alguien se atreva a adentrarse en el espacio profundo a bordo de esa nave.

—No sea falsa. Las funciones críticas y los sistemas de seguridad de una nave mental son lo último que deja de funcionar. Si todavía es capaz de moverse y zambullirse en el espacio profundo, jamás podría perder una vida humana por un fallo en los sistemas.

¿Falsa? Una acusación fácil y dolorosa, formulada con la misma despreocupación del resto de sus comentarios.

—No lo soy —dijo despacio *La hija de la sombra*. La búsqueda seguía manteniéndola distraída—. Hai Anh fue atrapada por las fuertes corrientes. Perfectamente pudo derivar en cuestión de segundos fuera del campo visual de la nave mental. —Habló más deprisa para adelantarse a la mano alzada de Long Chau—. Las naves más modernas la habrían alcanzado de haber sucedido algo así. Pero *El pesar de cuatro caballeros* es viejo. Sus reflejos serán más lentos.

—Voy a los muelles —estaba diciendo ya Long Chau—. Esa nave realiza viajes regulares con pasajeros, conque en algún momento tendrá que aparecer por allí. Quiero echarle un vistazo.

—Hummm.

La búsqueda estaba llegando a su fin: tan solo un único resultado. *La hija de la sombra* abrió los archivos correspondientes y miró mientras los procesaba.

—Si existe una cierta regularidad, su siguiente viaje al espacio profundo debería estar al caer —señaló Long Chau.

La hija de la sombra escuchó sin prestar demasiada atención, por culpa del archivo. Su intención había sido procesar el contenido con discreción y enfrentarse a Long Chau tras analizarlo como era debido, pero lo que vio…

—Kim Oanh —dijo.

Long Chau ya se estaba levantando de la mesa, pero se volvió a sentar. La languidez se había esfumado, dejando tras de sí la agudeza veloz, afilada e hiriente de la hoja de un cuchillo.

—¿Qué ha dicho?

—Tran Thi Kim Oanh —dijo *La hija de la sombra*, con lentitud e intencionalidad—. Usted fue su preceptora, ¿verdad?

Long Chau había cambiado de aspecto. No había sido un trabajo radical ni especialmente cuidadoso, pero no había hecho falta, no cuando el levantamiento había trastocado tantas cosas en el Cinturón Salpicado de Perlas; aparte de que, con independencia de todo, siete años sin duda cambiaban a una persona.

—Eso no es asunto suyo.

—Creo que me gustaría saber qué sucedió, antes de dejarla sola en compañía de chicas como Tuyet —dijo *La hija de la sombra*, con parsimonia.

Long Chau clavó la mirada en ella, sin proferir palabra.

Una chica de dieciséis años, molesta por las restricciones de la vida familiar, desaparecida sin dejar rastro en medio de siniestras especulaciones que apuntaban a que simplemente había sido vendida como esclava o a un postor aficionado a las concubinas jóvenes y dóciles. Una casa familiar al completo —parientes y criados— llevada ante el tribunal para ser interrogada; no se había descubierto nada digno de mención y, siete años después, no era más que una chica que seguía desaparecida, y todo el mundo sabía lo que eso significaba en realidad.

A Long Chau le temblaban las manos. Los bots salieron de nuevo. Corrieron por sus muñecas, pero sin inyectar nada.

—El tribunal me interrogó —se limitó a decir a la postre—.

Exhaustivamente. Sigo aquí. No fui ni encarcelada ni desterrada ni ejecutada.

—¿Como *El pesar de cuatro caballeros*?

—*Touché*.

—Cuéntemelo.

—¿Por qué debería?

—Porque me ha hecho acompañarla. Porque lo menos que me debe es la verdad. —Porque había abierto a *La hija de la sombra* como si de una granada se tratara, y hurgado las viejas heridas hasta hacerlas sangrar, rojas y maduras; porque la había diseccionado como al cadáver del muelle del hangar, y luego se había largado cuando el problema había dejado de interesarle.

—¿Se la debo? —Long Chau la observó unos instantes.

La hija de la sombra no se movió, mientras alternaba imágenes de su casco mellado, de la silueta oscura y ennegrecida de los motores, y del dibujo de proa de los jardines del Dragón Azur, el que habían grabado con gran esmero Madre y su hermana fallecida largo tiempo atrás.

Long Chau se levantó por fin de la mesa. Sus manos habían dejado de temblar, y sus movimientos volvían a ser lentos y precavidos. Ya no traslucía nada de esa energía reprimida de antes, sino tan solo ira.

—Se equivoca. No tengo por qué contárselo. Ya se lo he dicho antes: deducciones, no elucubraciones.

—¡Yo no soy usted!

—Eso salta a la vista. Ahora, si me disculpa…

—¿Va a marcharse sin más?

Long Chau ni se molestó en girarse.

—Se lo contaré —amenazó *La hija de la sombra*—. A la familia. —Y entonces se interrumpió; ¿por qué iban a fiarse de ella más de lo que se fiaban de Long Chau?

—Haga lo que le parezca —dijo Long Chau, y se alejó sin mirar atrás.

Cuando regresó a su despacho, las luces aún estaban encendidas, y los vestigios de la entrevista interrumpida con su anterior cliente

también continuaban allí. Los bots, desperdigados por el suelo, se activaron con su entrada; el mapa de actividad neuronal se abrió automáticamente para que lo examinara.

No le apetecía nada.

Una chica de dieciséis años.

Long Chau le había parecido enojadiza y fría, pero eso pasaba de castaño oscuro.

Control, había dicho *Afilando agujas de acero*. Un activo del que siempre has andado escasa.

Del que ahora mismo andaba tan escasa que podía haber estallado en carcajadas. O en llanto, o en ambas cosas.

Al final, hizo lo único que se le ocurrió, aunque no era ni agradable ni relajante: llamó a Bao.

Bao respondió casi al momento. Estaba en su despacho, rodeada de estanterías inmaculadas con libros cuidadosamente alineados, agrupados por colecciones y desgastados por el uso.

—Nave… —El tono era de sorpresa cautelosa.

—No es por el alquiler —dijo *La hija de la sombra*, precavidamente, aunque en cierto modo sí era por eso, porque Long Chau ya no le iba a pagar, porque ella había perdido todo ese tiempo en una investigación con la que no podía contar, cuando debería haber estado atendiendo a sus escasísimos clientes… pero no podía decirle eso a Bao. No ahora.

—Ah…

—Necesito cierta información. Sobre una familia de los hábitats interiores. —Vio a Bao revolverse nerviosa y añadió—: No se trata de los Pabellón Occidental Le.

Bao se relajó ligeramente. No se enfrentaba a un problema de lealtades contrapuestas. El libro que tenía en el escritorio era de papel: amarillento por el paso del tiempo, con manchas marrones como la piel de un anciano. Parecía una de las ediciones baratas de una obra temprana de Lao Quy: *El jade y el ciervo*, un volumen sin demasiado valor, salvo el sentimental.

—Por qué no. Pregunta.

—Tran Thi Kim Oanh —dijo *La hija de la sombra*.

—Los Carpa Dorada Tran. —Bao la observó, con atención. Sus bots se movieron, como las ramas de un sauce balanceándose—. Esa historia es muy vieja. ¿Por qué te interesa?

—La mencionó alguien.

Bao enarcó una ceja.

—¿De veras?

Iba… iba a tener que darle algo o no sacaría nada.

—La preceptora. Creo… —Lejos, muy lejos, en la sala del corazón, notó un regusto a bilis—. Creo que es una de mis clientes.

Pensaba que Bao le iba a tomar el pelo acusándola de falta de ética, pero, en lugar de eso, el rostro de la mujer se quedó de piedra, y el efecto resultó francamente inquietante porque ya antes había lucido bastante inexpresivo.

—Fue un asunto sórdido —dijo por fin—. Cuando sucedió, cayó como una bomba entre la alta sociedad. Kim Oanh era una niña de dieciséis años, a la que tenían bastante protegida. Ya sabes cómo son esas cosas. Ella quería más de la vida; su familia deseaba mantenerla lejos de todo peligro y garantizarle el mejor futuro.

—¿Y su preceptora?

—La preceptora era una mujer arrogante.

¡Qué sorpresa!

—¿Tuvo problemas con la familia?

—Se había pasado varias veces de la raya, sí. Seguía sus propias ideas y reconvenía a los mayores como si no fuera una empleada más joven que ellos.

Típico de Long Chau; siete años atrás, pero no tan distinta.

—Me sorprende que no prescindieran de ella.

—A la abuela más anciana le caía bien. Hubo… muchas discusiones sobre el comportamiento apropiado, lo que alargó el asunto. Y antes de que pudieran despedirla…

—Kim Oanh desapareció.

—Sí. Era el cumpleaños de la abuela más anciana de la familia, y todo el mundo había acudido a presentarle sus respetos. Kim Oanh estaba enferma y lo suyo parecía contagioso, así que iba a asistir a través de la red, vigilada por la preceptora. Cuando no se presentó, regresaron a casa despavoridos. Se había marchado, y la preceptora aseguró no haberse percatado de nada.

Una sospechosa clara.

—Supongo que la milicia investigó.

—Fueron más allá de una simple investigación. No averiguaron nada concluyente, pero… —Bao vaciló.

—Continúa —la animó *La hija de la sombra*. Difícilmente podía empeorar.

—Varios meses después de que dieran carpetazo a la investigación, tu preceptora recibió una cantidad demasiado grande de dinero. Que resultó proceder de una banda de traficantes de personas.

—Esclavistas. —Mantuvo un tono neutro, inexpresivo. De no haberlo hecho así, no habría sido capaz de contenerse.

—No lo sé. El tribunal no encontró ninguna prueba concluyente de que existiera algún vínculo entre el dinero y Kim Oanh.

—La familia presionaría… —dijo *La hija de la sombra*. Seguro que muchas reglas se podían forzar y quebrantar cuando había dinero e influencia por medio…

—Así fue. Pero el magistrado es muy reglamentista, y no le hizo gracia ser coaccionado de esa manera tan torpe. Así que todo quedó ahí.

Siete años atrás. Uno antes del levantamiento que desgarró el Cinturón. A una preceptora rebelde y sospechosa le habría resultado pan comido escabullirse y reinventarse a sí misma como una detective aficionada, y aceptar casos para entretenerse, mientras vivía del dinero manchado de sangre.

De hecho…

Long Chau todavía tenía el dinero. Lo más probable era que lo hubiese utilizado para pagarle.

La hija de la sombra se sintió al borde del vómito.

—Te has quedado muy callada —dijo Bao—. Te pagó, ¿verdad? Esa importante transacción que me autorizaste a ver el otro día…

Bao era demasiado perspicaz, pero, claro, no había llegado a donde estaba siendo estúpida.

—Lo solucionaré —aseguró despacio *La hija de la sombra*, midiendo sus palabras. Sintió, débilmente, cómo su núcleo se expandía contra los conectores de la sala del corazón, y la tranquilizadora frialdad de estos.

Ella lo devolvería. Encontraría alguna otra manera de ganarse la vida —más clientes o, tal vez, algunos repartos en la frontera del espacio profundo—. Algo. Lo que fuera.

—Entiendo —dijo Bao, y luego negó con la cabeza—. Te preocupas demasiado por la ética.

—¿Tú no?

—El tribunal consideró que ella era inocente.

—Inocente, no. Solo no culpable. Que no es lo mismo. —Las palabras parecían haberse transformado en alquitrán; llegarle, lentas e inexorables, desde su cuerpo físico, que se estremecía en la sala del corazón.

—Yo no juzgo —dijo Bao.

—Tú me ofreciste un lugar para instalar mi despacho. A mí, a una nave mental.

—Exacto. Podías pagar. Fue un riesgo calculado. Yo no formulo juicios morales por lo que fuiste o dejaste de ser.

—Yo…

—Por si te interesa: yo diría que en tu situación actual no puedes permitirte el lujo de andarte con remilgos basándote en meras sospechas. —Bao se levantó y cogió un libro de las estanterías (uno electrónico). Se lo ofreció a *La hija de la sombra*, con la tapa hacia arriba para que se viera la fluida caligrafía de un título de Lao Quy, con los caracteres de colores trazados nítidamente sobre el fondo de estrellas y naves—. Tienes pinta de necesitar distraerte. Toma. Lo más seguro es que lo hayas leído de principio a fin diez mil veces, pero no por eso deja de ser bueno.

Tras cortar la conexión, *La hija de la sombra* se quedó en su despacho, contemplando las estanterías.

«La juzgaron inocente».

No. Tan solo habían considerado que no había pruebas suficientes para declararla culpable. Era un conjunto de criterios distinto, contra el que había que sopesar una posible ejecución.

Meras sospechas, había dicho Bao.

Pero ¿y si era cierto? Las pruebas eran demasiado contundentes para ser pasadas por alto; y Long Chau se negaba tercamente a ofrecer ninguna explicación ni justificación de lo sucedido.

Como si careciera de defensa.

La hija de la sombra trató de volver a concentrarse en su trabajo: en el controlador de bots y los mapas de actividad que tenía que elaborar, en la mezcla de hierbas que tendría que preparar con todo cuidado —algo que hiciera sentir al hombre ligeramente más seguro, menos temeroso—, pero todo seguía eludiéndola, y no parecía capaz de concentrarse en nada.

Afilando agujas de acero la llamó, una, dos veces. Se iba a celebrar una especie de fiesta a la que asistirían otras naves mentales: una velada oficial con el funcionario Truc, un erudito exiliado de tercer rango que iba a agasajarles con sus propios poemas, en presencia de la mayor parte de la alta sociedad de los orbitales. *Afilando agujas de acero* iba a ir, tanto para pasar un buen rato como para promocionar a algunas de las naves más jóvenes, con la esperanza de conseguir colocarlas al servicio de funcionarios o familias. Quería que *La hija de la sombra* acudiera, por supuesto. Salir le sentaría bien.

A *La hija de la sombra* no le apetecía salir. Y lo último que quería era tener a *Afilando agujas de acero* arrastrándola de aquí para allá. Su respuesta fue lacónica y, al parecer, lo bastante cortante como para que la veterana nave ni siquiera insistiese.

La hija de la sombra regresó a su propio cuerpo —se acurrucó en la sala del corazón, se desconectó de sus sensores y liberó los bots—, y el espacio se expandió a su alrededor, inmenso, frío e inmutable, con el susurro del viento contra el casco como una canción de cuna, y el espectáculo apacible y familiar de la brillante luz de las estrellas. Era hora punta, y abundaban las naves ordinarias que transportaban todo tipo de mercancías de hábitat a hábitat —desde personas hasta contenedores con víveres—, y su parloteo en las líneas de comunicaciones constituía una relajante presencia de fondo.

Se acomodó para ver un vid de *La tortuga y la espada*: personajes familiares, desde la emperatriz hasta las concubinas, atrapados en un drama lejano y sedante; dudas sobre quién era la verdadera madre del príncipe, y la incertidumbre de si el general caído en desgracia llegaría algún día a cobrarse venganza…

Algo parpadeaba en sus notificaciones. Long Chau. A *La hija de la sombra* no le apetecía hablar con ella. Se trataría de una nueva y altanera petición de ayuda o de compañía, que solo sería debidamente explicada cuando a la detective se le antojase.

Pero no se trataba de Long Chau.

La remitente del mensaje era una tal Tran Thi Cam, que trabajaba en el departamento de fallecimientos del tribunal; lo había compartido tanto con ella como con Long Chau, con varias capas de camuflaje para que pareciese anónimo. Un trabajo de

aficionada, y nada que pudiera resistir las primeras verificaciones de *La hija de la sombra*.

Se trataba del informe de la autopsia del cadáver que habían encontrado. ¿Por qué demonios habían pensado Long Chau o Tran Thi Cam que sería relevante? Estaba a punto de cerrarlo cuando una línea le llamó la atención.

«El espacio profundo frenó, efectivamente, la descomposición, lo que ha permitido recuperar restos de lo siguiente:».

La lista de compuestos que venía a continuación era extensa: sueñimelosa molida, ginseng, semillas de sai alado y un montón de otras sustancias familiares.

Una mixtura. Algo que tampoco habría tenido mayor interés —esas mezclas eran algo habitual— de no ser porque, a la vista de todo lo que habían averiguado sobre Hai Anh, la lista de ingredientes era extraña.

Su módulo de comunicaciones parpadeó de nuevo. Esta vez sí se trataba de Long Chau. Le contestó con un mensaje diciéndole que no estaba interesada en hablar con ella, pero ni que decir tiene que Long Chau siguió insistiendo. Asignó las llamadas a una rutina de baja prioridad y trató de volver a concentrarse.

Fue inútil. Un centidía más tarde, solo había leído una línea del informe, y en lo único en lo que pensaba era en el parpadeo regular de esa llamada.

Contestó.

—No me interesa lo que tenga que decirme —dijo, y entonces se fijó en la localización desde donde se estaba realizando la llamada.

—Pues debería —dijo Long Chau con voz tranquila.

—¿Está en el espacio profundo?

—En una nave averiada. —Un ligero regocijo. Su voz sonaba extraña, pero *La hija de la sombra* no estaba segura de por qué—. Tenía razón. El mantenimiento de *El pesar de cuatro caballeros* deja muchísimo que desear.

—Se ha colado a bordo… ¡Es imposible colarse a bordo de una nave mental!

—¿De las naves viejas, con montones de puntos ciegos por los corredores…? Está tirado.

—Usted… —Y entonces el instinto profesional se impuso—. Me dijo que era incapaz de conservar sus facultades mentales en el

espacio profundo.

—Robé una mixtura. De los almacenes de la cocina. Parece que la sororidad la reserva para ayudar a sus miembros a mantener la cordura en el espacio profundo. No es su intención que nadie sufra daños irreparables, eso tengo que reconocérselo. —Admisión que pareció hacérsele cuesta arriba.

Demasiadas cosas, demasiados problemas. Las alarmas estaban saltando en todos los niveles de proceso de *La hija de la sombra*. Y, no obstante, ella todavía no sabía si podía confiar en Long Chau.

—¿Están utilizando una misma mezcla para distintas personas? Eso no se debe hacer. Se tienen que preparar de manera específica para cada individuo.

—Eso me parecía a mí.

—Pero usted se la ha tomado.

—No tenía mucha elección.

¿Por qué le seguía sorprendiendo que Long Chau se metiera en problemas y tan deprisa? Y la voz… Ella ya sabía exactamente por qué sonaba rara.

—Está borracha.

—Por supuesto que no.

En realidad no era eso, pero era la manera más rápida de explicar que, en esos momentos, los procesos de pensamiento de Long Chau estaban deformados por una mezcla que no estaba destinada a ella.

—¿Se encuentra Tuyet a bordo? —preguntó *La hija de la sombra*.

—Ella, la abuela Khue y un montón de personas que no conozco. No estoy segura de entender por qué la situación le parece tan urgente.

—Entonces, ¿por qué me ha llamado?

—Para que me rescate, naturalmente. Las comunicaciones también parecen haberse cortado. Están montando un transmisor de respaldo, pero habré perdido la paciencia mucho antes de que llegue a producirse el rescate. Y no digamos ya mis facultades mentales.

Mixturas. Una combinación delicada y equilibrada de ingredientes con la que se preparaba la infusión para una persona concreta, que luego era monitorizada para tener la garantía de que

no se producían reacciones adversas. Eran caras, por descontado, y la sororidad andaba justa de dinero. Se las encargarían a alguien a quien pudieran no pagar demasiado. A alguien como Nguyen Van An Tam, el maestro de la serenidad que proporcionaba a la abuela Khue sus mixturas baratas. Y obtendrían el resultado de un trabajo chapucero, y…

Tenía que respirar. En un habitáculo en el corazón de su cuerpo se hallaba su núcleo: su ser, enchufado a conectores que a su vez estaban unidos a la nave, flotando en la inmensidad del espacio, y allí nada podía tocarla.

Una manera sencilla de lidiar con personas como la abuela Khue y Long Chau era simplemente aumentarles la autoestima tanto como resultase posible. Funcionaba, aunque no era algo demasiado sutil. Pero a quienes eran como Hai Anh —tímida y tranquila, en lucha contra su escasa autoestima, poco acostumbrada a confiar en sí misma—, este tipo de mezclas los volvían imprudentes. Igual que una borrachera de órdago.

¿Cómo había permitido una nave mental que alguien saliera al espacio profundo? Si es que la propia persona —Hai Anh— lo había hecho por sí misma. Si es que, en la cámara estanca, en lugar de embutirse el traje de irrealidad, como habría hecho cualquiera en sus cabales, se había lanzado al exterior, ofuscada hasta el punto de creer que la sombrapiel la protegería.

Tuyet.

Tuyet era joven y tenía cicatrices, y el mismo tipo de personalidad difícil de Hai Anh. No era alguien cuya autoestima pudiera reforzarse como si tal cosa.

No sin consecuencias.

—*Hija de la sombra*… nave… —La voz de Long Chau, con apenas un toque de inquietud—. ¿Qué le sucede a Tuyet?

Ella aún no sabía qué deseaba Long Chau de Tuyet, ni qué había sucedido siete años atrás. Pero…

En esos momentos, había dos personas que podían ayudar a Tuyet: ella y Long Chau.

Y ella estaba demasiado lejos. Acababa de presentar una petición para que una nave mental acudiera a rescatar a *El pesar de cuatro caballeros*, que ahora flotaba en el espacio profundo —no en los lindes, donde ella había llevado a Long Chau, sino bien adentro,

donde Hanh, Vinh y su tripulación habían muerto, donde el tiempo se estiraba hasta convertirse en una eternidad sin sentido, y el espacio se curvaba sobre sí mismo—. *El pesar de cuatro caballeros* estaba herido y roto, igual que lo había estado ella una vez —pero no, no podía permitirse pensar eso, necesitaba concentrarse en lo que estaba sucediendo—. Había demasiadas naves en las inmediaciones de los orbitales, y Armonización Vial no respondía.

Era Long Chau o nadie.

—Estoy buscando ayuda —dijo con acritud—. Limítese a vigilar a Tuyet.

No recibió respuesta alguna, pero ¿qué le hacía pensar que iba a recibirla?

De pronto le llegó un mensaje de Armonización Vial:

—No acabo de ver la necesidad. —La voz sonó impasible—. No se trata de una emergencia. Las funciones críticas de la nave mental continúan operativas.

—Alguien… —*La hija de la sombra* trató de organizar sus pensamientos, de transmitir información que fuera más allá del pánico fragmentado que sentía—. Alguien va a morir.

—No lo entiendo. Si necesitan una nave mental, sin duda usted misma podría ir, ¿no?

La perspectiva de zambullirse en el espacio profundo, de dejarse llevar, de que todo se repitiera de nuevo.

—¿No pueden encontrar otra nave mental?, ¿cualquier nave mental? Una que pueda acudir a ayudarles.

La voz tranquila de Long Chau en sus oídos, prioritaria frente a la comunicación con Armonización Vial:

—Me temo que tenemos un problema.

—¿Que qué…?

Un silencio, acompañado por el sonido de una peculiar ráfaga de aire.

—¿Ve dónde estoy?, ¿exactamente?

—Sí, pero…

—Bien. Tiene un centidía. A lo mejor un poco más, pero yo no contaría con ello. Y ahora, si me disculpa, necesito toda mi concentración.

—¿Qué…?

—Usted es inteligente: seguramente pueda realizar las

deducciones necesarias.

Ella se esperaba que la llamada se interrumpiera, pero no fue así. Lo que ocurrió fue que Long Chau se calló, y luego ella oyó una familiar ráfaga de aire: la cámara estanca de una nave mental dilatándose para abrirse, y después un silencio profundo, en el que tan solo se oía la respiración de Long Chau, que le llegaba lenta y acompasada.

Un centidía. El tiempo que tardaría un ser humano en empezar a morir en el espacio profundo.

—Por favor, dígame que tiene un traje de irrealidad —pidió a Long Chau. Si Tuyet no tenía uno…

Casi le pareció oír a Long Chau diciéndole que si la tomaba por idiota, pero de nuevo no le llegó ninguna respuesta.

Long Chau había conectado los sensores del traje. Eso era todo lo que *La hija de la sombra* estaba recibiendo de ella ahora: un cuerpo que caía, alejándose, y una sombrapiel hecha jirones por las presiones de la irrealidad, todo ello agrandándose más y más, a medida que Long Chau se impulsaba para atrapar a Tuyet. La chica tenía los ojos cerrados y el rostro hinchado; la piel lucía amoratada, y cambiaba y mudaba en olas sucesivas de extraños tonos.

Un centidía.

En el momento en que hiciese una pausa… en que recapacitara seriamente sobre lo que se disponía a hacer, se quedaría paralizada.

—Armonización Vial.

—¿Sí?

—Necesito adentrarme en el espacio profundo.

Un instante —lento y agónico— antes de que la autorización le fuera concedida, con un tono en absoluto exento de perplejidad.

La hija de la sombra respiró hondo y se zambulló.

Al principio le resultó relajante. La luz lamía su casco dejando un lustre grasiento; los objetos se transformaban y mudaban; un sonido cavernoso, como el latido de un corazón, resonó por sus pasillos; la sensación de ser llevada en brazos y amada; y luego, cuando se fue adentrando más profundamente, cuando la luz fue cambiando, cuando el frío abrasó el metal del casco, cuando la calidez se convirtió en una espina que pareció perforar la sala del corazón y su núcleo, recordó.

Cadáveres. La teniente Hanh, destrozada cuando la nave rebelde

arrasó el muelle de carga, el rostro afilado y anguloso encima del cuerpo despedazado. Los daños se iban extendiendo, engullían las dependencias para pasajeros y los motores, se adentraban por todo su cuerpo, incineraban pinturas y mobiliario en su camino hacia la sala del corazón. Los soldados, diseminados por los pasillos ahora sin aire; sus gritos y gemidos mientras morían aún resonaban en sus recuerdos. Y la capitana Vinh, esforzándose por alcanzar la sala del corazón, con el rostro estirándose, cambiando, la piel bañada por la luz, mientras el espacio profundo la destrozaba, y los arañazos en la puerta de la sala del corazón cedían su lugar a un quejido suave, y luego a nada. *La hija de la sombra* trató una y otra vez infructuosamente de hacerse con los mandos, mientras sentía cómo todo se iba alejando y vaciando de propósito; y las pisadas de sus bots que se retiraban, uno tras otro, y el entumecimiento que se iba apoderando de sus corredores, hasta que solo quedó la sala del corazón, fría y vacía, sellada, como si alguna cerradura o puerta doble pudiera cambiar algo de lo que estaba sucediendo fuera…

Regresar.

Todavía estaba a tiempo. Tenía que…

«No puedo», susurró.

Long Chau había alcanzado a Tuyet. La mujer la había rodeado con los brazos, y se revolvía torpemente en un intento por proteger a la chica del espacio profundo. ¡Como si eso fuera posible!, allí no había protección alguna, no de lo que estaba destrozando la sombrapiel y convirtiéndola en filamentos irreconocibles, haciendo que el cuerpo adoptara la tonalidad y dureza del jade. Long Chau se giró un momento. La transmisión mostró la forma lejana y oscura de *El pesar de cuatro caballeros*.

—Tran Thi Kim Oanh —dijo, con parsimonia.

Era algo tan fuera de lugar que *La hija de la sombra* olvidó por un instante dónde estaba.

—Era mi alumna —prosiguió Long Chau—. Una chica brillante y aguda, a la que daba gusto enseñar. —Una vez más, ni rastro de emoción. Ni de nada que indicara dónde se hallaba o lo que estaba rememorando—. ¡Qué inteligencia la suya! Si le hubieran permitido recibir una formación adecuada…

Estaban cayendo, adentrándose más y más en las profundidades, arrastradas por la corriente, mientras todo se desdibujaba y mutaba

a su alrededor. El rostro de Tuyet estaba apoyado sobre el hombro de Long Chau; su largo cabello se estaba oscureciendo, se volvía quebradizo y desprendía a mechones; las lágrimas iban tornándose duras, semejantes a gemas; los ojos empezaban a verse prominentes.

—Hasta que desapareció —dijo *La hija de la sombra*. Se sorprendió al hallar en su interior esa vieja indignación tan familiar, lo bastante vehemente como para devorar todo lo demás—. Cuando usted estaba a su cargo.

Un silencio. Y luego:

—Su familia deseaba que se alistase en el ejército. Era la manera más rápida de que llegara arriba, de que ganase honores y fama para la familia. Una opción decepcionante. Mi trabajo y tiempo desperdiciados…

—¿Desperdiciados? —*La hija de la sombra* temblaba de lo enfadada que estaba. En segundo plano, sus motores continuaban funcionando, alimentando el propulsor, realizando los pequeños ajustes que la hacían saltar de un punto a otro, esforzándose por mantener el curso frente a las corrientes de irrealidad—. Por eso usted decidió ganarse los cuartos de otra manera…

—No lo entiende. —Long Chau habló con voz suave—. Ella me pidió que la ayudara a desaparecer. Yo tuve que escoger a quién ser leal: a ella o a su familia. Aunque al final no fue una elección complicada. La respuesta era obvia.

—Ella…

—Está viva y bien. De tarde en tarde recibo algún mensaje. —*La hija de la sombra* no vio la sonrisa, pero se la imaginó a la perfección: lenta y perezosa, adueñándose poco a poco de todo el rostro de Long Chau—. Y si el precio es que la gente especule sobre lo que hice… pues que especulen. El tribunal me interrogó, pero siempre hay maneras de engañarles, si pones todo tu empeño.

—El dinero…

—Ella me pagó, por, bueno… «los servicios prestados».

—Usted… usted permitió que su familia la creyera muerta.

La hija de la sombra ya casi había llegado. La presión sobre su casco era ahora insoportable. Garras, arañándola una y otra vez; el recuerdo de sus esfuerzos, impotente y rota, mientras oía los gritos de los moribundos.

Ella…

Podía lograrlo.

—Claro. En cuanto descubran que no lo está, le seguirán la pista y la llevarán a rastras de vuelta a casa. Por su propio bien. —El sarcasmo de su voz resultaba casi insoportable.

Y Tuyet… claro, Tuyet —joven y huyendo de sus problemas familiares— le recordaba a Long Chau a su antigua alumna.

—Ya casi se le ha agotado el tiempo —dijo Long Chau, con aspereza. Sostenía en los brazos el cuerpo inerte de Tuyet, cuyos dedos se doblaban, formando ángulos extraños, mientras pétreas perlas negras brotaban de sus uñas y cabellos—. Dígame que le ha servido de ayuda.

Ella ya las veía, no de manera indirecta mediante la información transmitida por el traje, sino a través de sus propios sensores. Dos cuerpos: la figura alta y corpulenta de Long Chau aferrada con fuerza a Tuyet, con los brazos y piernas envolviendo el cuerpo de la otra mujer, cada vez más duro y fragmentado.

Un último salto, hacia la oscuridad, en la que una vez había rezado con absoluta desesperación para que llegara el fin, a través de ese espacio que sentía oscuro y pesado, cual manos que trataran desesperadamente de arrastrarla hacia el fondo una última vez. Y entonces ya estuvo lo bastante cerca de ambas para tocarlas, para abrir una cámara estanca y enviar bots y una lanzadera a rescatarlas.

—Ya he llegado —anunció.

~

La milicia no estaba contenta. Conocían a Long Chau, pero para nada se esperaban que los llamaran de un hospital y les entregasen un caso casi cerrado. No obstante, se lo tomaron con calma, aunque quedó claro que no les había hecho ni pizca de gracia.

Tras salir del hospital —después de que Long Chau contemplara en silencio y serenamente cómo Tuyet se iba recuperando, dormida entre sábanas empapadas de sudor, con cicatrices redondas y finas en las yemas de los dedos, y la piel del poco saludable color de una mortaja—, Long Chau se dirigió directamente al tribunal y las celdas de detención.

Ante la enorme sorpresa de *La hija de la sombra*, la milicia las

dejó entrar.

La abuela Khue las estaba esperando allí, sentada en el duro suelo de la celda, bajo la luz débil y despiadada del techo. Se la veía pálida y exhausta, con los ojos amoratados, sin nada de su antigua confianza en sí misma.

—Vivirá —anunció Long Chau. Estaba apoyada en la pared, con los bots de nuevo aferrados a sus manos. Solo *La hija de la sombra*, que había insistido en monitorizarla y que ahora tenía varios bots repartidos por el cuerpo de Long Chau, sabía cuán cerca se hallaba de la extenuación—. Aunque no sea achacable a usted.

La abuela Khue guardó silencio.

—Supongo que será negligencia más que asesinato —dijo *La hija de la sombra*, pausadamente.

No se presentarían cargos contra el maestro de la serenidad, por supuesto, igual que no se responsabilizaría a un boticario si no se respetaban las dosis prescritas. Toda la culpa iba a recaer sobre la sororidad.

Long Chau no dijo nada. No hacía falta. Era evidente que irradiaba indignación; su semblante reflejaba esa misma expresión cuidadosamente dibujada que había lucido cuando ellas habían llevado a Tuyet al hospital, cuando había permanecido sentada, ensimismada, hasta que los doctores salieron con su dictamen, y no todo estaba bien, desde luego, porque las cosas nunca eran así de sencillas, pero al menos ofrecieron una cierta esperanza.

—Usted tenía que saberlo —dijo *La hija de la sombra*. No pudo evitarlo. Estaba tratando de ser amable, de no ser Long Chau, pero era difícil—. Las mezclas no pueden…

—Ya habían tenido otros sustos —terció Long Chau, sin apartarse de la pared—. En los que no pasó nada por los pelos. No sucedió antes de chiripa. —La ligereza de su tono era insoportable.

La abuela Khue habló por fin, y cada palabra pareció hacérsele cuesta arriba:

—Yo no lo sabía. Creía… el espacio profundo resulta aterrador. Se suponía que ayudaba.

—A controlar su rebaño.

—No lo entiende. —De nuevo ese esfuerzo palpable por hablar, como si el aire se hubiera transformado en metal en su boca—. La Iglesia lo utilizaba para que la gente se sintiese insignificante, pero

ese no es… —Se interrumpió y luego comenzó de nuevo—: Cuando estás ahí fuera, sin nadie ni nada en tu camino… cuando te das cuenta de que eres algo minúsculo… también comprendes que todo lo que ha existido y existirá está conectado contigo. De que, a la postre, todos nosotros formamos parte de esa misma inmensidad.

La materia de la que están hechas nuestras pesadillas, ¿y ella pretendía convertirla en una especie de revelación?

—Tonterías budistas —le espetó *La hija de la sombra*.

Ella contaba con que Long Chau dijese algo, pero, por extraño que pudiera parecer, la mujer guardó silencio. Ocupada con sus recuerdos, le informaron los bots.

—Tal vez para un determinado tipo de persona —dijo por fin Long Chau, y movió la cabeza negativamente—. Que ni Tuyet ni Hai Anh eran, me parece.

—Lo habrían sido. Solo tenían que dejar atrás el miedo.

Long Chau suspiró, se giró a medias para mirar a *La hija de la sombra* y dijo:

—Siempre es más fácil decirlo que hacerlo. Y para aprender esa lección no se deberían necesitar muertes.

—Hice lo que tenía que hacer.

—Es inútil —dijo *La hija de la sombra* a Long Chau, con más amabilidad de la que pretendía. En realidad, estaba tan afectada y agotada como ella, y en cuanto tratara de descansar vería, una y otra vez, los dos cuerpos alejándose, cayendo hacia el espacio profundo, y volvería a revivir el instante justo antes de que por fin se hubiera zambullido, cuando tan cerca había estado de fallar a ambas—. Vamos.

Y, para su tremenda sorpresa, Long Chau le hizo caso.

~

Long Chau acompañó caminando a *La hija de la sombra* hasta su despacho, en silencio. Una vez allí, cogió una silla y, más que sentarse, se desplomó sobre ella. *La hija de la sombra*, no demasiado segura de cómo estaban las cosas entre ellas tras todo lo sucedido, dejó que los bots preparasen té y *dumplings* sin prestarles casi atención.

La habitación estaba, una vez más, desnuda. Se obligó a

transformarla en un lugar acogedor, a hacer que de las superficies metálicas surgieran pinturas y vids, a obligarlas a mostrar estrellas, y cataratas de algún planeta lejano. Ni rastro del espacio profundo, aunque tal vez algún día sería capaz de tolerar esa imagen concreta tan cercana a su corazón. Las estanterías surgieron entre titileos en el revestimiento, atestadas de novelas mitológicas románticas y arrolladoras historias épicas sobre eruditos y naves; con tomos pesados sobre preparación de mixturas, que trataban desde nociones básicas hasta temas más complejos. Ansiaba volver a estar sola, pero el silencio la asustaba más de lo que habría sido capaz de admitir.

Long Chau se quedó sentada, contemplando su té como si en él se escondieran los secretos del universo. Los bots brillaban en sus manos. Era probable que aguantara en pie solo gracias a las drogas. Hubiera sido el momento de pedir disculpas, de no ser porque *La hija de la sombra* no sentía que le debiera ninguna. En lugar de eso, preguntó:

—¿Y ahora qué?

Long Chau esbozó una sonrisa, una sombra de su antigua expresión.

—Si por mí fuera, me iría a buscar otro cadáver para mi monografía, pero justo ahora mismo no creo que fuese capaz de soportar las consecuencias.

—La mixtura…

—Ya no me queda ni rastro en el cuerpo. —Se había negado a permitir que los doctores la examinaran. ¡Cómo no!—. Y yo desapareceré de su vida pronto, pierda cuidado. Con todas las deudas saldadas.

El alquiler. Debería haberse sentido aliviada, pero no le quedaban energías para nada.

—Entiendo. —Una pausa, luego—: Y pierda cuidado, que yo no se lo contaré a la familia de Kim Oanh.

Una ceja alzada.

—Ni se me había pasado por la cabeza que fuera a hacerlo.

—¡No me diga!

—Usted se adentró en el espacio profundo para rescatarnos a Tuyet y a mí. Sé perfectamente lo difícil que le resultó. Lo menos que podía hacer era corresponder a esa confianza.

—No lo hice por usted.

—Ya lo sé, pero eso no cambia nada.

Long Chau volvió a guardar silencio. Sacudió las manos, y los bots se retiraron, dejando apenas alguna gotita de sangre sobre la piel oscura y llena de cicatrices.

—Si confía en mí…

—¿Sí?

—Háblame de las drogas. De las que está tomando.

—Ah… —Long Chau dejó la taza en la mesa—. No hay gran cosa que contar, ¿no? ¿Aún cree que es por el interrogatorio de la milicia? —Un vestigio de su antiguo regocijo—. Sería cómodo, ¿verdad? Una explicación sencilla con la que resultaría fácil simpatizar. Bueno, siento decepcionarla. Simplemente necesito las drogas para poder funcionar. Nada más. La vida ni es sencilla ni cómoda.

—Usted hace que suene como si lo fuera. Cuando realiza deducciones a partir de los indicios más minúsculos.

—¿Cuándo deduzco cosas? Se equivoca. El mundo es un caos sin pies ni cabeza. Sin embargo, en los ámbitos más pequeños, a veces resulta posible enderezar las cosas, hacer que parezca como si todo tuviera sentido.

Long Chau dio un sorbo al té. *La hija de la sombra* la imitó, y permitió que sus pensamientos se llenaran de recuerdos familiares y cálidos. Un consuelo, aunque insuficiente.

—Suena como la abuela Khue. —*La hija de la sombra* ya solo sentía una pequeña parte de su antigua indignación—. Buscando el significado de la existencia en el espacio profundo.

Long Chau negó con la cabeza.

—¿Sigue enfadada? —preguntó.

—Ahí fuera no hay nada. Ni revelaciones. Ni nada a lo que adorar. —Pero tampoco nada a lo que temer.

—Esto… —musitó Long Chau. ¿Cómo habrían sido para ella esos momentos interminables en los que había estado ahí fuera, tratando desesperadamente de aferrarse a Tuyet y rezando a sus antepasados (o a quienquiera que ella rezase) para que *La hija de la sombra* llegara a tiempo?—. Tal como ya le he dicho, yo no especulo. —Y tras una pausa—: Pero no soy como la abuela Khue. Yo no pongo en peligro a chiquillas. Ni a naves.

—Lo sé —dijo al fin *La hija de la sombra*.

Long Chau había actuado con buena intención. Era brusca y directa, y dada a dejarse llevar por sus propias deducciones y pasar por alto todas las sutiles señales que le indicarían a cualquiera que debía moderarse. Ella… En realidad no era mala persona.

—Vuelva. Cuando necesite alguna infusión. Estaré encantada de ayudarla. De verdad.

Long Chau dejó la taza en la mesa.

—Gracias —dijo, y se levantó, con apenas un ligerísimo temblor en las piernas, mientras los bots de *La hija de la sombra* abandonaban su cabello y manos y bajaban corriendo hasta el suelo.

En la puerta, se detuvo y se giró. Lo pensó un instante, antes de decir, con pies de plomo:

—Si… si me encontrase algún caso en que el punto de vista de una nave mental pudiera resultar de ayuda…

—Por supuesto —dijo *La hija de la sombra*, sin saber qué otra cosa podía decir.

—Me ofrecería a pagarle, pero eso sería insultante para usted y para su profesión —añadió Long Chau, mirándola penetrantemente —. Así que ¿por qué no vengo a visitarla, como amiga, y entonces usted me puede explicar qué ayuda podría proporcionarme sin sentirse incómoda, y en qué condiciones?

Como amiga.

—Me encantaría —dijo *La hija de la sombra*, y se sorprendió al descubrir que lo había dicho sinceramente.

SIETE DE INFINITOS

«Visitante de alto rango en la antesala, esperándote».

Cuando sus bots le transmitieron ese inesperado anuncio, Vân abrió la puerta de su habitación y se encontró a la nave mental *La orquídea silvestre en un bosque sombrío* en el angosto espacio que servía de acceso común a las dependencias que ocupaban ella y Uyên, su alumna.

¿Qué hacía aquí la nave mental?

Bosque sombrío era socia del club de poesía de Vân; ahora bien, ella era una nave mental y una erudita famosa que había aprobado los exámenes imperiales, mientras que Vân era hija de un tendero, carecía de titulación y trabajaba como tutora privada para llegar a fin de mes, en lugar de disfrutar del sueldo generoso de los funcionarios públicos. *Bosque sombrío* y Vân coincidían en el club de poesía, pero su relación nunca había sido lo bastante estrecha como para que la nave le hiciese una visita privada.

Vân salió a la antesala.

—Tía mayor, ¿has venido a verme a mí?

—Hija —la nave se levantó e hizo una reverencia—, sí, he venido a verte a ti.

Ella no estaba físicamente en la antecámara, sino estacionada en órbita en algún punto del Cinturón Salpicado de Perlas, desde donde proyectaba un avatar cuando necesitaba estar presente en los hábitats. Su avatar era tan poco convencional como su nombre (que era una referencia a los eruditos cuyos méritos no eran reconocidos, algo rayano en la crítica al sistema de exámenes). En lugar de una imagen en miniatura de sí misma, era una forma vagamente humanoide: a primera vista, parecía tener dos brazos y dos piernas, y más o menos el tamaño de Vân, pero, cuando se movía, Vân percibía algo muchísimo mayor: metal pulido y brillante, el reflejo de estrellas lejanas, y la sensación de que la estancia, de que todo el hábitat se estaba retorciendo y plegando sobre sí mismo, incapaz de

contener la inmensidad de la nave.

—¿Hay algún lugar donde podamos hablar en privado? —Vân fue incapaz de identificar el tono de la voz de *Bosque sombrío*.

—Sí, claro. —Hizo pasar a *Bosque sombrío* a su compartimento, a su propio espacio privado, una pequeña habitación con una cama, una mesa y una serie de revestimientos de pinturas y piezas de cerámica, cuya versión física Vân jamás habría podido permitirse.

—¿Quieres un té?

—Sí, por favor. —La nave inclinó la cabeza.

Los bots sirvieron a Vân una taza de té, y una taza fantasmal se fue materializando entre titileos para *Bosque sombrío* en un revestimiento de la habitación. La nave no necesitaba alimentos para sustentar su cuerpo, pero el sabor complejo y lleno de matices del té le haría evocar recuerdos placenteros; igual que a Vân, a quien le hizo rememorar la víspera de Año Nuevo, el aroma a hojas de banano y el crujido de los sobres rojos que se entregaban a los niños.

La nave esperó hasta que Vân casi hubo terminado su té antes de hablar:

—He venido porque se ha estado discutiendo.

—¿Discutiendo?

—Sobre lo apropiado de tu presencia en el club de poesía —respondió *Bosque sombrío* con tristeza.

Durante un instante —un instante horrible, angustioso y prolongado—, Vân creyó que la habían descubierto. Que estaban al tanto de lo de Laureate An Thành, que el escándalo del que había estado huyendo por fin la había alcanzado.

«¿Cómo podrían haberse enterado? —dijo Laureate An Thành en la mente de Vân—. Es imposible que ellos hayan notado la diferencia». Su voz se fue desvaneciendo. Vân sentía a An Thành en sus pensamientos —una personalidad en un mnemoimplante, que proporcionaba a Vân el conocimiento que necesitaba para ser una erudita excelente en lugar de una del montón—. Los mnemoimplantes eran algo habitual, pero con antepasados de quienes los llevaban, personas de carne y hueso preservadas como herramienta de ayuda al estudio; y An Thành, a quien Vân había ensamblado a partir de fragmentos de personalidades ajenas, era el no va más de la irregularidad, ya que estaba compuesta de pedazos

sustraídos a muertos y carecía de todo vínculo con Vân.

«Ellos…», Vân trató de dar con las palabras en el abismo sin fondo que se había abierto en su interior, pero vio a *Bosque sombrío* con la cabeza ladeada, observándola.

—Tía mayor…

La nave se encogió de hombros. El gesto resultó curiosamente expansivo, y pareció arrastrar el aire lejos de Vân.

—Te consideran corriente, vulgar —dijo con tono sombrío.

Vulgar. Vân se la quedó mirando: eso no era nuevo para ella. El alma se le cayó a los pies.

—No tiene que nada que ver con mi competencia como erudita, ¿verdad?

Durante un momento, Vân pensó que la nave iba a sonreír y mentir, pero *Bosque sombrío* apenas movió la cabeza negativamente, mientras su rostro adoptaba las superficies planas y duras de una gema tallada.

—Se trata de tu linaje. —La nave le dedicó una sonrisa, pero más sombría y mucho menos alegre de lo que Vân se esperaba—. Dicen cosas como que eres poco idónea, insolente, ignorante de los códigos por los que todos ellos rigen su vida.

Porque ella no había crecido con esos códigos. Laureate An Thành podía ayudar, hasta cierto punto —podía ofrecerle conocimientos y referencias literarias—, pero por supuesto que siempre habría algo que a los otros eruditos se les antojara inapropiado, a aquellos cuyas familias llevaban generaciones como funcionarios.

—Si el club de poesía me expulsa, perderé mi trabajo —dijo Vân con desánimo.

El rumor se extendería. Uyên, su alumna, la hija de la casa en la que Vân vivía, no querría una tutora que hubiera sido rechazada por la comunidad intelectual.

Vân lo perdería todo.

—Lo sé —dijo *Bosque sombrío*, con bastante más brusquedad de la que Vân se había esperado.

—No entiendo por qué estás aquí.

Una señal de aviso en la red: alguien más había entrado en la antesala. Una mujer a la que Vân no conocía: mediana edad, la piel resplandeciente con esa tersura tan particular de los tratamientos de

rejuvenecimiento baratos. Solo llevaba un puñado de bots, más con fines ornamentales que los habituales fines prácticos: tres, enrollados cual serpientes alrededor de muñecas y cuello, de esos lacados que se utilizaban como adorno, pintados con orquídeas de vivos colores. Vân no fue capaz de ubicarla en el escalafón social, lo que era raro, porque se le solía dar a las mil maravillas adivinar dónde encajaba la gente en los hábitats.

—Un momento —dijo, e hizo ademán de ir a levantarse.

Pero la puerta del otro compartimento —el de Uyên— ya se había abierto, y la alumna de Vân salió.

—Vaya, hola, tía menor —dijo la muchacha—. Pasa.

Ambas desaparecieron en su compartimento. Vân respiró aliviada. Nada de su incumbencia, entonces.

Mejor.

—¿Por qué estoy aquí? —dijo *Bosque sombrío*—. Para advertirte.

Vân abrió la boca. Esa no era la respuesta que se había esperado.

—No es posible que…

—¿Desapruebe lo que están haciendo? —dijo *Bosque sombrío* con tono cortante—. Lo importante aquí son los méritos, no quiénes eran tus progenitores.

Como si alguna vez eso hubiera sido así.

—No sé qué hacer —admitió Vân, mientras trataba de respirar a pesar del pánico (¿qué iba a hacer si la familia de Uyên la despedía?).

—Apelar —respondió *Bosque sombrío* con severidad—. Los corceles buenos no siempre cuentan con mozos de cuadra adecuados, ni el jade con el tallador apropiado para hacerle cobrar vida.

«Metáforas para eruditos cuyos talentos no son reconocidos —señaló An Thành en los pensamientos de Vân—. La última no es muy ortodoxa».

—Yo… —Vân abrió la boca, la cerró. No podía apelar. No podía permitirse apelar. Una junta examinaría sus capacidades académicas y, si profundizaba lo bastante, descubriría que era imposible que ella pudiera contar con un verdadero mnemoimplante (y el escándalo subsiguiente sería incluso mayor y más desagradable). Ella perdería su trabajo de todas maneras, y se

vería apartada de la buena sociedad para siempre—. No puedo, tía mayor.

—¿No puedes o no quieres?

La mirada de *Bosque sombrío* atrapó la de Vân, sin posibilidad de escape; en la leve insinuación de pupilas en el rostro de la nave, Vân vislumbró oscuridad, una zambullida excitante y sin límites entre las estrellas. Se estremeció.

Cualquiera de las dos opciones. Ambas.

—Si obligo a que me mantengan como socia en el club de poesía, sabes que mis orígenes seguirán contrariándolos. —Vân se esforzó, cuanto pudo, por hacerlo parecer razonable, por no traslucir ante *Bosque sombrío* ni una pizca de miedo.

—Tú eres capaz de enfrentarte al rencor —dijo la nave con socarronería. Luego ladeó la cabeza y la observó—. ¿O preferirías perder tu trabajo?

—No entiendo por qué estás aquí —repitió de nuevo Vân, tercamente.

—Porque las cosas deberían ser justas. Porque tú tienes aptitudes, y esto supondría un enorme y exasperante desperdicio de talento.

—No tengo… —empezó a decir Vân, pero una voz la interrumpió.

—Maestra.

Vân levantó la mirada, sobresaltada. Su alumna, Uyên, estaba plantada en la puerta, en una postura forzada.

—¿Qué sucede? —preguntó Vân.

—Yo… —Uyên se interrumpió y luego continuó hablando, con voz entrecortada—. Creo que tengo un problema.

—¿Qué clase de problema?

—Mi visitante. Está muerta —respondió Uyên, y levantó las manos, que le temblaban, y se habría desplomado si Vân no hubiera saltado de la silla para sujetarla al verla tambalearse.

~

El revestimiento de la habitación de Uyên en esos momentos era de oscuridad: una vista inmensa y tenebrosa del firmamento, como desde una nave espacial o una pequeña cápsula con el suelo de

cristal. Debajo de Vân se extendía el Río de Estrellas: un abanico de luces en perpetuo cambio, dibujando formas que evocaban palabras: fragmentos de poemas de Hàn Mặc Tử, Lãnh Ngọc, Đông Hải Diễm…

«Qué hermoso —dijo Laureate An Thành—. Uyên es una estudiante muy prometedora. No me extraña que su madre haya depositado tantas esperanzas en ella. La hija de la Capitán que Nadó por el Río de Estrellas…».

Vân sacudió la cabeza para desechar los comentarios. No era el momento de permitir a Laureate ponerse al frente. «La literatura luego. Tenemos un cadáver, Laureate».

An Thành se retiró con un suspiro pesaroso, y retrocedió hasta convertirse de nuevo en un mero susurro en la mente de Vân.

La mujer a la que Vân había visto antes yacía sobre una de esas agrupaciones de estrellas en continua transformación, con el rostro tan pronto iluminado como sumido en la oscuridad, a medida que la composición bajo ella iba cambiando. Vân no vislumbró herida alguna.

—¿Puedo? —preguntó *Bosque sombrío*, que había entrado tras ella.

Vân no estaba segura de si estaba hablándole a ella o a Uyên; pero Uyên no se había movido, estaba esperando a que ella empuñase las riendas, como correspondía a la persona de más edad en la habitación. Vân asintió con la cabeza.

Bosque sombrío se movió, grácil, etérea. Vân parpadeó y, de pronto, la nave ya no estaba en la puerta, sino arrodillada junto al cadáver, observándolo con la cabeza ladeada, los dedos apoyados suavemente en las muñecas de la mujer, donde los bots aún continuaban enroscados. Algo atravesó el aire entre ellas: un haz de luz que fue de la una a la otra mientras *Bosque sombrío* echaba la cabeza hacia atrás, con los labios separados, como inhalándolo todo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Vân.

—No lo sé —respondió Uyên, y Vân comprendió cuán profundo era el pánico de su alumna. Uyên siempre desviaba la conversación antes de admitir ignorancia—. Dijo que tenía un asunto importante que tratar conmigo. La dejé aquí treinta segundos para buscar algún bot culinario y encargarle que preparara té y un refrigerio y,

cuando regresé, estaba en el suelo. ¡Sin pulso!

Vân levantó una mano en un intento por mitigar el pánico de Uyên, pero estaba demasiado nerviosa, aún preocupada por el club de poesía y todas las repercusiones que le podría acarrear. Se suponía que debía transmitir tranquilidad, pero se sentía insignificante, asustada y vulnerable. Se obligó a respirar.

—De acuerdo. Retrocedamos. ¿Qué sucedió antes de eso? ¿Quién era?

—No lo sé —respondió Uyên, mirándola con mala cara.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes? Tú… —Vân tomó aire de nuevo, tratando de calmarse. Iba a decir que Uyên se había mostrado de lo más relajada y segura cuando había recibido a la mujer, pero entonces se dio cuenta de que Uyên jamás parecería insegura. Le preocupaba tantísimo que alguien pudiera juzgarla y considerar que no daba la talla, que esa máscara se había convertido en una segunda naturaleza para ella—. Entonces, ¿no la conocías?

—No. Dijo que quería hablar de un asunto urgente, relacionado con los exámenes.

Los exámenes a los que Uyên tenía que presentarse al cabo de un par de meses: los exámenes que Vân debía ayudarla a aprobar, para eso había sido contratada, para hacer a Uyên digna de la madre primera que había muerto por el Imperio y proporcionado a Uyên y su madre segunda el honor de un título imperial.

—¿Con los exámenes? —repitió Vân, con el ceño fruncido—. No puede ser que fuese tan ingenua como para vender preguntas o métodos para hacer trampas. La ley es bastante dura al respecto.

Durante los exámenes, los candidatos no podían tener nada en las celdas, salvo los mnemoimplantes, como el de Vân, como los dos de Uyên, los restos de la memoria de su madre primera y de su abuela, que le ofrecían consejos y sugerencias, la bendición de los antepasados puesta de manifiesto.

—¿Te das cuenta de que si ella hubiera sido considerada culpable de fraude en los exámenes tú también habrías sido declarada culpable? —preguntó *Bosque sombrío* a Uyên.

La nave cambió de posición, desplazó los dedos de la muñeca del cadáver a la boca, donde los mantuvo unos instantes, como cavilando sobre un problema especialmente difícil.

—Conozco las normas —respondió Uyên, y se encogió de hombros exageradamente—. Si no he aceptado nada, entonces no hay infracción.

—Tendrías que demostrarlo —dijo *Bosque sombrío*, mientras apartaba los dedos de la boca de la mujer—. La jurisprudencia no está de tu lado. Es un cadáver de lo más peculiar. —La nave experimentó una transformación; puso los ojos en blanco durante un instante y, en esa fracción de segundo, Vân entrevió en ellos la profundidad del espacio, una especie de entrada a un lugar que podía tragarla entera—. No tiene pulso, pero tampoco herida alguna. Marcas de quemaduras en las manos, pero no son mortales, y son de hace unos días, como mínimo.

—¿Veneno? —pregunto Uyên.

Céntrate. Céntrate. Tenía que pensar menos en sí misma y más en su alumna, o fallaría a Uyên.

—A ver, nada de esto importa —terció Vân—. Lo importante es avisar a la milicia y dejar que sean ellos quienes se encarguen de este asunto, sacarte a ti del atolladero. Ya. —Uyên parecía perpleja —. Hacer trampas en los exámenes ya es bastante malo, pero un asesinato es peor.

Si cerraba los ojos vería de nuevo las salas de interrogatorios; al funcionario de expresión oficiosa, sonriéndole e insinuando con cuidado y amabilidad que ella sabía más de lo que fingía saber sobre los asuntos de sus amigas —que sin duda tenía que ser rematadamente estúpida, vivir en la inopia o ser una hermana mayor patética para no ver lo que tenía delante de las narices—, y se vería a sí misma, en silencio y sin saber qué hacer…

Eso era el pasado. Ella había sobrevivido, pero Hương Lâm y Dinh no. Se acordaba del día en que las dos hermanas habían sido transferidas al Planeta Vigésimo Tercero para su ejecución —en medio de la muchedumbre del puerto espacial, ella había tratado de atisbarlas, y la mirada de Hương Lâm la había localizado cuando la milicia la empujaba hacia la nave mental de transporte—, de cómo el rostro de su amiga se había endurecido y los labios se habían apretado, y del ligero cabeceo negativo que advertía a Vân de que no hiciera ninguna tontería.

«Nosotras te hemos protegido, hermana mayor. No se te ocurra tirarlo todo por la borda».

Eso había quedado atrás. Cinco años atrás, y lo único que le quedaba de aquello eran pesadillas confusas y sombrías en las que nunca corría lo bastante deprisa para escapar.

Un roce en los hombros de Vân —una calidez demasiado repentina y extensa para tratarse de una mano humana, por tanto debía de ser más bien algo procesado mediante un recubrimiento—. Vân alzó la mirada. *Bosque sombrío* había atravesado la habitación con facilidad y estaba plantada a su lado; detrás de ella, a lo largo de su trayectoria, un débil rastro en el revestimiento de Uyên, como el resplandor de diez mil estrellas atenuándose en el cielo del amanecer.

—¿Puedo hablar un momento contigo, hija? —dijo la nave—. En privado.

Vân apretó los labios para cortar el paso al obvio «¿por qué?» que ocupaba sus pensamientos.

—Claro.

Acompañó a *Bosque sombrío* hasta un rincón más tranquilo de la estancia. El silencio se adueñó del lugar: la nave había accedido al centro de control del hábitat para solicitar privacidad.

—No sabía que se pudiera hacer eso.

Una sonrisa transformó por completo la faz de *Bosque sombrío* y la hizo parecer menos distante y severa.

—En teoría, no se puede. Pero cuento con mis propios recursos.

—De acuerdo. ¿Qué quieres?

—¿Te encuentras bien? —preguntó *Bosque sombrío* con expresión amable—. Se te ve preocupada.

Los labios de Vân se movieron antes de que su cerebro los pudiera detener.

—¿Acaso te importa?

Un silencio tenso. *Bosque sombrío* se movió y apoyó de nuevo una mano en el hombro de Vân. Al levantar el brazo, una oscuridad oleaginosa brilló en el espacio entre la extremidad y el torso, como si la nave arrastrara tras ella una capa del tejido del Cielo —un espectáculo inquietante y, al mismo tiempo, curiosamente grato; un recordatorio de que, a la larga, todas las preocupaciones de Vân eran efímeras—. La calidez se extendió de nuevo, difusa y ligera. Ella jamás había anhelado algo tanto.

—Lo siento. —*Bosque sombrío* retiró la mano. Vân se descubrió

siguiéndola con la mirada, y tuvo que frenarse literalmente para no tratar de agarrarla y acercarla de nuevo hacia ella. Algo inútil: para que ella pudiera realmente interactuar con *Bosque sombrío* se requería una capa de revestimientos e instrucciones específicas previas—. No debería haberte tocado sin tu permiso.

—No, no pasa nada —dijo Vân, y se obligó a sí misma a buscar palabras en el desierto de sus pensamientos. Durante un breve instante no encontró nada, pero entonces se presentó Laureate An Thành, y le ofreció poemas y referencias a la amistad, la pérdida y el deseo.

«*Cuando mi nave se desgaja de la órbita / mi corazón cabriolea con las estrellas. / Doliente, se precipita en el vacío / mientras evoco mariposas revoloteando de orquídea a orquídea*».

«No me sirve», le espetó Vân. Ni por mientes pensaba acostarse con *Bosque sombrío*. La idea era ridícula. Al moverse en círculos tan distintos, sería algo breve e incómodo, que engendraría más resentimiento que placer.

—No pasa nada. Siento haberte hablado con brusquedad —dijo Vân. Y luego, antes de que pudiera detenerse a sí misma—: Me ha gustado.

—¡Ah! —De nuevo un silencio preñado de significado, que se alargó hasta parecer estar a punto de desgarrarse.

—Cuando era mucho más joven, tuve una mala experiencia con la milicia —dijo Vân, y suspiró. No podía sacarse de la cabeza el rostro pálido de Hương Lâm—. No pasa nada. —Levantó una mano para anticiparse a las objeciones de *Bosque sombrío*—. Solo fui testigo de una pelea. Pero por eso sé hasta qué extremos pueden llegar, incluso con inocentes. —No era una mentira, pero tampoco toda la verdad.

—Hummm.

Bosque sombrío la observó unos instantes con la cabeza ladeada. Evaluándola, aunque esta vez no se trataba de si creía que Vân daba la talla, sino algo por completo distinto. Observándola de arriba abajo y…

A Vân la mente se le quedó en blanco. Temía hacer una pregunta que sabía que *Bosque sombrío* iba a responder con la misma sinceridad fría y abrumadora.

—Son unos patanes sin entrañas, ebrios de su propio poder, y tú

jamás deberías haber tenido que pasar por nada de eso —dijo al fin *Bosque sombrío*, con una inesperada aspereza en la voz—. ¿Me das tu permiso?

—¿Para qué?

Vân creyó que sería para tocarla de nuevo —sobre lo que vendría después, una avalancha de sentimientos confusos en su fuero interno había empezado de pronto a reclamar a gritos una imprecisa liberación—, pero *Bosque sombrío* se limitó a decir:

—Me gustaría… implicarme en esto.

Vân trató —sin conseguirlo— de ralentizar los latidos de su corazón, cuyo eco parecía propagarse por todo su cuerpo, hasta los dedos.

—¿Tú? Tía mayor…

—Puedo mediar entre la milicia y tú. Tratar con ellos te resultaría difícil.

—No tanto como a Uyên. No tengo intención de eludir mis obligaciones.

Vân refrenó su otro miedo, el miedo a perder el club de poesía y su medio de vida: eso era más urgente y las consecuencias serían mucho más graves.

Una risa divertida y cariñosa de la nave, que le llegó como ecos prolongados que no guardaban relación alguna con la geometría de la habitación.

—Claro que no. No obstante… Resulta que me gustaría investigar esto yo misma.

—Pero y la milicia…

—Oh, no temas, los avisaremos. Pero sabes tan bien como yo que este es un destino más allá de los planetas numerados, con un único tribunal. La milicia está sobrecargada de trabajo; el juez es joven y bisoño, y le llueven los pleitos.

—No lo entiendo. Tú eres una erudita.

Tras un silencio que se alargó un instante más de lo debido, *Bosque sombrío* habló de nuevo:

—Y como erudita, siento curiosidad por todo lo que pueda afectar a los exámenes. —Pero Vân sintió claramente que la respuesta hubiera sido bastante distinta si la nave mental no se hubiera mordido la lengua—. Y no carezco de recursos propios.

A Vân nunca se le había dado bien la diplomacia: su viejo sueño

infantil de llegar a ser una erudita en el palacio imperial había sido tan poco realista como alto de vuelos.

—De acuerdo. Si me dices el motivo. El verdadero motivo.

Esa misma risa, que ahora la sorprendió por lo plenamente juvenil y despreocupada que sonaba. La nave mental era vieja. Tenía que serlo: todas las naves mentales lo eran y, en las reuniones del club, ella había dejado claro que ya era adulta en la época del levantamiento, siete años atrás.

—Soy curiosa —dijo *Bosque sombrío* a la postre. Los ruidos regresaron de sopetón, y la nave se acercó de nuevo al cadáver e indicó a Vân con un gesto que la siguiera. Levantó uno de los brazos, para que la amplísima y ornamentada manga de seda se deslizase hacia atrás y desnudara la extremidad en toda su longitud —. Aquí.

Al principio, Vân solo vio piel, cobriza y más pálida que la suya propia, y con un levísimo rastro de ese bronceado particular que se adquiere cuando se pasa demasiado tiempo en el espacio. Pero entonces algo cambió: capas de camuflaje se desprendieron como si un cocinero experto estuviera trinchando la carne, hasta que un símbolo arcaico brilló, visible a través de todos los revestimientos, tal como hubiera debido verse siempre, una marca que no era posible ocultar ni negar ante nadie que dispusiera de las herramientas de examen adecuadas.

—Hurto —dijo Vân en voz alta. Y, en el otro brazo, otro símbolo idéntico. No solo una ladrona con un delito lo bastante grave para ser herrada, sino que además reincidente—. Hija…

—¡Ya he dicho que no la conocía! —insistió Uyên.

A Vân no le dio la impresión de que estuviese mintiendo. Ni tampoco pareció dársela a *Bosque sombrío*, concentrada por completo en el cadáver.

—Es un buen camuflaje —señaló—. Uno muy caro: no son modificaciones temporales. Ha alterado toda su persona, recurriendo incluso a modificaciones genéticas. Averiguar quién era originalmente va a resultar dificilísimo, si no por completo imposible. Lo que significa que, independientemente de qué otras cosas fuese, ni era pobre ni carecía de recursos. Y lo que fuera que quería de Uyên tenía que ser merecedor de todo esto.

—Sigo sin ver por qué… —insistió Vân con terquedad.

—¿Voy a implicarme? —*Bosque sombrío* se incorporó con un fluido movimiento. Luego giró la cabeza, recorriendo pensativamente con la mirada toda la estancia. El efecto resultó extraño—. Llámalo… reto.

~

La orquídea silvestre en un bosque sombrío era vieja y experimentada, y bajo ningún concepto hubiera debido implicarse. Para empezar, *Bosque sombrío* no era su verdadero nombre y, en contra de lo que le había contado a Vân, ella tampoco era una verdadera erudita; tampoco era nativa del Cinturón Salpicado de Perlas ni una condecorada heroína del alzamiento.

Al igual que la mujer muerta, *Bosque sombrío* era una ladrona; y suponía que lo único que la diferenciaba del cadáver era que a ella nunca la habían atrapado. A lo largo de los años, había adoptado una sucesión de identidades y nombres, deslizándose en ellos para luego despojarse de los mismos, con la misma facilidad con la que un humano se ponía la ropa por la mañana. Mediante mentiras, robos y risas, se había abierto camino por el imperio Đại Việt y había llegado a este lugar del Cinturón… bueno, para tomarse un descanso, suponía. Para tener una oportunidad de disfrutar la vida en lugar de ponerse a prueba, una y otra vez, contra los escollos del mundo. Lo último que tenía que haber hecho era involucrarse en los asuntos de la milicia, o proporcionarles un motivo para cuestionarse su identidad.

Y sin embargo… y sin embargo, Vân le agradaba.

La mayoría de los eruditos que ella había conocido estaban envanecidos por su propia importancia, o no tenían la más mínima duda sobre la manera en que estaba organizado el mundo: con ellos en la cima, un derecho natural, otorgado por el Cielo. Vân era el tipo de persona que se movía por la vida esperando ser maltratada por esta; incluso su reacción ante el intento de expulsión del club de poesía había sido típica de ella: miedo, en lugar de la indignación que *Bosque sombrío* había sentido en su nombre. Ahora mismo estaba plantada a su lado, esforzándose cuanto podía por disimular su nerviosismo.

—No lo entiendo —dijo Vân, con la vista clavada en el

establecimiento que tenían ante ellas. La puerta era estrecha pero alta, metal grabado con motivos de flores de loto y barcas entremezcladas. El cartel también estaba grabado, pero sin ningún otro revestimiento decorativo—. «Casa de desnudez».

—Tengo una amiga que podría ayudarnos —dijo *Bosque sombrío*.

—¿Aquí? —El rostro de Vân se demudó, cercano al pánico—. Esto es…

Bosque sombrío rio, incapaz de contenerse.

—Mi amiga tiene hábitos peculiares. No muerde, te lo juro. Pero ha visto bastantes cadáveres, y quiero comentarle nuestro problemilla. —Probablemente fuese mejor no mencionar las actividades más desagradables de la amiga en cuestión, y las circunstancias concretas en las que había visto los cadáveres.

Vân parecía estar deseando largarse corriendo de allí. Luego, su rostro se recompuso.

—Uyên se arriesga a tener problemas con la milicia si no solucionamos esto deprisa.

—No solo con la milicia —puntualizó *Bosque sombrío*. Mantuvo un tono ligero, intrascendente; porque estaba preocupada y no quería traslucirlo—. Posiblemente también con el asesino. Y además… esa mujer podría no haber trabajado sola, y sus cómplices desearán vengar su muerte.

Vân la observó unos instantes. Su rostro, de natural bondadoso, se alargó, se convirtió en algo tan afilado e incandescente como una hoja recién forjada, y *Bosque sombrío* de pronto tuvo la incómoda sensación de que Vân la había calado, de que no solo había descubierto sus motivos para ayudar a Vân sino todo lo que ella mantenía en secreto. Algo se tambaleó en su interior, no en el interior de su avatar, sino en el del enorme cuerpo metálico en órbita, donde los colosales latidos que reverberaban por corredores y camarotes perdieron de improviso su ritmo y claridad.

—Un problema grave, entonces —dijo Vân—. Y tú no eres de las que exageran.

Sí que lo era. Lo había sido, en función de con quién. Abrió la boca para disentir, y entonces vio la expresión decidida de Vân.

—No —convino, con el sabor ácido y acre de la mentira en la boca—. Supongo que no.

—Uyên es mi alumna —dijo Vân, poniéndose bien derecha—. Odio estos lugares (son el súmmum de la indecencia), pero eso es irrelevante.

Un silencio. Ambas se sostuvieron la mirada. *Bosque sombrío* se moría de ganas de abrazar a Vân, pero sabía que no podía permitírselo.

—Eso habla bien de ti. Vamos, hija. Es por allí.

La puerta daba a un corredor angosto, con cinco puertas más en rápida sucesión. La segunda lucía los mismos diseños de flores de loto y barcas de la primera, pero la franja más a la derecha de esta estaba desnuda; y, en las sucesivas puertas, la zona decorada iba siendo cada vez un poco menor, y la vacía un poco mayor, hasta alcanzar la última, carente por completo de grabados: tan solo una hoja de metal mate que reflejaba levísimamente las siluetas, como un espejo que hubiese perdido el azogue. La oscuridad era absoluta.

Detrás de la última puerta había un mostrador, donde un empleado con aire aburrido les alargó fichas del mismo tipo de metal que la última puerta. Reculó en su gesto al ver a *Bosque sombrío*, dejó de nuevo en su lugar la ficha que había estado a punto de entregarle y cogió otra del montón; esta, no una ficha física, sino algo que solo existía como revestimiento.

—Aquí tenéis. Ya conocéis las reglas.

Vân ya se estaba despojando de sus vestiduras con incomodidad evidente. Sus bots se amontonaban, inertes, sobre la pila de ropa: la ficha que tenía la desconectaría de la red del hábitat e impediría el despliegue de revestimiento alguno.

Bosque sombrío sintió un hormigueo en la palma de la mano donde tenía la ficha. Desde allí, la frialdad se extendió por el resto de su cuerpo, una tensión que pareció agudizarse más y más, hasta hacerla sentir curiosamente ingrávida y vacía; la sensación de su propio cuerpo metálico en órbita —que siempre estaba presente al fondo de su mente— había sido temporalmente… no eliminada, porque entonces a su avatar le hubiese resultado imposible existir, pero sí atenuada tanto que, para el caso, era como si así fuese.

La verdad era que ella odiaba la casa de desnudez tanto como Vân, pero por motivos distintos. Ni siquiera estaba segura de comprender por qué *La copera del vino sanador* optaba por pasar allí sus días de presencia en el hábitat.

—Vamos —dijo.

La mayoría de la gente que acudía a la casa de desnudez lo hacía en busca de calma: para recordar los cuerpos en los que estaban enraizados sin capas de ropa ni revestimientos, y sin la distracción de la red. Una experiencia bastante desagradable para un humano, y rayana en la tortura para una nave mental, que siempre tenía que recurrir a bots y avatares para interactuar con las personas que no se hallaban a bordo de su cuerpo. El silencio no era algo requerido, pero se acostumbraba a respetar. *Bosque sombrío* y Vân atravesaron una estancia tras otra; gente reclinada en asientos o sentada ante mesas, tomando sorbos de té mezclado con alucinógenos, charlando en voz baja o componiendo poesías ebrias; un puñado de eruditos desnudos consignaba febrilmente sus últimas creaciones a la memoria, o a la merced del papel frágil e irremplazable.

Tras la tercera de estas salas, Vân estaba casi tan roja como una baya de betel.

—¿Estos son…?

—¿Los poetas más destacados del Cinturón? —*Bosque sombrío* rio. Ella había tenido su buena dosis de amantes, tanto naves mentales como humanos, y, aunque Vân le gustaba de veras, no se sentía atraída por ella. O, al menos no hubiera debido sentirse; no obstante, durante un breve momento cuando Vân se giró hacia ella, vio su porte tenso y anheló dejar correr una cascada de bots por su columna, hasta que esa tensión se convirtiese en algo distinto, en un asfixiante deseo que hiciera sentir a Vân, aunque solo fuese durante un único instante, que era libre—. Algunos. Te proporciona una perspectiva distinta, ¿verdad?

El rostro de Vân fue suficiente respuesta. *Bosque sombrío* dejó que su mano rozara el hombro de la mujer, aunque esta no lo sentiría.

—Vamos. Ella está allí —dijo la nave.

Encontraron a *La copera del vino sanador* al fondo de la casa de desnudez, sentada en una estancia sin ventanas ni decoración. Su avatar era el clásico de las naves: una versión reducida de la figura brillante y picuda que estaría orbitando alrededor del Cinturón. Estaba observando con atención un bot que había sido desmontado con cuidado, y cuyas piezas estaban repartidas por la mesa, con una

cierta separación entre unas y otras.

—¿Tratando otra vez de comprender los secretos del universo? —preguntó *Bosque sombrío*.

Vino se movió para que su avatar quedara frente a *Bosque sombrío*; aunque en realidad era más un desplazamiento en su atención que una manifestación física carente de significado.

—Vaya, tía mayor, no esperaba verte tan pronto. La casa ha sido tan amable como para prestarme esto.

Ella no habría sido capaz de desmontarlo sin bots; y, con tan solo una red fragmentaria, ni siquiera hubiese podido disfrutar del té, la comida ni demás exquisiteces que proporcionaban los revestimientos. Sin embargo, por algún motivo le agradaba.

—Sigo sin comprender por qué te gusta tanto —dijo *Bosque sombrío*.

Vino era… había sido su vigía: la encargada de trazar los mapas de los lugares donde iban a robar y de montar guardia. Era capaz de moverse por los corredores a la velocidad de la luz, en caso de necesidad. Y, como respaldo, y al igual que *Bosque sombrío*, podía ser empleada para facilitar la huida. Aunque rara vez habían tenido que recurrir a ello, porque las cosas no habían salido tan catastróficamente mal.

Un silencio, equivalente a un encogimiento de hombros humano.

—Es… relajante. Como el espacio profundo, pero sin tener que rendir cuentas a pasajeros, funcionarios ni a la armonía del tráfico. Oh. —Se giró—. Perdóname. No había visto que te acompañaba una amiga.

Vân había estado analizando con cuidado la conversación entre ambas naves, porque, cuando se inclinó, fue con el respeto debido a una compañera ligeramente mayor que ella.

—Tía mayor.

—Hermana mayor bastará —dijo *Vino* entre risas—. ¿De dónde las sacas?

—Pertenecemos al mismo club de poesía —explicó Vân, ruborizándose de nuevo de manera adorable—. Ella me ha dicho que podrías ayudar.

—¿Ayudar? —*Vino* sonó perpleja y un tanto sarcástica.

—Tenemos un cadáver misterioso —terció *Bosque sombrío*.

Las carcajadas de la otra nave hicieron temblar la habitación.

—Como siempre, ¿no?

Bosque sombrío le dirigió una afilada sonrisa de advertencia.

—¡Ah, es una de esas! —exclamó *Vino*, al comprender el asunto sin necesidad de palabras: Vân no sabía quién era *Bosque sombrío* —. ¿Qué pasa con el cadáver?

Bosque sombrío frotó la ficha en la palma de su mano, la que la confinaba a un único cuerpo, pequeño y localizado.

—Sería mucho más rápido si pudiera compartir información sensorial contigo.

—Vaya, mala suerte. Prueba con palabras. Que recuerde, tenías bastante labia.

Bosque sombrío no era una erudita, pero amaba las palabras, porque eran la senda que conducía tanto a humanos como a mentes; porque ella contaba con su avatar y sus bots, pero ni uno ni otros lograban un efecto tan poderoso como los ganchos que las palabras podían clavar en los cerebros humanos, para adular, seducir, indignar… Sin embargo, en su papel actual, ni era elocuente ni tenía labia y, si bien *Vino* sabía quién era ella en realidad, por supuesto que Vân no.

Bosque sombrío resumió lo mejor que pudo el estado del cuerpo tal como lo había encontrado.

—Ladrona herrada —concluyó—. Y… pensé que la habían envenenado, pero me parece que los síntomas no cuadran, de ahí que desee conocer tu opinión.

—Hummm.

—Escaneé el cuerpo. —*Bosque sombrío* hizo caso omiso de la mirada escandalizada de Vân—. Todos los órganos estaban fallando a la vez. Debe de haber padecido dolores terribles, aunque por un breve espacio de tiempo. Yo habría dicho que la habían torturado, de no ser porque…

—Sí, eso suele ir acompañado de heridas físicas. ¿Y el flujo de qi en el cuerpo?

—Mal. No bloqueado por completo, pero insuficiente en todos los meridianos.

—Humm. Los ojos, ¿qué me dices de ellos? ¿De qué tono era el blanco?

Si *Bosque sombrío* hubiera tenido acceso a sus archivos, esa

hubiera sido una pregunta mucho más sencilla. Fue Vân quien habló, a todas luces incómoda.

—Sus ojos tenían algo raro. Yo pensé que a lo mejor había estado fumando puente infernal o adormidera farolillo, pero…

—Un cierto tono gris, entonces. —*Vino* resopló muy suavemente —. Es bastante inusual, pero sin duda lo he visto antes. No sería sorprendente, si era una ladrona herrada. Muerte por implantes de destierro.

—Eso es lo que me temía —dijo *Bosque sombrío*—. ¿Sabes…?

—¿Quién era? No —respondió *Vino*—. Tu ladrona fue condenada al destierro, y su perímetro no incluía el Cinturón Salpicado de Perlas. Pero a pesar de ello regresó, y los implantes que el tribunal le había insertado la fueron devorando viva… como advertencia para que se fuera, y luego como castigo, al no marcharse.

Un silencio. Si Vân antes había parecido escandalizada, ahora estaba horrorizada.

—No parecía…

—¿Estar sufriendo dolores? —*Vino* rio—. Hay gente a la que se le da de maravilla disimularlo.

—Hummm —musitó *Bosque sombrío*, a quien eso cada vez le gustaba menos.

Uyên había heredado un título conmiserativo en virtud de la muerte de su madre, pero su familia, los Lotus Vũ, era pequeña y bastante insignificante. Cierto, la propia Uyên era brillante y prometedora, pero a la madre que le quedaba el dinero apenas le alcanzaba para pagar el sueldo de Vân. Si *Bosque sombrío* todavía se hubiera dedicado a su antigua profesión —si no se hubiese retirado, tomado un descanso o lo que fuera que ahora mismo estuviera haciendo—, solo hubiese visitado el hábitat de los Lotus Vũ de haber tenido un motivo excelente. Una aventura amorosa o un golpe que exigiera un reconocimiento previo del terreno.

Uyên no conocía a la muerta y, de todas maneras, no se hubiera sentido atraída por ese tipo de mujer. De modo que no se trataba de una aventura amorosa. Un golpe criminal, por tanto, pero un golpe lo bastante importante como para empujar a una desterrada presa de terribles dolores a regresar a un lugar que iba a acabar con ella.

—Debía de ansiar algo con tremenda vehemencia —señaló

Bosque sombrío en voz alta.

—Hummm —musitó pensativamente *Vino*—. Ese tipo de fechorías nunca termina bien —dijo al cabo.

—Te refieres a que está muerta —señaló Vân—. Desde luego…

—Desde luego que no trabajaba sola —dijo *Bosque sombrío*, con mayor sequedad de la deseada. Su propia banda se había desperdigado (con la excepción de *Vino* y unos pocos más que todavía le debían favores, lealtad o ambas cosas), pero un robo, incluso en un lugar así, habría requerido, bueno, un mínimo de tres o cuatro personas—. Y algo así, anhelado con tanta vehemencia… No creo que ni la muerte ni la milicia vayan a detener a los demás.

—Estoy de acuerdo —dijo *Vino*.

—Pero… —empezó a decir Vân, luego se mordió la lengua—. ¿Por qué Uyên?

—No lo sé —reconoció *Bosque sombrío*, con cierta irritación.

Su intención había sido impresionar y tranquilizar a Vân, pero era evidente que solo había suscitado nuevos interrogantes. Ella ya había enviado a los restos de su banda a averiguar lo que pudiesen sobre Uyên; sin embargo, hasta el momento, todos habían regresado con las manos vacías. A Uyên le gustaba beber y salir por la noche con otros candidatos y, aunque no siempre llegaba a sus clases bien descansada, en todo momento se esforzaba por ser puntual. Pero eso no era algo que la diferenciara de, literalmente, todos los demás adolescentes del Cinturón.

El rostro de Vân lucía de nuevo una expresión resuelta.

—Bueno, con eso no nos basta. Muchas gracias, hermana mayor —dijo a *Vino*.

Vân se giró, y ya casi había abandonado la habitación para cuando *Bosque sombrío* encontró las palabras:

—Espera. ¿Adónde vas?

—A hablar seriamente con Uyên, hasta que me revele lo que me ha estado ocultando. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Tras la marcha de Vân reinó el silencio, durante unos instantes, hasta que fue roto por *Vino*.

—¿Tu nuevo objetivo? —preguntó.

—Estoy retirada —respondió *Bosque sombrío*, más molesta de lo debido.

—¿De los robos, de los amoríos o de ambas cosas?

—No voy a responder a eso.

—Claro que no —replicó *Vino* con tono burlón—. Pero, admítelo, te aburres.

Bosque sombrío no profirió palabra durante un rato. Se arrodilló junto a la mesa y contempló las piezas del bot desparramadas por ella. Patas metálicas, bandas ópticas y la unidad de procesamiento que transmitiría órdenes simples por la red…

—¿Y tú qué? ¿También te has retirado? De vuelta al transporte comercial por el bien del Imperio…

—Ya conoces lo que pienso del Imperio —le espetó *Vino*. Y añadió ya con tono más amable—: Y también te conoces a ti misma. Estar en segundo plano nunca fue lo tuyo. Me sorprende que hayas aguantado tanto tiempo. ¿Un año?

—Un año no es nada en la vida de las naves mentales.

Pero… pero, sin embargo, ella ya no era noticia. Ya no había holos ni vids sobre sus robos y huidas arriesgadas… ningún canal de noticias se hacía eco de sus mordaces proclamas contra el orden establecido. En lugar de eso, era socia de un club de poesía; una buena ciudadana respetuosa de la ley, que contribuía a mantener ese orden establecido.

Vino guardó silencio. *Bosque sombrío* le habría preguntado por qué le gustaba tanto estar en ese lugar, pero ya conocía la respuesta: en la casa de desnudez, *Vino* no tenía obligaciones ni con nadie ni con nada, ni compromisos ni vínculos ni exigencias sin fin de una sociedad a la que con gusto hubiera prendido fuego.

—Tienes razón —admitió *Bosque sombrío*—. Es espantosamente aburrido ser una nave honrada.

—Investigar un asesinato es más bien labor de la milicia.

—Ya has visto a Vân. Sabes que la milicia se la zamparía viva.

—Sí, la he visto. Me cae bien. En ella arde esa misma llama que todos nosotros albergamos en el pasado, ¿verdad? Pero sin el mismo gusto por estar en el candelero. Me pregunto si comparte tu afición por los desafíos.

Desafíos. La emoción de eludir a los guardias sin derramar ni una gota de sangre; esos momentos tensos, luchando por *hackear* un sistema de seguridad, en los que todo pendía de un hilo y la vida de *Bosque sombrío* podía dar un vuelco, y luego, contemplar sus

proezas abrir los noticiarios en todas las cadenas, sabedora de que era famosa, de que su nombre era famoso, de que la gente la conocería perfectamente y sabría quién era.

Pero la gente era veleidosa, ¿verdad? Y ella ya estaba pasada de moda por completo.

No se había esperado que fuera a importarle tanto y de manera tan visceral.

—Sabes que acudiríamos, si nos llamaras —dijo al fin *Vino*—. La vieja banda no se desperdigó tanto. Un proyecto bueno y ambicioso…

—Tenemos todo lo que necesitamos. Y la coyuntura empezó a ponerse demasiado peligrosa.

—Pero, como tú misma dijiste, nunca fue por dinero.

—Hummm. —*Bosque sombrío* se sintió tentada, a su pesar (aunque solo fuera para desquitarse de la milicia del Cinturón, que saltaba a la vista que había amargado la vida a Vân); algo importante y llamativo que les demostrase quién tenía en realidad las mejores fichas en la partida—. Primero solucionaré este asunto. Eso debería copar bastantes titulares, ¿no?

—Claro —dijo *Vino*, con ese tono que daba a entender que sabía exactamente cómo acabaría el asunto.

~

Vân irrumpió en la habitación de Uyên montada en justa cólera, que, por desgracia, se desvaneció por completo en cuanto vio a la propia Uyên.

El revestimiento no estaba conectado, con lo que la pequeña y abarrotada estancia quedaba a la vista tal como en realidad era; sin las modificaciones para que la distancia caminada pareciese mayor, tan solo era un compartimento más de la estación espacial, ni especialmente grande ni especialmente lujoso: un signo de que la utilidad del honor concedido a la madre capitán de Uyên fallecida había sido limitada. Dibujos de diversas imágenes clásicas adornaban las paredes: pincel, tinta, papel y mortero de escritorio, y representaciones de eruditos a bordo de naves espaciales, brindando con copas de vino hacia las estrellas.

La propia Uyên estaba sentada a la mesa donde acostumbraba a

trabajar sobre los clásicos; tenía un pequeño revestimiento abierto ante ella, un diagrama en el que se relacionaban poemas y citas de proclamas de eruditos, que Vân reconoció, aunque fue incapaz de comprender los vínculos. Laureate An Thành pasó a primer plano en sus pensamientos. «No son más que citas inconexas, sin significado ni relación entre ellas». Cuando Vân entró, Uyên estaba añadiendo nombres, pero no se trataban de referencias que An Thành reconociera.

Uyên la miró y sonrió con desaliento.

—Solo estaba tratando de recordar a todos los que podrían guardarnos rencor —dijo—. No es una lista demasiado extensa.

Algo se agitó y estalló en el pecho de Vân.

—Hija…

Uyên se encogió de hombros, miró un instante a Vân y luego recuperó su habitual máscara de arrogancia.

—La milicia ha dejado todo patas arriba, buscando pruebas. —Señaló con un gesto; Vân no vio nada al principio, pero luego, Laureate An Thành, con mejor ojo para los detalles, le hizo observar las abolladuras en las paredes metálicas y el hecho de que algunos de los bots domésticos caminaban un tanto torcidos—. No importa. Prepararé otro revestimiento. Uno mejor. La poesía siempre me ha parecido insuficiente.

Una pausa. A todas luces una pregunta dirigida a Vân, que, pillada con la guardia baja, no supo qué contestar y buscó con desesperación una respuesta. An Thành estaba desconcertada, al considerar que el revestimiento poético había sido apropiado, pero, como era lógico, Vân no había concebido a An Thành para que analizase con precisión sentimientos de congoja y baja autoestima. An Thành era culta y fidedigna, y proporcionaba a Vân los conocimientos que le faltaban y necesitaba para poder moverse en círculos literarios; el dominio intuitivo y profundamente arraigado de los clásicos, que solo se alcanzaba con tutores privados y colegios caros; todas las oportunidades que Vân y sus amigos de su escuela pública —siempre escasa de fondos— jamás habían tenido: un acto de resarcimiento esencial. «No es el momento, Laureate», dijo Vân. Y, a Uyên:

—Todo tiene arreglo.

La milicia. Los posibles cómplices de la mujer, en busca de

venganza. Vân ni siquiera estaba segura de por dónde empezar a arreglarlo todo, pero su obligación era proteger a Uyên.

—¿Pueden los muertos caminar de nuevo por la estación? —preguntó Uyên con amargura.

«Ni nacimiento ni muerte existen, ni decadencia ni resurgimiento». Vân hizo caso omiso de las palabras de An Thành y se sentó junto a Uyên en el banco.

—¿Por qué no me enseñas tu lista?

Era breve y de utilidad nula. La madre de Uyên fallecida no había tenido tiempo para hacer enemigos: el rango de capitán le había sido concedido de manera póstuma, y prácticamente los únicos que podían haberle guardado rencor eran los ro, los bárbaros a los que había derrotado en toda línea al saltar al vacío sin la protección de un sombratraje. La otra madre de Uyên tenía una vida que *Bosque sombrío* hubiera descrito como aburrida: dirigía una editorial que publicaba libros de poesía de eruditos, tanto en formato tradicional —papel— como en formato sensorial de inmersión plena con los revestimientos habituales. En cuanto a la propia Uyên…

Vân repasó la lista de posibles enemigos de Uyên, tratando de contener su incredulidad creciente.

—¿Una amiga con la que discutiste sobre el color de las flores en *Conducta de eruditos* de Đông Hải Diễm?

—Estábamos borrachas —explicó Uyên, recuperando parte de su antigua altanería.

—Entiendo. —Vân mantuvo la compostura, aunque a duras penas (al tener que contemplar el rostro de Uyên mientras Laureate An Thành la informaba amablemente sobre el verdadero color de las flores, con una combinación de erudición magistral y palabrería de lo más inútil)—. Bueno, no es probable que alguna de tus discusiones con tus amigos pueda llevar a esto. —Hizo una pausa, echó una ojeada a la lista. Una deuda contraída con otro estudiante… pero no, había sido una sarta de monedas, un monto que apenas alcanzaba para pagar un plato de *dumplings* en la casa de té del barrio. En modo alguno el tipo de cosa que empujaría a una ladrona deportada a venir a morir a esa habitación—. De acuerdo, así que tú no eres el motivo. —Su mirada vagó por la pequeña estancia desnuda—. Pero a lo mejor este lugar sí.

—¿Este lugar?, ¿en serio? —Uyên parecía escéptica.

Vân tampoco rebosaba confianza. Se conectó a la red y envió peticiones de información sobre los anteriores dueños de la casa.

—¿Cuándo os mudasteis?

Uyên se mordió el labio.

—El año en que a Primera Madre le fue concedido su título. Hace diez años —respondió con un temblor casi imperceptible en la voz.

—Lo siento —dijo Vân, en el silencio.

—No lo sienta —dijo Uyên, con rostro impasible—. Yo la quería mucho, pero al final fue su decisión. Sacrificó su vida a fin de ganar una batalla, y a nosotras, a cambio, se nos concedió el título imperial. —Sonaba como si estuviera repitiendo algo que le habían dicho una y otra vez.

Vân sintió el impulso de abrazarla, pero Uyên era una adolescente y su alumna —si es que seguía siéndolo una vez se enterase de lo del club de poesía, pero no habría sido considerado por su parte confesarle esa preocupación—. En lugar de eso, dijo:

—La pena es cual bambú en invierno: nunca llega a morir del todo. —Tópico y superficial, no como las citas sutiles que habría tenido a su disposición de haber esperado la intervención de An Thành aportando su propio conocimiento. Pero eso habría sido injusto para con Uyên: lo que importaba era el sentimiento, y este tenía que provenir de la propia Vân—. La querías mucho, eso te honra.

Uyên echó una mirada al altar en una esquina de la estancia, en el que había cinco mandarinas y una varilla de incienso que ardía lentamente. El holo era de su madre, congelada en ese territorio eterno de la juventud interrumpida por la muerte, con la insignia de capitán que nunca había lucido en la vida real.

—Devoción filial. Nada digno de mención.

—Sabes tan bien como yo que eso puede convertirse en algo vacío y superficial carente de amor y respeto. Una pose más que un sentimiento. —Vân infundió a sus palabras toda la autoridad que había ganado como preceptora—. Una máscara sobre un interior podrido.

Uyên guardó silencio durante un rato. Luego rio, con una carcajada breve y sin alegría.

—Lo único que pienso ocultar con una máscara es lo que la sociedad no desea ver —afirmó.

A saber, lo despiadada y peligrosa que podía ser. Una de sus madres había contemplado las naves enemigas que se acercaban y, tras sopesar fríamente las probabilidades, se había lanzado al vacío como mejor manera de ganar la batalla; la otra había sacrificado todo sin pestañear, para que su hija contara con la mejor educación. Y la propia Uyên estaba decidida a que ninguna de esas acciones quedase en agua de borrajas.

—Es un juego peligroso —dijo Vân.

Uyên resopló y luego dijo:

—Que lo diga usted, que es la mejor jugadora…

—No lo soy —respondió Vân. Una risa amarga inundó su interior: si tan buena era en ese juego, ¿cómo es que el club de poesía la iba a expulsar?—. En realidad no puedo decir que se me haya dado demasiado bien. —Las palabras brotaron antes de que pudiera detenerlas.

Uyên la observó con atención. Un silencio: la muchacha parpadeó, deprisa, mientras accedía a la red.

—Lo siento —dijo Vân, horrorizada ante su propio atrevimiento —. Por favor, no tengas en cuenta mis palabras.

—Ah —dijo Uyên, sin que Vân fuese capaz de interpretar su expresión—. El club de poesía.

A Vân se le heló la sangre.

—Hija, ¿cómo…?

—Madre segunda tiene contactos en el tribunal y entre los eruditos —dijo Uyên entre risas, pero luego su rostro mudó de nuevo, se endureció.

De pronto, Vân vislumbró en ella a su primera madre, inflexible y airada. Abrió la boca, pero Uyên se le adelantó:

—Los del club de poesía son unos esnobs idiotas y anticuados.

Vân se la quedó mirando, espantada y no del todo segura de lo que había oído.

—Tu madre…

Uyên puso los ojos en blanco, en un gesto muy típico de ella.

—Maestra, ¿en serio cree que a ella le va a importar lo que el club de poesía piense de usted? —Se encogió de hombros—. Eso suponiendo que llegue a enterarse.

De ningún modo podía estar sugiriendo… Sus instintos como preceptora se impusieron.

—Debes respeto a tus mayores —dijo.

Uyên se mordió el labio.

—Respeto no significa obediencia ciega —dijo por fin—. Usted me gusta de veras. No veo por qué lo del club de poesía debería cambiar nada. —Una pausa y, justo cuando Vân sentía que ya no podía sonrojarse más por la vergüenza—: Madre segunda quería que yo tuviese como profesora a la mejor erudita del Cinturón y, con su honorable antepasada en su mente, usted podría presentarse al examen sin mayores problemas y ser recomendada personalmente a la emperatriz. Lo sabe.

Vân se sintió como si hubiera conseguido escapar a un perro solo para toparse con una manada de tigres. Deseaba decir que An Thành no era su antepasada, que la había creado a partir de fragmentos desechados de antepasados ajenos, de copias malogradas que ella había supervisado de aprendiza. Lo único que brotó de sus labios fue una verdad de otra clase:

—No lo merecería.

—¿Por qué? —inquirió Uyên con tono cortante.

—Porque ella es demasiado buena. Porque sería ella quien estaría presentándose al examen, no yo. —Porque ella no tenía derecho alguno a Laureate An Thành: An Thành no formaba parte de su linaje, no le dispensaba sus bendiciones desde más allá de la tumba.

—Entonces, ¿cree que los mnemoimplantes son una ventaja injusta? —inquirió Uyên.

Ella tenía dos, Vân lo sabía: dos antepasadas, una de cada rama de su familia.

Las palabras se aglomeraron en la cabeza de Vân. Sí, quería decir, como había dicho a Hương Lâm y Dinh cuando estudiaban en aquella escuela pública pobre y destartalada, y veían cómo los candidatos a los exámenes más adinerados que ellas las adelantaban, respondían las preguntas con facilidad y desenvoltura y sin necesidad de pensar más allá de un instante —y ella había sentido una envidia abrasadora y una necesidad desesperada de poseer lo que ellos poseían—. Pero, si le confesaba a Uyên la verdad —si reconocía que su mnemoimplante no era su antepasada, que no

tenía ningún derecho a él—, perdería la estima de su alumna y, a lo mejor, también su medio de vida. Lo que había hecho no era ilegal, pero sí escandaloso y poco ortodoxo, y la familia de Uyên, deseosa de ser aceptada entre los eruditos, no lo toleraría.

—Creo que Laureate An Thành es un tremendo apoyo —respondió. Con An Thành, por fin tenía la seguridad y confianza que había ansiado y, aunque no sabía por qué, tras decir esas palabras en voz alta, le parecieron curiosamente vacías—. Pero no quiero presentarme a los exámenes. No deseo trabajar en un tribunal. No tengo madera para tocar ese tipo de cielo.

—¿Y piensa que yo sí?

—¿Tú? —dijo Vân con cierta sorna—. Tú sí, desde luego. —Perspicaz, implacable, ambiciosa y poseedora de un fuerte sentido de la moralidad—. No me mientas. Eso es lo que has respirado desde niña.

Uyên la observó unos instantes. Luego dijo, con cuidado, como sajando una herida infectada:

—Madre primera no debería haber muerto.

—Ah —musitó Vân entre dientes.

—Fue un sacrificio necesario y nos proporcionó el título imperial. Pero los ro nunca debieron llegar a penetrar tanto en nuestro territorio. —La voz le temblaba. Normal.

—A los eruditos se les permite criticar la política imperial. No es sedición —dijo Vân, quedamente.

—Yo no quiero criticarla. Quiero hacerla.

El rostro de Uyên lucía encendido y transfigurado; la muchacha tenía los puños apretados y miraba a Vân a los ojos sin rastro de deferencia ni respeto. Era apasionada y altamente persuasiva, el tipo de líder al que la gente seguiría hasta el corazón de una supernova o un orbital que se estuviera resquebrajando. Vân nunca se había sentido tan orgullosa de ella.

—Lo conseguirás. Te lo prometo. —Era ridículo, prometer algo que ni siquiera podía estar segura de cumplir.

—Maestra, no se preocupe por el club de poesía —dijo Uyên con semblante tenso—. Por favor. Ya lo solucionaré yo de ser necesario.

Uyên hizo una reverencia, más pronunciada de lo requerido por el respeto, y en el pecho de Vân algo se revolvió y estalló.

Vân había sido así en el pasado, había ardido en deseo por

cambiar las cosas, no solo ella, sino también Hương Lâm y Dinh; las tres habían bebido y hablado en exceso, tratando de encontrar su propia manera de desafiar a la sociedad que les había fallado. Vân, trabajando con el fabricante de mnemoimplantes y llevándose a casa restos de copias malogradas de antepasados a fin de crear a Laureate An Thành bajo la mirada atenta de Hương Lâm; y Dinh y Hương Lâm, siempre de carcajada fácil, siempre de ira fácil… con la diferencia de que ellas habían recurrido al crimen para recuperar aquello que consideraban se les debía, y luego todo se había ido al traste, y ella se había mantenido al margen, se había limitado a mirar cómo se las llevaban, a salvo gracias al silencio de ellas…

Notó un amargor en la boca, como el del té que ellas tres bebían en aquella época; el cosquilleo en las manos por el tacto de las piezas de mạt chược tras demasiadas partidas, tras demasiadas competiciones de poesía basada en los nombres de las fichas… tantos poemas malos sobre el nueve de infinitos y el ocho de hebras… y los chasquidos de las piezas cual parloteo de gorriones…

Un pitido de aviso de la red. La información que Vân había solicitado sobre la casa. Nada de excesivo interés salvo…

—La casa tiene una historia interesante —dijo—. ¿Sabes quién la construyó?

El rostro de Uyên tan solo reflejaba sorpresa. Eso era un no.

—Phạm Văn Ngọc Oanh, también conocida como Ngân Chi —continuó Vân. Fue leyendo la información—: Poeta y arquitecta. Famosa por sus rompecabezas.

—¿Rompecabezas? —repitió Uyên con tono burlón—. Maestra, con el debido respeto, ¿es este momento para… juegos?

Vân se contuvo y no mencionó lo obvio: que la propia Uyên era un tanto demasiado aficionada al mạt chược y los juegos de prendas con bebidas.

—Se te ha pasado por alto lo de «arquitecta». Incluía rompecabezas en los lugares que construía.

Uyên se la quedó mirando.

—Escondrijos —dijo con rotundidad—. ¿Aquí? —Se movió, observando las paredes—. ¿Dónde…?

—No lo sé. Dicen que… —Los labios de Vân se movieron unos instantes, mientras asimilaba la información de la red—. Dicen que le gustaban las alusiones literarias.

Miró los ejemplos expuestos ante ella: cómo, al apretar sucesivamente tres carpas en una escena nocturna de un estanque, el reflejo de la luna se abría y dejaba a la vista una caja fuerte; cómo era posible tirar de una rama de sauce en el retrato de un erudito y descubrir una estancia secreta tras las estanterías. Nada de eso parecía aplicable a la pequeña habitación donde se encontraban.

—Hay cuadros… —sugirió Uyên, con aire dubitativo.

An Thành proporcionó encantada abundante información sobre ellos: a qué escena o mito hacían referencia o quiénes eran los eruditos representados. La habitación era un tesoro de alusiones y retratos: demasiadas posibilidades. Ella ni siquiera sabía qué estaban buscando: ¿una caja fuerte?, ¿otra estancia?, ¿una recámara dónde esconderse? Los ejemplos que había visto parecían obvios *a posteriori*, pero difíciles de descubrir sin pistas.

—Espera —dijo—. La mujer muerta. Supongamos que conocía el escondrijo. ¿Dónde estaba ella?

Uyên se levantó e hizo un gesto. El revestimiento del Río de Estrellas titiló y se materializó de nuevo durante un breve instante… y luego el cadáver apareció tendido sobre las constelaciones siempre cambiantes. Entonces, el revestimiento desapareció, y también el cadáver, del que tan solo quedó la huella, que apuntaba hacia un cuadro concreto: un dragón se cernía sobre laderas montañosas que descendían hasta la orilla del mar; una feroz tormenta avanzaba desde la costa hacia las faldas de los montes y, alrededor de los cuernos de la criatura, una maraña de estrellas, una constelación que, durante un segundo, Vân no reconoció, hasta que An Thành intervino: «El Río Celestial en la Cola del Dragón Azur».

Lo que no era de gran utilidad.

¿Qué representaba el Río Celestial? Amor prohibido, en la historia del pastor y la tejedora. Las turbulencias que separaban a los amantes, que solo podían salvarse gracias al puente tendido por las urracas. Y el dragón era otro tipo de amor imposible: el rey dragón de Lạc, que se había desposado con la hija inmortal de la montaña, y había terminado descubriendo que ella seguía añorando su hogar, y él, el mar.

«Un centenar de huevos», dijo de pronto An Thành.

«Conozco la historia», respondió Vân. La hija de la montaña había puesto cien huevos de los que habían nacido cien hijos. Cuando se separaron, ella y el rey dragón se habían llevado cada uno la mitad de sus retoños a su propio hogar.

«No, no me has entendido. Mira. En la melena del dragón».

En la intrincada retícula de la cabellera del dragón, que caía desde las montañas hasta el mar, había letras. «Trăm». Un centenar, en việt. Vân alargó la mano y las fue apretando una tras otra. Cuando presionó la última, esta se hundió en el cuadro con un clic que resonó como una explosión, y toda una sección del mismo se inclinó hacia atrás, un rectángulo oculto entre la tormenta de la orilla.

Una caja fuerte.

Vân dejó escapar la respiración que no había sido consciente de haber estado conteniendo. Uyên la miraba con respeto.

—Maestra…

—No tiene importancia —dijo Vân, que sentía una extraña vergüenza y un extraño orgullo.

Ella casi contaba con encontrar huevos en la caja fuerte, pero ni que decir tiene que no era probable que ningún dragón hubiera adoptado un pequeño compartimento del Cinturón Salpicado de Perlas como nidal. En lugar de eso, sacó tres objetos. El primero era un pedazo de tela rasgado, que había quedado atrapado en la jamba al cerrarse la caja fuerte, del mismo color y tono que las vestiduras de la mujer.

—No la dejé sola tanto tiempo —aseguró Uyên con el ceño fruncido—. Pero supongo que no se tarda tanto si conoces el funcionamiento.

—Aunque encontrarla sí que lleva más —señaló Vân irónicamente.

Vân colocó los otros dos objetos en la mesa. Uno era una pieza de algo que no reconoció: una superficie metálica y lisa. Como una base de holo, pero vacía. Era pequeña —Vân podía cerrar la mano alrededor de ella— y tenía algo que le resultaba vagamente familiar, aunque no habría sabido decir de qué se trataba. Ella y Uyên la sacudieron, sin conseguir hacer aparecer nada sobre ella.

—Está estropeada —dijo Uyên—. O sin imprimir.

—Humm —musitó Vân. Cogió el último objeto de la caja fuerte.

Era otra pieza metálica, atravesada por reflejos oleosos—. No creo que ninguno de estos objetos estuviese ahí antes. Es más probable que ella abriera la caja fuerte y los escondiese al sentirse morir. Para asegurarse de que la milicia jamás los encontrara.

—Tampoco sé qué es esto último —dijo Uyên.

Vân le dio la vuelta una y otra vez, observando los juegos de la luz sobre él.

—Yo sí lo sé, pero no puede haberle resultado sencillo de conseguir.

—¿Ilegal?

Uyên parecía preocupada. Las leyes sobre la posesión de mercancías robadas eran estrictas, y daban por sentado la culpabilidad antes que la inocencia.

—Ilegal no, no *per se*. Tan solo extremadamente difícil de conseguir sin la clase de ayuda apropiada. Es de una nave mental muerta. —Vân se mordió el labio—. Déjame llamar a *Bosque sombrío*.

~

Bosque sombrío había estado ocupada.

No había seguido al pie de la letra el consejo de *Vino*, pero, no obstante, la había escuchado. Algunos de los miembros de su antigua banda se hallaban en el Cinturón Salpicado de Perlas, y estaban bastante abiertos a propuestas.

Uno de ellos era Thiên Hoa.

Thiên Hoa era una controladora de bots del Planeta Primero, la única integrante de la banda que podía presumir sin problemas de algo parecido al acento del poder. Tenía un mnemoimplante de un antepasado lejano que había aprobado los exámenes regionales, y el habla de la propia Thiên Hoa era en sí un tanto extraña: una mezcla de la suya propia con la arcaica del antepasado preservado en el implante, pero, en alguna ocasión, unos pocos momentos de duda habían bastado para que la banda eludiese a sus perseguidores. Thiên Hoa había estado disfrutando de la vida, no como erudita, sino como comerciante en posesión de una riqueza bastante más considerable de la que en realidad ganaba en sus negocios.

Thiên Hoa se reunió con *Bosque sombrío* en una de las mejores

casas de té del Cinturón —en los anillos centrales del hábitat Hồ Flor de Albaricoque—, una delicada estructura de varias plantas en la que cada mesa estaba rodeada de justo las paredes necesarias para garantizar la privacidad.

Thiên Hoa entró con discreción en el reservado y activó un titilante revestimiento de privacidad en torno a ellas dos, que bloquearía el sonido.

—Vaya —dijo—. Un lugar bastante elegante comparado con nuestros antiguos tugurios.

Bosque sombrío ya había pedido *dumplings* rellenos de carne y sopa, y rollitos de papel de arroz; estos últimos habían aparecido en su revestimiento personal. Estaba mordisqueando la oblea traslúcida untada en salsa de pescado, lo que le proporcionaba recuerdos vagos y fantasmales de su propia infancia: el aroma a lima exprimida en las manos de su madre, el sabor acre de los chiles mientras sus hermanos se peleaban por el rodillo… *Bosque sombrío* siempre había preferido ayudar con la salsa, era menos pesado y te proporcionaba una oportunidad de tratar de conseguir ese delicado equilibrio entre salado, ácido y dulce…

Vagos, muy vagos, nada que ver con la ola de nostalgia que la había inundado al probar el té de Vân. Bien mirado, mejor así.

—¿Qué es de tu vida? —preguntó a Thiên Hoa.

Thiên Hoa se encogió de hombros. Sus bots, que llevaba en su mata de pelo negro azabache, refulgían bajo la luz.

—Bueno, ya sabes. Tratando de llevar mercancías de un extremo a otro del Imperio. De hecho, constituye todo un reto. —Sonrió pícaramente—. ¿Y de la tuya?

—Yo me he aburrido menos.

—¿De veras? No sé yo… —dijo Thiên Hoa. Cogió uno de los *dumplings* y se lo llevó a la boca—. Tu… problemilla es de lo más inesperado.

Bosque sombrío se puso tensa, y sus propios bots reaccionaron quedándose inmóviles.

—¿Y eso?

—Ha sido difícil rastrear a la mujer muerta. Se conocía todos los trucos para evitar la vigilancia. No es ilegal *per se*…

Pero sin duda era significativo.

—Sigue.

—Por lo que he podido averiguar, llegó hace unos dos meses en la nave *El gobio en el pozo*. Y no viajaba sola.

—Tenía una banda —dijo *Bosque sombrío* en voz baja. No estaba segura de si se sentía aliviada o no.

—Pequeña. Otras tres personas. Tres mujeres.

—Humm. ¿Y dónde están ahora?

—Es difícil de saber —respondió Thiên Hoa—. Parecen haberse desvanecido. Pondré a algunos de los míos a rastrearlas.

Desvanecido, ¿para así poderse reagrupar mejor?, ¿para perfeccionar el plan que hubieran tenido en mente?

—Esto no me gusta.

—Bueno, lo siguiente sí que te va a gustar —dijo Thiên Hoa con una sonrisa deslumbrante.

—Lárgalo ya.

—Uf, ya veo que hoy estamos de mal humor, ¿a que sí? ¿Es por la erudita? *Vino* me dijo que te has encaprichado con ella.

Bosque sombrío se mordió la lengua para no soltarle un malhumorado «no es asunto tuyo», porque era la propia *Bosque sombrío* quien lo había convertido en asunto de Thiên Hoa, y su amiga estaba haciendo eso como favor hacia ella.

—Es posible —reconoció.

—Ajá. Es guapa, sí, y una distracción te vendría bien.

El problema era que *Bosque sombrío* no estaba demasiado segura de que la distracción fuera a llegar a cuajar. Vân estaba preocupada por su propio futuro y por Uyên, y el sexo era lo último que tenía en mente.

—Has dicho que tenías algo que me iba a gustar. Eso sí me vendría bien. —En lugar de una distracción hipotética cuyas probabilidades de traducirse en algo parecían ser cada vez menores.

—Estuvieron yendo de aquí para allá. La mujer muerta y sus cómplices. Realizando averiguaciones en casas de té; las normales cuando tratas de reconocer el terreno: enterarte de quién es quién en la milicia y hasta dónde puedes llegar sin que salten sus alarmas. Pero también bebieron bastante… —Una sonrisa típica de Thiên Hoa, toda dientes afilados justo antes de clavar el cuchillo— y digamos que no aguantan el vino demasiado bien.

—Ah. —*Bosque sombrío* también conocía a la perfección ese percal. Si su equipo tenía estrictamente prohibido beber cuando

estaban embarcados en un trabajo era por algo. El vino era para invitar a otros, con la esperanza de que cometieran un error—. Y alguien las oyó hablar.

—No puedes esperar que cumpla con mi trabajo como comerciante si no me mantengo al corriente de en qué andan metidas las clases bajas criminales —dijo Thiên Hoa, con un burlón tono quejumbroso, y con la confianza absoluta de quien pertenece por entero a dicha clase baja criminal—. En cualquier caso… la mujer muerta alardeó de que habían venido a robar algo de gran valor.

—Eso ya lo había deducido yo —respondió secamente *Bosque sombrío*—. A la vista de que había desacatado una sentencia de destierro para regresar.

—Sí. —A Thiên Hoa le brillaron los ojos—. Piénsalo. Podríamos arrebatárselo en sus narices. Como en los viejos tiempos… un golpe lo bastante importante para salir en cadenas de noticias y proclamas, y todos los eruditos nos vilipendiarían por no respetar el orden del Cielo y la Tierra…

—Estoy retirada —aseguró *Bosque sombrío*, demasiado deprisa y demasiado a la ligera.

—Sí, claro. Y muriéndote de aburrimiento, ¿a que sí?

Al principio le había resultado relajante, no tener que mirar por encima del hombro por si aparecía la milicia, no tener que preocuparse de que ella o el resto de la banda pudiesen ser atrapados y torturados para que delataran a los demás. Y entonces… en un abrir y cerrar de ojos, ya se había convertido en un respetable pilar de la sociedad —y eso iba más allá de la mera etiqueta—, en una erudita a la que invitaban a todos los banquetes y fiestas de postín —y todo eso le parecía acomodaticio y vacío, y ella tenía ese tic particular que ponía a los bots en movimiento cada vez que entraba en una casa ajena y empezaba a catalogar los objetos valiosos y a imaginar dónde habría situado a los miembros de su equipo para arramblar con todo…—. Y entonces, sin que se diera cuenta, ya había pasado a la historia, ya no la mencionaban en los banquetes, y eran otros criminales quienes hacían estremecer a la alta sociedad.

Nadie le había advertido de cuán profundamente le dolería el anonimato.

—Me las apaño —respondió *Bosque sombrío* desabridamente.

Pero este sería un trabajo honrado, ¿no? Encontrar un tesoro largo tiempo perdido sería noticia, y ella ni siquiera tendría que abandonar su retiro. Ni siquiera tendría que robarlo, solo encontrarlo y devolvérselo a sus propietarios legítimos. A la gente le encantaría la historia: se rendirían ante *Bosque sombrío* y su generosidad, sin nada de esa ambigüedad que sentían hacia el ladrón.

—No mientas —dijo Thiên Hoa, con los ojos brillándole de nuevo.

—Bueno, pero si lo encontrara informaría a los periodistas sin pérdida de tiempo. Supongo que pertenecería a Uyên, lo que sería una bonita floritura: la hija de la heroína de guerra condecorada. —Tampoco era algo que importara: ella tenía diez mil veces el dinero que necesitaba, y jamás había robado a quienes realmente andaban escasos de fondos—. Fama y adulación a un mismo tiempo.

—No creo que pertenezca a Uyên, a menos que te sientas generosa —dijo Thiên Hoa, torciendo el gesto—. La habitación de Uyên fue solo el último de una serie de lugares visitados por la banda. Sea lo que sea lo que andaban buscando, no era algo vinculado en concreto a Uyên. Mira.

Thiên Hoa alargó la mano, y un titilante revestimiento se activó sobre la mesa e hizo desaparecer la taza de *Bosque sombrío*.

Se trataba de una lista de lugares de lo más variopinto y que no parecían tener demasiado en común. La pagoda de la Gran Compasión Occidental en el hábitat Hồ Flor de Albaricoque, un pabellón de beneméritos en el hábitat Trần Mar Oriental y una serie de viviendas privadas, de las que la de la familia Lotus Vũ era la última.

—No estoy segura… —empezó a decir *Bosque sombrío*, y entonces su módulo de comunicaciones le mostró la llamada que llevaba un rato en espera. Era Vân—. Hija… —dijo, compartiéndola con Thiên Hoa.

—Necesito ayuda —respondió Vân—. Para subir a bordo de *El elefante y la hierba*.

Una pausa.

—Voy a necesitar un poco más de contexto —dijo luego *Bosque sombrío*, con serenidad.

El elefante y la hierba había sido una de las bajas del Levantamiento de las Diez Mil Banderas: una nave mental que había muerto no en las profundidades del espacio, sino simplemente en un rincón de lo más inconveniente: varada en mitad de asteroides y detritus, que hacían que acceder a ella fuera un proceso largo y tedioso, para el que se requería un equipo especial.

—En la habitación de Uyên hay un fragmento de esa nave —dijo Vân con tono cortante—. En una caja fuerte.

Bosque sombrío se calló las numerosas preguntas obvias.

—¿Estás segura? Por el Cinturón abundan los restos de naves mentales.

—Sí. Tengo un implante con una memoria excelente para la historia reciente del Cinturón. Es un fragmento de casco o de alguna otra zona expuesta a la luz de las estrellas, y los motivos decorativos son inconfundibles. —Sonaba como si estuviera dando explicaciones a un niño, y debió de darse cuenta—. Lo siento, tía mayor.

—No lo sientas.

A decir verdad, *Bosque sombrío* estaba fascinada, no solo por el descubrimiento, sino por la manera en la que Vân, de costumbre formal y respetuosa, estaba perdiendo los papeles. ¿Qué más haría falta para que siguiese floreciendo de esa manera?

—Es una historia larga. ¿Has oído hablar de Ngân Chi?

¿Rama Argéntea? Sonaba a nombre de cortesía. *Bosque sombrío* consultó la red.

—¿La arquitecta? No veo…

—Ella construyó los aposentos de los Lotus Vũ. Bueno, los aposentos que ahora ocupa la familia Lotus Vũ. Y ella era la madre de *El elefante y la hierba*. Yo diría que son demasiadas coincidencias.

El rostro de Thiên Hoa era el súmmum de la diversión.

—Compórtate —le transmitió *Bosque sombrío* desde el otro lado de la mesa. Y luego el nombre: Ngân Chi. ¡Una arquitecta!

Una pausa. Thiên Hoa frunció el ceño. Sus propios ojos se velaron cuando ella misma accedió, primero, a sus mnemoimplantes, y luego a la red. Obtuvo lo que buscaba más deprisa que *Bosque sombrío*, sin duda gracias a accesos altamente personales y no del todo legales a bases de datos no abiertas a

cualquiera. Su respuesta llegó a *Bosque sombrío* mediante una conexión de alta prioridad.

—No es sencillo encontrar su nombre en la red, pero participó en la construcción de la pagoda de la Gran Compasión Occidental y en la de todos esos otros edificios. Esto… —Una pausa en la explicación de Thiên Hoa—. Se rumoreó que había amasado una fortuna en tesoros… —Una serie de imágenes se sucedió rápidamente ante los ojos de *Bosque sombrío*: jade tallado, delicados adornos de plata, perlas y cofres lacados—. Pero jamás nadie encontró nada. Murió con tan solo unas pocas sartas de monedas a su nombre.

—Bueno —respondió *Bosque sombrío* a Thiên Hoa—, yo diría que dilapidar dinero en la ancianidad es algo bastante habitual, pero el hecho de que nuestra banda de ladronas anduviese registrando todos los edificios de Ngân Chi parece indicar algo.

Un robo que pasaría a la historia. Sin duda eso sí que acapararía titulares, independientemente de que *Bosque sombrío* se quedara el dinero o no.

—Humm. ¿Se lo vas a contar a ella?

—No hasta que averigüemos algo más —respondió *Bosque sombrío*. Hasta donde ella sabía, aquello solo era una leyenda, nada más, y le daba vergüenza prometer a Vân algo que en absoluto estaba segura de poder entregarle. Además, si era totalmente sincera consigo misma, tal como era su costumbre, necesitaba tiempo para decidir qué podía hacer con esta revelación, y cómo cambiaba las cosas para ella… o cómo no lograba cambiarlas. Y añadió, dirigiéndose a Vân—: ¿Por qué la nave? No es el único lugar que la mujer visitó.

—Es del único del que guardó un fragmento —respondió Vân—. Eso tiene que ser por algo.

—Humm… —musitó *Bosque sombrío*. Examinó la lista de edificios que Thiên Hoa le había proporcionado. La nave muerta perfectamente podía ser el lugar menos accesible: ¿el escondite perfecto?—. De acuerdo. Iremos a registrar la nave. —Y luego le dijo a Thiên Hoa—: No creo que encontrar el tesoro ponga punto final a esto. Esa mujer murió en los aposentos de Uyên, y sus cómplices no van a permitir que esto quede así.

—¿Quieres que deje correr algún rumor? —preguntó Thiên Hoa

con semblante serio.

—Sí —respondió *Bosque sombrío* sin apenas vacilar—. No me nombres, pero insinúa que Vân, Uyên y sus familias cuentan con la protección de alguien de peso, y que si alguien trata de matarlas tendrá que responder por ello.

—Se imaginarán que hay otro ladrón implicado. —La expresión de Thiên Hoa seguía siendo seria—. Tengo que preguntártelo: ¿estás segura? Ella no es más que un ligue. Descubrirte, por muy indirectamente que pueda ser, ante la milicia…

—Jamás ha muerto nadie conmigo al timón. Ni de nosotros ni de la milicia, y tampoco ninguna de las personas a las que despojamos de sus bienes. Jamás hemos matado a nadie ni por acción ni tampoco por omisión. Y no pienso empezar ahora.

~

Vân estaba sentada muy tiesa en la lanzadera, y sus bots, aferrados a su moño, estaban tan rígidos e inmóviles como ella.

—Esto no es exactamente lo que tenía en mente —dijo.

Vân estaba tratando por todos los medios de impedir que el terrible ardor que crecía en sus entrañas alcanzase su rostro. Aunque seguro que *Bosque sombrío* contaba con bots y sensores que probablemente percibieran el incremento de su temperatura corporal.

Genial. Lo que se dice genial.

Una risa suave reverberó por las paredes metálicas de la lanzadera.

—Solicitaste mi ayuda para llegar a la nave —dijo *Bosque sombrío*. Su avatar se materializó en la sala, apoyado en la mesa que ocupaba la mayor parte de la misma—. ¿Cómo creías que iba a ser?

A decir verdad, Vân no había tenido ni idea. Había pensado que *Bosque sombrío* haría valer sus privilegios, que pediría que le devolviesen algún favor, o ambas cosas, para conseguir acceder a la nave; no que fuera a enviar una de sus propias lanzaderas a recogerla.

La lanzadera era como cualquier otra en las que ella había viajado: una especie de caja cuadrada metálica, con una mesa en el

centro y bancos empotrados en las paredes inclinadas. El revestimiento era minimalista: tan solo un puñado de imágenes de guirnaldas de flores.

No obstante, la situación le resultaba decididamente violenta, como si le hubieran abierto las puertas a la intimidad de alguien que no le había sido presentado debidamente.

—No es más que una lanzadera —prosiguió *Bosque sombrío*. Se desplazó de la mesa a uno de los bancos, y sus pies fueron dejando un rastro de estrellas. Vân descubrió que el pecho le dolía al respirar—. Te estás comportando como si me acabara de desnudar ante ti. —Una nueva carcajada—. Aunque eso no tendría tanta importancia para mí como para ti.

—Seguro que te has acostado con humanos —dijo Vân, incapaz de controlarse.

—Con algunos. Nuestras expectativas sobre lo que eso supone son un tanto distintas. Se trata de asegurarse de que las necesidades de todas las partes sean ampliamente… satisfechas. —La sonrisa no había abandonado el rostro de *Bosque sombrío*. Vân sintió su presencia en torno a ella, un latido palpable que reverberaba por la lanzadera y por su propio cuerpo. Luego la nave se puso seria—. No hemos tenido tiempo para hablar del club de poesía. —Una pausa, y luego—: Si necesitas otro trabajo, estaré encantada de recomendarte para uno.

—Oh. —Vân sintió que se volvía a poner roja como la grana—. Gracias. Creo que no será necesario.

—¿Y eso?

—Uyên dijo que a su familia no le importaría lo que pasara con el club de poesía.

Un silencio. Luego la voz dura y cortante de la nave:

—Estupendo. No debería importarles. Y hay otros clubes, si eso es lo que deseas.

—No lo sé. Tal vez no justo ahora.

Vân vio de nuevo el rostro severo de Uyên, oyó la certeza absoluta de su estudiante de que ella solucionaría las cosas.

«Mi madre quería que yo tuviese como profesora a la mejor erudita del Cinturón».

Pero Uyên no estaba al tanto de lo de An Thành… Trató de respirar a pesar de la opresión en el pecho.

—¿No deberíamos estar hablando de la nave muerta? —preguntó.

—Humm… —musitó *Bosque sombrío*.

La nave titiló, apareciendo y desapareciendo, murmurando para sí palabras que Vân apenas alcanzó a distinguir. «Coordenadas estelares», dijo Laureate An Thành.

—Buscan algo —dijo Vân en voz alta—. No me importa demasiado cuál sea su objetivo, siempre que no se trate de Uyên. Pero en esa nave podría haber algo que nos ayudara a rastrear a las compañeras de la mujer.

Una pausa.

—Sabes que en la habitación de Uyên no encontraron lo que andaban buscando —dijo al fin *Bosque sombrío*—. A lo mejor se olvidan del asunto.

—¿A lo mejor? Sé sincera, tía mayor. Tenemos un cadáver en la habitación de Uyên… no solo eso, un cadáver modificado tan a fondo que la milicia no ha sido capaz de identificarlo. Lo que significa que ni tendrá ritos funerarios como es debido ni será enterrado junto al resto de su familia. —Vân negó con la cabeza—. Es posible que hayan venido al hábitat a robar, pero ahora su objetivo va a ser la venganza. —Y una venganza terrible.

Tenían que encontrar a las cómplices y entregarlas a la milicia antes de que eso llegara a suceder.

Cuando Vân volvió a levantar la vista, tenía al avatar sentado a su lado y los bots de la nave sobre sus propios hombros, apretando suavemente: era como si la estuvieran estrechando en un abrazo fantasmal.

—Estás alterada.

—Que Uyên se convirtiera en objetivo de una misteriosa venganza del hampa no estaba en mi lista de prioridades —dijo Vân, con sequedad. Por sus hombros y columna se estaba extendiendo una calidez, una especie de sensación extraña y excitante para la que carecía de nombre.

—Iba a decir que no es necesario que hagas esto, pero de todas maneras lo vas a hacer, ¿verdad?

—Es mi alumna —respondió simplemente Vân—. Tengo obligaciones para con ella.

—La mayoría de los preceptores se desentenderían de algo así.

—Yo no soy la mayoría de los preceptores. —Sonó pedante y jactancioso, y Vân se mordió la lengua para no continuar con lo que iba a decir a continuación. «No obstante, es cierto», señaló An Thành.

El silencio subsiguiente fue incómodo, pero Vân estaba acostumbrada a la incomodidad. La había tenido a raudales cuando era una de las escasas estudiantes pobres en la escuela pública. *Bosque sombrío* estaba de nuevo ensimismada en la navegación, hablando otra vez para sí, y las guirnaldas de flores se agitaron movidas por una corriente invisible.

—Ya hemos llegado —anunció.

~

Ni siquiera la lanzadera podía adentrarse lo suficiente en el campo de detritus que rodeaba a *El elefante y la hierba*. Así que Vân agarró una de las sombrapieles que había detrás de los bancos y se embutió en ella, para protegerse del vacío; si estar en una de las lanzaderas de *Bosque sombrío* era como si la nave se hubiera desnudado ante ella, ahora Vân le correspondió generosamente cuando se enfundó la sombrapiel: se desnudó en un recoveco de la pared, que era toda la privacidad que la nave le pudo proporcionar; sus bots la ayudaron a sujetarse el módulo de comunicaciones y a asegurarse de que el moño no se enganchaba en los pliegues de la sombrapiel.

—No estoy mirando —dijo *Bosque sombrío*, que de nuevo sonaba divertida—. Resulta que no eres la primera persona que se cambia de ropa aquí.

—¿Con cuántas de ellas te acostaste?

La misma risa suave de antes.

—Una pregunta que no voy a responder, me temo. Pero he trabajado como transporte civil, en otra vida. He llevado a bastantes pasajeros.

Pero ya no trabajaba como transporte. Lo que planteaba el siguiente interrogante: ¿de qué vivía exactamente? El mantenimiento de una nave era caro, de ahí que en su mayoría estuvieran al servicio del Imperio o se dedicasen al transporte de mercancías, tareas en las que la capacidad para saltar al espacio

profundo y acortar viajes lentos y largos resultaba útil. ¿Cómo se ganaba la vida *Bosque sombrío*? Era una erudita, sí; pero Vân sabía demasiado bien que eso no daba para vivir.

«Patrimonio familiar», dijo An Thành, suavemente.

Eso tenía que ser.

No obstante… no obstante, su conducta no encajaba. De joven, Vân había frecuentado bastantes hijos de poderosos, y *Bosque sombrío* no se comportaba como uno de ellos. ¿A lo mejor una familia que se había enriquecido recientemente?

Y, de todas maneras, ¿por qué tenía que ser nada de eso de su incumbencia? La nave se había mostrado de lo más servicial, de ahí que Vân tuviera que preguntarse por sus motivos; pero el porqué era bastante transparente, ¿no?… ¿y acaso iba ella a poner verdaderas objeciones de llegar las cosas así de lejos?

Esta vez, el ardor empezó en su vientre y se extendió hasta las mejillas y la yema de los dedos. Cruzó las piernas, pero eso solo empeoró las cosas.

—¡Hija! ¡Hija!

—Perdona —dijo Vân, y se sonrojó de nuevo—. Estaba soñando despierta.

—Eso ya lo veo. —De nuevo esa risa contenida—. Pasemos a asuntos más serios: cuando abandones la nave, ya no podré proyectar un avatar. Pero puedo guiarte.

—¿Comunicación por radio?

—Mis bots, si quieres llevarlos.

—¿Por qué no iba a querer?

—Entendería que te resultase violento —respondió la nave tras un silencio. Al fin y al cabo, los bots eran algo tremendamente personal.

Vân resopló y dijo:

—Después de haber llegado hasta aquí, no demostraría demasiado sentido común si ahora me diera media vuelta.

Un silencio tenso.

—No es peligroso —aseguró *Bosque sombrío*—. Eres menuda y te mueves con más facilidad que una nave. Pero te llevará tiempo. Tendrás que ser paciente.

—¿Por eso nadie ha ido a recuperar a *El elefante y la hierba*?

Vân estaba pensando en funerales y entierros: ¿qué hacían con

las naves muertas?, ¿eran los mausoleos lo bastante grandes como para contener sus cuerpos íntegros?

«Las compactan —terció Laureate An Thành—. Y, si no pueden, las queman. Algunas han sido abandonadas en el espacio, a modo de mausoleos orgánicos, pero a sus descendientes les resulta poco práctico a la hora de visitarlas».

—Humm. Por eso y por cómo murió. Su casco fue dañado gravemente por múltiples explosiones. Incluso si la sacaran del campo de detritus, es probable que se deshiciera en pedazos por la tensión del arrastre. Y estaba prácticamente destrozada, aparte de que no transportaba ni pasajeros ni nada de valor… así que no merecía la pena invertir tiempo ni dinero.

—Debe de sentirse tan sola… —se le escapó a Vân antes de pararse a pensarlo—. A la deriva en la oscuridad, sin nadie que cuide su tumba. ¿Tenía…?, ¿tenía familia, al menos? —Algún holo en algún altar familiar, respetos y oraciones elevados hacia ella.

—No lo sé. —*Bosque sombrío* parecía sorprendida—. Tenía hermanos, conque supongo que tiene descendientes. Pero la familia de Ngân Chi estaba sin blanca, así que no podían permitirse gastar dinero en una operación de salvamento.

Una pausa.

—Te parezco rara —dijo Vân, a la defensiva.

—Para nada. —*Bosque sombrío* sonó pensativa; su avatar, apenas presente, un mero perfil que casi se fundía con las paredes metálicas—. Creo que a la mayoría de la gente le habría traído sin cuidado lo que le sucediera a una nave muerta largo tiempo atrás. —La lanzadera tembló, como resquebrajándose, y uno de los bancos pareció empezar a encogerse, y se comprimió compactamente hasta dejar a la vista la oscuridad del espacio—. Ahí tienes. Esa es tu esclusa. Ve a presentar tus respetos.

~

Era raro, estar en el exterior.

Al igual que casi todo el mundo en el Cinturón, Vân había recibido formación de seguridad básica, que incluía aprender a moverse por el espacio y a manipular los diversos tipos de trajes protectores, desde las viejas corazas metálicas hasta las

sombrapieles modernas; y, al igual que casi todo el mundo en el Cinturón, jamás había tenido que utilizar lo aprendido.

Cuando se lanzó al exterior, le fue volviendo a la memoria: esa manera tan particular que tenían los movimientos de llevarla mucho más lejos de lo que se había esperado; cómo podía girar y dar vueltas, y mantener a raya el pánico atávico de su cerebro a estar cayendo, mientras trataba de recordar dónde situar el arriba y el abajo, y encontrar un punto de referencia en los asteroides en derredor. La sombrapiel se pegaba a su ropa interior como una camisa húmeda, y el único sonido era el de su propia respiración. En las manos tenía el planeador que utilizaría para abrirse camino entre los asteroides, bien sujeto con abrazaderas a una muñeca: un peso metálico que le resultaba a un mismo tiempo familiar y por completo extraño, como una ensoñación medio olvidada. Y en sus oídos, un sonido leve: algo rítmico y recordado a medias, que parecía el filo de un poema en un sueño, un coro abigarrado de ondas de radio provenientes del sol, de las estrellas y de todos los astros a su alrededor.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo *Bosque sombrío*.

Vân se giró un instante; vio la lanzadera perfilándose contra el resplandor del sol, las facetas metálicas destellando; sintió los débiles arañazos de los bots en la sombrapiel, como un roce espectral. Su cuerpo recuperó el calor, su corazón se ralentizó. En su interior, Laureate An Thành guardaba silencio sin hacer ningún comentario, tan solo empapándose del espectáculo.

Vân se giró hacia el planeador, cuyo runrún se propagó por sus muñecas y brazos: se tumbó y se colocó poco a poco en posición, y luego se adentró con cuidado entre los asteroides; vistos de lejos parecían minúsculos, minerales para niños, pero, a medida que se fue acercando, la hicieron sentir diminuta, al ir creciendo de manchas del tamaño de un puño a inmensos muros escarpados a su alrededor.

—Despacio. Cualquier golpe que recibas afectará a su velocidad y a la tuya.

Dos centidías después, Vân atisbó la nave. Al principio, no era nada especial: un punto semejante al resto de los puntos esparcidos en torno a Vân; pero, al irse aproximando, abriéndose paso por entre la multitud de restos desperdigados por la zona, fue

creciendo, de punto a silueta elegante; y luego, a medida que el planeador se fue acercando, lo que parecía el perfil de una nave se convirtió en un rompecabezas confuso y destrozado, con las piezas manteniéndose juntas gracias a alguna alquimia misteriosa, una vez agotadas las fuerzas que en un principio las habían hecho saltar por los aires, con su propia gravedad en conjunción con las gravedades distantes de los asteroides de mayor tamaño atrayéndolas y haciéndolas conformar figuras inaprensibles; con An Thành presente en sus pensamientos, ofreciéndole poesía sobre los caprichos del espacio y el valor del esfuerzo; pero no importaba, porque esa sinfonía lejana de las estrellas estaba presente, colmándola a rebosar.

Dejó atrás un asteroide más, guiando con cuidado el planeador por entre los restos flotantes, que ya no eran rocas sino vestigios de la explosión que había destrozado la nave: trozos de metal con reflejos oleaginosos, fragmentos de motores y paredes pintadas. Era como atravesar un cementerio: un mausoleo de un tipo especial, con solo un ocupante, roto y deformado más allá de sus límites.

De pronto, el nombre del Buda del Esplendor Infinito le acudió a los labios, como si estuviera tratando de meditar, pero en nombre de la nave.

Nam mô A Di Đà Phật, Nam mô A Di Đà…

Una y otra vez hasta que su mente entró en trance… y la nave crecía, cada vez mayor a su alrededor… ella ya se había adentrado en lo profundo de sus ruinas, donde el silencio era sepulcral… y lo único que veía era un cadáver con sus fragmentos desparramados.

—No tengo ni idea de adónde fue nuestra muerta —dijo Vân, en voz alta.

Uno de los bots correteó hasta su rostro y se agarró a la parte superior de la oreja.

—Yo sí —dijo la voz de *Bosque sombrío*. Un revestimiento titiló y se superpuso a su campo de visión, mostrando una débil estela—. Ese es el rastro de su planeador.

—¿Calor? Claro…

—Calor no. Los restos de los elementos quemados para llegar hasta allí. Es una actividad tan inusual en las inmediaciones que soy capaz de detectarlos. Espera… —*Bosque sombrío* hizo algo y el rastro se tornó más sólido y luminoso, aunque se fue ensanchando

ligeramente a medida que avanzaba—. Ya no lo tengo tan claro desde el momento en que empezó a frenar: las huellas están más dispersas y son más débiles. Con suerte, podré refinarlo un poco si te acercas.

La curva trazaba un arco a través de uno de los restos de mayor tamaño del campo. Vân impulsó su propio planeador hacia delante, hacia el enorme agujero que había en el centro.

—Dijiste que había una caja fuerte escondida —dijo *Bosque sombrío*.

—Sí —respondió Vân.

Al ver el casco de cerca, parecía como si una flor de metal gigantesca y deforme hubiera brotado desde el corazón de la nave; tras ese agujero reinaba una oscuridad inmensa y profunda en la que nada vivía ni respiraba, un silencio más definitivo que el de estrellas y planetas. Con un chasquido de los dedos, Vân encendió la luz del planeador, que iluminó una gran estructura semejante a un hangar, sembrada de restos de lanzaderas, cada una de ellas unidas a la nave por un cordón ensangrentado.

El haz de luz atravesó el hangar y franqueó un pequeño espacio en el extremo opuesto: una puerta, se percató Vân, algo que de pronto tenía sentido y estaba en su propia escala.

—¿Crees que ocultó otra caja fuerte en la nave?

—No lo sé. Modificar un hábitat es una cosa. Una nave es un cuerpo vivo, tal como ves. Sería un poco como si alguien te abriera el pecho para guardar objetos de valor: desagradable y arriesgado.

—Pero…

—¿Pero?

—Pero las estancias de la nave tuvieron que ser construidas… —Y entonces se interrumpió. Eso habría sido antes, ¿no?, cuando la mente de la sala del corazón de la nave aún estaba siendo incubada en el vientre de su madre, y una maestra del viento y agua inspeccionó la nave a fin de asegurarse de que todo estaba perfecto, de que los elementos qi fluían como era debido por todos los corredores, hangares y almacenes. Antes del nacimiento y la implantación de la mente en el cuerpo que le estaba destinado desde siempre; antes de que cobrase vida y creciera anhelando las estrellas bajo cuya luz había muerto—. La madre no diseña el cuerpo de la nave, ¿verdad?

—No es corriente, pero no es imposible —respondió *Bosque sombrío* tras una pausa. No pudo evitar sentirse impresionada.

—No entiendo qué esperaban encontrar en esas cajas fuertes.

Vân ya lo había comprobado: la arquitecta había muerto cinco años atrás, en la época en la que ella estaba diseñando a Laureate An Thành. Una coincidencia inquietante —tuvo que respirar hondo tras descubrirlo—, pero, claro, eran tantas las cosas que habían sucedido ese año por todo el Cinturón… Y esa muerte no había tenido nada llamativo.

—Supongo que algo valioso —respondió *Bosque sombrío* a la ligera—. Eso siempre resulta tentador.

—¿Robar a los muertos?, ¿o a sus descendientes? Eso es sencillamente… —Cobarde. Ilegal, sí, pero también profundamente irrespetuoso.

Otro bot había trepado hasta su hombro, como si la nave estuviera de pie allí a su lado, apretándoselo de nuevo, tratando de confortarla, un roce que la hizo ruborizar y sentirse anhelante.

—Lo siento —dijo por fin *Bosque sombrío*—. No debería haberlo mencionado. Ha sido de mal gusto.

Vân estaba acostumbrada a la compasión, a los aires de superioridad, a que se cuestionase abiertamente su sentido común, pero eso sonaba casi a… ¿envidia?

—No pasa nada. Mis principios son demasiado elevados.

Un silencio más prolongado. Ya había llegado a la puerta: colocó el planeador en posición vertical para poder ponerse de pie en el corredor que había al otro lado. Durante un brevísimo instante, no estuvo en un lugar en ruinas, ni en un cadáver ni en un mausoleo, sino en una nave en penumbra, con caligrafía y pinturas de paisajes espaciales y cascadas brillando en las paredes. Durante un brevísimo instante, sintió el silbido del viento en los oídos y vio los mamparos contraerse lentamente siguiendo el ritmo de un corazón gigantesco. Y luego esa sensación pasó, y de nuevo se hallaba en los restos de la nave, con las pinturas meras manchas apenas visibles, las paredes inmóviles por completo, el espacio en derredor tan solo un vacío sin rastro alguno de viento.

Su módulo de comunicaciones parpadeó. Parecía una llamada de Uyên.

—¿Hija? —preguntó. Uyên respondió con voz excitada y apenas

comprensible: fragmentos de palabras segados por la distancia hasta quedar en nada—. Aquí no tengo red. —Y cortó, confiando en que Uyên al menos hubiera oído eso último.

El rastro se arqueó por el corredor y finalmente terminó en una puerta que se negó a moverse, por más que Vân y los bots trataron de abrirla tirando de ella.

—Se combó en la explosión. —*Bosque sombrío* sonó un tanto molesta—. Espera un momento. Los bots no tienen fuerza suficiente, pero puedo encontrar otra cosa…

Sin embargo, la mujer muerta sí que había conseguido franquearla. Lo que quería decir que existía una manera. ¿O acaso ella había contado con equipo profesional? ¿Había venido preparada para lo que fuera que esperaba llevarse de la nave? Si sus cómplices la habían acompañado, habría resultado más sencillo manejar objetos pesados.

De cerca, el rastro de luz era un fluido turbio con un ligero resplandor.

—¿Me puedes mostrar dónde estaba la mujer?

—Carezco de indicios suficientes —respondió *Bosque sombrío*, con fastidio.

«Un mapa de probabilidad», sugirió Laureate An Thành, suavemente. Vân lo repitió en voz alta, y sintió el temblor que recorrió la nave, e incluso afectó a los bots, que se detuvieron un breve instante, incluidos los de su hombro y oreja.

—Tú no eres ingeniera —dijo *Bosque sombrío*.

—Lo soy. Y también lo es mi mnemoimplante —se le escapó a Vân, antes de poder morderse la lengua.

Ella no iba a mentir y afirmar que An Thành había sido ingeniera, porque An Thành no había existido antes de que Vân la ensamblara. No obstante, los términos en los que había formulado la afirmación daban que pensar, y *Bosque sombrío* era observadora. Vân estaba coqueteando con el desastre.

Esperó con el corazón en un puño, pero *Bosque sombrío* se limitó a decir, «Hummm», de esa manera tan peculiar suya, y algo fue cobrando una titilante existencia en su revestimiento: un campo de luz que era más potente allí donde las probabilidades de presencia eran mayores. Brillaba con más intensidad en dos zonas: una, a la derecha de la puerta, que no arrojó ningún resultado de

interés; y la otra, a unos codos de distancia. Vân impulsó el planeador hacia delante, y soltó una palabrota cuando tuvo que contrarrestar el movimiento y a punto estuvo de estrellarse contra la pared opuesta. Tras conseguir por fin enderezarse y volver a colocar el planeador en posición vertical, se encontró frente a unos nichos que se asemejaban a casilleros de una biblioteca. Estaban distribuidos de manera extraña, formando un rombo alargado: eran más numerosos en el centro, y su número iba disminuyendo hacia los extremos que apuntaban al techo y el suelo del corredor. La muerte de la nave había ajado y hundido los nichos, que brillaban cubiertos de escarcha. En el pasado habían estado etiquetados, pero las letras estaban tan borradas que Vân apenas logró distinguirlas. No había libros en su interior, lo que apuntaba a que, o bien los volúmenes habían sido un revestimiento, o alguien se los había llevado… no, un momento. Uno de los huecos contenía un rollo congelado y rígido, no de papel, sino metálico, que mostró un título trazado con finas luces cuando Vân lo rozó con la mano, enfundada en el traje.

Destino en talento recamado.

«*Cuento de Kiều*, bastante probablemente. Una obra preéxodo», apuntó An Thành. Y, al ver que Vân no reaccionaba, citó los primeros versos: «*En el lapso de los siglos de existencia de los hombres / el talento en el destino con violencia se recama / Cual zarzamoras que se adentran en el piélago inmenso…*».

Dâu. «Zarzamoras»: esa metáfora de las turbulencias de la vida, la tierra convirtiéndose en mar; pero dâu también significaba «nuera». Vân observó de nuevo la peculiar distribución de las estanterías. Rozó con la mano las letras medio borradas, cuyo significado ahora ya conocía. «Padre». «Madre».

—Es un árbol genealógico —dijo—. Un diagrama de grados de duelo. De ahí que sea tan ancho en el centro, donde la red de familiares es más espesa: hermanos, primos, hermanos de los padres, ascendientes y descendientes…

Vân localizó el hueco correspondiente a la novia de un hijo y hurgó en él. Algo se movió y se oyó un clic.

Una puerta circular se abrió empezando por el centro, y la abertura fue agrandándose hasta que la puerta desapareció en el interior de la pared. Vân colocó horizontal el planeador y se

preparó para volver a tumbarse, de modo que pudiera propulsarse por la puerta.

—Espera —dijo de repente *Bosque sombrío*. Los bots se dejaron caer desde el cuerpo de Vân y corrieron hacia la abertura—. No tienes ni idea de qué hay detrás de esa puerta. —Luego un silencio que se fue prolongando—. No hay peligro, pero…

—Pero ¿qué?

Vân ya estaba dirigiendo el planeador hacia la puerta, que franqueó con la misma facilidad con la que un soplete atraviesa el metal. Al otro lado había una especie de camarote para pasajeros, con una cama abatible y una mesa; todo lo demás debía de haber sido mero revestimiento, de suerte que lo que quedaba se veía extrañamente desolado, con paredes varicosas color celadón; y, en la pared sobre la cama, una gran forma rectangular, que tenía que ser la caja fuerte secreta de Ngân Chi, alrededor de la cual se estaba congregando la mayoría de los bots de *Bosque sombrío*; sin duda estaría vacía, pero a lo mejor la mujer muerta había dejado alguna pista que pudiesen seguir, igual que el fragmento de casco les había llevado a la nave muerta…

—Hija. —La voz de *Bosque sombrío* era afilada, casi hiriente—. Sal. Ya mismo.

Los bots huyeron de la caja fuerte cual torrente de hormigas escaldadas, y, en su pánico por escapar, empujaron y abrieron la puerta… al abrirse, Vân vio por fin lo que había sido embutido ahí dentro, y por qué aún seguía allí.

Era un cadáver.

El cadáver había llevado una sombrapiel; su muerte la había desintegrado y ahora flotaba a su alrededor en filamentos sueltos. El cuerpo trazaba ángulos imposibles. Tenían que haberle roto algún hueso para meterlo ahí. Vân observó todo eso casi con fría impasibilidad, porque habría sido inútil dejarse llevar por el pánico; porque no parecía ser capaz de contener el aliento; porque sentía el propio pánico de *Bosque sombrío* en la manera en la que sus bots se dispersaban sin orden ni concierto, en el latido rápido y fuerte en su propio oído, proveniente del cuerpo de la nave; porque había una capa de sangre congelada en torno al cadáver, como un macabro traje almidonado.

—Maestra… Maestra, ¿está ahí? —La voz de Uyên en sus oídos,

pero Vân no parecía encontrar palabras para responderle.

Estoy ocupada. No puedo hablar ahora mismo. Espera, por favor.

—¿Se acuerda de ese objeto que encontramos en la caja fuerte?, ¿la pieza metálica fina que no fue capaz de averiguar qué era? Es una ficha de mạt chược con la firma de la artista; no de las normales para jugar, sino una decorativa para llevar en la manga o colocar en la mesilla de noche. Estaba codificada, de ahí que no mostrase nada.

Espera.

Los bots de la propia Vân estaban desdoblando el cadáver: ninguna facción tras una capa de hielo tan gruesa que impedía discernir nada. Parecía irreal, como un muñeco, con los movimientos de sus extremidades rígidos y torpes, mientras los carámbanos de sangre se rompían y flotaban a su alrededor.

—El peligro de contaminación… —dijo *Bosque sombrío*, pero Uyên estaba hablando de nuevo, y sus palabras eran cortantes como cuchillas.

—Maestra, ¿me oye? Es el siete de hebras y fue pintado por una tal Hương Dinh. He pedido a una de las amistades de madre segunda en el tribunal que me devolviera un favor, y me ha confirmado que los restos del material genético de la mujer muerta coinciden con los de Lê Thị Hương Dinh.

Hương Dinh.

Dinh.

Hương Lâm.

Siete de hebras, siete de infinitos, siete de cubas.

Vân volvía a tener veintiún años y estaba sentada en la buhardilla del hábitat Tortuga de la Espada, que las tres compartían, con la ventana tapada con sus propias ropas para mantener el frío a raya hasta que el encargado pudiera solucionar el problema del aislamiento —que bien sabían que no era algo que estuviese a punto de suceder, de modo que estaban bebiendo vino de arroz para combatir el frío—. Vân, con varias fichas de mạt chược en la mano, observaba el rostro delgado y anguloso de Hương Lâm y escuchaba la voz de Dinh, mientras miraba el montón de piezas descartadas, donde los tres sietes brillaban bajo la luz, con la tosca pintura de los dibujos descascarillándose. «Son igual que nosotras, ¿verdad? Unos pobres trastos que no encajan y que en

realidad nadie valora», había dicho Dinh.

Tras el arresto, Vân lo había olvidado. Las fichas de mạt chược, cómo durante una temporada ellas habían utilizado como nombre los de las piezas, encantadas con su propio ingenio patético.

—Están muertas —dijo, en voz alta. Las habían enviado al planeta numerado más cercano para que esperasen a ser sentenciadas en la audiencia de otoño, y ese año no había habido amnistía imperial—. ¡Están muertas!

—Hija. —La voz de *Bosque sombrío* sonaba distante y se iba desvaneciendo a cada momento que pasaba—. ¡Hija!

Tres de los bots de Vân empezaron a girar fuera de control; el brazo que estaban tratando de desdoblar se partió por la mitad y dejó a la vista venas y músculos brillantes, como carne en un congelador; un sonido como el estruendo de una catarata en los oídos de Vân, que creció y creció hasta parecer inundar el mundo al completo, hasta que no quedó nada salvo la forma pálida, contrahecha e irreconocible del cadáver… y el rostro de Hương Lâm cuando la milicia se la llevaba.

«Están muertas. Siempre lo han estado, siempre lo han estado…».

Todo daba vueltas y vueltas, desdibujándose, hasta convertirse en una oscuridad nauseabunda e impenetrable.

~

Bosque sombrío observó a sus bots correr por el cuerpo. No era remilgada: había vivido el levantamiento y visto un buen número de cadáveres. No matar no la había protegido contra la presencia de la muerte.

Había hecho que los bots lo trasladaran a una de las cámaras estériles del interior de su propio cuerpo, y descontaminó a fondo todo lo que había estado en contacto con él, desde la lanzadera hasta los bots. Ahora estaba vigilando la autopsia; los bots se podían haber encargado solos, sin su supervisión directa, al tratarse de una tarea de bajo nivel en un hilo de baja prioridad que no requería de su atención.

No obstante, le servía para mantenerse ocupada.

Los bots cortaron y retiraron los restos de la sombrapiel; tras la

muerte, se había fragmentado en filamentos sanguinolentos, lo que le ahorró el trabajo de tener que enfrentarse a la capa de sangre y otros fluidos corporales que habría llenado el traje en otro caso, pero, a cambio, los susodichos fluidos se habían dispersado por toda la habitación. *Bosque sombrío* había estado demasiado ocupada atendiendo la emergencia que había supuesto el que la vida de Vân pendiese de un hilo como para andar recogiéndolos.

El cadáver correspondía a una mujer de edad indeterminada, noventa y muchos o cien años, le habría echado *Bosque sombrío*, tal vez más; podía rastrear los tratamientos de rejuvenecimiento en las arrugas de las muñecas y en las tenues marcas de los dientes, que indicaban cuándo había sido regenerado el esmalte. Entrada en años, pero sin llegar a vieja.

Había muerto de múltiples puñaladas; una había seccionado la aorta descendente, y también había laceraciones en los riñones. Todas por la espalda; y ningún indicio de lucha. Por lo tanto, se fiaba lo bastante de quienquiera que hubiese hecho eso como para darle la espalda; bueno, se había fiado lo bastante como para haber ido en su compañía hasta una nave mental muerta en el quinto pino.

En su módulo de comunicaciones, solo silencio; interrumpido por el débil correteo de los bots, y el nítido tacto de la piel del cadáver en sus extremidades. *Bosque sombrío* reflexionó un rato, observando el rostro inmóvil de la mujer, amoratado y convertido en algo casi irreconocible por la muerte y la larga permanencia en el espacio. El arma homicida no estaba clara: fuera lo que fuese, había atravesado la sombrapiel como si esta no existiese. Algún tipo de herramienta, aunque tenía que tratarse de algo modificado para cortar sin problemas la sombrapiel. Lo que significaba que provenía del mercado negro y había sido vendida a criminales.

Abrió una línea de comunicación con Thiên Hoa.

—Hermanita…

—Humm. —La imagen de Thiên Hoa se materializó entre titileos, distante y traslúcida, en un revestimiento en la percepción de *Bosque sombrío*. Estaba arrodillada en su biblioteca, buscando un rollo—. Libros de contabilidad. No te imaginas la cantidad de papeleo que hay que hacer cuando se es una comerciante honrada. Sinceramente, la vida de criminal tiene sus ventajas.

Bosque sombrío no pudo evitar que el comentario le hiciese gracia.

—¿Menos papeleo?, ¿en serio?

—Dices eso porque nunca has tenido que presentar declaraciones de impuestos en tres jurisdicciones distintas —replicó Thiên Hoa, de mal humor—. Y mejor que no te hable de todo el papeleo de los empleados. Bueno… ¿en qué puedo ayudarte, hermana mayor?

—¿Puedes echar un vistazo a esto? —preguntó *Bosque sombrío*, y proporcionó a Thiên Hoa acceso visual al cadáver de la mujer.

—Esto… —Thiên Hoa se quedó en silencio—. ¿Puedes hacerlo 3D? —Una vez *Bosque sombrío* actualizó el acceso tal como Thiên Hoa le había pedido, esta se materializó en la estancia. Se arrodilló y examinó con atención el rostro de la muerta. Al cabo, se incorporó, limpiándose las manos en su túnica bordada—. ¿Estás pensando lo mismo que yo?

—No lo sé —respondió *Bosque sombrío*. Proyectó de nuevo la imagen de la arquitecta Ngân Chi y se la quedó mirando—. ¿Cuándo dijiste que había muerto?

—Quia —respondió Thiên Hoa, abandonando por un momento su refinada manera de hablar—. Ngân Chi falleció en la cama hace cinco años, de una larga enfermedad que la mantuvo postrada. Es decir, que incluso suponiendo que la milicia se hubiera equivocado en la identidad de la persona a la que declararon oficialmente fallecida, es imposible que Ngân Chi se hubiera podido embutir en una sombrapiel y largar a una nave espacial muerta. Pero… —Thiên Hoa arrugó la cara, como era su costumbre al enfrentarse a un problema particularmente espinoso. Su método para abordarlos era aferrarse a ellos y no dejar de darles vueltas hasta que se consumían y desvanecían—. Hummm. Ái Hồng, la segunda de sus primas más jóvenes que ella por su línea paterna encaja en el rango de edad. —Su boca se movió unos instantes, aunque sin emitir ningún sonido—. Veamos… sí, lo que pensaba. Nadie ha notificado nada, pero lleva unos días sin interactuar con la red.

Lo que no pintaba nada bien.

—¿Estás segura?

—¿Quién puede estar seguro de algo? —respondió Thiên Hoa—. Las descripciones encajan, tratamientos de rejuvenecimiento

incluidos.

—Entonces, ¿cuál es nuestra teoría?, ¿que Ái Hồng vino en busca del dinero de su prima y la cosa se torció?

Thiên Hoa resopló y dijo:

—Bueno, estaba sin blanca. Sus padres jamás fueron demasiado pudientes y perdieron lo poco que poseían en el Levantamiento de las Diez Mil Banderas. Y ella era una cabronceta hambrienta de poder, ¿no?, es en lo que acabas convirtiéndote cuando creces sin comida y sin dinero. —Thiên Hoa lo dijo casi con cariño, con ese tono de desprecio hacia sí misma que dejó claro que en parte se estaba refiriendo a su propia infancia.

—Tú jamás robaste a un pariente —dijo *Bosque sombrío*. No estaba segura de si su comentario reconfortaría a Thiên Hoa o no.

—Porque no carezco de sentido común —replicó Thiên Hoa con brusquedad—. Robar a un pariente conlleva penas más severas. —Miró a *Bosque sombrío* con la cabeza ladeada—. ¿Esperas que me comporte como una buena hija?

Lo era, a pesar de toda su fanfarronería —Thiên Hoa enviaba dinero discretamente a su anciana madre, que vivía en el Primer Planeta, dinero que luego era repartido entre el resto de sus ancianos tíos y tías—. Pero también habría arrancado los ojos a *Bosque sombrío* sin remordimiento alguno de haber insistido esta en el asunto.

—Volvamos a la mujer muerta —propuso *Bosque sombrío*.

—¿La primera o la segunda? Perdona. —Thiên Hoa bajó la mirada un breve instante—. Me he pasado de la raya. Supongo que te refieres a Ái Hồng. Puedo indagar, pero podemos afirmar con tranquilidad que no había encontrado el tesoro oculto de Ngân Chi, porque, en caso contrario, hubiese derrochado más estos últimos cinco años.

—Así que estaba buscándolo. ¿Y también la otra mujer?

—La otra fue a casa de Uyên tras el primer asesinato. Yo diría que su intención era inmovilizarla para, a continuación, registrar la habitación, pero se le presentó la oportunidad cuando Uyên salió.

—Humm. ¿Y ella cometió el primer asesinato?, ¿el de Ái Hồng?

—Casi con toda seguridad —respondió Thiên Hoa con rostro serio—. Observa las heridas.

—Las he visto.

—Ha sido una hoja de vacío. El instrumento que los encargados del mantenimiento utilizan para realizar cortes minúsculos en el metal cuando reparan un hábitat. —Thiên Hoa señaló la sombrapiel; los bots de *Bosque sombrío* se afanaban de aquí para allá por la misma, con sus sensores centrándose en las marcas de quemaduras alrededor de los cortes—. También encontrarás quemaduras compatibles con una hoja de vacío en la mujer, algo menos visibles por todos los moratones y el congelamiento. Seguro que te acuerdas de que la muerta de la habitación de Uyên tenía quemaduras en las manos.

Un silencio, roto por *Bosque sombrío*:

—Aficionada —refunfuñó. No estaba segura de qué la enfurecía más: la falta de precaución, la muerte de Ái Hồng o ambas cosas—. Utilizó una hoja capaz de cortar una sombrapiel y en ningún momento se le ocurrió que quemaría su propia protección.

—Sí, eso es lo que se consigue cuando la gente se lanza al crimen sin el entrenamiento adecuado. —La expresión de Thiên Hoa era seria, pero su voz sonaba tensa y enfadada—. Ni previsión ni ímpetu.

—No sé. —*Bosque sombrío* se materializó cerca de la mujer muerta con su avatar de costumbre, con los pies apoyados ligeramente en el suelo al lado de Thiên Hoa. Observó el cadáver, tratando de dar con algo, lo que fuera, que aclarase todo—. Pues a mí me parece bastante impetuosa. Regresó a pesar de los implantes de destierro. Por esa cantidad de dinero merece la pena engañar, e incluso asesinar, ¿no?

—Lo dices como si te lo estuvieras planteando. Al menos la parte que no incluye un asesinato.

Bosque sombrío hizo una mueca. Fue una sensación extraña: vio cambiar de color sus propias paredes y al mismo tiempo lo notó en lo profundo de su propio cuerpo; no era demasiado habitual que tuviera visitantes a bordo.

—Sabes que no. Tender una trampa para incriminar a alguien por un delito grave es como asesinar. Las posibilidades que ese alguien tiene de ser ejecutado o desterrado son enormes, y la milicia no se andaría con miramientos. Se limitaría a presionarlo y torturarlo hasta que confesara, independientemente de si había algo de verdad.

—Mírate —dijo Thiên Hoa con cariño—. La revolucionaria.

—Siempre. Mi posición no ha cambiado.

—Hum. En cualquier caso, aún no he echado el guante a nuestra pequeña banda de ladronas, pero esto cambia las cosas. —Thiên Hoa sonrió, con picardía, como cuando disfrutaba viendo a *Bosque sombrío* despellejar verbalmente a otros—. Una investigación por asesinato es algo serio, mucha gente no querrá problemas. Así que hablarán. Y entonces las atraparemos.

Bosque sombrío pensó en el cadáver, en la hoja de vacío clavándose en la sombrapiel, en la sangre brotando a chorros, en todos los órganos deteniéndose mientras el traje luchaba desesperadamente por mantener la integridad; y la indignidad de embutirlo en una caja fuerte, sin que nadie pudiera llorar ni apaciguar al espíritu de su antepasada mientras subía como una exhalación hacia el Cielo.

—Bien —dijo—, y para mí será un enorme placer entregarlas a la milicia bien atadas con un lacito.

—No sin desplumarlas antes de sus objetos de valor.

—¿El tesoro?

—Sí. Ese del que con tanto celo evitas hablarle a Vân.

—Cuidado —dijo *Bosque sombrío*. Su voz era fría: una advertencia a Thiên Hoa de que se estaba pasando de la raya, de que ella seguía siendo la miembro de mayor edad de la banda y su líder. De que no aceptaría que se cuestionaran sus cuestionables decisiones—. No le he hablado del tesoro porque, hasta el momento, no existe. Ha acabado con dos personas, y ninguna de ellas parece haber disfrutado de grandes riquezas antes de su muerte. ¿De veras crees que merece la pena que se angustie por un espejismo?

Pero sí deseaba contárselo. Quería obsequiar a Vân y a Uyên con riquezas que superasen sus sueños más descabellados; ver la sorpresa en el rostro de Vân cuando comprendiera que ya no tenía que esconderse, que ya no necesitaba hacer economías ni doblegarse ante la sociedad para ganarse la vida.

Ella se encargaría de que eso llegara a suceder y luego desaparecería de nuevo, de ser necesario, si las cosas se ponían demasiado peligrosas. Adoptaría otra identidad y otro rostro en otro sistema, y encontraría otra manera de pasar el tiempo.

—¡Ah! Mírate. Tan atenta y preocupada… —La expresión de Thiên Hoa se suavizó—. Hacía muchísimo tiempo que no te permitías ser así.

—Cierra el pico —le espetó *Bosque sombrío*. Y supo que había dicho demasiado, o no lo bastante, cuando su amiga se levantó y la observó pensativamente con la cabeza ladeada, como si *Bosque sombrío* y no el cadáver fuera el problema.

—La has traído aquí, ¿verdad? ¿A tu nave?

—A mi cuerpo —respondió *Bosque sombrío* suavemente.

—Sabes a lo que me refiero. ¿Cuándo fue la última vez que trajiste a uno de tus ligues aquí?

—No tenía opción.

Vân había perdido el conocimiento y farfullaba sílabas incoherentes en sueños. Su sombrapiel —la sombrapiel de *Bosque sombrío*, porque el traje había salido de una de sus lanzaderas— estaba cubierta de sangre y diversos fluidos corporales. Vân necesitaba un reconocimiento médico, y *Bosque sombrío* no estaba dispuesta a permitir que se encargara cualquier matasanos de la estación —porque eso es en lo que Vân habría insistido por miedo a no poder pagar— y, aunque *Bosque sombrío* podía obligarla si se ponía en plan tía mayor, era mucho más fácil evitarse la discusión desde un principio.

Bosque sombrío había estado dominando con gran cuidado sus impulsos de mirar la habitación donde había dejado a Vân dormida bajo los efectos de un sedante suave, con bots controlando de manera automática sus constantes vitales. Podía dejar que todo se fuera desarrollando en un hilo del que apenas se percataba, sin activar la imagen, el audio ni nada que la hiciera presente plena y conscientemente.

—¿Su primer cadáver? —preguntó Thiên Hoa, y luego negó en silencio con la cabeza—. Es el segundo, ¿verdad?

—Humm. El primero no fue tan horripilante, diría yo.

—Ya. —Thiên Hoa asintió con aire pensativo—. Un cadáver metido en una caja fuerte no es algo que te encuentres todos los días.

Ellas sí se lo habían encontrado, además de otras cosas: extremidades, uñas arrancadas y globos oculares, y, en una ocasión memorable, los suficientes frascos de sangre como para haber

dejado dos veces seco a un cadáver. *Bosque sombrío* había suspendido el golpe y, con discreción, habían dado el chivatazo a la milicia, que siguió al propietario de la sangre hasta una tranquila parcela en el Planeta Veinticinco, que resultó ser el cementerio de un asesino bastante ocupado. El Asesino de la Yugada de Huesos, lo habían apodado cuando por fin le echaron el guante, utilizando la palabra que significaba a un mismo tiempo «campo», «tierra» y «pueblo».

—Humm —musitó *Bosque sombrío*—. Ella no dejaba de repetir: «Están muertas». Supongo que tiene sentido. —El género encajaba, sí, pero…

Thiên Hoa la observó unos instantes antes de decir:

—Suéltalo. Hay algo que te preocupa.

—Es el tono —respondió *Bosque sombrío* tras una breve vacilación—. Como si las hubiera conocido personalmente.

—Pero no las conocía, ¿no?

—No. El primer cadáver no le dijo nada.

—Humm. —Thiên Hoa no profirió palabra. No hizo falta. El primer cuerpo había sido alterado tan en profundidad que ni su propia madre lo hubiese reconocido—. Bueno, tu problema tiene una solución sencilla.

—¿En serio?

—Sí —respondió Thiên Hoa, con socarrona seriedad—. Se llama ir y hablar con ella.

Bosque sombrío sintió como si alguien la estuviera estrujando y dejando sin sangre; lo que era ridículo, porque su núcleo era inexpugnable: una mente recubierta por conectores en una sala del corazón cerrada y sellada en lo más profundo de las entrañas de la nave; como un cerebro en un cráneo humano, algo que nadie tocaría salvo si existiera un motivo.

—No.

—¿Seguro? —preguntó Thiên Hoa con sarcasmo—. ¿Estás retrocediendo ante un desafío?, ¿tú?, ¿la ladrona que se coló en la Ciudad Prohibida Púrpura para apoderarse del juego de tazas de cerámica del quinto emperador?, ¿la que se infiltró en la Oficina del Censo Imperial y falsificó los sellos oficiales para poder liberar a su banda de la servidumbre penal?

—No tengo miedo.

Pero sí lo tenía, y ni siquiera estaba segura de por qué. No era por Vân. A Vân podía manejarla: no se le daba bien mentir, no era de pies ligeros, no era el tipo de persona que se adaptaba sin problema a lo que hiciera falta. Y, sin embargo… sin embargo, había entrado en la casa de desnudez decidida a salvar a su alumna, y había arrastrado a *Bosque sombrío* hasta el cadáver de *El elefante y la hierba*. Y, sin embargo… sin embargo, era íntegra y profundamente honrada, y sonaba tan confiable y de una pieza como una campana de pagoda… y *Bosque sombrío* descubrió que ya no sabía qué hacer con nada de eso.

Thiên Hoa no abrió la boca. No hacía falta. Se limitó a observar a *Bosque sombrío* con esa sonrisa suya, afilada e irónica, la misma que siempre exhibía antes de un golpe, cuando el ambiente estaba tan tenso que parecía que una tormenta iba a estallar; cuando las hijas de Hải estaban como el perro y el gato, y *Vino* se entretenía haciendo hirientes comentarios a todo quisqui.

—Vale, vale —dijo *Bosque sombrío*—. Iré a hablar con ella.

~

En los sueños intranquilos e incoherentes de Vân, era más joven y estaba inclinada sobre la mesa en la que acoplaba las piezas de su mnemoimplante, observada por fantasmas y antepasados, todos con la misma ligera expresión desaprobatoria, agitados por un viento inexistente, tremolando cual estandartes de un ejército invisible. Estaba sentada sola en la sala de interrogatorios de la milicia, y el brazo le dolía donde el inyector había penetrado… y Laureate An Thành emergió de las sombras para mirarla, pero no llevaba la túnica y el cinturón de jade de una erudita, sino el áo dài blanco de una niña, y el cabello le caía suelto por los hombros y se arremolinaba en el suelo como una marea negra, mezclándose con las sombras de la estancia. «Lo sé», quería decir Vân, pero las palabras le sabían como hielo deshaciéndose en la boca, y, cuando An Thành levantó la mirada, su rostro consumido y amoratado era el del cadáver de la caja fuerte, era el de Hương Lâm cuando se la habían llevado.

«Nosotras te hemos protegido, hermana mayor. No se te ocurra tirarlo todo por la borda».

Se despertó sobresaltada, en una habitación desconocida y en penumbra. El corazón le latía como si se le fuera a salir del pecho. La sombrapiel que había utilizado había desaparecido, y apenas llevaba casi ropa, tan solo una camisa transparente y finísima, y unos pantalones bordados con flores de loto, que no impedían que la ligera corriente presente en la habitación le pusiera la carne de gallina. Aire reciclado, que era demasiado acre y con un leve toque rancio demasiado perceptible para tratarse de un hábitat, salvo que fuera uno de los más pequeños y remotos. Sus bots yacían en el suelo en un revoltijo enmarañado; se estaban despertando poco a poco, volviendo a estar disponibles para ejecutar sus órdenes. Lo que significaba que había estado inconsciente lo bastante como para haberse desactivado.

Ella…

¿Dónde estaba ella?

—Buenos días —dijo *Bosque sombrío*. La nave estaba apoyada en una de las paredes; Vân habría jurado que no estaba allí un momento antes—. ¿Te encuentras mejor?

Vân sentía náuseas, tenía hambre y estaba para el arrastre, pero lo único que brotó de su boca fue:

—Estoy bien.

—Salta a la vista que no.

La nave había cambiado: su avatar ya no se ajustaba a unas proporciones humanas —extremidades demasiado largas, cuerpo que se elevaba hacia el techo—, las estrellas de la estela que antes dibujaban sus ademanes ahora eran visibles incluso en la inmovilidad, y sus ojos tenían un brillo oleoso, el mismo de paredes y suelo.

La certeza la golpeó como un puñetazo en el estómago.

—Me has traído a ti. A tu cuerpo.

Lo que respiraba no era aire de hábitat; se hallaba en una nave mental. En *Bosque sombrío*. Ahora que sus propios latidos se habían ralentizado, advirtió el débil sonido, el ritmo constante que dibujaba tenues figuras traslúcidas en las paredes, esa oleosidad que parecía rielar por doquier y extenderse cada vez que *Bosque sombrío* se alejaba…

Esto era mucho peor que la lanzadera.

—Sí —dijo *Bosque sombrío*, con semblante grave—. Te pido

perdón. Era lo más sencillo. —Se movió, fluida, rápida, y se situó junto a Vân, a solo un codo, lo bastante cerca para que la extraña calidez de su presencia vibrara en el aire entre ambas—. Estabas bañada en sangre y otros fluidos corporales más asquerosos. El cadáver estaba congelado, pero quién sabe qué clase de bacterias se han desarrollado durante el tiempo que ha permanecido en *El elefante y la hierba*.

El cadáver. Vân se esforzó con todas sus fuerzas por borrar el recuerdo de aquel cuerpo blanco hielo embutido en la pared. Fracasó.

—¿Cómo… cómo murió? —preguntó.

Vân se acordó del anterior cadáver, de la voz de Uyên informándole tranquilamente de que era una mujer llamada Lê Thị Hương Dinh. Dinh. Su amiga, de no ser por el detalle de que había regresado de entre los muertos para volver a morir presa de terribles dolores.

—Apuñalada —respondió *Bosque sombrío*, con frialdad—. Varias veces. —Y, tras una pausa—: No era un espectáculo agradable. —Sonó como un intento por reconfortarla, pero su tono de voz la traicionó.

Vân se miró las manos, preguntándose qué podía decir. Tenía a Laureate An Thành en la mente ofreciéndole todo tipo de citas, desde insinuantes hasta frívolas, pero nada apropiado ni de buen gusto.

—Creía que en la caja fuerte iba a haber un tesoro. O una pista, como la que nos condujo a *El elefante y la hierba*.

El siete de hebras. Un mensaje de Uyên apareció justo en ese momento en su interfaz, con una oportuna imagen de la ficha de mạt chược; en lugar de las habituales sartas de monedas de cobre del palo, esta tenía hebras de verdad, una delicada tracería, con algunas destacadas en rojo, como las hebras del destino. Aunque el rojo parecía brillar más como sangre que como buena fortuna.

—Todos tenemos secretos —dijo *Bosque sombrío*, con una extraña afabilidad en la voz—. Cosas que no queremos reconocer.

Vân sintió una sensación de ahogo.

—Lo entiendo. Deseas ayudarme, pero no puedes si no conoces la verdad.

Silencio. Al levantar la vista, Vân se encontró a *Bosque sombrío*

sentada en su cama, y, a través de la masa traslúcida del avatar, vislumbró estrellas, un abanico de luces blancas titilantes recortándose contra la oscuridad del cielo; un panorama que no dejaba de desplazarse y cambiar, que le fue mostrando los hábitats del Cinturón, y luego más estrellas contra el telón rojo y púrpura de una nebulosa distante, con un constante zumbido de fondo, como una canción eterna, el mismo que había oído en el campo de asteroides.

—No es así como funciona —dijo *Bosque sombrío*—. Compartes conmigo lo que no te incomode compartir. Y yo me las apaño con eso. Pero preferiría que no me mintieras. Tú dime tan solo de qué no deseas hablar, y no te preguntaré.

Vân prorrumpió en amargas carcajadas.

—¿Como una auténtica dama? Ni siquiera sabes qué estoy ocultando.

Una ceja enarcada. *Bosque sombrío* cerró su mano sobre la de ella —debía de haber modificado algo en los revestimientos, porque, de pronto, Vân la sintió— y, cuando esta le devolvió el apretón, sus dedos se entrelazaron con una piel fría y flexible, cuyo tacto le produjo escalofríos.

—No. ¿Qué te hace pensar que me importe?

Más carcajadas amargas.

—A todo el mundo le importa. Pero les gusta decir que no es así.

Bosque sombrío guardó silencio. Estaba observando a Vân, no con la expresión cariñosa y divertida de antes, sino escrutadora y pensativamente; los ojos, dos pozos profundos tachonados de estrellas, clavados en ella. Evaluándola. Juzgándola. *Bosque sombrío* no había retirado la mano, y Vân se descubrió aferrándose a ella.

—Crees que te expulsarían, como del club de poesía. Que te arrebatarían tu medio de vida y que se asegurarían de que jamás consiguieras otro. Has trabajado muy duro para mantenerte donde estás y tienes miedo de que todo se venga abajo de la noche a la mañana.

¿Cómo lo sabía? ¿Cómo podía saberlo? Vân se sintió desnuda, y no solo físicamente.

—Tú… tú me has traído aquí, me has encerrado en esta habitación y me has dado quién sabe qué…

—Medicamentos. Podías haberte contaminado y correr peligro…

—No soy una niña; era consciente de en qué me estaba metiendo, y sabes perfectamente que podíamos haber acudido a cualquier doctor del Cinturón para que se encargara de eso. Pero me has traído aquí y quitado absolutamente todo, y ahora tienes la cara de decir que no me juzgarás, ¡qué puedo conservar mis secretos! ¡Estoy dentro de ti! Esta habitación eres tú… todo, ¡todo esto!, esto es tu cuerpo, y actúas como si yo fuera libre…

—Lo eres —respondió *Bosque sombrío* con tranquilidad. Luego le soltó la mano y se expandió; y las estrellas se desplegaron detrás de ella como si estuviera desenrollando el lienzo del firmamento; el movimiento se extendió por toda la estancia, hasta que fue como si se encontrasen de nuevo ante el revestimiento de Uyên, pero aquí había algo distinto, no era simplemente la visión de un poeta de las estrellas y constelaciones, sino los astros que Vân había atisbado en su salida al exterior en el campo de asteroides, puntos de luz inmóviles, todos ellos bañados por la brillante luz del sol, que se reflejaba en el casco metálico de una nave—. Aquí eres libre. Siempre. Sin que se espere nada de ti ni se te exija. Eso jamás.

Entonces, *Bosque sombrío* se arrodilló y tomó las manos de Vân entre las suyas; esa calidez difusa de nuevo, aunque ahora pulsaba como un corazón vivo, y, durante un breve momento, Vân la sintió reverberar por sus huesos como el sonido de la campana de una pagoda, y olvidó el significado de respirar y estar sentada, y se sintió flotar ingrávida, en la oscuridad del espacio, contemplando el pausado girar de las estrellas con la luz del sol de fondo.

Y entonces, *Bosque sombrío* retiró las manos, y fue como si acabase de apagar una vela.

—Si te he dado una impresión equivocada, lo siento. Confiaba… —*Bosque sombrío* movió la cabeza negativamente, y la oscuridad se apoderó de nuevo de las paredes—. Olvídalo. Prepararé una lanzadera para que regreses al hábitat.

Vân esperaba que simplemente desapareciera, pero, en lugar de eso, se dirigió hacia la puerta circular de la habitación, que, al abrirse, dejó ver las paredes satinadas de un corredor con una pintura de montañas envueltas en niebla. Su cuerpo se fue desvaneciendo a medida que caminaba y, para cuando alcanzó el umbral, ya no era más que un vago perfil, aunque las estrellas que

había hecho aparecer permanecían en la estancia, puntos tenues de luz; y el ruido que había hecho surgir —esa suave canción eléctrica de ondas de radio de cuerpos celestiales— también siguió escuchándose. Un instante más y desaparecería por completo. Y tampoco estaría en la lanzadera, se limitaría a dejar a Vân en la dársena y salir de su vida. O peor, mantendría eso en el plano meramente profesional, un favor de alguien de cierta edad hacia una joven, solucionándole los asuntos que Vân no era lo bastante madura o influyente para arreglar por su cuenta, y sin dejar de guardar en ningún momento esa cierta distancia burlona de antes, en el club de poesía.

Vân ya estaba de pie cuando aún casi ni se había dado cuenta de que se había movido. Las piernas le temblaban, amenazando con fallarle por completo. *Bosque sombrío* no la había visto… o no tenía intención de regresar. Esa posibilidad le hizo sentir un repentino terror.

—Espera —dijo—. Espera. —Se notó la voz áspera y agarrotada, como si hablara por una garganta forrada de metal.

Bosque sombrío se detuvo; su avatar recobró nitidez, con una mano en la puerta como para mantenerla abierta.

—Lo siento —se disculpó Vân—. He perdido los estribos.

Un encogimiento de hombros de *Bosque sombrío*.

—Y yo he olvidado dónde están los límites. —Su tono era cortante—. El coqueteo es cosa de dos.

—Coquetear. —La palabra cayó como una piedra en un estanque —. ¿Es eso lo que estamos haciendo?

Otro encogimiento de hombros medido con gran cuidado. *Bosque sombrío* se giró para mirarla. Ya no era humana: era la nave, la inmensidad de un casco picado vislumbrado desde la lejanía, el brillo de la luz en alerones y motores, los gestos fluidos que no eran tanto moverse por el aire como zambullirse en él. Tan solo restaba un tenue contorno humano, como una línea que la definía y constreñía a un mismo tiempo.

—Si eso es lo que quieres. O podemos investigar un asesinato.

Vân sintió un dolor en el pecho. Hasta que por fin se acordó de respirar.

—¿Te acuerdas de aquella pelea de la que fui testigo hace cinco años? —preguntó despacio, con precaución.

Quietud, como una respiración contenida.

—Sí.

—No fue una pelea. Fueron mis amigas, Hương Lâm y Dinh, las compañeras con las que vivía. Mis… hermanas pequeñas. Probablemente puedas encontrar información sobre ellas en la red.

—Podría, en un abrir y cerrar de ojos. Pero se trata de tu historia, no de la de la red.

—Ellas… nosotras estábamos indignadas. Con los eruditos, con los ricos, con todos esos a los que se les conceden todas las oportunidades, todos los honores, todos los méritos. Deseábamos cambiar el mundo. Redactamos panfletos, protestamos y escribimos proclamas de queja sobre el juez… todas esas cosas que hacen los estudiantes borrachos. —De repente estaba brotándole todo, con las palabras embrollándose entre ellas—. Pero ellas fueron demasiado lejos y las pillaron.

—Ya —dijo *Bosque sombrío*, impasible—. Un robo lo bastante importante para que las condenaran a muerte, o eso creíste tú.

Vân deseaba decir que aquel robo había estado mal; pero Hương Lâm la había apoyado, la había animado a crear a Laureate An Thành, había traído vino de arroz para celebrar que el *collage* de ancestros ajenos de Vân por fin había empezado a funcionar; y Hương Lâm y Dinh habían guardado silencio para protegerla, habían sido desterradas sin que en ningún momento dijeran ni una palabra en contra de ella.

«Podrías hablarle de mí», sugirió An Thành con tono amable.

Contárselo, ¿y ser juzgada del mismo modo en que Uyên iba a juzgarla?, ¿ser castigada por retorcer las reglas en su propio beneficio?

—Vi lo que sucedió —dijo—. Pasaron de ser toleradas a duras penas a convertirse en parias. Incluso antes del juicio, nadie quería mencionar su nombre ni que se lo asociara con ellas en modo alguno. Y yo… yo me limité a quedarme cruzada de brazos.

Bosque sombrío se quedó callada. Observándola. Evaluándola.

Vân vaciló. En su mente, Laureate An Thành guardó silencio; apenas estaba allí, un recordatorio ineludible de que su comportamiento debía ser intachable.

—Y ellas no me fallaron. Yo las vi, tía mayor. Yo… —Apretó los labios para retener el otro pronombre que acudió a ellos, el más

familiar, más íntimo—. Dinh apenas podía caminar. Hương Lâm tenía cicatrices blancas en los brazos: las marcas de los inyectores de la milicia, y ella no dejó de mirar por encima del hombro, buscando algo que no estaba allí.

—Las interrogaron.

—Claro. Necesitaban conseguir una confesión y asegurarse de que no tenían cómplices. Podían haberme arrastrado con ellas. Podían haberme denunciado para que les redujeran su propia sentencia. Yo era la mayor y vivía con ellas. El peso de la ley estaba en mi contra.

—La ley. Una justicia tan provechosa y tan limpia como el azul del cielo —dijo *Bosque sombrío*, con amargura—. Sobre los hábitats escasea bastante el azul, ¿no crees?

Vân sintió en el pecho el pinchazo familiar, aunque casi olvidado, del miedo.

—No puedes estar insinuando que…

Bosque sombrío ladeó la cabeza y dijo:

—¿Que fuiste tratada injustamente? No hace falta que yo lo diga para que sea cierto.

Su voz sonaba… tensa, tirante a causa de algo que Vân no lograba identificar, como si en cualquier momento la propia nave fuera a estallar y algo distinto, algo mayor y más terrible, fuera a surgir de ella, una mariposa de afiladas alas, lo bastante grandes como para despedazar galaxias. Tomó aire lentamente, o, más bien, esa fue su intención, pero en su interior tan solo sintió a An Thành, y la profundidad de la ira de la propia An Thành.

«No puedes pensar que tiene razón. Tú eres una erudita».

«Lo dices como si eso implicara ser insensible», replicó An Thành cortantemente.

—Ellas me defendieron —dijo Vân, porque necesitaba algo, cualquier cosa para disimular el abismo abierto en la estancia.

—¿Crees que estás en deuda con ellas?, ¿por comportarte decentemente?

Vân no fue capaz de interpretar el énfasis que *Bosque sombrío* puso en las palabras.

—¿Por hacer lo correcto cuando yo no lo hice? Sí. Por… —Vân no encontró palabras, y pensó en todo el tiempo que ella las había creído muertas… en el dolor y la culpabilidad y, por debajo, el

alivio porque ellas ya no estaban, el mismo alivio que habían sentido los ciudadanos de los orbitales al librarse de las ladronas—. Por todo lo que no hice por ellas.

Un silencio. Laureate An Thành temblaba de furia en los pensamientos de Vân —Vân tan solo pillaba fragmentos de citas, algo sobre índigo y azul, el azul de la justicia imparcial, el índigo de las acciones honradas e irrevocables, que también era el nombre de cortesía de Vân—. Y, en ese silencio, que se iba tensando como un lazo de seda, la voz repentina de *Bosque sombrío*:

—Tú no eres quien no dio la talla. E… independientemente de lo que ellas hicieran entonces, no han regresado siendo las mismas. Tu amiga… la muerta…

—Dinh. Hương Dinh.

—Dinh asesinó a esa mujer —dijo *Bosque sombrío* con frialdad —. La metió en la caja fuerte para asegurarse de que no la encontraran, y luego fue a ver a Uyên.

El miedo invadió a Vân, la ahogó.

—No puedes estar diciendo que…

—Sabes exactamente lo que estoy diciendo. Y… —Una pausa, que más pareció un gesto efectista que una interrupción porque *Bosque sombrío* estuviera buscando palabras— se necesitaron dos personas para matar a la mujer de la caja fuerte.

Vân abrió la boca para asegurar que Dinh y Hương Lâm jamás… y entonces se dio cuenta de que habían transcurrido cinco años, y que sus amigas se habían convertido en prácticamente unas desconocidas para ella.

—¿Quién era?

—¿La mujer muerta? Una pariente pobre de Ngân Chi. Debieron de prometerle lo que fuera que hubiese dentro de la caja.

Pero la caja estaba vacía, y la de la habitación de Uyên también.

—¿Están buscando dinero?

Bosque sombrío profirió un ruido vago y dijo:

—Sí. Que exista… ese es otro asunto.

Vân estaba demasiado acostumbrada a las promesas que nunca se materializan. Trató de centrarse en lo que importaba.

—Venganza. —No concebía que sus hermanas pudieran estar haciendo eso, nada de eso; pero esa línea de pensamiento solo serviría para que Uyên acabara asesinada—. Querrán a Uyên.

—Sí. —La nave volvía a estar sentada a su lado, con las manos rodeando las suyas, y Vân sentía el latido lento y regular de *Bosque sombrío*, la frialdad del metal, la ligera calidez del lubricante de motor palpitando en el aire—. El castigo no es más severo por cometer más asesinatos, salvo que se trate de familiares. Muerte lenta es lo que les espera cuando las atrapen. Carecen de incentivos para parar. Y sé que estás preocupada por Uyên, pero piensa en esto: tú también estabas allí, y ellas te conocen.

Vân abrió la boca para decir que ellas no tendrían interés en hacerle daño, pero la nave se le adelantó:

—Tú eres una persona libre y respetada, mientras que a ellas las atenaza un dolor terrible y les espera una muerte atroz, las atrapen o no. No subestimes el efecto de algo así sobre las personas, por favor.

Lo peor no fueron las palabras, fue la manera en que las dijo, la certeza absoluta que albergaban, la claridad con la que *Bosque sombrío* ya lo había comprendido.

—No soy una ingenua.

—Claro que no. —La sonrisa de la nave era cariñosa y triste—. Solo tratas de pensar bien de la gente, siempre. Pero yo no puedo permitirme eso si quiero protegerte.

Proteger.

«Nosotras te hemos protegido, hermana mayor. No se te ocurra tirarlo todo por la borda».

Vân trató de pensar en Hương Lâm —trató de imaginarse enfrentándose a ella, diciéndole todo lo que ella, Vân, debería haber hecho— y tan solo vio oscuridad donde antes estuvo el rostro de Hương Lâm.

—Hương Lâm y Dinh también creían estar protegiéndome.

—Sí —admitió la nave, tras guardar silencio unos instantes. Sus manos no se habían movido; levantó las de Vân y se las llevó a la boca—. Yo no puedo ser ellas. Jamás sería ellas, porque no tomaría las mismas elecciones que ellas tomaron. Pero puedo hacer que parte de ese miedo que has llevado encima durante cinco años se desvanezca, si me dejas.

—¿Si te dejo? —repitió Vân, sintiendo como si la lengua se le hubiera derretido y transformado en alquitrán espeso.

La sonrisa de *Bosque sombrío* fue repentina y deslumbrante y, a

su espalda, toda la habitación pareció cambiar, iluminarse hasta el extremo de hacer daño a la vista.

—Si me dejas interesarme por ti.

Sus labios estaban posados en el dorso de las manos de Vân; las besó despacio, con delicadeza, y Vân sintió cómo un vibrante estremecimiento le subía lentamente por la espalda; *Bosque sombrío* introdujo los pulgares de Vân en su boca con un movimiento fluido y natural, y un momento después sus labios estaban chupándolos con ese mismo ritmo regular y pausado, tan inexorable como los movimientos de las estrellas por el firmamento. Vân reprimió un gemido, pero *Bosque sombrío* mantuvo los labios en sus pulgares, cada roce cortante, insoportable y glorioso; sus bots bajaron por la espalda de Vân, por debajo de la camisa, sus patas un golpeteo tembloroso en la piel desnuda de Vân, que parecía no tener fin, como si *Bosque sombrío* estuviera despojándola de capas de piel y músculo, para dejar tan solo el trémulo caos subyacente en lo más profundo de Vân.

Todo se interrumpió de sopetón. Vân, luchando por respirar con el pecho reducido a ardientes bocanadas, trató de pronunciar el nombre de la nave, pero en su boca solo encontró sílabas incoherentes y confusas, cual ascuas calientes. Las manos de *Bosque sombrío* descansaban sobre sus hombros; Vân se movió para agarrarlas, para sujetarlas más cerca de su pecho y del nudo de deseo tortuoso que en él residía, pero la nave la aferraba con puños de hierro. Vân atisbó en su mirada las estrellas y el reflejo distante de los hábitats del Cinturón; mientras que, en sus brazos, los bots brillaban, al igual que los enroscados en el cabello de la propia Vân.

—Sabes que pararé —dijo *Bosque sombrío* con tono circunspecto—. Si me lo pides, en cualquier momento en que sientas que esto ha llegado demasiado lejos…

Laureate An Thành apareció, durante un breve instante, en el páramo de los pensamientos de Vân, para recordarle cómo se desarrollaba siempre el baile.

—Sí —dijo Vân—. Yo puedo detener esto con una palabra, y tú también. —Atrajo a *Bosque sombrío* hacia sí, sintiendo el calor y el peso de la nave en sus brazos, ese cuerpo que era blando y flexible de una manera que ningún cuerpo humano lo era, el tacto transmitido mediante capas de revestimiento que, no obstante,

hacían arder su piel—. No te atrevas a tomar decisiones por mí.

Los bots de Vân bajaron por sus brazos e inundaron los de la propia *Bosque sombrío*, hasta que alcanzaron a pellizcar la carne del cuello; Vân no había estado segura de que fuese a funcionar hasta que la nave se estremeció y, alrededor de ellas, toda la habitación emuló ese temblor.

Vân cayó con *Bosque sombrío* sobre ella, y vio al avatar de la nave arquearse hacia atrás, con el cabello cayéndole aceitoso y brillante, los planos de metal rugoso de su rostro reflejando la luz de las estrellas, mientras sus manos buscaban el pecho de Vân y sus bots danzaban con delicadeza en los lóbulos de las orejas de esta, tirando de ellos una y otra vez hasta que el dolor en su interior fue excesivo y Vân gimió, más y más… y entonces ya no hubo nada salvo el implacable fuego del deseo, consumiendo todo su ser, cincelándolo, hasta que Vân se sintió como una flecha que por fin había sido disparada al aire y se adentraba ingrávida y libre en la oscuridad inmensa y reconfortante.

~

Vân se despertó. Durante un breve instante no reconoció el lugar donde se hallaba, pero luego se dio cuenta de que seguía en la misma cama en la que había estado antes, con la diferencia de que ahora yacía recostada en el hueco de los hombros de *Bosque sombrío*, envuelta en el sonido de una lejana canción estelar, con los bots de la nave acurrucados en sus propios hombros y brazos. La mitad de ellos se dispersaron cuando Vân se movió y, bajo ella, la nave se revolvió, y la habitación fue cobrando vida lentamente, de una manera que a Vân le hubiera resultado difícil describir: luces y reflejos satinados sobre metal, que iban ganando nitidez y precisión.

—Nave —dijo Vân, lenta, precavidamente. Y añadió, las propias palabras vacilantes e impertinentes, atascándosele en la garganta como la raspa de un pescado—: Hermana mayor. —Cuando se disponía a preguntar qué había sucedido, todo volvió en tropel a su memoria, junto con un recuerdo del momento en que había alcanzado el orgasmo, su voz ronca de gemir—. Hum. Yo…

—Hermanita —dijo *Bosque sombrío*. Vân no le veía la cara, pero notó que la nave empezaba a distanciarse de ella: la máscara

de arrogancia y despreocupación volvía a su lugar—. ¿Te arrepientes?

—¡No! —Vân trató de encontrar las palabras—. Yo… esto… Fue increíble.

Carcajadas de la nave, alegres y fuertes.

—Sí. Lo mismo digo.

Vân abrió la boca para señalar que la nave había tenido otros amantes, pero la cerró cuando *Bosque sombrío* le acarició con la mano el lóbulo de la oreja y luego bajó lentamente por la mejilla, dejando un palpitante rastro de calidez, hasta llegar a sus labios, hasta despertar en ella una necesidad imperiosa.

—Vas a decirme que es imposible que fuera tan maravilloso. Por favor, no lo hagas. Salvo que desees otra demostración de cuánto lo disfruté —dijo *Bosque sombrío*.

Vân la deseaba, con desesperación; pero, en lugar de decirlo, mordisqueó los dedos de *Bosque sombrío*, inhaló su olor hasta que el mundo pareció temblar y plegarse alrededor de su ansia, y después la soltó con un suspiro que le dolió como si le hubiera sido arrancado a la fuerza.

—¿Luego? —propuso.

Un silencio.

—Estás preocupada por lo que me contaste —dijo al cabo *Bosque sombrío*.

Vân abrió la boca y se dio cuenta de que no era eso, de que ya no sabía qué sentía: una malsana mezcla de alivio por haberlo contado, porque había salido a la luz y ya no la abrumaba, y de miedo ante la posibilidad de que *Bosque sombrío* la presionara más, le preguntase por An Thành y por el secreto que conllevaría su expulsión de la casa de Uyên.

Bosque sombrío se levantó, manteniendo las dos manos de Vân cerca de ella, llevándoselas al pecho, hasta que Vân no sintió nada más que el runrún cadencioso de los motores. En sus ojos, las estrellas giraban y se expandían lentamente, y la luz del sol resplandecía por los hábitats desparramados cual perlas sobre la negrura del espacio.

—Estás conmigo —dijo simplemente la nave—. No tengo por costumbre compartir confidencias con otras personas.

—Tú no puedes… —A Vân se le quebró la voz en el pecho.

—¿Amarte? ¿Preocuparme por ti?

—No, no me refería a eso. Nosotras… apenas nos conocemos. Nosotras… —buscó las palabras—. El sexo fue estupendo, pero en realidad eso es todo… —Su voz se apagó, porque Vân ya no sabía lo que iba a decir, lo que había tenido miedo de decir: que la nave había conocido a docenas como ella, que ella no era nada especial.

Durante un breve momento mientras se estaban besando —mientras las manos de *Bosque sombrío* le acariciaban la piel, los bots se aferraban a su rostro y todo parecía ceñirse a su alrededor insoportablemente cálido, tenso por su deseo—, ella se había sentido libre, y aquello lo había cambiado todo; pero no podía durar, nunca había estado destinado a durar.

«Amor, perecedero cual bambú en invierno, frágil y hermoso cual escarcha sobre jade…», susurró An Thành.

«Inalcanzable como el nirvana», añadió Vân, con mayor brusquedad de la deseada, y An Thành retrocedió y calló.

—¿Y crees que yo te dejaría sola para que te las arreglaras por tu cuenta? —La voz de *Bosque sombrío* era suave pero inflexible, como acero envuelto en seda.

—Yo… no lo sé.

La nave rio suavemente, divertida.

—Tal como dices, no me conoces bien. Jamás he dejado a nadie en la estacada y, por descontado, jamás a nadie a quien amara. —Su voz se había endurecido imperceptiblemente; *Bosque sombrío* se había expandido y ahora era… inmensa y terrible, la clase de nave que abrasaba planetas y lunas con su mero paso—. Tengo a gente buscando a Hương Lâm. El asesinato fue un error. Nadie querrá tener nada que ver con ella. La encontraremos y entregaremos.

—Haces que suene tan fácil…

—Porque lo es. —*Bosque sombrío* todavía sujetaba las manos de Vân contra el pecho; se inclinó y la besó en los labios, con suavidad, lentamente—. Vete a casa. Necesitas descansar.

—Estás tratando de mantenerme al margen.

—No. Solo estoy asegurándome de que descanses y comas algo. —La voz de *Bosque sombrío* se endureció de nuevo—. Y tú eres incapaz de matar una mosca. A veces es mejor desconocer en qué puedo llegar a meterme.

—No eres una erudita, ¿verdad? —se le escapó a Vân antes de

poder pararse a pensarlo.

Una pausa. Debería haberse preparado para una agresión, para que la nave la eyectara al espacio o la silenciase de alguna de las otras muchas maneras posibles, pero no podía. No era capaz de concebirlo, no de *Bosque sombrío*.

Las manos apoyadas sobre las suyas apretaron, una, dos veces, y luego *Bosque sombrío* la soltó y le sonrió, su avatar una vez más un mero perfil contra el cuerpo metálico de la nave.

—Soy una activista, que ha decidido que su misión es manteneros a salvo a Uyên y a ti —dijo cariñosamente—. Pregúntamelo de nuevo cuando todo esto termine.

Vân se tragó las palabras que había tenido intención de decir, y en su pecho tan solo encontró una sensación de opresión, como si algo largamente contenido estuviera a punto de estallar.

—Así lo haré.

—Bien —dijo *Bosque sombrío* entre risas—. Venga, vamos a preparar una lanzadera y mandarte de vuelta a casa.

~

En el camino de vuelta a la lanzadera, Vân vio la nave.

Al principio fue andando junto al avatar de *Bosque sombrío*, pero tras el primer par de pasillos se rezagó, mientras a su alrededor aparecían hologramas desplegando pescadores y dragones espectrales, ciudades de metal labrado y el sonido distante de una flauta, entremezclado con esa ubicua canción estelar. Había una sala octogonal con una fuente —que fue incapaz de saber si era real o un holograma, por la manera en que la luz de las estrellas centelleaba en el agua—, con el suelo transparente, de suerte que ella caminaba sobre la inmensidad del espacio, observando la curvatura de los hábitats más exteriores situados bajo sus pies, y, durante un instante, volvió a hallarse flotando rodeada de asteroides en el espacio, donde nada importaba salvo el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos, el sonido de su respiración en la sombrapiel, y las ligeras y silenciosas sacudidas del planeador al acelerar. Los pasillos trazaban curvas pronunciadas —sus superficies, brillantes y crasas, tan solo una ligera alusión a los espacios profundos que las naves mentales atravesaban— y, a

intervalos regulares, se ensanchaban de nuevo, conformaban espacios circulares, cuyas paredes eran gabinetes de maravillas, en cuyos estantes superiores se entreveían seductores objetos a través de celosías, desde esculturas de jade a joyas, pasando por rollos antiguos, fundas de espada y maderas preciosas talladas… e incluso un abanico de papel tan fino y frágil que debía de tener siglos de antigüedad, con un poema escrito con la caligrafía curvilínea y evocativa de un maestro.

An Thành estaba catalogando en silencio lo que veía a través de la celosía: las estatuas de Buda en posición de loto talladas en jade, los cofres de plata decorados con filigranas y figuras de melocotones y ciervos, los pedestales de palisandro adornados con piedras preciosas… Cuando llegó al abanico se detuvo y, si hubiese tenido cuerpo, la respiración se le habría cortado. «Es anterior al éxodo. De la vieja Tierra. O una réplica muy buena».

Lo que lo convertía en algo casi tan valioso como el original: no era la antigüedad, sino el tiempo invertido en su creación lo que otorgaba valor. Esto era casi —aunque sin llegar a serlo— el tesoro secreto de una erudita acaudalada —la vida con la que Vân soñaba de vez en cuando, pero que consideraba una fantasía inalcanzable —, de no ser por algunas notas discordantes.

«No eres una erudita, ¿verdad?».

«Pregúntamelo de nuevo cuando todo esto termine».

Había más aparadores y más tesoros, y estanterías que iban cobrando existencia entre suaves titileos, atestadas de rollos que contenían desde óperas espaciales románticas hasta héroes marciales; y el tenue sonido de agua respondiendo a la lastimera canción estelar. La nave volvía a estar junto a ella, cogida de su mano, su contacto cálido y reconfortante; y sus bots se habían distribuido alrededor de ambas, dibujando la forma de una lágrima, con las patas golpeteando suavemente el suelo.

—Estás flirteando conmigo —dijo Vân cuando encontró la voz.

—¿Es eso lo que estoy haciendo? —*Bosque sombrío* sonrió—. Yo pensaba que más bien caerías víctima de un flechazo arrebatador.

Bosque sombrío le pasó una mano por el pelo y le deshizo el moño con suavidad; sus dedos recorrieron con delicadeza el cuero cabelludo en un movimiento de peinado lento y firme, incluso cuando la nave la empujó contra la pared del corredor y la

inmovilizó allí.

Vân forcejeó, sus dedos encontraron la espalda de *Bosque sombrío* y el torrente de bots allí presentes; sus manos danzaron sobre ellos como jugando con hebras de seda; los labios de *Bosque sombrío* se cerraron sobre un gemido que retorció y deformó el corredor, mientras detrás de Vân la pared cedía como si fuera piel viva, envolviéndola con fuerza en un abrazo sin fin, y todo confluyó en esa ansiada sensación de libertad.

~

Después, se sentaron juntas en la lanzadera, tomadas de la mano, aunque Vân se sintió cogida por algo más que una mano —por el banco, las paredes, la propia lanzadera—, se sintió envuelta y arropada en el abrazo de *Bosque sombrío*. No se le ocurría nada que decir; durante un rato se limitó a quedarse apoyada contra la pared, sintiendo los latidos de la nave contra su propio cuerpo.

—Enviaré a alguien —dijo *Bosque sombrío*—. Para protegeros a Uyên y a ti.

Vân abrió la boca para protestar, pero An Thành fue más rápida. «Este no es momento para orgullo ni principios —dijo con severidad —. Acepta la ayuda que te ha ofrecido».

Vân empezó a decir que los principios no eran algo de quita y pon, pero luego se acordó de Uyên.

—Por supuesto —dijo—. Gracias, hermana mayor.

—Faltaría más. —*Bosque sombrío* sonrió—. Ahora vete a casa y descansa. Luego te veo.

Se besaron en la dársena, y Vân se dirigió caminando a casa, en su boca el sabor a lubricante de motor y luz de estrellas.

~

Bosque sombrío no había tenido intención de mentir a Vân.

Mejor dicho, y por presentar las cosas en el orden correcto, en un principio, ella no había tenido intención de acostarse con Vân; pero había visto esa expresión dolida y herida en su rostro, que se había ido agudizando a medida que le contaba su historia —y

Bosque sombrío era demasiado vieja y demasiado observadora como para que se le pasaran por alto las partes en las que Vân se había interrumpido, en las que se había censurado, las que seguían asustándola—. Había sentido cómo las manos que estrechaba entre las suyas se habían puesto en tensión, había observado la tirantez en los hombros y la espalda de Vân —una presa a punto de reventar, conteniendo únicamente miedo y culpabilidad—, y algo en ella había cambiado, como si una pieza se hubiera roto en su propia sala del corazón.

La segunda vez… bueno, para la segunda vez no tenía una excusa convincente, aparte de que había sido pausada y cálida como los núcleos de las estrellas, y espléndida en todos los sentidos.

«No eres una erudita, ¿verdad?». Ella tampoco había tenido intención de descubrirse; o de descubrir más de sí misma de lo que había mostrado a cualquiera de sus entrañables ligues anteriores. Debería haber hecho lo de siempre: ceñirse a la identidad que había adoptado, darse un revolcón rápido y placentero que ambas partes pudieran recordar con agrado, y luego marcharse o romper la relación antes de que tuviera oportunidad alguna de cambiar.

Pero es que Vân era… toda seriedad e integridad, con un sentido del deber del tamaño de un planeta —lo que debería haber hecho hacer salir por pies a *Bosque sombrío*, pero, en lugar de eso, la había arrastrado hacia atrás una y otra vez, por más que había tratado de soltarse—. Jamás había conocido a nadie como Vân; y había pensado que acostarse con ella resolvería el problema, el de la novedad, al menos.

Así había sido, pero también había fracasado de manera espectacular en la resolución de sus otros problemas.

Bosque sombrío llamó a *Vino* por la red y le preguntó si ella o algún miembro de su equipo estaban disponibles para echar un ojo a Vân. Con su habitual concisión, *Vino* le respondió que ella resultaba estar mano sobre mano, aunque *Bosque sombrío* no se lo creyó ni por un instante. A *Vino*, Vân le había caído bien.

Vino era lo bastante inteligente como para no hacer comentarios sobre la vida amorosa de *Bosque sombrío*, lo que dejó a esta sin nadie a quien criticar salvo a sí misma.

Bosque sombrío en absoluto había tenido intención de mentir a Vân, pero le había mentido. Le había dicho que no estaba

manteniéndola al margen, pero la verdad era que se habría entregado a la milicia, junto con todos sus tesoros, antes de llevarse a Vân a la caza de una banda de ladronas que habían asesinado a una mujer y la habían embutido en una caja fuerte —y no unas ladronas cualesquiera, sino antiguas amigas de Vân, con motivos más que suficientes para guardarle rencor—. Daba igual lo que Vân pareciera pensar de Hương Lâm, a *Bosque sombrío* no la engañaban: eran malhechoras que habían recurrido al asesinato para conseguir el dinero de sus sueños, y una vieja amistad no iba a disuadirlas de seguir adelante, y aún menos después de que una de ellas ya hubiese muerto por el dinero en cuestión.

Lo que significaba que tenía que sacarlas de la vida de Vân, y pronto.

Se quedó de pie un rato, delante del gabinete de maravillas que tanto había embelesado a Vân; no eran sus tesoros de erudita, sino los trofeos de una vida de robos: el abanico que Thiên Hoa había sustraído de la Ciudad Prohibida Púrpura en el Primer Planeta; el discreto dragón de jade tallado por Quý Xuân, que parecía estar saltando hacia las estrellas. Lo cogió y sostuvo en la mano, y sintió cómo la frialdad de la piedra cedía ante la calidez palpitante… todo aquello de lo que se había apoderado contra viento y marea… y aquella vez, en la que ella y las hijas de Hải habían encabezado una desesperada operación de rescate para liberar a Thiên Hoa de la cárcel antes de que pudiera ser sentenciada a ser herrada o a servidumbre penal.

Ya lo había hecho antes y podía repetirlo.

Llamó a Thiên Hoa.

—Hermana mayor —respondió la mujer, que estaba caminando por la zona común de un hábitat que *Bosque sombrío* no fue capaz de identificar; una breve pausa y luego una actualización, que la mostró en el distrito Metal Puro del hábitat Tortuga de la Espada, un barrio lleno de casas de té y restaurantes, cuyos clientes provenían de las clases sociales menos recomendables.

—Dime que tienes algo —exigió *Bosque sombrío*.

—¡Vaya! —Thiên Hoa se quedó callada unos instantes, observando el avatar de su amiga. Ese temperamento, dijeron sus ojos. La nave implacable y severa abalanzándose sobre ella como la ira del Cielo y la Tierra—. ¿Tan mal andas?

—Tengo una necesidad apremiante de hacerle a alguien la vida extremadamente imposible hasta que se aleje de Vân y Uyên.

—¡Vaya! —repitió Thiên Hoa—. ¿Por qué no te vienes aquí conmigo?

Las naves mentales no necesitaban tomar lanzaderas ni planificar vuelos. *Bosque sombrío* presentó una petición a la mente del hábitat, que fue aceptada de manera rutinaria, lo que permitió a su avatar encarnarse en los corredores. Llamó a los bots que mantenía en reserva en ese hábitat y se reunió con Thiên Hoa delante de un vendedor callejero que ofrecía pinchos de carne con un tentador aroma a salsa de pescado y limoncillo chamuscados.

—Tengo una pista —anunció Thiên Hoa, tras saludar secamente con la cabeza a *Bosque sombrío* cuando llegó.

Thiên Hoa estaba mordisqueando una brocheta, y alargó a *Bosque sombrío* otra en versión revestimiento. Mientras *Bosque sombrío* la consumía, se despertó en ella un evocador recuerdo de una comida en la cocina comunal, con su madre y hermanas muertas largo tiempo atrás peleando por la carne. Thiên Hoa compartió unas breves imágenes del hábitat: Ái Hồng bebiendo té y hablando animadamente con un par de desconocidas. Ninguna de las dos era Dinh, pero la de más edad —alta, regia y con el aire firme de alguien no acostumbrado a ser contradicho— se le daba un ligero aire familiar. Hương Lâm, probablemente: curioso cómo incluso tras las alteraciones genéticas y físicas habían terminado tan parecidas.

—Hace una semana —señaló *Bosque sombrío* tras fijarse en la fecha—. Té en Arenas Blancas. —Se trataba de una casa de té en los anillos exteriores del hábitat—. No estoy segura…

—Pero lo interesante de esto es que son las últimas imágenes de Ái Hồng que he encontrado —dijo Thiên Hoa con una sonrisa—. Lo siguiente que hace es embarcarse en una lanzadera en el puerto con destino a los asteroides de las inmediaciones de *El elefante y la hierba*.

Thiên Hoa se golpeó la mejilla con la brocheta, haciendo caso omiso del chorretón de salsa que le dejó en la piel. Más imágenes, algo menos nítidas; *Bosque sombrío* no hubiese sido capaz de reconocer los rostros, pero, ahora que las había visto más de cerca en el bar, el paso y la postura de dos de ellas eran inconfundibles.

Bosque sombrío pensó deprisa, lo que no le resultaba difícil, habida cuenta de que podía ejecutar en paralelo dieciséis hilos antes de ralentizarse de manera perceptible.

—De acuerdo, así que ahora sabemos qué aspecto tienen. Supongo que les seguiste la pista utilizando las grabaciones de otras zonas.

—Esto… lo de otras zonas es complicado. No guardan los archivos el tiempo suficiente. Los negocios particulares, por el contrario… Es increíble la cantidad de material que conservan las casas de té de dudosa reputación, no sea que alguno de sus clientes de reputación aún más dudosa decida pasarse de la raya y necesiten pruebas irrefutables para el chantaje. —Thiên Hoa sonrió de oreja a oreja—. Y es asombroso lo poco encriptados que guardan los archivos en cuestión. Como cortar un mango maduro con un cuchillo.

—No vas a conseguir que me crea que acabas de enterarte de esto.

—Soy una honrada comerciante, ¿recuerdas? —replicó Thiên Hoa con una sonrisa inocente—. En cualquier caso, ahora mismo tengo a una de ellas. En Las Tazas de Bambú.

—Vaya.

Se trataba de la casa de té situada al otro lado de la plaza, que parecía un lugar frecuentado por comerciantes y eruditos de clase media. Las imágenes transmitidas por Thiên Hoa mostraban a la mujer —Hương Lâm no, la otra— sentada en compañía de quien parecía ser un mercader ataviado con vestiduras naranja claro, el ceño fruncido en ademán pensativo. *Bosque sombrío* puso manos a la obra con el audio en un hilo en segundo plano, para aislarlo del resto del sonido ambiental, que le llegaba en vivo.

—Van a estar sentados un rato —dijo Thiên Hoa, y justo entonces los algoritmos de filtrado de *Bosque sombrío* atraparon las palabras de la conversación.

«Viaje hasta más allá de… precio… pronto».

—Están negociando sobre una nave espacial. Probablemente para viajar más allá del imperio Đại Việt.

—¿Con qué plazos? —preguntó Thiên Hoa, impávida.

—Dentro de unos días.

—Entonces todavía no se han llevado el gato al agua, aunque no

hay tiempo que perder. Así que venga.

Y, sin más palabras, dejó caer el pincho y cruzó la calle.

Bosque sombrío sopesó las posibilidades de que la mente del hábitat la autorizara a teletransportarse. Tendría que aducir un buen motivo para saltarse la corporeidad obligatoria que regía en el hábitat, y con eso llamaría la atención. Daba igual. Alteró un tanto la postura de su avatar para parecer más humana y con los gestos y porte de una erudita de clase alta, erudita que seguro que no frecuentaría normalmente esa casa de té.

En el interior, Thiên Hoa había terminado de discutir con el camarero que había en la entrada; todo apuntaba a que para sobornarlo, a fin de que la dejara pasar aunque no ocupase una mesa. El camarero echó una ojeada a *Bosque sombrío*, que entraba con paso decidido, y se apartó de su camino con una reverencia.

En las mesas comunitarias no había nadie que encajara con el vídeo; Thiên Hoa estaba pasando por los reservados privados repartidos por el local, con un ligero aire de concentración, hackeando una pantalla de privacidad tras otra para ver el interior de los oscurecidos revestimientos-muro. *Bosque sombrío* llamó a sus bots y los dispersó por el lugar, aunque todavía estaba luchando por conseguirles autorización para violar los revestimientos privados, dado que a la mente del hábitat le disgustaban, y con razón, las peticiones que no derivaban de necesidades de mantenimiento.

«Ten», dijo Thiên Hoa, y le hizo llegar lo obtenido gracias a sus propias autorizaciones. Una docena, un centenar de transmisiones simultáneas brotaron en la conciencia de *Bosque sombrío*, y todos los hilos de sus pensamientos se volcaron en ellas a la vez, ordenando la información acumulada hasta que encontró lo que andaba buscando, mientras su avatar se mantenía inmóvil en mitad de la sala, despojado por completo de toda fachada de humanidad, con las estrellas situadas bajo la nave que era el cuerpo de *Bosque sombrío* expandiéndose por el suelo de la casa de té.

Allí.

Se hallaban en uno de los reservados aislados en el extremo de la sala, a solo unos codos de la puerta trasera de la casa de té. *Bosque sombrío* transmitió a Thiên Hoa la localización, pero esta ya se estaba moviendo, y tanto la mujer como el comerciante estaban

levantándose y corriendo hacia la puerta.

En el exterior no había cámaras, o solo las públicas, que eran nefastas: los perderían si se alejaban demasiado de la casa de té.

No había tiempo que perder.

Bosque sombrío no podía teletransportarse, pero podía retocar algunas cosas —concretamente, la longitud de sus zancadas y la velocidad de los movimientos de sus piernas—. Más que correr se deslizó y, de camino, volvió a aglutinar en sí misma las imágenes de las estrellas, comprimiéndolo todo en su avatar y en el puñado de bots que se hallaban lo bastante cerca del reservado; dos grupos de ellos se lanzaron a por las piernas de la mujer, pero los de esta acudieron en tropel para hacerles frente y les cortaron el paso.

Thiên Hoa estaba discutiendo con el comerciante, que se negaba a apartarse de su camino y que tenía el rostro congestionado por esa indignación tan habitual entre los de su gremio. De haber aguzado la oreja, *Bosque sombrío* habría oído su conversación, pero toda su atención se concentraba en la mujer; el mercader no era más que alguien que había pasado por allí y que por casualidad contaba con literas libres en una nave espacial.

La mujer aumentó la opacidad de su pantalla de privacidad hasta el máximo y desapareció de repente del campo de visión de *Bosque sombrío*. Esta maldijo: tenía que habérselo esperado; y no podía desactivar el revestimiento sin más porque la mujer tenía acceso prioritario a este en virtud de las autorizaciones concedidas por la casa de té.

La puerta. La mujer se iba a dirigir hacia la puerta. *Bosque sombrío* envió peticiones a la casa de té y a la mente del hábitat con la vana esperanza de que alguna le fuese concedida a tiempo, y corrió hacia donde recordaba que se hallaba la puerta.

La puerta no estaba allí. La pantalla de privacidad la tapaba y amortiguaba todos los sonidos, de manera que lo único que llegó hasta ella fue la discusión que Thiên Hoa mantenía con el comerciante. A tenor de su cara, Thiên Hoa estaba buscando una buena excusa para derribar al hombre de un puñetazo, pero ellas ya tenían suficientes problemas con una fugitiva como para añadir al asunto una pelea con la persona equivocada. ¿Podía ella conseguir que uno de sus bots llegara hasta el cuello del comerciante con un inyector cargado con un sedante? Seguramente no: él contaba con

sus propios bots.

Ajá. La casa de té por fin le había concedido autorización y, al estar cerca, tenía acceso a la pantalla de privacidad, aunque limitado. *Bosque sombrío* se empleó a fondo contra la pantalla, que tembló y se volvió parcialmente transparente, lo bastante para ver que la mujer no estaba detrás.

¿Dónde…?

La puerta estaba cerrada y los sensores de sus bots no la habían oído moverse. A lo mejor, la mujer la había *hackeado* de algún modo que no se notaba.

Su intuición le decía que no. Lo que significaba que tenía que estar en alguna otra parte.

¿Dónde…?

Movimiento a la derecha de *Bosque sombrío*, detrás de otra pantalla de privacidad. Renunció a realizar nuevas peticiones a la casa de té y, en lugar de eso, desplazó todos sus bots hacia allí, mientras ejecutaba algoritmos de optimización para fusionar la limitada capacidad sensitiva de los bots con su propia percepción. Un muro de chirridos: la amortiguación proporcionada por la pantalla de privacidad, un ruido agudo y desagradable que parecía imponerse a todo; y lo mismo por todo su campo de visión: algo parecido a nieve sucia y vieja que se alzaba para ocupar el espacio donde debería haber estado la mesa.

No obstante, en ese espacio había movimiento. Era débil y apenas perceptible, pero a ella se le daba bien advertir ese tipo de cosas, y los bots se concentraron en esa zona, amplificando el movimiento mientras los algoritmos de *Bosque sombrío* se adaptaban para filtrar el resto del ruido. Una forma vaga; no, cuatro formas vagas, pero solo una de ellas estaba corriendo, las otras tres apenas se estaban levantando aún de la mesa a la que habían estado sentadas.

Bosque sombrío envió la mitad de sus bots hacia allí, y se trasladó al otro extremo de la pantalla de privacidad. De los suyos le llegaron sonidos vagos e imágenes borrosas de otros bots que se interponían en su camino; pero, cuando la mujer salió de la zona de la pantalla de privacidad sin casi ni echar una mirada a su espalda, *Bosque sombrío* ya se encontraba allí; y, detrás de ella, Thiên Hoa, aún con expresión malhumorada tras su discusión con el

comerciante.

La mujer —sin aliento, el moño despeinado, sus bots todavía luchando por escapar de los de *Bosque sombrío*— vaciló; su mirada se desplazó rápidamente de izquierda a derecha, como buscando una oportunidad de escapar, pero no dio con nada, y ninguno de los clientes o miembros del personal de la casa de té se iban a involucrar en lo que a todas luces parecía un asunto privado, feo pero localizado.

La tenían.

Bosque sombrío sonrió lentamente, revelando una hilera de dientes perlados en torno a unas fauces negras e inmensas.

—¿Te ibas ya? —preguntó.

~

La mujer estaba sentada en una silla de respaldo alto en una de las salas privadas de la casa de té, inmóvil, con el cuerpo atado con cuerdas, y con los bots de *Bosque sombrío* en pecho, tobillos y muñecas, controlando hasta el más mínimo movimiento.

Thiên Hoa había arreglado las cosas con la casa de té, mientras *Bosque sombrío* se limitaba a mantener su aire adusto y fingir ser una erudita de mucho mayor rango del que en realidad era. La pantalla de privacidad había sido ajustada de manera que amortiguase todos los sonidos, y las propias paredes de la habitación estaban insonorizadas; lo que apuntaba a que ya había habido antes otros clientes necesitados de una estancia por motivos cuestionables, y que, por su parte, el establecimiento era mucho menos respetable de lo que presumía.

A *Bosque sombrío* tampoco es que le sorprendiera. Los eruditos enseguida dejaban claro sus méritos inherentes en el orden de las cosas, pero podían ser tan arrogantes y despreciables como cualquiera de los delincuentes a los que desdeñaban.

La mujer levantó la mirada cuando Thiên Hoa y *Bosque sombrío* entraron en la habitación, con *Bosque sombrío* ajustando a la perfección el ritmo de sus pasos al de Thiên Hoa (su tiempo de reacción, incluso con el desfase, era más rápido que el de los humanos, y sabía lo desconcertante que podía resultar de manera

subconsciente).

—Bien —dijo Thiên Hoa. Tenía un cuchillo de vacío en las manos, apagado, pero a pesar de ello la mujer desvió la mirada hacia él—. He estado recabando algo de información. Te llamas Hoàng Thị Lam Khê. Se te puede contratar como guardaespaldas, y además tienes diversas ocupaciones menos limpias y menos legales. No tengo tiempo para entrar en detalles sobre ellas ahora mismo, pero estoy convencida de que a la milicia le interesarán enormemente.

La mujer parpadeó, sorprendida. Un gesto casi imperceptible, pero acompañado por un ligero incremento en su ritmo cardiaco.

—Aunque bueno, estoy casi segura de que no tendrán que rebuscar demasiado para dar con cosas interesantes —terció *Bosque sombrío*—. El asesinato se castiga con muerte lenta, ¿verdad?

Ella y Thiên Hoa jamás habían matado a nadie, pero eso no quería decir que no pudieran maltratar a Khê tanto mental como físicamente. *Vino*, la eterna filósofa, es probable que sostuviera que si entregaban a Khê a la milicia serían responsables de su muerte. *Bosque sombrío* pensaba que Khê se había hecho merecedora de cualquier cosa que le pudiera pasar cuando ella y sus amigas habían tomado la decisión de asesinar a Ái Hồng a puñaladas.

—No sé a qué te refieres —aseguró Khê.

—Vamos, no me vengas con esas. —*Bosque sombrío* materializó su propio cuchillo de vacío, que no cortaría nada salvo que ella se abriera paso por la fuerza a través de las capas de acceso físico de la mujer, pero no necesitó hacer nada de eso, porque Thiên Hoa ya constituía por sí misma una amenaza efectiva—. Yo encontré el cadáver, y no me hace gracia —se inclinó un poco— que estés sembrando el caos en mi territorio. —Utilizó una palabra ambigua que significaba el lugar donde vivía, pero también la zona de una estación espacial que una banda consideraba que le pertenecía; estaba pisando terreno delicado, porque no quería descubrir su identidad.

Khê la miró, sin inmutarse.

—Tampoco me vengas con eso —le espetó *Bosque sombrío*—. Mis bots son más sensibles que los tuyos. Estás asustada. Habla. ¿Quiénes son y qué buscan?

—¿Por qué debería molestarme? —preguntó Khê con voz suave.

Thiên Hoa se inclinó hacia ella, sus maneras se modificaron ligeramente para ajustarse a las de alguien de humilde cuna en lugar de a las del acaudalado Primer Planeta, que era las que ella solía afectar.

—Te contrataron, ¿verdad? La sangre está en sus manos, no en las tuyas —dijo.

—Eso da igual —respondió Khê, sonando casi pesarosa.

Thiên Hoa miró a *Bosque sombrío* y le transmitió un mensaje no vocalizado.

«Deja que me encargue yo».

«¿Te vas a compadecer de ella?».

«Ya sabes qué le voy a ofrecer», respondió Thiên Hoa, que estaba mirando pensativamente a Khê.

Ayuda legal, escapar de la milicia o ambas cosas. Lo que significaba que jamás sería castigada por su crimen.

«Tienes que decidir qué quieres. No puedes tenerlo todo», dijo Thiên Hoa.

Bosque sombrío consideró la tesitura. Khê tenía miedo, pero no podían utilizar ese miedo en contra de ella, porque la milicia la acusaría de asesinato y le aplicaría la muerte lenta. Y ellas tenían que localizar a Hương Lâm para que Vân no corriese peligro.

Ella deseaba empuñar las riendas, para administrar a Khê un duro castigo y mantener a salvo a Vân; pero Thiên Hoa tenía razón: no podía tener ambas cosas.

«Toda tuya», dijo a regañadientes.

~

Bosque sombrío estaba apoyada en el pasillo de la casa de té cuando Thiên Hoa salió. La nave estaba bebiendo un té que no era ni tan bueno ni tan evocador como los que Vân le había servido, lo que aún había exacerbado más su irritación.

—¿Y bien? —preguntó.

—No te va a gustar —respondió Thiên Hoa.

Bosque sombrío ya no estaba de humor para juegos, y sobre todo no de los rayanos en el sadismo típicos de Thiên Hoa.

—¿Sabes dónde está Hương Lâm? —preguntó.

—Sí.

—Entonces ya no necesito saber nada más.

La mano de Thiên en su hombro la detuvo; en realidad no fue algo físico, sino una sensación suave y casi indistinguible de un soplo de aire en el pasillo.

—Ái Hồng murió porque no había fortuna alguna. Porque Ngân Chi se la gastó jugando antes de morir. Porque la caja fuerte en la habitación de Uyên era el último lugar que les quedaba por intentar, y porque Hương Lâm ya sabía que estaría vacía.

—Dinh trató de apoderarse de ella —dijo *Bosque sombrío*.

—Sí. Dinh sufría dolores y estaba desesperada. De haber sido por Hương Lâm, Dinh no habría ido.

—Sigo sin comprender qué tiene que ver nada de esto con Vân —dijo *Bosque sombrío*, salvo por el detalle de que, por supuesto, no había tesoro, no había fortuna, no había nada que pudiese entregar a Vân para hacer que todo eso hubiese merecido la pena. Nunca antes había pensado que la decepción pudiera ser una sensación física, como si una mano gigante retorciese y deformara su casco, y ella apenas pudiese contener el dolor.

—Eso es porque tenías razón —respondió Thiên Hoa con una sonrisa—. Ahora sí están a punto de llevarse el gato al agua.

—¿Con una fortuna inexistente?

—No he dicho eso. —La sonrisa de Thiên Hoa era amplia y pícara—. Tienen otro objetivo. Otro tesoro de gran valor. Esto te va a gustar.

Bosque sombrío ya estaba harta de que la embromaran; no es que no apreciase a Thiên Hoa, pero todo tenía sus límites.

—No creo, no. ¿Otro tesoro más pequeño y accesible que van a encontrar en la casa de alguna otra persona? Yo esperaba…

—No, no, no. —Thiên Hoa negó con un dedo. Su rostro se había tornado serio y distante de nuevo: el antepasado de su mnemoimplante, que le aconsejaba reformular lo que estaba diciendo—. Vale, vale —dijo con cierta impaciencia a su espectral antepasado. Y, a *Bosque sombrío*—: Piensas demasiado como una ladrona.

—Creía serlo.

—Sí, pero… —Thiên Hoa agitó una mano de nuevo—. Estás pensando en «gran valor» en términos del código penal. El límite del valor de los artículos robados que convierte una sentencia de

destierro del Imperio en una de servidumbre penal o muerte.

—¿Y debería estar pensando en términos de…?

—De leyendas —respondió Thiên Hoa con los ojos brillantes—. La clase de riqueza que se encuentra en ciudadelas de jade y esmeraldas o en reinos de dragones. Tal como Khê hablaba del asunto, era el tipo de robo que habría hecho historia.

Fama. No solo la sucesión interminable de noticiarios preguntándose cómo lo había logrado, sino la clase de robo que quedaría grabado en la historia oficial, que se estudiaría en las escuelas: un colosal gesto de burla al Imperio que les había dado la espalda. Una exhibición lo bastante importante como para mantenerla en primer plano durante años, y una fortuna para Vân y Uyên, algo ganado de manera honrada en lugar de la situación embarazosa e inaceptable de obligarlas a aceptar dinero robado…

Algo estaba cuajando en las entrañas de *Bosque sombrío*, una mezcla de preocupación por Vân y de enojo hacia Hương Lâm y hacia sí misma, por haberse mantenido al margen del juego durante tanto tiempo, por haberse permitido zozobrar en la oscuridad, por haber dejado que la convirtieran en algo de mucho menor valor del que le correspondía; le demostraría a Vân, le demostraría a todos que con ella no se jugaba.

—Una leyenda —dijo repentinamente—. Eso será perfecto. Venga, hermanita. Vamos a presentar nuestros respetos a Hương Lâm.

~

Cuando Vân llegó a casa, encontró esperándola a *La copera del vino sanador*, la nave mental amiga de *Bosque sombrío*.

—Hermana mayor —dijo Vân, y le hizo una reverencia.

—Eso no es exactamente lo que tenía en mente cuando te dije que no fueras tan formal —dijo riendo la nave.

Uyên estaba sentada en los aposentos comunes ante un ejercicio de caligrafía, rebosando energía nerviosa reprimida, lo que apuntaba a que cualquier cosa desviaría su concentración hacia un nuevo asunto. Al ver a Vân, literalmente se puso en pie de un salto.

—¡Maestra! —exclamó.

Vino había entrado en la habitación detrás de Vân. Uyên frunció

el ceño al verla, pero luego debió de comprobar el sello en la red y comprendió que no era otro avatar de *Bosque sombrío*.

—Es una amiga. —Vân no quiso decir guardaespaldas porque Uyên tendría demasiadas preguntas—. Ha venido para ayudarme con algunas dudas que tenía sobre unos libros.

—Por favor, dígame que no va a darme clase —pidió Uyên, e hizo una mueca—. No justo ahora.

Vân sabía que Uyên no habría sido capaz de aguantar quieta, al menos no hasta que saciara la curiosidad. Le resumió deprisa lo que había sucedido a bordo de la nave muerta, teniendo buen cuidado de no mencionar nada de lo ocurrido después. No obstante, notó que Uyên no quedaba convencida.

—Vaya —dijo Uyên cuando Vân terminó—. Asesinato.

—No creo que les intereses ya —terció *Vino*—. Estarán tratando de dar esquinazo a *Bosque sombrío*. —Una mentira flagrante, pero, por lo visto, una afirmación realizada con la suficiente circunspección por parte de una figura de autoridad bastaba para convencer a Uyên.

O, para ser más precisos: Uyên tenía otras preocupaciones.

—Así que *Bosque sombrío* está investigando a fondo esto. Suena bastante… motivada —señaló.

Vân trató de no sonrojarse, pero fue en vano. Uyên sonrió de oreja a oreja.

—Es amable —respondió Vân, evasivamente.

Vino emitió un ruido que sonó sospechosamente parecido a una risa ahogada, pero que por suerte quedó en eso. Vân deseó que la tierra se la tragara.

—Bien, ¿hay algún lugar donde pueda instalarme y trabajar? —preguntó la nave.

Al final le asignaron una zona en las dependencias de Uyên, que eran más espaciosas. Una vez allí, *Vino* sacó una simulación de lo que parecían piezas de bots y se acomodó para observarlas con la concentración de un monje meditando sobre los secretos del universo.

—Entonces —dijo Uyên como si tal cosa, demasiado como si tal cosa—, ¿lo que ha dicho ella de que *Bosque sombrío* solucionaría el asunto…?

Vân respiró hondo y pensó en el rostro de Hương Lâm, en la

dureza de la voz de *Bosque sombrío* cuando le había asegurado que el problema ya estaba prácticamente resuelto, en lo que eso significaba, en quién era en realidad la nave…

—Yo la creo —respondió, y sintió como si el corazón le fuese a estallar en el pecho, como si hubiera estado corriendo a ciegas en la oscuridad presa del pánico, huyendo de algo con colmillos y garras.

—Ya. —Uyên la observó con incómoda intensidad.

—Venga, vamos a hablar de Quý Xuân y su poesía.

Vân impartió la clase con el piloto automático, con An Thành terciando con alusiones y comentarios de otros eruditos —las distintas interpretaciones y la relevancia de cada una, y cómo la obra de Quý Xuân traía a la mente a poetas más tempranos, anteriores al éxodo—. Debería haberle resultado reconfortante —debería haber sentido la presencia de An Thành en sus pensamientos como el peso de una sombrapiel en el vacío, la tranquilidad de saber que alguien estaría allí para sujetarla si se tambaleaba en su erudición—, pero, en lugar de eso, lo único que veía era la mirada de Uyên, sentía su peso, la admiración palpable en sus ojos; y pensaba en todo lo que en el pasado la había hecho feliz y ahora se había marchitado al saber lo cerca que estaba de perderlo; en cómo Uyên jamás la perdonaría por lo de An Thành ni por todos los secretos que estaba ocultándole porque era su obligación; y en la nave, las pinturas y en cuando había yacido apoyada en el pecho de *Bosque sombrío* con la canción estelar en los oídos, y en que ya no sabía qué sentía la nave por ella ni qué significaba lo que había pasado entre ellas.

«La verdad revelada antes de tiempo siempre es peligrosa, pero la sinceridad siempre es el camino que lleva al Cielo», dijo An Thành.

«No —replicó Vân—. Te equivocas. Te equivocas».

Vân ya no podía respirar.

—¿Maestra?, ¿le pasa algo?

—Estoy bien. ¿Por qué no escribes tu propio comentario sobre Quý Xuân? Volveré luego a ver cómo andas.

Uyên le dirigió una mirada perspicaz, pero no protestó.

En sus aposentos, todo era más angosto y sofocante; Vân trató de tumbarse y descansar, sin conseguirlo. Una luz parpadeante llamó su atención: un mensaje que ya llevaba un rato esperando en la

cola. Lo abrió sin pensar: un holograma apareció en mitad de su dormitorio.

Era el siete de hebras.

Exactamente el mismo diseño encontrado por Uyên: un dibujo estilizado en la ficha, con los hilos individuales de las hebras brillando bajo la luz; y detrás estaban los otros: el siete de infinitos, el símbolo matemático dibujado con tinta negra como el ébano, los trazos salpicados de tenues estrellas; el siete de cubas, con los círculos encerrando un líquido refulgente que podría haber sido vino o aceite, con reflejos traslúcidos y vagos en la superficie, como rostros de demonios o espectros.

Entonces las fichas se desvanecieron y se encontró con la cara de Hương Lâm mirándola.

Era ella: no su rostro actual —porque ella y Dinh se habían alterado en profundidad para poder regresar al Cinturón—, sino un revestimiento habilidoso que imitaba los movimientos de sus rasgos modificados genéticamente y simulaba la persona que Vân había conocido antaño.

—Hermana mayor. Tenemos que hablar. Por favor. —Su voz sonaba áspera y agotada, y ni siquiera el revestimiento conseguía disimular la sombra de dolor y miedo en sus ojos.

Vân abrió la boca. Las palabras se aglomeraron en ella: todas las advertencias de *Bosque sombrío*, cómo Hương Lâm querría lastimarla… pero no salió nada.

—Yo… —Hương Lâm se interrumpió y tragó—. Yo no quería que las cosas resultaran así. Todo… —Hizo una pausa, buscando las palabras; se la veía pequeña, derrotada y desgarrada por un dolor terrible; y Vân sintió sus propias palabras no pronunciadas como piedras frías en la garganta—. Todo salió mal, ¿verdad? Por favor, hermana mayor. Confío en ti.

Hương Lâm se desvaneció y el holograma se convirtió en un conjunto de coordenadas correspondientes a algún lugar situado en los anillos exteriores del hábitat.

«Hermana mayor».

A Vân le dolían las manos: al relajarlas se dio cuenta de que las uñas se habían clavado en la piel con tanta fuerza que la habían desgarrado. Gotas de sangre se acumularon en la palma de su mano; sus propios bots acudieron para restañar la herida, pero ella siguió

sin poder moverse.

«Confío en ti».

Ella había confiado en Vân, una vez: en que mantuviera la boca cerrada, en que dejara a Hương Lâm y Dinh sacrificarse mientras ella guardaba silencio, en que las dejara morir antes de verse implicada.

Lo sensato e inteligente hubiera sido avisar a *Bosque sombrío*; ponerse cómoda y dejar desarrollarse los acontecimientos: la caza, el arresto por parte de la milicia… y entonces se acordó de la severidad en la voz de *Bosque sombrío* y de que el asesinato se penaba con muerte lenta, y vislumbró una fugaz imagen de un cuerpo extendido sobre un potro de tormento, los bots de los verdugos cortando lentamente trozos de carne, y la sangre goteando poco a poco sobre el metal pulido.

«Laureate», llamó, y, en su interior, An Thành, sobresaltada, se despertó.

«Quien roba sal muere de sed a menos que pague las deudas», dijo An Thành, y su voz casi era amable.

«Por favor, hermana mayor».

Ella les había fallado una vez, y Dinh había muerto entre dolores atroces… ¿de veras iba a fallarles una segunda vez?

~

Salir a hurtadillas fue sorprendentemente fácil. *Vino* estaba instalando dispositivos de vigilancia y charlando con una preocupada Uyên, más concentrada en los problemas procedentes del exterior que en la posibilidad de que las personas a su cargo se marcharan. Vân oyó retazos de la conversación mientras salía: «tensa… necesita descansar… conmoción».

Estaban preocupadas por ella, lo que podría haberla detenido en otras circunstancias.

La dirección que Hương Lâm le había proporcionado se hallaba en el distrito de las Seis Familias, en el extrarradio del hábitat. A medida que se fue alejando de los distritos centrales, los revestimientos se volvieron más y más llamativos e intrincados, para disimular las estructuras destartaladas, los corredores con la pintura deslucida y descascarillada. Y luego ya no hubo

revestimiento alguno, solo metal pulido tan toscamente que parecía mellado; bots privados, en lugar de los del hábitat, pintando las paredes desnudas, y puertas que ajustaban en el marco solo porque habían sido refundidas y deformadas hasta hacerlas encajar.

La dirección correspondía a una de esas puertas. Estaba abombada hacia fuera, y alguien había pintado un ramillete de flores de albaricoque, que había sido rebanado por la mitad cuando la pieza de metal había sido cortada. El débil brillo metálico le recordó durante un instante el casco de *Bosque sombrío*, y tuvo que respirar lenta y reposadamente antes de encontrarse en condiciones de teclear el código que le había dado Hương Lâm para abrirla.

La puerta, más que irse abriendo suavemente, se apartó a un lado de golpe y con un chirrido. En el interior solo había oscuridad.

—Hermana pequeña, soy yo.

—Aquí —respondió una voz lejana.

A Vân el corazón le latía con tanta fuerza que le pareció que se le iba a salir del pecho. Avanzó y la oscuridad la envolvió; la atmósfera se notaba viciada, con el regusto rancio típico del aire que no había pasado por suficientes purificadores. Casi como si estuviera de vuelta en el espacio, salvo que lo único que la esperaba aquí era el precio de sus propios errores insensatos.

An Thành guardaba silencio en su interior: Vân sentía la vigilancia precavida del mnemoimplante, pero por supuesto que la misión de An Thành no era juzgar nada.

«*Bosque sombrío* sí que juzgaría —dijo una vocecita traicionera en el interior de Vân—. A *Bosque sombrío* sí que le importaría».

Vân la acalló.

El pasillo terminaba en un espacio que era casi escandalosamente amplio: una antigua casa de té, aunque las mesas ya no abundaban, tan solo quedaba una en el centro de la sala. Tampoco había revestimientos. No, eso no era cierto. Porque cuando Vân se adentró más en la estancia, en dirección a la figura de Hương Lâm, que esperaba tras la mesa, algo titiló y cobró existencia bajo sus pies: fichas de mạt chược, las mismas que había dibujado Dinh; las pinceladas de los infinitos; las cubas y su refulgente contenido; las hebras, trazadas con nitidez; y también las demás: los comodines, con su caligrafía sinuosa y colorida; las flores esparcidas por el blanco prístino de las piezas; los vientos,

representados no como palabras o caracteres, sino como formas serpentinas que culebreaban hacia la parte superior de las fichas, con dibujos de nebulosas en las escamas…

—Hermana mayor. —Hương Lâm la miró desde la mesa, donde tres humeantes tazas de té esperaban a Vân—. No pensaba que fueras a venir.

Hương Lâm sonaba exhausta y dolorida; el rostro que lucía era el nuevo, pero sus gestos y voz apenas habían cambiado. Casi podía haber sido un día de cinco años atrás, en esa vida lejana anterior a los robos, anterior a la milicia. Detrás de Hương Lâm estaba el siete de infinitos, metamorfoseándose lentamente en los sietes de los otros dos palos.

Vân cogió una silla y se sentó. En sus pensamientos tan solo reinaba el silencio, incluso Laureate An Thành se había quedado sin palabras.

—Tenía que venir —dijo, porque ya solo quedaba la verdad. Vio que la tercera taza no era más que un holograma, muy semejante a los de los altares de los antepasados—. Dinh…

—No puedo hablar de ella. No ahora. —Hương Lâm inhaló bruscamente—. Toma. Aquí tienes tu té.

No era un revestimiento, sino algo con un ligero sabor acre a hierba, que se abrió paso, abrasador, hasta el vacío espasmódico del estómago de Vân. Hương Lâm bebió el suyo, entre muecas, observándola atentamente.

—Siempre pensé que estabais muertas —dijo a la postre Vân. Algo evidente, pero que necesitaba ser dicho.

—Para el caso, como si lo hubiéramos estado. —Hương Lâm se movió despacio, con cuidado, como si su cuerpo estuviera hecho de cristal, y Vân se acordó de lo que *Vino* había dicho sobre Dinh, sobre los dolores constantes y terribles que había padecido y que habían terminado por matarla—. Desterradas más allá del Cinturón y de los planetas numerados. Los lugares a los que nadie quiere ir, tierras arrasadas por el fuego, atmósferas irrespirables. —Su respiración era lenta e irregular—. Estuvimos en Hoả Giả Sơn Tinh, que en su mayor parte es lava y azufre, y una cúpula. Si deseas salir al exterior, necesitas un traje caro, que exiliadas como nosotras no se pueden permitir. No conseguíamos trabajo porque nadie quería contratarnos. No podíamos ponernos en contacto con nadie, porque

la red era local, y todo lo demás tenía que ser transmitido a través de la infraestructura pública. Eso suponía más dinero que no teníamos.

—Debería haberos enviado dinero.

—¿Por qué ibas a hacerlo? Nos creías muertas.

—No tenía ni idea.

—Lo sé. —El rostro de Hương Lâm se crispó—. No estoy aquí para reprocharte nada. Hiciste lo que tenías que hacer. Guardaste silencio, y mírate ahora. —Su tono era cariñoso—. Tienes un trabajo. Has triunfado, aunque podías haber llegado muchísimo más alto.

—No quiero llegar más arriba. Estoy bien como estoy —aseguró Vân, acordándose con incomodidad de su conversación con Uyên, pero ¿por qué la segunda frase sonaba falsa?—. ¿Por qué estás aquí, hermana pequeña? —Y añadió, porque tenía que decirlo—: Dinh no es la única persona que ha muerto.

Hương Lâm suspiró. Contempló su té un rato, mientras los bots que tenía en los hombros bajaban a buscar más hojas.

—No tuvimos elección. Tienes que comprenderlo. Lo que supone que te condenen no a muerte sino a ahogarte lentamente. Al destierro. A ser herradas. A ser separadas de nuestra familia, de la sociedad. De todo lo que importa. Para el caso, lo mismo nos habría dado estar muertas, lo que hubiese sido más compasivo, incluso la muerte lenta.

—Lo siento —dijo Vân, y su frase sonó pobre e insuficiente. Pero otra idea irreprimible se presentó justo a continuación, una ante la que An Thành asintió silenciosamente en aquiescencia—. Vosotras asesinasteis a Ái Hồng. Todo lo que os sucedió no es excusa.

Hương Lâm rio con amargura. Rebuscó en sus mangas y colocó una única ficha en la mesa: una de las cuatro profesiones nobles, la erudita, una silueta con un pincel y un mortero de escritorio en las manos, el fondo adornado con un único tallo hueco de bambú bajo la luna. Los vigorosos trazos de Dinh, siniestros y sombreados, mostraban el dolor que la había matado, el dolor que estaba desgarrando a Hương Lâm.

—Es clavadita a ti, ¿verdad? —dijo Hương Lâm—. Negándote a comprender cómo funcionan las cosas en realidad. Cuán oscuras se pueden llegar a poner.

—Yo también entiendo de oscuridades.

—Tú estás protegida.

—¿Porque vosotras me protegisteis?

—¿Acaso no fue eso lo que sucedió?

Hương Lâm sonrió y, durante un fugaz instante, Vân vislumbró bajo el revestimiento la tensión en el rostro, las arrugas fruto del terrible dolor; y su corazón, desesperado y al límite, se desgarró.

—Por favor. Por favor, basta. Sé que no estuve allí cuando me necesitabais, pero esto no puede continuar así. Tienes que entender que todo esto solo puede acabar de una manera. Si te entregas, serán clementes.

—¿Una reducción de un grado?, ¿ser enviada sin dolor al infierno en lugar de una muerte atroz?

—Por favor. —A Vân le temblaban las manos. La taza de té se bamboleaba entre sus dedos; trató de colocarla de nuevo en la mesa, pero algo salió mal y acabó estrellándose contra el suelo. Hương Lâm apenas la miró cuando sus bots acudieron para recoger los fragmentos—. Lo siento. No debería haberme callado. Os habría enviado dinero… tenía que haberos enviado dinero, pero ya es demasiado tarde.

Ella había prosperado mientras ellas sufrían; había permitido que la deuda contraída con ellas creciera hasta ser grande y sólida como un baniano. Pero todo había sido un sueño imposible y efímero.

—¿Lo es? —Los ojos de Hương Lâm brillaron en la oscuridad. Dejó su propia taza, y Vân se sintió asaltada por una oleada de náuseas incontrolables—. No puedes pagar, hermana mayor. Realmente no puedes. Si fueras funcionaria, si te hubieses presentado a los exámenes y te hubieran nombrado magistrada, si hubieses ingresado en la Academia Bosque de Pinceles, entonces a lo mejor poseerías una fortuna.

—No necesitas una fortuna —replicó Vân, descorazonada. Cada palabra le pesaba arrobas: el mero hecho de mover la boca para articularlas la agotaba.

—Yo sí merezco una fortuna.

—Ngân Chi…

—Ngân Chi jamás la tuvo. Pero, por suerte, tú aún la tienes.

La sala estaba cada vez más oscura y cálida, insoportablemente

cálida; Vân trató de levantarse, pero descubrió que las piernas no la obedecían; trató de agarrarse a los brazos de la silla, pero todo su cuerpo se negaba a moverse, y algo tan inmenso y tenebroso como el abismo del espacio se abrió bajo ella, esperando para tragarla.

—Fabricaste un mnemoimplante —dijo Hương Lâm sin rodeos —. ¡Creaste una antepasada! ¿No lo entiendes?

An Thành… Vân sentía a An Thành en la cabeza, sentía su firme desaprobación de la conducta de Hương Lâm y de todo lo que ella representaba, pero era como si se hallase tras un panel de cristal.

Los bots trajeron los fragmentos de la taza y los depositaron en la mesa. En ellos brillaba algo, demasiado oscuro y espeso para que fueran posos de té; la habitación daba vueltas y vueltas sin querer parar, y Vân por fin comprendió por qué estaba allí, comprendió que la intención de Hương Lâm nunca había sido suplicar su ayuda ni su perdón, sino algo mucho más siniestro; tal como *Bosque sombrío* había dicho: ¿por qué se iba a detener Hương Lâm si de todos modos iba a morir?

—Utilizar implantes de ancestros ajenos es arriesgado e incierto, pero tú creaste una personalidad sin vínculos de sangre. Una ficción de la erudita perfecta, con conocimientos que superan de largo los de cualquier individuo que haya existido. Un tesoro que va más allá de lo que nadie podría soñar. Cualquiera puede instalarse este implante y ni siquiera tendrá que esforzarse para aprobar los exámenes. ¿Tienes idea de lo que los candidatos estarían dispuestos a pagar por eso? —Una sonrisa divertida y siniestra—. Pero, claro, tú no querías venderlo, ni tan siquiera usarlo. —La ficha sobre la mesa brilló: la erudita recta, el bambú hueco sin avaricia ni vínculos terrenales, la perfecta sirvienta del estado, toda probidad y justicia…—. Contigo está desperdiciado. Apenas notarás su ausencia.

En los pensamientos de Vân, An Thành estaba citando la metáfora de las amargas turbulencias del *Cuento de Kiều*: «Cual zarzamoras que se adentran en el piélago inmenso…».

Vân sí la notaría. Notaría que había perdido su sostén y consuelo, que había perdido a An Thành. Ella…

—Hermana pequeña —dijo Vân, y esta vez las palabras se le atragantaron, y tuvo que esforzarse por respirar—. Por favor…

Vân se había esperado que Hương Lâm riera o se regodease,

pero el rostro de su amiga lucía serio.

—Tú solo duérmete. —Hương Lâm se levantó de la mesa, dejando la taza de té sobre los añicos—. Tomaré lo que necesito y me marcharé. Tú despertarás y pronto estarás de vuelta en tu antigua vida.

La cabeza de Vân yacía contra el respaldo del asiento, los brazos y piernas le colgaban inertes. Incluso pensar en moverse era una lucha contra la oscuridad que la engullía. Trató de decir «hermana mayor», pero en su boca solo encontró un silencio opresivo.

«Por favor. Por favor, no te la lleves».

—Chist —dijo Hương Lâm, y apoyó una mano en los labios de Vân casi con delicadeza—. Duerme. Ya casi ha pasado.

Entonces, la habitación se agrandó y desenfocó, y Vân trató de aferrar a An Thành, para mantenerla siempre a su lado —«no me abandones por favor no me abandones»—, pero los párpados le pesaban demasiado, y el mundo se alejó y se volvió borroso.

~

—Humm —dijo *Bosque sombrío*.

La nave se hallaba en el exterior del lugar que Thiên Hoa le había indicado: un desastrado compartimento en un desastrado distrito del hábitat, cuya puerta abombada brillaba ligeramente; era probable que su metal hubiera pertenecido en origen a alguna nave mental, y se veía fuera de lugar en una zona tan pobre.

No parecía haber nadie, pero junto a la puerta había un teclado.

—Probablemente podría derribarla —dijo Thiên Hoa, que estaba masticando un caramelo de betel. Sus bots relucían como anillos en sus dedos—. O hackearla, pero me llevaría un rato. Este cacharro es el ultimísimo grito. Alguien ha estado ocupado equipándose bien. —Su tono era de rencorosa admiración.

—No tengo tiempo para nada de esto —dijo *Bosque sombrío*, que era toda rencor y nada de admiración.

A ella le seguía bastando un vistazo para saber cuánto tiempo llevaría *hackear* el teclado, como mínimo. Pero existían otras maneras, menos legales: todas las que había aprendido en aquel tiempo lejano en el que había luchado en las guerras imperiales. Envió una petición a la mente del hábitat, notificando una

emergencia con riesgo de muerte que requería que se emplease una descarga anuladora.

Thiên Hoa, que también recibió la petición, hizo una mueca.

—Eso no es nada sutil —dijo.

—Humm.

De haber sido por ella, *Bosque sombrío* ya habría lanzado la descarga, pero en un hábitat lleno de bots y tecnología eso requería precauciones, y tenía muchas papeletas para ser arrestada si al menos no trataba de ajustarse al protocolo. Tenía presente que este era un barrio venido a menos, alejado de las nubes de sensores más densas y de los bots de la mente del hábitat que podían intervenir… mientras, iba contando, sesentén a sesentén, el tiempo que faltaba para que la mente tomase una decisión.

En cualquier momento ya.

En cualquier momento…

«Se te concede autorización para utilizar la descarga en la zona indicada —anunció la mente del hábitat, que no sonaba demasiado contenta—. Deberás presentar un informe justificativo y comprometerte a compensar cualquier daño personal a bots, proyectores de revestimientos y demás artículos tecnológicos, de considerarse necesario».

Algo que seguro que iba a resultar interesante, pero que era un problema para otro momento. «Sí», dijo *Bosque sombrío*, y ordenó a sus bots más resistentes que se situaran sobre la puerta y el marco.

Ahora.

Incluso con sus bots más pesados —los no enteramente legales, destinados a naves en lugar de a personas—, fue una descarga débil: más focalizada que de amplio alcance, un estallido que se propagó por la puerta y todo lo que había en el inmueble; se fue debilitando rápidamente, pero, como todos los edificios eran estrechos, cualquier bot que hubiese en su interior ahora estaría frito. Thiên Hoa se separó de la pared justo cuando los bots conseguían arrancar la puerta del marco. La puerta chirrió, como una sierra de arco cortando metal. La sonrisa de Thiên Hoa era amplia y traviesa, idéntica a la de los viejos tiempos, mientras terminaba el trabajo de los bots derribándola de una patada, con *Bosque sombrío* pisándole los talones.

Bosque sombrío se mantuvo atenta ante la posible aparición de

atacantes en el lóbrego pasillo a sus espaldas, pero detrás de Thiên Hoa no había nada: nadie, ningún bot, ni un solo movimiento.

El pasillo desembocaba en una estancia más amplia, los restos de una casa de té, una de esas que eran garitos de apuestas, fumaderos o ambas cosas. Había una única mesa, en el centro, y, como la descarga había debilitado los proyectores, el revestimiento parpadeaba, se expandía y retorcía, proyectando en las paredes en penumbra imágenes incoherentes de dragones, flores y figuras irreconocibles. Bots muertos crujieron bajo los pies de Thiên Hoa.

—Una entrada la mar de espectacular, la vuestra.

La mujer las estaba esperando junto a una puerta a la derecha, con los brazos cruzados sobre el pecho. Los bots le colgaban inertes del cabello enmarañado. Detrás de ella había otra persona, más corpulenta, que observaba a Thiên Hoa con cautela. Esta se limitó a sonreír y a señalar sus propios bots, plenamente funcionales, para dejar claro que podía ser más pequeña y menos fuerte, pero aun así se impondría en un enfrentamiento.

—Lê Thị Hương Lâm, supongo —dijo *Bosque sombrío*, poniendo el filo de una hoja de diamante en sus palabras.

—No tengo ni idea de quién eres, pero eres una molestia —replicó Hương Lâm con fastidio—. Me pillas en medio de algo.

Bosque sombrío cambió, expandió su avatar para que mostrara las estrellas, los hábitats y la fría luz del sol alzándose por encima de la menuda Hương Lâm.

—Soy la persona que va a tener una charla contigo. Como alternativa a otras cosas peores.

El rostro de Hương Lâm se mantuvo impasible, casi, porque no así sus ojos, y *Bosque sombrío* leyó en ellos: estaba nerviosa. No necesariamente atemorizada, pero insegura y confusa.

Con eso le bastaba.

—Habla —dijo Hương Lâm.

El revestimiento parpadeó sobre ella y mostró fragmentos de caracteres caligráficos.

—La mayoría de tus cómplices han muerto —dijo *Bosque sombrío*—. Has llevado las cosas demasiado al límite. Y por supuesto que no vas a volver a ver los bots que estás tratando de activar de nuevo. Están muertos.

—Puedo reemplazarlos. El dinero se consigue.

—¿Ah, sí? Estás desesperada. Te lo jugaste todo a la carta del tesoro de Ngân Chi, y fuiste presa del pánico cuando resultó ser un espejismo. Y… —*Bosque sombrío* comprobó la información transmitida por los bots— te quedan un par de días, a lo mejor menos, antes de que el implante de destierro te mate. Y si crees que el dolor actual es difícil de soportar… irá a peor. A mucho mucho peor. Pero esto ya lo sabes, porque ya eres responsable de una muerte.

—No menciones a Dinh.

Bosque sombrío sonrió, convirtiendo el gesto en algo por completo inhumano e inquietante: la boca, unas fauces enormes y tenebrosas con los dientes brillando bajo el resplandor de los fragmentos de palabras caligrafiadas del menoscabado revestimiento; su rostro, inmóvil por completo y desproporcionado. Se movió ligeramente y, cuando habló de nuevo, fue con el acento de una clase social mucho más baja que la de los eruditos.

—Claro que voy a mencionar a Dinh. ¿Acaso las hermanas mayores no deben proteger a las más jóvenes?, ¿y los cabecillas de las bandas cuidar de los suyos?

—Esto no es culpa mía —dijo Hương Lâm, con el rostro crispado.

—Vaya, qué excusa tan facilona. Todo esto es culpa tuya. Intentar burlar el destierro no es algo tan terrible, pero tú has metido la pata hasta el fondo, se mire como se mire. Tu plan se ha ido al garete. Has matado a tu banda. Y el cadáver de Ái Hồng está en manos de la milicia. Tal vez no añadan la muerte de Dinh a tus crímenes, pero ambas sabemos la verdad. Ah, y se me olvidaba lo de que estás muriendo poco a poco de algo peor que la muerte lenta.

Bosque sombrío veía las constantes vitales de Hương Lâm, medía cada mínima variación en su ritmo cardiaco y temperatura corporal, el incremento de las ya de por sí cifras altas por el dolor a cifras altas por el estrés. Le traía sin cuidado. Hương Lâm se había ganado absolutamente todo lo que se le venía encima.

—No estás aquí para regodearte —dijo al cabo Hương Lâm.

—He venido porque esto no me hace ninguna gracia —replicó *Bosque sombrío*, tajante—. Este es mi hogar y aquí no voy a permitir pataletas, mocosa consentida.

Hương Lâm abrió la boca, cual pez boqueando. *Bosque sombrío* no le dio oportunidad de hablar.

—Afortunadamente no has sido nada sutil, y has ido de fiasco bañado en sangre en fiasco bañado en sangre igual que un elefante en una cacharrería. —*Bosque sombrío* estaba viendo de nuevo el cadáver de Dinh tendido sobre el revestimiento de estrellas y poesía de la habitación de Uyên; el cuerpo de Ái Hồng en la cámara estéril, esa cosa vacía y patética que había sido un ser humano, descuartizada por los bots igual que un rompecabezas que hubiese que resolver—. La milicia no necesitará demasiada ayuda para conseguir una condena. Y eres reincidente. Lo más probable es que ni esperen a la audiencia de otoño. O incluso mejor, que dejen que tu violación del destierro acabe contigo mientras la emperatriz piensa si mereces la pena capital. Una cuestión cuya respuesta ambas conocemos, pero no me extrañaría que murieses entre dolores atroces antes de que ella la responda de manera oficial.

—No harían eso. —Su cara estaba pálida, sangrada de cualquier atisbo de color en el caleidoscopio del revestimiento averiado.

Bosque sombrío sonrió de nuevo y recuperó su formalidad de erudita.

—Qué bonita esperanza…

Cuando Hương Lâm habló, fue con esfuerzo notorio; el rostro contraído por el dolor, el miedo o ambos. Bien.

—Tú jamás…

—¿Que yo jamás…? Como he dicho: mi hogar, mi territorio, mis reglas. Jamás te atrevas a mancillarlos.

Se hizo el silencio. Luego Hương Lâm repitió:

—No has venido a regodearte. ¿Qué es lo que quieres?

~

A Vân la despertó un ruido agudo e insistente. Se dio media vuelta y levantó las manos —que sintió como de gelatina— para taparse los oídos, pero no consiguió nada, el sonido ni se interrumpió ni se amortiguó, y entonces se dio cuenta de que no era un ruido, sino la voz de An Thành repitiendo a toda velocidad palabras que ella no alcanzaba a distinguir… ¿qué…?, ¿por qué…?, ¿qué pasaba?

Era un dicho del maestro Khổng, repetido una y otra vez a tal

velocidad que las palabras se desdibujaban y mezclaban unas con otras; pero entonces todo dio un vuelco y se ralentizó, mientras Vân se giraba y vomitaba todo el contenido de su estómago sobre un suelo metálico inmaculado, arcada tras arcada, hasta que lo único que brotó fue bilis repugnante.

«La persona de alta cuna ve rectitud; la de cuna inferior, solo una oportunidad ventajosa. La persona de alta cuna ve rectitud; la de cuna inferior, solo una oportunidad ventajosa. La persona de alta cuna ve rectitud…».

«¡An Thành! Estoy despierta».

«La persona de alta cuna…». La voz de An Thành se fue frenando poco a poco, a medida que los propios procesos mentales de Vân recuperaban la normalidad… y entonces se acordó del pavor que le helaba las entrañas cuando se había quedado dormida. ¿Qué…?

Hương Lâm. Había querido arrebatarle a An Thành. Ella…

«Estoy aquí», dijo An Thành. Y, en voz baja: «no te voy a abandonar», repitiendo los últimos e incoherentes pensamientos de Vân, que ella había interpretado como una necesidad de proporcionarle orientación, de mantener a Vân despierta a toda costa por cualquier medio a su disposición.

Vân se obligó a respirar despacio hasta que los frenéticos latidos de su corazón se ralentizaron, hasta que ya no sintió reverberar cada palpitación por el pecho y los brazos. «No te voy a abandonar», repitió, sin acabar de creerse las palabras.

Vân estaba tumbada sobre una superficie metálica: una mesa de operaciones, pero las correas de sujeción para cabeza, muñecas, tobillos, piernas y pecho estaban desabrochadas, y por el suelo yacían desparramados bots inertes, junto con equipo médico roto. Se giró y se dejó caer de la mesa, lo que requirió un gran esfuerzo de voluntad, porque temblaba como una hoja y la sensación de náuseas en la garganta no se le acababa de pasar del todo. ¿Qué había sucedido?

El equivalente mental de un encogimiento de hombros de An Thành. Ella se habría sumido en la inconsciencia a la vez que Vân, desde luego, incluso aunque hubiese vuelto a funcionar una fracción de segundo antes de que Vân despertara por completo. An Thành dijo entonces, pensativa: «El té envenenado bastaba para dejarte sin

sentido, pero no para una operación que exige abrirte el cráneo y manipular con mucho cuidado el cerebro. Los bots tenían que haberte inyectado otras sustancias».

Y algo los había interrumpido. Algo que también impedía a Hương Lâm estar presente en la habitación. Vân se frotó las muñecas mientras trataba de no pensar en su cabeza rebanada y abierta como una fruta. Notó unas marcas ligeramente enrojecidas allí donde los bots habían abrochado las correas demasiado fuerte. A pesar de todas sus garantías de que no quería hacerle daño, Hương Lâm no se había preocupado demasiado por la comodidad de Vân.

A Hương Lâm ella le traía sin cuidado, punto final. La idea se instaló como una roca helada en el estómago de Vân: su amiga había sobrevivido, pero su amistad no.

Pero ¿realmente toda la culpa era de Hương Lâm? Vân había elegido guardar silencio; vivir del tiempo robado, de las riquezas ganadas con el castigo de sus amigas… ¿y en qué la convertía eso a ella?

En una ladrona. En cómplice de la muerte de Dinh, tanto como lo era Hương Lâm.

En una asesina.

Vân se levantó, entre temblores. Cayó de nuevo y quedó despatarrada en el suelo con sus traicioneras piernas abiertas entre los cadáveres de los bots; lo intentó otra vez y, al fallarle las fuerzas, se arrastró hasta la mesa de operaciones, utilizó el borde para apoyarse y se mantuvo así agarrada hasta que se le pasó el mareo.

«La persona de alta cuna ve rectitud… —estaba diciendo An Thành, despacio, quedamente, las mismas palabras que había estado gritándole cuando Vân se había despertado— la de cuna inferior, solo una oportunidad ventajosa». ¿Y dónde estaba ahora la rectitud de Vân?, ¿dónde había estado cuando había traicionado a sus amigas?

Varios pasos temblorosos y Vân logró alcanzar la pared o, más bien, derrumbarse contra ella, con el aliento ardiéndole en los pulmones. Rectitud. Oportunidad ventajosa. Apenas oía la voz de An Thành, pero notaba su presencia: la promesa de que estaba ahí, de que ella no volvería a sentirse asustada y vulnerable.

Vân, asfixiada por la culpa, ya no estaba segura de si seguía creyendo en esa promesa.

Se obligó a avanzar, pegada a la pared —un paso, dos pasos, desplomarse contra el metal y luego recuperarse de nuevo para otro par de pasos—, en un trabajoso camino hasta el exterior de la estancia.

En el corredor se oían voces distantes: la de Hương Lâm y una segunda, más fuerte e impetuosa, y casi familiar. Al irse acercando la reconoció por fin: *Bosque sombrío*.

«Jamás he dejado a nadie en la estacada y, por descontado, jamás a alguien a quien amara».

«Haces que suene tan fácil…».

«Porque lo es».

Ella había venido. Había venido a buscarla. Ella… Vân sintió palpitar algo en el pecho, una esperanza trémula, una calidez desconocida… alguien había reparado en ella, la había juzgado y decidido que pese a todo daba la talla.

Ella había venido.

Vân se irguió con fuerzas renovadas y caminó hacia *Bosque sombrío*.

~

En la casa de té, *Bosque sombrío* se las estaba viendo con Hương Lâm. Una llamada en su módulo de comunicaciones: era Uyên, que aseguraba necesitar su opinión sobre algo importante. «Ahora no», dijo *Bosque sombrío*, de mal humor, y enterró el mensaje al fondo de su cola de prioridades.

—¿Que qué es lo que quiero? —repitió. Dejó que la pregunta flotara en el aire, mientras Thiên Hoa sonreía burlonamente a la última miembro de la banda—. Cosas justas, sí. Una… —empujó la palabra y la dejó desplegarse en el aire como un estandarte— una parte.

—Una parte. —La voz de Hương Lâm sonó impasible.

—Vamos, no trates de pasarte de lista conmigo. —Hương Lâm iba a intentar escaquearse, fingir que el tesoro de Ngân Chi jamás había existido—. Tuvimos una charla con Khê. Estamos al tanto de lo del otro robo.

—Que pasará a la historia. —La voz de Thiên Hoa también era impasible; su rostro, duro.

Hương Lâm se la quedó mirando un rato. Algo cambió en su actitud. Por algún motivo, *Bosque sombrío* la estaba perdiendo, algo que no le hacía ninguna gracia.

—Ese tesoro no es tuyo —dijo *Bosque sombrío*—. Nos lo entregarás a nosotras y luego te marcharás.

—¿De vuelta a mi planeta en el quinto pino? —preguntó Hương Lâm en voz baja.

—Me da igual dónde vayas —respondió *Bosque sombrío*, inquieta—. Pero jamás vuelvas aquí.

Silencio. Entonces Hương Lâm rompió a reír, con carcajadas agudas y desagradables, como al borde de un ataque de nervios, como si en cualquier momento fuera a arrancarse una careta y revelar que tras ella no había más que maldad.

—Un tesoro —dijo con acritud—. Vosotras sí que sois ladronas.

—Eso no es motivo de vergüenza —replicó Thiên Hoa.

Hương Lâm rio de nuevo.

—Ladronas —les espetó—. Sermoneándome sobre derramar sangre y mancillar vuestros hogares, pero no es con eso con lo que soñáis, ¿verdad?, sino con el dinero y la fama.

Detrás de ella se oyó un ruidito, como una pieza metálica aflojándose; Hương Lâm se volvió un instante para escrutar la oscuridad a su espalda. Lo que fuera que vio atrapó toda su atención, se lanzó hacia ello antes de que Thiên Hoa pudiese siquiera moverse y, desde el corredor que tenía detrás, trajo a rastras algo grande y oscuro, que arrojó a sus pies, entre *Bosque sombrío* y ella.

—Bien, aquí tienes ese tesoro tuyo que supera todo lo imaginable, ¡ladrona! ¿Por qué no te lo llevas enterito?

Y, mientras su risa resonaba de nuevo, *Bosque sombrío* discernió claramente que el bulto oscuro del centro no era un objeto, sino una persona.

Era Vân.

Durante un momento prolongado y agónico, *Bosque sombrío* solo vio a Vân. Tenía el cabello despeinado —como cuando se habían acostado juntas, salvo que ahora estaba apelmazado y grasiento—, estaba pálida como el papel de arroz y temblaba,

encogida, como tratando de hacerse más pequeña.

Ella no debería estar allí. Ella estaba a salvo. Ella…

Bosque sombrío llamó a *Vino*, a la que encontró absorta en su propio trabajo, pero su amiga le aseguró que nadie había entrado en la casa. «¿Estás segura?», insistió. Un brevísimo instante, mientras *Vino* captaba el motivo de la pregunta de *Bosque sombrío*, y el miedo creciente y agudo cuando ambas comprendieron lo sucedido. Nadie había entrado, pero Vân se había marchado.

El cómo y el porqué podían esperar: tenían una urgencia que resolver. «Localiza a Uyên», pidió *Bosque sombrío*, al acordarse de la llamada que había estado demasiado ocupada para atender y que ya no estaba en espera. A *Bosque sombrío* le asaltó la aprensión de que Uyên había decidido tomar cartas en el asunto.

¿Por qué nadie, salvo *Vino*, tenía la gentileza de quedarse en un lugar seguro en lugar de precipitarse a ciegas hacia peligros mortales?

—Ladrona —musitó Vân. No estaba mirando a *Bosque sombrío*.

—Ella no vale nada —dijo Thiên Hoa, una milésima de segundo antes de que *Bosque sombrío* le enviara un mensaje diciéndole que cerrase la boca.

—Pero su implante sí —replicó Hương Lâm.

La mujer no se había movido, pero esgrimía una pistola de plasma que apuntaba a la cabeza de Vân. Los reflejos de *Bosque sombrío* eran excelentes, pero a Hương Lâm le bastaba con un instante para disparar.

Un *impasse*.

—Tú no sabes lo que hizo, ¿verdad? —dijo Hương Lâm—. No estabas allí para ver cómo fue. Ella carecía de antepasados eruditos, de manera que se inventó uno, hace seis años. Rebuscó entre los despojos de los parientes muertos de otras personas para hacerse con fragmentos y modelos.

Ella… *Bosque sombrío* recordaba el retraimiento de Vân, su convicción plena de que su secreto le haría perder la estima de *Bosque sombrío*. Y no era para menos. Utilizar implantes falsos para conseguir alcanzar una cierta posición era un escándalo de proporciones mayúsculas. No obstante, habría gente dispuesta a arriesgarse, si eso suponía una oportunidad de aprobar los

exámenes. Siempre que Vân estuviese dispuesta a vender. Y, a todas luces, no lo había estado.

—Ladrona —repitió Vân—. Eres una ladrona. Viniste… —Un suspiro profundo y entrecortado—. Viniste a por mí.

Lo dijo con intensidad desolada, y en el interior de *Bosque sombrío* algo vaciló y se rompió, como si alguien hubiera agarrado su lejano corazón y lo hubiese estrujado hasta conseguir que todo se apagase de repente.

«Hermanita…».

¿Cómo había conseguido arruinarlo todo de tal manera?

Un mensaje no vocalizado de Thiên Hoa. «Céntrate. Porque de lo contrario, esto solo puede terminar de una manera, que será muy desagradable para tu ligue».

«No es mi…», empezó a decir *Bosque sombrío*, y luego se interrumpió, porque era inútil y una total pérdida de tiempo, y lo único que veía era el miedo tenso en los ojos de Vân.

Lo que ahora importaba no era lo que Vân opinase de ella —ese inmenso agujero en sus pensamientos era una preocupación para otra ocasión—, sino salvarle la vida.

Y para eso tenía que hacer creer a Hương Lâm que Vân le traía sin cuidado. Porque no ganaría nada reconociendo ante Hương Lâm que tenía al alcance de su arma el punto débil de *Bosque sombrío*.

Se obligó a mantenerse flemática, a inclinarse hacia delante y hablar con sus palabras pausadas y vocales alargadas de siempre, que ocultaban su tremendo enfado:

—Te equivocas. A mí no me interesa un montón de material de desecho.

Y evitó mirar a Vân, para no ver el dolor en su rostro y hasta qué punto sus palabras rompían aún más las últimas frágiles esperanzas que ellas habían tenido de construir algo juntas.

~

Uyên tenía un plan, pero todo estaba yendo de mal en peor; sobre todo porque *Vino* estaba colocando en su camino tantos obstáculos como podía. Uyên ya tenía suficientes tías propias, y no necesitaba una más que pensaba que a Uyên había que mimarla como a una frágil flor.

—No estoy de acuerdo —estaba diciendo la nave.

Uyên envió algunos ajustes mínimos sobre la carga que los bots le estaban acarreando y dijo:

—Estaría encantada de oír en qué exactamente. —Ni aminoró el paso ni hizo nada salvo dirigir una mirada de soslayo a *Vino*.

—*Bosque sombrío* tiene el asunto totalmente controlado.

La voz de la nave transmitía demasiada confianza, lo que significaba que, o bien no existía ningún problema o, lo que era más probable, todo estaba yendo terriblemente mal y *Vino* no quería que Uyên se asustara.

Que era algo que Uyên no tenía intención de hacer, habida cuenta de que eso hubiera sido la postura menos constructiva posible. Todavía no le había perdonado a la nave que no le explicara la naturaleza exacta del peligro al que se enfrentaba su maestra hasta tres centidías después de que la susodicha maestra hubiese desaparecido, demasiado tarde para que Uyên tratase de poner en práctica plan alguno. Y *Bosque sombrío*… digamos solo que Uyên le concedía el beneficio de la duda únicamente porque Vân sonaba la mar de feliz cuando hablaba con ella.

—Si ella lo tiene todo resuelto, seguro que con mi aparición lo único que pasará es que me pondré en evidencia. Y aún soy lo bastante joven para que eso no me importe.

El riesgo de desprestigio frente al riesgo de que la vida de Vân corriese peligro… eso no era un verdadero dilema que mereciese más de un instante de reflexión.

—Se ha ido al traste todo, ¿verdad? —dijo Uyên tras un silencio —. ¿Es que piensas quedarte mirando con los brazos cruzados? Con eso solo conseguirás que la maten. —Ansiaba con todas sus fuerzas estar cerca de Vân, llevársela antes de que alguien tuviera oportunidad de lastimarla, y, si *Vino* hubiera estado presente físicamente, habría tratado de agarrar y sacudir a la nave a pesar de la diferencia de tamaño entre ellas—. ¿Dónde está? Exactamente.

Esa amistad que su madre segunda tenía en el tribunal había utilizado medios no del todo legales para seguir el rastro de Vân hasta el distrito de las Seis Familias, pero eso no era lo bastante preciso.

—No estarás pensando en meterte en la boca del lobo… —dijo *Vino*, con frialdad.

Uyên —la hija de la Capitán que Nadó por el Río de Estrellas, de la oficial que se había sacrificado con sangre fría para detener a los ro— levantó los ojos hacia el cielo con aire de fastidio y dijo entre risas:

—Espera y verás.

~

En las entrañas de Vân se había abierto un abismo, que había succionado toda la calidez de su cuerpo.

Bosque sombrío era una ladrona.

Ella había estado ocultando algo; por supuesto que ambas habían estado ocultando algo, por supuesto que ellas habían sido conscientes de que lo que estaban compartiendo era sexo y no intimidad, por supuesto que Vân había sabido que *Bosque sombrío* no era lo que aparentaba, que presentaba ligeras anomalías, pequeñas muescas en la tersura fría y perfecta del jade.

No era algo irrelevante ni fútil ni que se pudiera dejar de lado fácilmente. Se había preocupado por ella. Había vuelto. Había…

Cada uno de esos entrecortados pensamientos se estrelló contra el frío muro de la ira de *Bosque sombrío*: la nave estaba inclinada hacia delante, con todo su cuerpo encorvado, como dispuesta a embestir contra Vân y Hương Lâm sin importarle demasiado a quién lastimara. Su voz, cuando habló de nuevo, tenía esa gelidez heladora que Vân había oído en el corredor, el mismo tono burlón y despectivo que la había detenido en su avance tembloroso hacia lo que ingenuamente había creído la libertad… hasta que se dio cuenta de que, como buenas ladronas, Hương Lâm y *Bosque sombrío* estaban discutiendo sobre la mejor manera de repartir el botín antes de la llegada de la milicia.

Y el botín era ella.

Bosque sombrío había enviado a *Vino*. Ella había venido… había…

Pero solo había venido para sacar tajada; y la única razón por la que había enviado a *Vino* en su lugar era para así tener más oportunidades de ganar a Hương Lâm por la mano. Y seguramente no se esperaba que el tesoro caminara y hablara…

«Tampoco es eso. Lo que se dice caminar, yo no camino. De eso

te encargas tú», dijo An Thành secamente.

«¡No lo entiendes! —le espetó Vân—. No entiendes nada…». Pero entonces se interrumpió, porque no podía estar segura de qué entendía y qué no entendía An Thành.

«Estás alterada. La incapacidad para calmar la mente obstaculiza el camino a la tranquilidad y el descubrimiento».

Como si eso fuera de ayuda.

Muy muy lejos, Hương Lâm estaba diciendo:

—¿Hecha unos zorros? No eres justa. Está en bastantes buenas condiciones, dadas las circunstancias.

Como si Vân ni siquiera estuviese presente. Pero a ella ya no le restaban fuerzas para ponerse de pie.

—Soy ladrona, no asesina —respondió *Bosque sombrío* sin inmutarse.

—No estaba sugiriendo asesinarla —dijo Hương Lâm serenamente—. Tan solo una extracción rápida y sucia con un reparto a medias de las ganancias entre nosotras. Un botín del que vivir cómodamente.

—Una extracción a la que probablemente no sobreviviría —terció la compañera de *Bosque sombrío*.

—Yo no voy a descuartizar a nadie para sacar tajada. —*Bosque sombrío* se expandió y, al hacerlo, el suelo bajo ella se fue salpicando de oscuridad, y los fragmentos de fichas de mạt chược apenas fueron capaces de contener la capa de estrellas celestiales que brotó de ella; *Bosque sombrío* era algo terrible y hermoso, indiferente como el asfixiante vacío, y su ardor, refulgente como la cola de un cometa, transformó el aliento de los pulmones de Vân en un vacío abrasador—. Ni tampoco ninguna de vosotras, no mientras yo esté aquí.

Ella había venido, pero a ella Vân le importaba un comino.

Una fuerte carcajada de Hương Lâm.

—Principios —dijo—. No estás lo bastante desesperada, ¿verdad?

El frufrú de una tela, un grito y el ruido repentino de bots moviéndose, y luego la frialdad de la pistola de Hương Lâm contra el pecho de Vân, en el hueco de la clavícula.

—No hagas nada —dijo, como si tal cosa—. La mataré si los bots se acercan más.

Había sido un plan desesperado y malo, urdido sobre la marcha y sin demasiado margen para negociaciones. Conseguir que Hương Lâm comprendiera que Vân carecía de valor para *Bosque sombrío* porque ella no iba a permitir a Hương Lâm apoderarse de los implantes: una apuesta peligrosa, suponer que Hương Lâm aún tenía principios y no asesinaría a su antigua amiga.

Peligrosísima y un auténtico fiasco.

Para empezar, eso había sido culpa suya, dado que su estupidez supina había sido lo que había hecho que Vân terminara aquí, luchando por incorporarse —no, ya ni siquiera luchaba, se había desplomado en el suelo y no se movía—, con el arma de Hương Lâm apoyada contra su pecho; y todo era infinitamente peor de lo que lo había sido momentos atrás.

Bosque sombrío se las había apañado para salir de apuros peores —había rescatado a las hijas de Hải del patíbulo momentos antes de que el dogal ciñera su cuello, se había apoderado de las tazas del emperador mientras la guardia aporreaba la puerta y *Vino* farfullaba sobre el castigo que les esperaba—. No podía ser que no lo consiguiera. No podía ser que una ladrona desterrada y su banda fueran más listas que ella. No podía ser que hubiese perdido su pericia hasta tal extremo.

Ella…

A Hương Lâm no le temblaba la mano mientras empuñaba el arma.

—Desde el principio sabías que esto iba a acabar así —dijo en voz muy baja, para que *Bosque sombrío* no la oyera—. Se cierra nuestro círculo. Yo habría muerto por ti cinco años atrás. Guardé silencio y me mantuve lejos de tu vida hasta que ya no fui capaz de soportarlo. Pero ahora ha llegado la hora. Entrégame el mnemoimplante.

—No puedo —susurró Vân.

—¿Porque tienes miedo? Tú siempre has comprendido cuál era tu obligación, hermana mayor. ¿No entiendes lo que esa obligación conlleva? —Y añadió con tono más amable—: Si no hubiéramos

callado, tú no estarías aquí. No tendrías tu vida tranquila y libre de culpa.

Porque ella les había fallado. Porque les había fallado al igual que ahora estaba fallando en su propia vida —al permitir que Hương Lâm y Dinh la protegieran, al no comprender quién era en realidad *Bosque sombrío*—. Porque, en último extremo, incluso An Thành era un consuelo ilusorio, que no podía ocultar la verdad de quién era Vân: una cobarde que había tratado de escapar del peso de sus culpas, que se enorgullecía de su honradez, pero que, en el fondo, no valía más que Hương Lâm; una pecadora ilusa que había permitido sufrir a Hương Lâm y Dinh, que se había mantenido al margen mientras Dinh moría.

—Díselo —prosiguió Hương Lâm—, dile que me vas a entregar el mnemoimplante voluntariamente.

—Hermanita…

—Díselo o morirás.

Vân abrió la boca —y ni siquiera estaba segura de qué había dicho—, y entonces un mensaje de prioridad alta parpadeó en su bandeja de entrada. Antes incluso de que pudiese descartarlo, se abrió como una flor, y oyó la voz de Uyên:

—¿Maestra?

La voz de Uyên, llegada de un lugar infinitamente lejano.

—¿Maestra?

—Ahora no.

—Maestra, ¿dónde está? Voy de camino.

—Tú no puedes…

Cuando Uyên habló de nuevo, su voz había cambiado: ya no sonaba acobardada ni atemorizada, sino más profunda y afilada:

—Claro que puedo. Dígame dónde está y espéreme. No estoy lejos.

—Yo… —Pero An Thành ya estaba transmitiéndolo, el punto brillante y resplandeciente que indicaba su ubicación.

«No me abandones jamás», dijo An Thành simplemente. Y, en voz más baja, una cita que no parecía estar tomada de ninguno de los clásicos: «Puedo hacer que el miedo se desvanezca, si me dejas. Déjame interesarme por ti», hasta que Vân cayó en la cuenta de que An Thành tan solo estaba citando las palabras que *Bosque sombrío* le había dicho momentos antes de acostarse juntas.

La voz de Uyên seguía resonando en la cabeza de Vân: «Voy de camino».

Vân miró la pistola, sintió su frialdad contra el pecho. Una idea sencilla y básica germinó en su fuero interno: ella era la maestra de Uyên y no podía permitir que su alumna la encontrase así.

—No —dijo.

Vân agarró con ambas manos el arma y la apartó de su cuerpo. Hương Lâm, sorprendida, apenas ofreció resistencia; el dedo apretó el gatillo de manera automática, y el disparo, que pasó zumbando junto al oído de Vân, se hundió en el suelo. Un grito lejano, que tenía que ser de *Bosque sombrío*, agudo e inhumano. ¿Acaso… acaso había estado fingiendo todo el tiempo, la indiferencia una mera fachada?

Vân no podía permitirse la distracción de pensar en ello.

—No —repitió.

Necesitó de toda su fuerza para mantener la pistola sujeta, para sostenerla apuntando lejos de ella, mientras Hương Lâm trataba de devolverla a su posición anterior, a punto de que un disparo atravesase a Vân tan fácilmente como a una hoja húmeda de papel de arroz. Las manos le temblaban por el esfuerzo; a su espalda, otra escaramuza, pero todo lo que ella era se redujo a este único gesto, a este único esfuerzo por mantener a Hương Lâm a raya.

—Ingrata —dijo entre dientes Hương Lâm. Su rostro (su rostro extraño y desconocido) estaba desencajado por el dolor—. No puedes desear que al final todo haya sido en vano. Que todo quede en nada.

El eco del grito de *Bosque sombrío* retumbó en la cabeza de Vân, una y otra vez: ese repentino sobresalto sin fin, como si ella hubiera podido detener el proyectil. Una esperanza frágil y emocionada con la rabia como contrapeso: si ella sí le importaba a *Bosque sombrío*, ¿cómo se atrevía la nave a permitir que Vân pensase lo contrario?

—Suéltala. —Era la voz de Uyên, que resonó bajo el techo como cuando pasaban lista en el pabellón de beneméritos—. Ya.

Hương Lâm rio.

—De veras crees… —empezó a decir, pero luego se interrumpió y sus manos se quedaron quietas, y el arma, empujada tan solo por Vân, se estrelló ruidosamente contra el suelo, armando el mismo

estrépito que si se hubiera disparado.

Vân se obligó a moverse; se arrastró poco a poco hacia la pistola, se acurrucó a su alrededor y rodeó la empuñadura con ambas manos para que nadie pudiera apoderarse de ella.

Solo entonces levantó la mirada.

La compañera de *Bosque sombrío* había derribado a la cómplice de Hương Lâm, y sus bots la mantenían en el suelo —eso tenía que ser la trifulca que había oído—. *Bosque sombrío* estaba inmóvil, con un revestimiento de estrellas expandiéndose en torno a ella, y un brillo oleaginoso adherido a las manos entre los dedos, y alrededor del cuello, bajándole hacia los hombros; la nave temblaba, con los ojos anegados en lágrimas.

Hương Lâm también estaba inmóvil. Mirando a Uyên. O, más bien, a lo que Uyên tenía ahora en las manos.

El cadáver de Dinh.

Estaba desnudo, con las marcas de las incisiones de la autopsia en pecho y muñecas; colgaba inerte de los brazos de Uyên, con el cabello canoso cayendo hacia el suelo, del color de un cielo tormentoso en el Primer Planeta; tenía los ojos abiertos y ciegos, el blanco ahora invadido totalmente por el tono grisáceo de las toxinas de los implantes de destierro; y manchas por toda la piel bronceada, zonas más oscuras y azuladas que hacían que todo pareciese irreal. Detrás de Uyên estaba la figura más pequeña de *Vino*, la nave llamativamente silenciosa e inmóvil.

Uyên le alargó el cadáver a Hương Lâm. Los bots que la habían estado ayudando a sostenerlo se dispersaron, con sus patas golpeteando el suelo metálico, pero Uyên apenas relajó los brazos, y su rostro se mantuvo duro y frío.

—Es deber de una hermana mayor encargarse de su hermana más joven —dijo tan solo.

El rostro de Hương Lâm estaba pálido, tan blanco como el cuerpo que Uyên sujetaba en las manos.

—Ella eligió venir aquí —dijo.

—Y ella murió aquí. —Los bots de Uyên se dirigían hacia Hương Lâm llevando un par de palillos, unos granos de arroz y tres monedas: los pertrechos de un cadáver—. ¿Habrías cogido el dinero y permitido que se convirtiese en un fantasma hambriento sin ningún familiar que reclamara el cadáver?

El rostro de Hương Lâm estaba tenso, y Vân ya no sabía qué era dolor de los implantes de destierro y qué pura aflicción.

—Ella lo habría entendido —respondió Hương Lâm.

—Es raro que los fantasmas lo entiendan, ¿no? Pregunta a todos los espíritus que han vuelto porque nadie ofició sus ritos funerarios si entienden por qué se alimentan de los vivos —dijo Uyên, con voz queda—. Cógela y márchate.

—Esto no quedará así —aseguró Hương Lâm, pero la certeza había desaparecido de su voz.

—Sabes que sí. Cógela. Envíala a la otra vida, al tribunal del infierno que le corresponda. Envíala para que se reencarne. Cumple con tu deber.

—El deber —dijo Hương Lâm con amargura—. Nunca ha sido lo mío.

Uyên no dijo palabra. Se limitó a quedarse ahí, sujetando el cadáver de Dinh, con expresión inflexible. Su postura la hacía parecer más corpulenta de lo que era, dejaba claro que no se movería ni permitiría que la desairasen, y, en ese momento, Vân vio con claridad la líder en que se convertiría; el tallo de bambú que crecía directo hacia su objetivo, sin doblarse ante tentaciones ni ataduras mundanas; su estudiante, la adolescente a la que había enseñado, convertida en adulta; y se sintió ahuecarse de orgullo, como un pájaro enorme abriendo las alas.

Cuando Hương Lâm se movió, lo hizo despacio y vacilantemente, y en completo silencio. Caminó como un títere controlado por un marionetista lejano, los movimientos de las extremidades descoyuntados de una manera sutilmente extraña, demasiado rápidos, demasiado independientes. Sus manos se cerraron alrededor del cadáver de Dinh, su rostro era el de una persona muriendo de sed a la que se le ofrece agua, su boca articulaba palabras en silencio —«una oración», dijo An Thành innecesariamente—. Hương Lâm cerró los ojos, durante un instante, cuando el peso se desplazó y el cadáver pasó a descansar en sus brazos, y luego se lo echó al hombro, con la cabeza colgando. En medio de esa misma calma antinatural, se dirigió hacia la salida de la habitación, sin que nadie hiciera movimiento alguno por detenerla.

Se paró una vez y miró a Vân, con ojos vidriosos y angustiados,

y su mirada traslucía la misma expresión desgarradora que Vân había vislumbrado cinco años atrás, la misma exhortación a guardar silencio, a salvarse a sí misma.

—Ha sido culpa mía —dijo, con un cabeceo negativo—. Las cosas podían haber sido de muchas otras maneras muchísimo menos perjudiciales. —Bajo ella, los fragmentos de las fichas de mạt chược: el siete de hebras, el siete de infinitos, el siete de cubas—. Adiós, hermana mayor. Acuérdate de mí.

Y desapareció. Mientras Vân seguía ovillada alrededor de la pistola, esforzándose por respirar.

~

Bosque sombrío había confiado hasta el último momento en que todo acabaría bien —en que ella improvisaría un milagro; en que le daría la vuelta al asunto como siempre le daba la vuelta a todo; en que aunque la coyuntura fuera difícil y desesperada, encontraría una solución—. En que saldría de aquello como siempre salía, con una fuga audaz que le permitiera convertirse en el centro de atención de proclamas y noticias.

Hasta que Vân agarró la pistola de Hương Lâm, y el mundo entero de *Bosque sombrío* se redujo a esa lucha silenciosa —y la detonación, y toda su conciencia centrada en ese único grito atávico que brotó de su corazón distante y llegó hasta el hábitat—, y entonces Uyên entró y manejó la situación sin problemas mientras *Bosque sombrío* continuaba paralizada, viendo, una y otra vez, el disparo que había pasado rozando la cara de Vân, lo cerca que había estado de perderlo todo.

Por su arrogancia, cortedad de miras y su creencia equivocada de que era capaz de encargarse de todo; por pensar que podía alardear y salvar a Vân, y al mismo tiempo encontrar una manera de llevar la situación a buen puerto.

Por ella.

Debería haber estado moviéndose. Debería haber estado tomando el mando, asegurándose de que Vân no corría peligro, de que las cosas se habían resuelto como era debido. Thiên Hoa la estaba observando, preguntándose por qué no era así, por qué Uyên, con apenas edad para ya no ser considerada una niña, era la

que parecía llevar la voz cantante.

Bosque sombrío siguió donde estaba, tratando de recomponer los añicos de sus pensamientos.

~

«Maestra, maestra». Era la voz de Uyên y las manos de su alumna, que la desovillaban con suavidad. «Vamos, vamos, maestra».

Vân probó a levantarse, pero en sus brazos y piernas solo encontró temblores. Uyên estaba poniéndole algo en las manos y, al no conseguirlo, en la boca. Un breve estallido de dulzura empalagosa en la lengua: algún tipo de pastel hojaldrado de durián, con una fina capa exterior que se deshacía y dejaba tan solo el sabor de la fruta.

—Necesita un médico —estaba diciendo la compañera de *Bosque sombrío*.

—Ni se os ocurra inmiscuiros en esto —les espetó Uyên con ferocidad—. Bastante habéis hecho ya…

Bosque sombrío aún no se había movido o, con más precisión, aún no se había relajado, pero todavía continuaba observando a Vân con las lágrimas surcándole el rostro. Mejor, porque Vân no estaba segura de qué le habría dicho.

«Estaba mintiendo, antes —dijo An Thành de improviso—. Cuando se ha referido ti llamándote material de desecho».

«¿Y por qué iba a hacer algo así?». Pero ella ya lo sabía, ¿verdad? Si le hubiese dicho a Hương Lâm que Vân le importaba, Hương Lâm la hubiera tomado como rehén.

No por comprenderlo se sintió Vân menos enfadada ni desdichada. «No tenía derecho», dijo.

Por parte de An Thành, solo silencio.

—¿Mejor? —preguntó Uyên—. Maestra.

La pose de líder se había esfumado, y ahora parecía haber tenido que pasar por diez tribunales infernales para llegar hasta allí.

—Estoy bien —respondió Vân; probó de nuevo a levantarse y acabó por conseguirlo, temblando, sobre piernas que aún sentía gelatinosas—. Gracias.

—Solo he hecho lo que tenía que hacer —dijo Uyên con una sonrisa deslumbrante.

Acuérdate de mí, había dicho Hương Lâm, antes de alejarse, antes de dejar de nuevo que Vân prosiguiese con su vida.

Deber. Verdad. Integridad. Todos los secretos y la mentira que ella había urdido, y el pasado al que era imposible escapar. ¿Cómo podía hacerse pasar por preceptora si no le contaba a Uyên quién le ayudaba a impartir sus enseñanzas?

—Hija —dijo—. Hay algo que tienes que saber. Sobre mí. Sobre mi honorable antepasada. —Entonces se preparó para ello, sintió a An Thành en sus pensamientos, el peso abrumador que aplastaría la vida que había construido. Pero era lo correcto—. Hace mucho tiempo, yo…

Uyên le apoyó los dedos en la boca, con suavidad, pero inflexible como una barra de acero.

—No necesito saberlo.

—Pero… —empezó a decir Vân. Eso no era lo que se había esperado.

—Somos lo que somos —respondió Uyên con seriedad—. Las personas que nosotros mismos nos hemos forjado. Las decisiones que hemos tomado. Y eso ya lo he visto, maestra. Eso es lo único que importa.

—He hecho cosas que no perdonarías.

—Bueno —respondió Uyên, ladeando la cabeza—. ¿Y quién no?

Vân pensó en la pistola y en su absoluta certeza de que no podía permitir que Uyên la viera así, en que tenía que levantarse y vivir.

—Soy tu tutora.

Risas.

—Lo dice como si tuviera que ser perfecta. Créame, no hace falta.

—No puedes estar diciendo…

—¿Que la perdono? Si ya la he perdonado. —Uyên sonrió, y de nuevo fue como si la luz inundara toda la estancia, incluido el maltrecho revestimiento y todo lo demás. Luego rio—. A fin de cuentas, acabo de ayudar a una asesina a escapar de la justicia. Tampoco es que yo pueda presumir de cumplir la ley contra viento y marea.

«He hecho cosas que no perdonarías».

«¿Y quién no?».

Ella había fallado a sus amigas. Había sido deshonesta y

cobarde, y nada cambiaría eso. Pensó en *Bosque sombrío*, An Thành, Uyên y Hương Lâm, alejándose.

No podía escapar a su pasado, pero podía aceptarlo —podía hacerlo suyo, permitirle ser parte de sí misma, en lugar de que acabase destruyéndola—. Ella podía saber quién era, y perdonarse.

—La milicia…

—Ah, no se preocupe por eso. Ya me encargaré yo de la milicia. O *Bosque sombrío*.

Bosque sombrío. Ladrona. Sus socarronas palabras resonaban en la mente de Vân, una y otra vez, las mentiras fáciles, la arrogancia. Pero la nave seguía paralizada y aún no se había movido, y su grito continuaba retumbando en la cabeza de Vân, que ya no sabía qué hacer.

La expresión de Uyên cambió.

—Entiendo —dijo—. Vamos.

~

Al final, fueron Uyên y Vân quienes se acercaron a ella: Vân, temblando y en evidente estado de *shock*, y Uyên, con la mirada sombría, penetrante, a todas luces poco amistosa, como si estuviera a punto de sermonear a *Bosque sombrío* a pesar de la diferencia de edad.

—Gracias —dijo *Bosque sombrío*—. Por lo que has hecho.

—Solo he hecho lo correcto —dijo Uyên, con un amplio encogimiento de hombros. Los ojos le brillaban—. Tiene pinta de que solucionar la situación con la milicia va a resultar algo curioso.

Detrás de ellas, Thiên Hoa enarcó significativamente una ceja. Era la ocasión de *Bosque sombrío* para lucirse, para impresionar a Vân… de no ser porque casi había conseguido que acabase muerta, y antes de eso la había hecho sufrir. Lo mejor era que se marchara, que huyese y adoptara una nueva identidad, como siempre. Había tratado de introducir cambios en su vida, pero nada había salido bien. Era el momento de empezar de nuevo con su banda, de encontrar nuevos entuertos que deshacer u objetos de valor que robar.

—No sé quién eres —dijo Uyên.

—No una erudita —susurró Vân. Y, en su mirada, tan solo había

ira y desesperanza, una expresión que hizo estremecer a *Bosque sombrío* hasta lo más profundo de su núcleo.

Ella podía huir, una y otra vez, tratar de dejar atrás su antigua vida. O, por una vez, podía probar a tomar el camino difícil.

—Piensa en mí como en una ayuda —dijo pausadamente—. Puedo tratar con la milicia para terminar de desenredar esto, pero el mérito es todo tuyo.

Uyên le dirigió una mirada irónica y demasiado perspicaz para una chica de su edad, y luego dijo:

—Gracias.

La mano de Vân se apoyó sobre la suya.

—¿Me permites…? —le dijo Vân.

—Claro, maestra —respondió Uyên, cuya expresión se había suavizado. Y se alejó, para que las dos pudieran hablar en privado.

~

—Me habrías dejado morir —dijo Vân con voz entrecortada. Apenas era capaz de mantenerse en pie, y tuvo que acabar apoyándose en la pared, mientras se esforzaba por respirar.

—No —respondió finalmente *Bosque sombrío*—. Estaba haciendo todo lo posible por evitarlo.

—Tú… dejaste que creyese que yo no era más que un mero botín.

—No tuve otro remedio. Tenía que aparentar indiferencia, que yo era tan ladrona como ella. —La nave ya no sonaba tan segura de sí misma como en el pasado—. Fingiendo que carecías de valor tanto para ella como para mí. Era la única manera…

—¡Y mira lo que pasó! Yo… —Vân respiró hondo, con dificultad —. Si no la hubiera empujado…

Se impuso el silencio. La nave evitó mirarla.

—Era un riesgo que jamás debí correr —dijo por fin, y su voz sonó diferente—. Lo siento.

—No quiero tus excusas.

Vân trató de que su voz no trasluciera amargura, pero era difícil. Comprendía por qué *Bosque sombrío* había hecho lo que había hecho; debería haberla perdonado, pero le resultaba imposible. Era demasiado.

—¿Me vas a reprochar que tuviera secretos?

—No —respondió Vân—. Ambas los teníamos y lo sabíamos. Yo no confié en ti, así que no esperaba que tú confiases en mí. —Entonces hizo una pausa, porque ya no sabía qué esperar. Y luego, al fin—: Mientes con tanta facilidad… ¿Cómo puedo estar segura de que algo es la verdad? ¿Cómo puedo…? —Se interrumpió, y añadió —: ¿Cómo puedo siquiera saber si te importaba lo más mínimo?

Un silencio. Una calidez suave y trémula en sus manos: *Bosque sombrío*, envolviéndolas con las suyas, su piel del color del cielo nocturno, con estrellas titilando lentamente en sus dedos.

—Porque sí que me importas. Porque jamás he conocido a nadie como tú, y me dejé cegar por eso. Porque fui irreflexiva y arrogante. —Un suspiro profundo y tembloroso de la nave; bajo ellas se extendía el tejido del firmamento, expandiéndose poco a poco hacia los pies de Vân, brillando con todos los colores del arcoíris—. Y porque tienes razón. No puedo encontrar excusas que puedan reparar nada de esto. Solo… —Retiró las manos y con delicadeza las acercó a la cabeza de Vân, que inclinó hacia arriba, para mirar sus ojos profundos y negros—. Solo quería que supieses que la vida no se reduce al deber. Que te has ganado todo lo que tienes, y que una vida jamás debería convertirse en un dogal ni en una jaula. Pero eso también es arrogancia, ¿no?, confiar en poder entrometerme en lo tuyo. —Un expresivo encogimiento de hombros —. Quédate con lo que quieras de lo que hubo entre nosotras. Tan solo espero que lo recuerdes sin arrepentimiento.

—Te marchas —dijo Vân.

—No —dijo la nave, negando con la cabeza—. Voy a quedarme para ver si Uyên necesita ayuda con los coletazos de todo esto. Pero no hace falta que tú trates conmigo. Hablaré con ella directamente. Puedes retomar tu antigua vida.

Su antigua vida. Debería haberse sentido aliviada, pero solo de pensarlo —las clases con Uyên; vivir marginada, apenas tolerada; no tener nada salvo deberes y obligaciones, con An Thành como único consuelo— sintió un peso abrumador en el pecho.

«No quiero llegar más arriba. Estoy bien como estoy», le había asegurado a Hương Lâm, y le había sonado falso, porque lo era. Porque ella no quería llegar a ser funcionaria ni tener autoridad, pero había otras maneras de ir más allá, de traspasar los límites que

había impuesto a su propia vida.

Pensó en el campo de asteroides y la nave, en cómo había flotado ingrávida y sin obligaciones, y lo que había sentido al experimentar esa sensación de libertad.

Ella se había perdonado a sí misma, ¿por qué no iba a perdonar a *Bosque sombrío*?

—Si creyera que hay una oportunidad, por pequeña que fuese, de que abandonaras todo por mí, te lo pediría —dijo *Bosque sombrío*. Luego rio con amargura—. Pero sería injusto. Porque no puedo ni organizar tu vida como me parezca oportuno ni mantenerte a salvo. A la postre, las decisiones te pertenecen. — Soltó a Vân y se quedó allí plantada unos instantes, mirándola con esa peculiar expresión en el rostro.

Y un momento más tarde se estaba dando media vuelta, flotando más que caminando, y la oscuridad de las estrellas se fue alejando de Vân, el trémulo brillo oleoso se desplazó por sus pies desnudos, con An Thành muda y consternada en su mente mientras todo eso la abandonaba… y Vân jamás había tenido tanto frío, ni se había sentido tan desdichada ni tan insignificante.

«Una vida jamás debería convertirse en un dogal ni en una jaula».

—Hermana mayor —dijo, e, igual que cuando había estado en el cuerpo de la nave—: Espera. Por favor.

Bosque sombrío se detuvo; se giró y la observó, con una expresión de dolorosa esperanza.

—No puedo marcharme —dijo Vân con voz entrecortada—. Soy la preceptora de Uyên. Tengo obligaciones en este lugar. Eso seguro que no funcionaría.

—Entiendo. —La nave sonaba tensa, preparada para un golpe.

—Pero podríamos encontrar otras maneras de que funcionase — se lanzó de cabeza Vân.

Un silencio pausado y profundo. *Bosque sombrío* volvía a estar a su lado; Vân apenas la había visto moverse; pero ahora la sintió, una presencia inmensa y oscura, tan inevitable y natural como el sol, las nebulosas y los agujeros negros.

—No sabes en qué te estás metiendo —dijo *Bosque sombrío*.

Entonces, Vân sonrió.

—No, pero tú tampoco. Y ahí está la mitad de la gracia del

asunto, ¿no?

Reuniendo las fuerzas que le quedaban, se puso de puntillas y besó a *Bosque sombrío*, empapándose del aceite brillante, el metal filoso y la canción infinita de las estrellas… hasta que *Bosque sombrío* la tomó entre sus brazos y Vân flotó ingrávida y libre, sin ya nada en los hábitats que pudiera cortarle las alas.

Índice de contenido

Cubierta

Historias de Xuya

Prólogo

La maestra del té y la detective

Siete de infinitos

Sobre la autora

ALIETTE DE BODARD (New York, Estados Unidos de América, 1982). Es ingeniera informática y escritora, actualmente vive en París. Ha ganado varios premios, entre ellos tres Nébula, un Locus y cinco de la Asociación Británica de Ciencia Ficción. Medio francesa y medio vietnamita, siente un interés especial por las culturas no occidentales, en concreto por las de Asia y la América precolombina.

Entre sus obras más celebradas se encuentran *La maestra del té y la detective* (Premio Nebula y British Fantasy Award 2019), *Three Cups of Grief by Starlight* (BSFA 2015) y *Fireheart Tiger* (BSFA 2021). Es además autora de la trilogía *Dominion of the Fallen*, ambientada en un París posapocalíptico y de la cual forma parte la premiada *The House of Shattered Wings* (BSFA 2015). En 2019 sus relatos del Universo de Xuya fueron nominados a la mejor serie de los Premios Hugo y su novela *In the Vanishers' Palace* a los Lammy.